

Julia Quinn

*The
Secrets of*

*Sir Richard
Kenworthy*

JULIA
QUINN

The
Secrets
of
Sir Richard
Kenworthy



AVON

An Imprint of HarperCollinsPublishers

THE SECRETS OF SIR RICHARD KENWORTHY

by JULIA QUINN

(Smythe-Smith Quartet #4)

NOVELERA ROMANTICA



Books • Romance • Friends

MARIQUITA PEREZ

Traducción

DELIZA

Revisión final

Diseño e Ilustración: DELIZA

2015

Sir Richard Kenworthy

Tiene menos de un mes para encontrar una novia. Él sabe que no puede ser demasiado exigente, pero cuando ve a Iris Smythe-Smith oculta detrás de su violonchelo en el Musical Anual Smythe-Smith, Richard piensa que se encontró con alguien muy valioso. Ella es el tipo de señorita que pasa inadvertida hasta al darse cuenta por una segunda o tercera mirada de lo contrario. Pero hay algo en ella bajo esa superficie, algo a fuego lento y él sabe que ella es única.

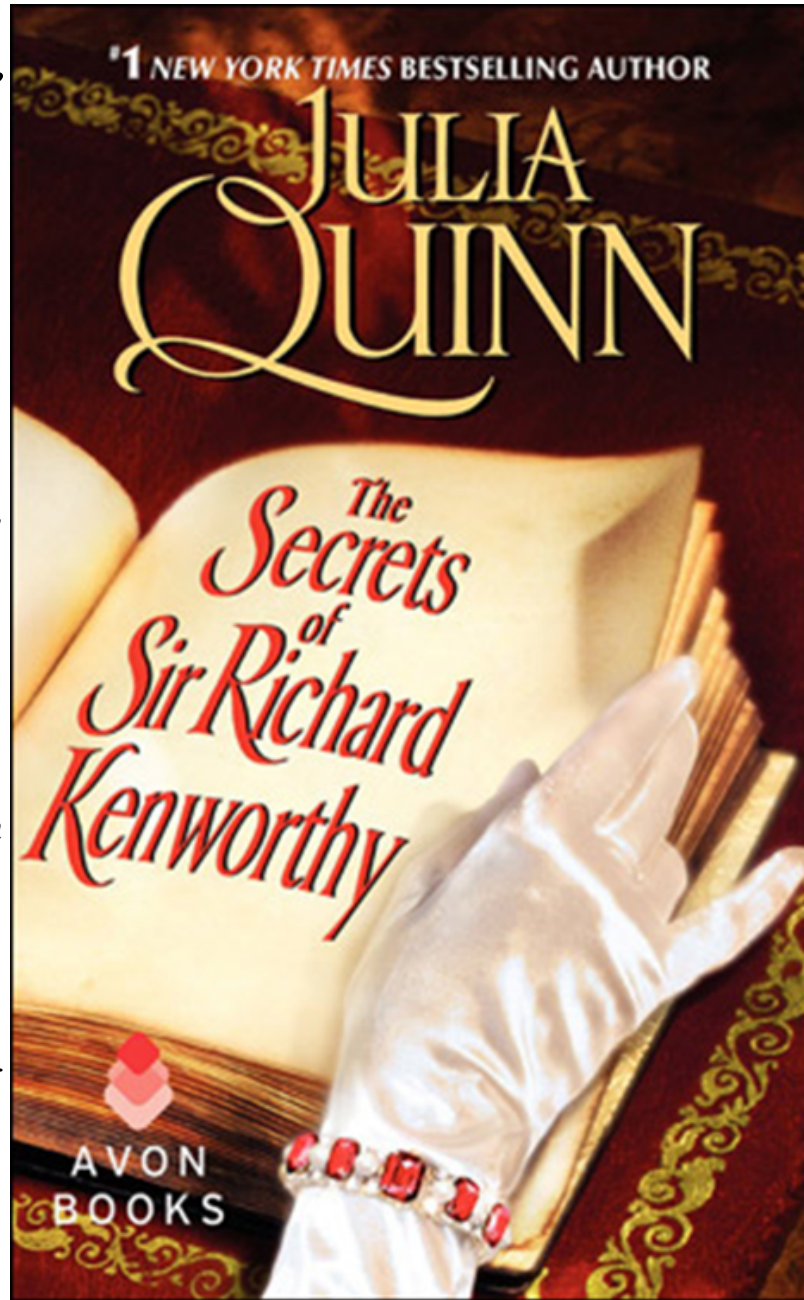
Iris Smythe-Smith

Está acostumbrada a ser subestimada. Con su pelo claro y tranquila, pero en el fondo hay un ingenio astuto que ella tiende a mezclar, y le gusta que sea así. De manera que cuando Richard Kenworthy se aproxima en su encuentro con galanteos y coqueteos, parece ser sospechoso. Dando una impresión de un hombre que se rinde al amor, pero ella no puede creer que todo sea verdad. Cuando su propuesta de matrimonio se convierte en una situación obligatoria comprometida, no puede dejar de pensar que hay algo escondido detrás de todo eso... aun cuando su corazón le dicta a decir que sí..

De
dicat
oria

*For
Tillie, sister
of my heart.*

*And
also for
Paul,
even though
I still think
you should
have gone
for the Jedi
Knighthood.*



Capítulo Uno

Casa Pleinsworth

Londres, primavera de 1825

CITANDO ese libro que su hermana había leído dos docenas de veces, era una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero, en posesión de una buena fortuna, debe estar buscando una esposa.

Sir Richard Kenworthy no estaba en posesión de una fortuna, pero era soltero. En cuanto a la esposa...

Bueno, *eso era* complicado.

—Querer— no era la palabra correcta. ¿Quién quería una esposa? Los hombres enamorados, suponía, pero él no lo estaba, nunca lo había estado, y él no preveía estarlo en un momento cercano.

No es que se opusiera radicalmente a la idea. Simplemente no tenía tiempo para ello.

La esposa, por otro lado ...

Se movió incómodo en su asiento, bajando la mirada hacia el programa que tenía en la mano.

*Usted está cordialmente invitado a
la 19a Velada Musical anual Smythe-Smith
con un cuarteto bien entrenado de violín,
violín, violonchelo y piano*

Tenía un mal presentimiento sobre esto.

—Gracias, *de nuevo*, por acompañarme,— le dijo Winston Bevelstoke.

Richard miró a su buen amigo con una expresión escéptica. —Creo que es inquietante—, remarcó, —la frecuencia con que me has dado las gracias.—

—Soy conocido por mis modales impecables—, dijo Winston con un encogimiento de hombros. Siempre hacía ese gesto. De hecho, la mayor parte de los recuerdos que Richard tenía de él, incluían algún tipo de *que-puedo-yo-decir* con un movimiento de hombros.

—En realidad no importa si me olvido de tomar mi examen de latín. Soy un segundo hijo.— *Encogimiento de hombros.*

—El bote de remos ya estaba volcado cuando llegué a la orilla.— *Encogimiento de hombros.*

—Al igual que con todas las cosas de la vida, la mejor opción es la de culpar a mi hermana.— *Encogimiento de hombros. (También, una sonrisa maligna.)*

Richard había sido tan poco serio como Winston. De hecho, le gustaría mucho ser tan poco serio de nuevo.

Pero, como se dijo, no tenía tiempo para eso. Tenía dos semanas. Tres, suponía. Cuatro era el límite absoluto.

—¿Conoces a alguna de ellas?—, le preguntó a Winston.

—¿Alguna de quién?—

Richard alzó el programa. —Las músicas—.

Winston se aclaró la garganta, los ojos mostrando culpabilidad en lo más profundo. —No me atrevo a llamarlos músicas. . —.

Richard miró hacia el área de desempeño que se habían creado en el salón de baile Pleinsworth. —¿Conoces a alguna de ellas?—, insistió. —¿Te las han presentado?— Estaba muy bien que Winston hiciera sus crípticos comentarios habituales, pero Richard estaba aquí por una razón.

—¿Las chicas Smythe-Smith?— Winston se encogió de hombros. —A la mayoría de ellas. Déjame ver, ¿quién actúa este año? — Miró su programa. —Lady Sarah Prentice en el pianoforte -eso es extraño, está casada.—

Maldición.

—Por lo general, sólo las mujeres solteras—, explicó Winston. —Ellos las sacan cada año para actuar. Una vez que están casadas, se retiran—.

Richard era consciente de ello. De hecho, fue la razón principal por la que había accedido a asistir. No es que nadie lo hubiera encontrado sorprendente. Cuando un caballero soltero de veintisiete años reaparecía en Londres después de una ausencia de tres años... No hacía falta ser una mamá casamentera para saber lo que eso significaba.

Sólo que no esperaba apresurarse tanto.

Con el ceño fruncido, dejó que sus ojos se posaran en el pianoforte. Se veía bien hecho. Caro. Definitivamente mejor que el que tenía en Maycliffe Park.

—¿Quién más?— murmuró Winston, leyendo los nombres elegantemente impresos en el programa. —Miss Daisy Smythe-Smith en el violín. Oh, sí, yo la he conocido. Ella es terrible—.

Doble maldición. —¿Qué pasa con ella?—, preguntó Richard.

—No tiene sentido del humor. Lo que no sería tan malo, no es como si todo el mundo fuera un barril de risas. Es sólo que ella es tan... obvia al respecto—.

—¿Cómo se puede ser obvia por la *falta* de humor?—

—No tengo ni idea,— admitió Winston. —Pero ella lo es. Muy bonita, sin embargo. Con rubios rizos elásticos y todo eso.— Hizo un movimiento cerca de la oreja, lo que llevó a Richard a preguntarse cómo era posible que los movimientos de mano de Winston fueran tan claramente fingidos.

—Lady Harriet Pleinsworth, también en el violín—, continuó Winston. —No creo que nos hayan presentado. Ella debe ser la hermana menor de Lady Sarah. Apenas salida de la escuela, si mi memoria no me falla. No se puede tener mucho más de dieciséis años—.

Maldición triple. Tal vez Richard debería dejarlo ahora.

—Y en el violonchelo... —Winston deslizó su dedo por el papel grueso del programa hasta que encontró el lugar correcto. —Miss Iris Smythe-Smith.—

—¿Qué pasa con ella?—, preguntó Richard. Parecía poco probable que no hubiera algo.

Winston se encogió de hombros. —Nada. Que yo sepa —.

Lo que significaba que probablemente cantaba a la tirollesa en su tiempo libre. Cuando ella no estaba practicando la taxidermia.

Con los cocodrilos.

Richard *era* un hombre de suerte. Realmente.

—Ella es muy pálida—, dijo Winston.

Richard lo miró. —¿Eso es un defecto?—

—Por supuesto que no. Es sólo... —Winston hizo una pausa, con la frente surcada por pequeñas arrugas de concentración. —Bueno, para ser honesto, es casi lo más bonito que recuerdo de ella.—

Richard asintió lentamente, poniendo los ojos en el violonchelo, apoyada en su soporte. También parecía caro, aunque no era como si supiera algo sobre la fabricación de violonchelos.

—¿Por qué tanta curiosidad?—, preguntó Winston. —Sé que estás dispuesto a casarte, pero seguro que puedes hacerlo mejor que con una Smythe-Smith.—

Hace dos semanas podría haber sido cierto.

—Además, necesitas a alguien con una dote, ¿no es cierto?—

—Todos necesitamos a alguien con una dote—, dijo Richard oscuramente.

—Cierto, cierto.— Winston podría ser el hijo del conde de Rudland, pero era el segundo hijo. Él no iba a heredar ninguna espectacular fortuna. No con un hermano sano, de más edad, que tenía dos hijos propios. —La chica Pleinsworth

probablemente tiene diez mil—, dijo, mirando hacia abajo, al programa, con una evaluatoria mirada. —Pero, como dije, ella es muy joven.—

Richard hizo una mueca. Incluso tenía límites.

—Las flores—

—¿Las flores?— le interrumpió Richard.

—Lirio(Iris) y Margarita—, explicó Winston. —Sus hermanas son Rose y Marigold (caléndula) y no recuerdo qué más. ¿Tulipán? ¿Campanilla? Esperemos que no sea Crisantemo, pobrecita—.

—El nombre de mi hermana es Fleur,— se sintió Richard obligado a mencionar.

—Y es una chica encantadora—, dijo Winston, a pesar de que nunca la había conocido.

—Decías que ... — le indicó Richard.

—¿Yo decía? Oh, sí, lo hacía. Los aromas florales. No estoy seguro de sus dotes, pero no puede ser mucho. Creo que hay cinco hijas en la familia. —Los labios de Winston se ladearon mientras consideraba ésto. —Tal vez más.—

Esto no significa necesariamente que las dotes fueran pequeñas, pensó Richard con más esperanza que otra cosa. Sabía poco de esa rama de la familia Smythe-Smith -sabía poco de cualquier rama, a decir verdad, excepto que una vez al año, todos se reunían, extraían cuatro músicos de su seno, y organizaban un concierto al que la mayoría de sus amigos eran reacios a asistir.

—Toma esto,— dijo Winston repente, sosteniendo dos fajos de algodón. —Me lo agradecerás más tarde.—

Richard lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Para tus oídos,— aclaró Winston. —Confía en mí. —

—Confía en mí—, Richard hizo eco. —Viniendo de tus labios, esas palabras envían un escalofrío a mi espalda. —

—En ésto,— dijo Winston, metiendo algodón en sus propios oídos, —No exagero.—

Richard miró discretamente por la habitación. Winston no hacía ningún esfuerzo por ocultar sus acciones; seguramente se consideraba de mala educación bloquear los oídos de uno en un concierto. Pero muy pocas personas parecían fijarse en él, y los que sí tenían una expresión de envidia, no lo censuraban.

Richard se encogió de hombros y siguió su ejemplo.

—Es una buena cosa que estés aquí—, dijo Winston, apoyándose en lo que Richard le oía a través del algodón. — No estoy seguro de que pudiera haber soportado sin refuerzos. —

—¿Refuerzos?—

—La compañía doliente de los solteros asediados,— bromeó Winston.

¿La compañía del dolor de los solteros asediados? Richard puso los ojos en blanco. —Dios te ayude si intentas formar frases en estado de embriaguez.—

—Oh, tendrás ese placer muy pronto,— respondió Winston, usando su dedo índice para sostener el bolsillo del abrigo abierto, lo suficiente para revelar un frasco pequeño de metal.

Los ojos de Richard se abrieron. No era un mojigato, pero hasta él sabía que no se debía beber abiertamente en una actuación musical dada por unas adolescentes.

Y entonces empezó.

Después de un minuto, Richard se encontró ajustando el algodón en sus oídos. Al final del primer movimiento, podía sentir una vena latiendo dolorosamente en su frente. Pero cuando llegaron a un solo de violín, fue cuando se dio cuenta de la verdadera gravedad de la situación.

—El frasco,— dijo casi sin aliento.

Para su crédito, Winston ni siquiera sonreía.

Richard tomó un largo trago de lo que resultó ser vino caliente, pero hizo poco para calmar el dolor. —¿Podemos irnos durante el intermedio?—, le susurró a Winston.

—No hay ninguna interrupción.—

Richard miró a su programa con horror. Él no era músico, pero sin duda, algún Smythe-Smith tenía que saber que lo que estaban haciendo... no podía ser llamado concierto...

Se trataba de un asalto contra la dignidad misma del hombre.

Según el programa, las cuatro jóvenes damas que estaban en el improvisado escenario estaban interpretando un concierto para piano de Wolfgang Amadeus Mozart. Pero para la mente de Richard, un concierto para piano parecía implicar realmente jugar con piano. La señora sentada en ese fino instrumento estaba pulsando sólo la mitad de las notas requeridas, si acaso. No podía ver su rostro, pero por la forma en que estaba encorvada sobre las teclas, parecía ser un músico con gran concentración.

Aunque no con una gran habilidad.

—Esa es la que no tiene sentido del humor—, dijo Winston, haciendo un gesto con la cabeza hacia una de las violinistas.

Ah, Miss Daisy. Era la de los rizos rubios rebotando. De todas las artistas, era claramente la que más se consideraba un gran músico. Su cuerpo se sumergía y se balanceaba como el virtuoso más competente cuando su arco volaba a través de las cuerdas. Sus movimientos eran casi hipnotizadores, y Richard suponía que un sordo podría haberla descrito como que fundía su alma con la música.

En cambio ella no se fundía más que con el estruendo.

En cuanto a la otra violinista... ¿Era el único que podía decirle que no podía leer música? Ella estaba buscando cualquier lugar, pero seguía en su atril; y no había movido una sola página desde que empezó el concierto. Se había pasado todo el tiempo mordiéndose el labio y lanzando miradas desesperadas a Miss Daisy, tratando de emular sus movimientos.

Lo que dejaba a la violonchelista. Richard sintió que sus ojos se posaban en ella como ella cuando sacó su arco a través de las largas cuerdas de su instrumento. Era extraordinariamente difícil seguir la pieza con los sonidos frenéticos de las dos violinistas, pero de vez en cuando una baja nota lúgubre escapaba a la locura, y Richard no pudo evitar pensamiento

Ella es bastante buena.

Se encontró fascinado por ella, con esa pequeña mujer que trataba de esconderse detrás de un gran violonchelo. Ella, al menos, sabía lo terrible que eran. Su miseria era aguda, palpable. Cada vez que llegaba a una pausa en el marcador, parecía plegarse sobre sí misma, como si pudiera expresarse hasta la nada y desaparecer con un —pop!—

Era la señorita Iris Smythe-Smith, una de las flores. Parecía incomprendible que pudiera estar relacionada con Daisy, felizmente ajena a todo y que seguía girando el eje sobre su violín.

Iris. Era un nombre extraño para una chica. Él siempre había pensado en el lirio como la más brillante de las flores, de profundos tonos morados y azules. Pero esta chica estaba tan pálida como para ser casi incolora. Su pelo era sólo una sombra demasiado roja para ser legítimamente llamado rubio y denominarlo rubio-fresa no estaba del todo bien tampoco. No podía ver sus ojos estando a media distancia de ella en el cuarto, pero con el resto de su coloración, no podían ser otra cosa que brillantes.

Ella era el tipo de chica de la que uno nunca se daría cuenta.

Y sin embargo, Richard no podía apartar los ojos de ella.

Era por el concierto, se dijo. ¿Qué otra cosa podría mirar?

Además, había algo tranquilizador acerca de mantener su mirada centrada en un solo lugar, sin moverse. La música era tan discordante que se sentía mareado cada vez que miraba hacia otro lado.

Casi se echó a reír. La señorita Iris Smythe-Smith, la de brillante pálido pelo y con un violonchelo demasiado-grande-para-su-cuerpo, se había convertido en su salvadora.

Sir Richard Kenworthy no creía en los presagios, pero éste, lo tomaría en cuenta.

¿POR QUÉ ESE hombre la miraba?

La velada musical era suficiente tortura, e Iris lo sabía -ésta era la tercera vez que había sido empujada al escenario y obligada a hacer el ridículo delante de una cuidadosa selección entre la élite de Londres. Siempre era una mezcla interesante, el público Smythe-Smith. En primer lugar estaba la familia, aunque para ser justos, habría que dividirla en dos grupos: las distintas madres y todos los demás.

Las madres contemplaban la escena con una sonrisa beatífica, seguras en su creencia de que el aparente exquisito talento musical de sus hijas les hacía ser la envidia de todas sus iguales. —Tan expertas— gorjeaba la madre de Iris año tras año. —Tan serenas. —

Tan ciega, era la respuesta que Iris no decía. *Tan sorda*.

En cuanto al resto de los Smythe-Smith —los hombres, generalmente, y la mayoría de las mujeres que ya habían pagado su cuota en el altar de la ineptitud musical— apretaban los dientes y hacían todo lo posible para llenar los asientos, con el fin de limitar el círculo de la mortificación.

La familia era maravillosamente fecunda; sin embargo, un día -Iris oró- alcanzaría un tamaño tal, que tuvieran que prohibir a las madres que invitaran a nadie fuera de la familia. —Simplemente no hay suficientes asientos,— ella podía oírse diciendo eso.

Desafortunadamente, también podía oír a su madre pidiendo a los secretarios de su padre que investigaran sobre el alquiler de una sala de conciertos.

En cuanto al resto de los asistentes, un buen número de ellos venía cada año. Unos pocos, sospechaba Iris, lo hacían por bondad. Algunos, seguramente venían sólo para burlarse.

Y luego estaban los inocentes desprevenidos, que claramente vivían debajo de las piedras. En el fondo del océano.

En otro planeta.

Iris no podía *imaginar* que no hubieran oído hablar de la velada musical Smythe-Smith; o mejor dicho, que no se les había advertido al respecto, pero todos los años había unas cuantas miserables caras nuevas.

Al igual que el hombre en la quinta fila. ¿Por qué la estaba mirando a ella?

Estaba bastante segura de que nunca lo había visto antes. Tenía el pelo oscuro, de ese tipo que se rizaba cuando hacía demasiada humedad, y su rostro tenía una elegancia finamente esculpida que era bastante agradable. Era guapo, decidió, aunque no terriblemente guapo.

Probablemente no tenía título. La madre de Iris había sido muy cuidadosa con la educación social de sus hijas. Era difícil imaginar que fuera un noble soltero, con menos de treinta años y que Iris y sus hermanas no pudieran reconocerlo.

Un barón, tal vez. O un caballero recién llegado. Debía estar bien conectado ya que reconoció a su compañero como el hijo menor del conde de Rudland. Ellos habían sido presentados en varias ocasiones, lo que sólo significaba que el Honorable Sr. Bevelstoke podría invitarla a bailar si se sentía inclinado a ello.

Lo que él no deseaba.

Iris no se ofendió por esto, o al menos no mucho. Rara vez ocupaba más de la mitad de los bailes en ninguna reunión, y a ella le gustaba tener la oportunidad de observar el remolino de la sociedad en su totalidad. A menudo se preguntaba si las estrellas de la alta sociedad de hecho *se daban cuenta* de lo que pasaba a su alrededor. Si uno estaba siempre en el centro de una gran tormenta, ¿podría notar la inclinación de la lluvia, sentir la mordedura del viento?

Tal vez ella *era* un alhelí. No había ninguna vergüenza en ello. Sobre todo si se disfrutaba de ser un alhelí. ¿Por qué, algunos? -

—*Iris*—, susurró alguien.

Era su prima Sarah, inclinándose desde el piano con una expresión urgente en su rostro.

Oh, maldición, había perdido su entrada. —Lo siento,— murmuró Iris en voz baja, a pesar de que nadie podía oírla. Ella nunca perdía sus entradas. No importaba que el resto de sus compañeras fueran tan abrumadoramente horribles que realmente no importaba si ella entraba o no a tiempo – era cuestión de principios.

Alguien tenía que tratar de actuar bien.

Preparó su violoncelo para las próximas páginas de la partitura, haciendo todo lo posible para bloquear Daisy, que vagaba por todo el escenario mientras tocaba. Cuando Iris llegó a la siguiente pausa, bastante larga, en la parte de violonchelo, sin embargo, no pudo evitar mirar hacia arriba.

Él todavía estaba mirando.

¿Tenía algo en su vestido? ¿En el pelo? Sin pensarlo, extendió la mano para cepillar su peinado, casi esperando desalojar una ramita.

Nada.

Ahora estaba enojada. Estaba tratando de desconcertarla. Esa podría ser la única explicación. ¡Qué grosero patán!. Y un idiota. ¿De verdad creía que podría irritarla más que su propia hermana? Se necesitaría un acordeón, tocado por Daisy y llevado a la cumbre de la molestia en el séptimo círculo del infierno.

—¡Iris!— siseó Sarah.

—Errrrgh,—gruñó Iris. Había perdido su entrada de nuevo. Aunque, realmente, ¿quién era Sarah para quejarse? Ella se había saltado dos páginas enteras en el segundo movimiento.

Iris encontró el lugar correcto en la puntuación y tocó de nuevo, aliviada al notar que se estaban acercando al final del concierto. Todo lo que tenía que hacer era tocar las notas

finales, hacer una reverencia como si le importara, y tratar de sonreír en medio de los tensos aplausos.

Entonces, podría declarar que tenía dolor de cabeza, volver a casa, cerrar la puerta y leer un libro; no hacer caso a Daisy y convencerse de que no iba a tener que hacerlo todo de nuevo el próximo año.

A menos, claro, que se casara.

Era la única forma de escapar. Cada soltera Smythe-Smith (de la variedad femenina) tenía que tocar en el cuarteto cuando sonara una abertura en el instrumento elegido y quedarse allí hasta que caminara por el pasillo de la iglesia y fuera reclamada por su novio.

Sólo una prima había logrado casarse antes de que se viera obligada a subir al escenario. Había sido una espectacular convergencia de suerte y astucia. Frederica Smythe-Smith, ahora Frederica Plum, había sido entrenada en el violín, al igual que su hermana mayor, Eleanor.

Pero Eleanor no había —agarrado—, en palabras de la madre de Iris. De hecho, Eleanor había tocado en el cuarteto un récord de siete años, antes de enamorarse perdidamente de un amable comisariado, que tuvo el increíble acierto de amarla con un igual abandono. A Iris le gustaba Eleanor, incluso cuando se definía como un músico consumado. (No lo era.)

En cuanto a Frederica... El retrasado éxito de Eleanor en el mercado matrimonial significó que la silla del violinista estaba ocupada cuando su hermana menor debutó. Y Frederica pasó a asegurarse de encontrar un marido con la mayor rapidez posible...

Era parte de la leyenda. Para Iris, por lo menos.

Frederica ahora vivía en el sur de la India; Iris sospechaba que ello, de alguna manera, estaba relacionado con su fuga orquestal. Nadie en la familia la había visto desde hacía años, aunque de vez en cuando una carta encontraba su camino a Londres, dando noticias del calor, de las especias y de un elefante ocasional.

Iris odiaba el calor y no le gustaba mucho la comida picante; pero cuando se sentaba en el salón de baile de sus primos, tratando de fingir que medio centenar de personas no la estaban viendo hacer el ridículo, no podía dejar de pensar que la India sonaba bastante agradable.

Ella no tenía opinión, ni de un modo ni de otro, sobre los elefantes.

Tal vez podría encontrar un marido este año. A decir verdad, realmente no se había esforzado mucho en los dos años que había estado en sociedad. Pero era tan difícil hacer un esfuerzo cuando era -y eso no se podía negar- tan imperceptible.

Excepto -miró hacia arriba, e inmediatamente miró de nuevo hacia abajo- para ese extraño hombre de la quinta fila. *¿Por qué* la estaba mirando?

No tenía ningún sentido. Y Iris *odiaba*, incluso más de lo que odiaba hacer el ridículo, las cosas que no tenían sentido.

Capítulo Dos

Estaba claro para Richard que Iris Smythe-Smith planeaba huir del concierto en cuanto pudiera. No lo evidenciaba, pero él la había estado observando durante lo que le pareció una hora; en este punto, era prácticamente un experto en las expresiones y gestos de la renuente violonchelista.

Iba a tener que actuar con rapidez.

—Preséntanos—, le dijo a Winston, señalando discretamente hacia ella con la cabeza.

—¿En serio?—

Richard asintió brevemente.

Winston se encogió de hombros, obviamente sorprendido por el interés de su amigo en la incolora señorita Iris Smythe-Smith. Pero si tenía curiosidad, no lo demostró más allá de su pregunta inicial. En su lugar, maniobró entre la multitud con su suave manera acostumbrada. La mujer en cuestión podría permanecer torpemente de pie en la puerta, pero sus ojos eran agudos, observando la habitación, sus habitantes y sus interacciones.

Calculaba el tiempo para escapar. Richard estaba seguro de ello.

Pero iba a ser frustrada. Winston se detuvo frente a ella antes de que pudiera hacer su movimiento. —Miss Smythe-Smith,— dijo, todo buen humor y amabilidad. —¡Qué delicia poder verla de nuevo!—

Ella hizo una reverencia sospechosa. Era evidente que no tenía la capacidad de Winston para justificar un saludo tan cálido. —Sr. Bevelstoke —, murmuró.

—¿Puedo presentarle a mi buen amigo, Sir Richard Kenworthy?—

Richard se inclinó. —Es un placer conocerla—, dijo.

—Y a usted.—

Sus ojos eran tan brillantes como había imaginado, aunque con sólo la luz de las velas para iluminar su rostro, no podía discernir de forma precisa su color. Gris, tal vez, o azul, enmarcados por las pestañas tan claras que podrían haber sido invisibles si no fuera por su asombrosa longitud.

—Mi hermana envía sus disculpas—, dijo Winston.

—Sí, ella usualmente asiste, ¿no?— Miss Smythe-Smith murmuró con el mínimo indicio de una sonrisa. —Es muy amable.—

—Oh, no creo que la bondad tenga nada que ver con esto —, dijo Winston genialmente.

La señorita Smythe-Smith levantó una ceja pálida y fijó una mirada sobre Winston. —Prefiero pensar que la bondad tiene todo que ver.—

Richard estaba inclinado a estar de acuerdo. No podía imaginar por qué la hermana de Winston se sometería a sí misma a una actuación más de una vez. Y más bien admiraba la agudeza de la señorita Smythe-Smith sobre el asunto.

—Me envió en su lugar,— continuó Winston. —Ella dijo que así nuestra familia estaría lo suficientemente representada este año.— Miró a Richard. —Fue firme al respecto—.

—Por favor, transmítale mi gratitud—, dijo la señorita Smythe-Smith. —Sin embargo, si me disculpan, debo—

—¿Puedo hacerle una pregunta?— interrumpió Richard.

Se quedó inmóvil, ya había comenzado a girar hacia la puerta. Lo miró con cierta sorpresa. También lo hizo Winston.

—Por supuesto que puede,— murmuró, sus ojos no tan plácidos como su tono. Eran una joven de buena cuna y un barón. Ella no podía ofrecer otra respuesta, y ambos lo sabían.

—¿Cuánto tiempo ha practicado el violonchelo?—, le espetó. Fue la primera pregunta que se le vino a la mente, y fue sólo después de que hubiera salido de sus labios cuando se dio cuenta de que era bastante desagradable. Ella sabía que el cuarteto era terrible, y sabía que tenía que sentirlo de la misma manera. Solicitar información sobre su formación era más que cruel. Pero él había actuado bajo presión. No podía dejarla ir. No sin un poco de conversación, por lo menos.

—Yo— Ella balbuceó por un momento, y Richard sintió su forcejeo interior. Él no había querido—Oh, maldita sea.

—Fue una actuación encantadora—, dijo Winston, mirándolo como si quisiera darle una patada.

Richard habló rápidamente, con ganas de rehabilitarse ante sus ojos. —Lo que quise decir fue que parecía un poco más eficiente que sus primas.—

Ella parpadeó varias veces. Maldita sea, ahora iba e insultaba a sus primas, pero supuso que mejor insultarlas a ellas que a Iris.

Él siguió adelante. —Yo estaba sentado cerca de su lado de la habitación, y de vez en cuando podía oír el violonchelo aparte de los otros instrumentos.—

—Ya veo,— dijo lentamente, y tal vez con un poco cautela. Ella no sabía qué pensar de su interés, eso estaba claro.

—Es muy hábil—, dijo.

Winston miró con incredulidad. Richard podía imaginar por qué. No había sido fácil discernir las notas del violonchelo a través del estruendo, y para un oído no entrenado, Iris debió parecer tan terrible como el resto. Para Richard, decirlo de otro modo, le parecía la peor clase de falsa adulación.

Salvo que la señorita Smythe-Smith sabía que era mejor músico que sus primas. Lo había visto en sus ojos cuando ella reaccionó a su declaración. —Hemos estudiado todas desde que éramos muy jóvenes—, dijo.

—Por supuesto—, respondió. Por supuesto que eso sería lo que ella diría. No iba a insultar a su familia delante de un extraño.

Un incómodo silencio descendió sobre el trío, y la señorita Smythe-Smith hizo esa sonrisa amable de nuevo, con la clara intención de disculparse.

—La violinista es su hermana?— preguntó Richard, antes de que pudiera hablar.

Winston le lanzó una mirada curiosa.

—Una de ellas, sí—, respondió ella. —La rubia—.

—¿Su hermana menor?—

—Cuatro años menor, sí—, dijo, con la voz afilada. —Esta es su primera temporada, a pesar de que actuó en el cuarteto el año pasado.—

—Hablando de eso,— interrumpió Winston, por suerte, ahorrando a Richard tener que pensar en otra inoportuna pregunta, —¿por qué Lady Sarah se sienta al piano? Pensé que el cuarteto era sólo para damas solteras —.

—Nos falta una pianista—, respondió ella. —Si Sarah no hubiera aceptado, el concierto habría sido cancelado.—

La pregunta obvia flotaba en el aire. ¿Habría sido una cosa tan mala?

—Habría roto el corazón de mi madre—, dijo la señorita Smythe-Smith, y era imposible decir exactamente qué emoción expresaba su voz. —Y el de mis tías.—

—Muy amable de su parte prestar su talento—, dijo Richard.

Y entonces la señorita Smythe-Smith dijo algo de lo más sorprendente. Murmuró: —Ella nos lo debía.—

Richard comenzó. —¿Disculpe?—

—Nada—, dijo ella, sonriendo alegremente. . . y falsamente.

—No, debo insistir—, dijo Richard, intrigado.— No se puede hacer tal declaración y dejarla sin aclarar.—

Sus ojos revolotearon hacia la izquierda. Tal vez para asegurarse de que su familia no podía oír. O tal vez simplemente estaba tratando de no girar los ojos completamente. —No es nada, de verdad. Ella no actuó el año pasado. Se retiró el día de la actuación—.

—¿Se canceló el concierto?— Preguntó Winston, con el ceño fruncido mientras trataba de recordar.

—No. La institutriz de sus hermanas intervino—.

—Oh, está bien—, dijo Winston con un movimiento de cabeza. —Lo recuerdo. Realmente destacable que ella conociera la pieza —.

—¿Estaba enferma su prima?— preguntó Richard.

La señorita Smythe-Smith abrió la boca para hablar, y luego, en el último momento cambió de opinión acerca de lo que iba a decir. Richard estaba seguro de ello.

—Sí,— dijo simplemente. —Ella estaba muy enferma. Ahora, si me disculpan, me temo que hay un asunto que debo atender—.

Ella hizo una reverencia, se inclinaron, y ella se fue.

—¿Qué fue eso?— Preguntó Winston inmediatamente.

—¿Qué?— Richard respondió, fingiendo ignorancia.

—Prácticamente te lanzaste contra la puerta para evitar que se fuera.—

Richard se encogió de hombros. —La encontré interesante.—

—¿A ella?— Winston miró hacia la puerta por la que la señorita Smythe-Smith acababa de salir. —¿Por qué?—

—No lo sé—, mintió Richard.

Winston se volvió hacia Richard, luego a la puerta, y después de nuevo a Richard. —Debo decirlo, ella no es tu tipo habitual.—

—No,— dijo Richard, a pesar de que nunca había pensado en sus preferencias en esos términos. —No, no lo es. —

Pero, de nuevo, nunca había necesitado encontrar una esposa. En dos semanas, no menos.

EL DÍA SIGUIENTE encontró a Iris atrapada en el salón con su madre y Daisy, esperando el inevitable goteo de personas que acudirían. Tenían que estar en casa para los visitantes, insistió su madre. La gente quería felicitarlas por su desempeño.

Sus hermanas casadas se detendrían allí, imaginaba Iris, y muy probablemente algunas otras damas. Las mismas que asistían cada año por bondad. El resto, evitaría la casa de los Smythe-Smith —cualquiera de las viviendas Smythe-Smith— como a una terrible peste. La última cosa que alguien quería hacer era tener una conversación educada sobre un desastre aural.

Era como si los acantilados de Dover se derrumbaban en el mar, y todo el mundo se sentaran encima tomando té y diciendo: —Oh, sí, se produjo un buen espectáculo. Lástima lo de la casa del vicario, sin embargo. —

Pero era temprano todavía, y aún no habían sido agraciadas por un visitante. Iris había bajado algo para leer, pero Daisy seguía brillando de alegría y triunfo.

—Pensé que estuvimos espléndidas—, anunció.

Iris levantó los ojos de su libro el tiempo suficiente para decir: —No estuvimos espléndidas.—

—Tal vez tú no lo estuvieras, escondida detrás de tu violonchelo, pero nunca me he sentido tan viva y en tanta sintonía con la música.—

Iris se mordió el labio. Había muchas maneras de poder responder. Era como si su hermana menor le estuviera pidiendo que utilizara cada palabra de su arsenal de sarcasmos. Pero se mordió la lengua. El concierto siempre la hacía sentir irritable, y no importaba lo molesta que fuera Daisy - y ella lo era, oh, lo era-, pero no era su culpa que Iris estuviera de mal humor. Bueno, no del todo.

—Había muchos caballeros guapos en la actuación de anoche—, dijo Daisy. —¿Los viste, mamá?—

Iris puso los ojos en blanco. Por supuesto que su madre los había visto. Era su trabajo anotar a todos los caballeros elegibles de la habitación. No, era más que eso. Era su vocación.

—El Sr. St. Clair estaba allí —, dijo Daisy. —Estaba muy apuesto con su chaqué.—

—Nunca las va a mirar dos veces—, dijo Iris.

—No seas cruel, Iris,— la regañó su madre. Pero luego se volvió hacia Daisy. —Pero ella tiene razón. Y ni lo deseas. Él es demasiado desenfadado para una señorita decente —.

—Estaba hablando con Hyacinth Bridgetown,— señaló Daisy.

Iris volvió su mirada hacia su madre, ansiosa -y, a decir verdad, divertida- para ver cómo iba responder a eso. Sus familiares no eran más populares o respetables que los

Bridgetown, aunque Hyacinth -el más joven- era conocido como un tipo terrible.

La señora Smythe-Smith hizo lo que siempre hacía cuando no quería responder. Alzó las cejas, bajó la y dio un resoplido desdeñoso.

Conversación fuera. Al menos, ese particular camino.

—Winston Bevelstoke no es un calavera—, dijo Daisy, girando un poco a la derecha. —Estaba sentado cerca del frente.—

Iris resopló.

—¡Es magnífico!—

—Nunca dije que no lo fuera—, respondió Iris.— Pero tiene que tener casi treinta años. Y él estaba en la quinta fila—.

Eso pareció desconcertar a su madre. —¿La quinta?—

—Ciertamente no es el frente,— intervino Iris. Lo arruinaba todo, odiaba cuando la gente equivocaba los pequeños detalles.

—¡Oh, por el amor de Dios—, dijo Daisy. —No importa donde estaba sentado. Todo lo que importa es que él estaba allí —.

Eso era correcto, pero aún así, claramente no era el punto principal. —Winston Bevelstoke nunca estaría interesado en una chica de diecisiete años—, dijo Iris.

—¿Por qué no iba a estarlo?— exigió Margarita.— Creo que estás celosa.—

Iris giró los ojos. —Eso es tan lejos de la verdad que ni siquiera puedo empezar a contestarlo.—

—Él me miraba,— insistió Daisy. —El que esté todavía soltero habla de su selectividad. Tal vez simplemente ha estado esperando a que llegue la señorita perfecta—.

Iris respiró, sofocando el retorcido cosquilleo de sus labios. —Si te casas con Winston Bevelstoke—, dijo con calma: —Yo seré la primera en felicitarte.—

Los ojos de Daisy se estrecharon. —Está siendo sarcástica de nuevo, mamá.—

—No seas sarcástica, Iris—, dijo María Smythe-Smith, sin apartar los ojos de su bordado.

Iris frunció el ceño mirando a su madre.

—¿Quién era ese caballero con el que estaba el Sr. Bevelstoke anoche?—, Preguntó la señora Smythe-Smith. —Uno con el pelo oscuro.—

—Estaba hablando con Iris—, dijo Daisy, —después de la actuación.—

La señora Smythe-Smith fijó una mirada sagaz sobre Iris. —Lo sé.—

—Su nombre es Sir Richard Kenworthy—, dijo Iris.

Las cejas de su madre se levantaron.

—Estoy segura de que estaba siendo educado—, dijo Iris.

—Estaba siendo educado por un tiempo muy largo,— rió Daisy.

Iris la miró con incredulidad. —Hablamos durante cinco minutos. Si acaso —.

—Es más tiempo que la mayoría de los caballeros conversan contigo.—

—Daisy, no seas cruel—, dijo su madre, —pero tengo que estar de acuerdo. Yo creo que fueron más de cinco minutos —.

—No lo fueron,— murmuró Iris.

Su madre no la oyó. O más probablemente, optó por ignorarla. —Tendremos que averiguar más sobre él.—

La boca de Iris se abrió en un óvalo indignado. Cinco minutos había pasado en compañía de sir Richard, y su madre ya estaba conspirando la muerte del pobre hombre.

—No te estás haciendo más joven—, dijo la señora Smythe-Smith.

Daisy sonrió.

—Bien—, dijo Iris. —Voy a tratar de captar su interés por un completo cuarto de hora la próxima vez. Eso debería ser suficiente para enviar a buscar una licencia especial—.

—¡Oh, ¿ piensas eso?—, preguntó Daisy. —Sería muy romántico.—

Iris sólo podía mirarla. *¿Ahora* Daisy perdió el sarcasmo?

—Cualquier persona puede contraer matrimonio en una iglesia—, dijo Daisy. —Pero una licencia especial es especial.—

—De ahí el nombre,— murmuró Iris.

—Cuesta una cantidad increíble de dinero,— continuó Daisy, —y no se la dan a cualquiera.—

—Sus hermanas fueron casadas adecuadamente en la iglesia—, dijo su madre, —y vosotras lo seréis así.—

Eso puso fin a la conversación durante al menos cinco segundos. Lo cual era todo el tiempo que Daisy podía sentarse en silencio. —¿Qué estás leyendo?—, preguntó, estirando el cuello hacia Iris.

—*Orgullo y prejuicio*—, respondió Iris. No levantó la vista, pero marcó la página con el dedo. Por si acaso.

—¿No lo habías leído antes?—

—Es un buen libro.—

—¿Cómo puede un libro ser tan bueno para leerlo dos veces?—

Iris se encogió de hombros, lo que una persona menos obtusa habría interpretado como una señal de que no deseaba continuar la conversación.

Pero no Daisy. —Lo he leído también, ya sabes,— dijo ella.

—¿Lo hiciste?—

—Honestamente, no pensé que era muy bueno.—

En ese momento, Iris finalmente levantó los ojos. —
¿Disculpa?—

—Es muy poco realista,— opinó Daisy.— ¿Realmente se esperaba que me creería que la señorita Elizabeth rechazaría la propuesta matrimonial del Sr. Darcy?—

—¿Quién es la señorita Elizabeth?—, preguntó la señora Smythe-Smith, su atención finalmente arrancada de su bordado. Ella miró a una hija y a la otra. —Y para el caso, ¿quién es el señor Darcy?—

—Era patentemente claro que ella nunca tendría una oferta mejor que la del señor Darcy,— continuó Daisy.

—Eso es lo que el Sr. Collins dijo que cuando él le propuso matrimonio,— replicó Iris. —Y entonces el señor Darcy se lo preguntó.—

—¿Quién es el señor Collins?—

—Son personajes ficticios, mamá—, dijo Iris.

—Muy alocados y necios, si me preguntas,— dijo Daisy con altivez. —El Sr. Darcy es muy rico. Y la señorita Elizabeth no tiene dote. Que él condescendiera a proponer a ella—

—¡Él la amaba!—

—Por supuesto que sí—, dijo Daisy malhumorada. —No puede haber ninguna otra razón para que le pidiera que se casara con él. ¡Y entonces ella le rechaza! —

—Ella tenía sus razones.—

Daisy puso los ojos en blanco. —Ella tuvo suerte de que le preguntara de nuevo. Eso es todo lo que tengo que decir sobre el asunto—.

—Creo que debería leer ese libro—, dijo la señora Smythe-Smith.

—Aquí—, dijo Iris, sintiéndose repentinamente abatida. Sostuvo el libro hacia su madre.— Usted puede leer mi copia.—

—Pero tú estás en la mitad.—

—Lo he leído antes.—

La señora Smythe-Smith tomó el libro, volvió a la primera página y leyó la primera frase, que Iris conocía de memoria.

Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero en posesión de una buena fortuna, debe estar buscando una esposa.

—Bueno, eso es cierto—, dijo la señora Smythe-Smith para sí misma.

Iris suspiró, preguntándose cómo podría mantenerse ocupada ahora. Supuso que podría alcanzar otro libro, pero estaba demasiado cómoda repantigada en el sofá como para considerar levantarse. Suspiró.

—¿Qué?— exigió Daisy.

—Nada—.

—Suspiraste.—

Iris luchó contra el impulso de gemir. —No todos los suspiros tienen que ver contigo.—

Daisy sorbió por la nariz y se alejó.

Iris cerró los ojos. Tal vez podría tomar una siesta. No había dormido bien la noche anterior. Nunca lo hacía la noche de la velada musical. Ella siempre se decía a sí misma que podría hacerlo, ahora que tenía otro año entero antes de tener que empezar a aterrorizarse de nuevo.

Pero el sueño no era su amigo, no cuando ella no podía dejar de repetir en su cerebro cada momento pasado, cada nota chapuza. Las miradas de burla, de piedad, de shock y la sorpresa. . . Supuso que casi podía perdonar a su prima Sarah por fingir una enfermedad el año anterior para evitar actuar. Ella lo entendió. Que el cielo la ayudara, nadie lo entendía mejor que ella.

Y entonces Sir Richard Kenworthy había solicitado una audiencia. ¿Qué había sido eso? Iris no era tan tonta como para pensar que él estaba interesado en ella. No era un diamante de primera clase. Esperaba casarse algún día,

realmente; pero cuando ocurriera, no iba a ser porque algún caballero le echara una mirada y cayera bajo su hechizo.

Ella no tenía hechizos. Según Daisy, ni siquiera tenía pestañas.

No, cuando Iris se casara, sería por una propuesta sensata. Un caballero ordinario la encontraría agradable y decidiría que la nieta de un conde era algo ventajoso para tener en la familia, incluso con su modesta dote.

Y ella tenía pestañas, pensó malhumorada. Sólo que eran muy claras.

Necesitaba saber más acerca de Sir Richard. Pero lo más importante, tenía que encontrar la manera de hacerlo sin llamar la atención. No serviría de nada ser vista persiguiéndolo. Especialmente cuando-

—Hay personas que llaman, señora—, anunció su mayordomo.

Iris se sentó. *Tiempo para una buena postura*, pensó con falsa alegría. Hombros, espalda recta...

—El Sr. Winston Bevelstoke,— entonó el mayordomo.

Daisy se enderezó y se pavoneó, pero no antes de lanzar una mirada de *Yo-te-lo-dije* a Iris.

—Y Sir Richard Kenworthy.—

Capítulo Tres

—TÚ LO SABES,— LE DIJO WINSTON, mientras se detenían en la parte inferior de las escaleras de la casa Smythe-Smith, —esto no va a hacer sino aumentar las esperanzas de la joven.—

—Y yo que pensaba que era una costumbre visitar a una joven—, dijo Richard.

—Lo es. Pero éstos son los Smythe-Smith —.

Richard había empezado a subir las escaleras, pero se detuvo. —¿Hay algo excepcional acerca de esta familia?—, preguntó en un tono suave. —¿Además de sus talentos musicales únicos?— Él necesitaba casarse rápidamente, pero tampoco necesitaba chismes y Dios no lo quiera, escándalos mantenidos ocultos. Si los Smythe-Smith tenían secretos oscuros, tenía que saberlo.

—No,— dijo Winston, distraído, con una sacudida de cabeza. —De ningún modo. Es sólo... Bueno, supongo que se podría decir. . —.

Richard esperó. Finalmente Winston lo diría.

—Esta rama particular de la familia Smythe-Smith es un tanto... —Winston suspiró, incapaz de terminar la frase. Realmente era un buen tipo, pensó Richard con una sonrisa. Podría rellenar sus oídos con algodón y beber de un frasco durante un concierto, pero no se atrevía a hablar mal de una dama, aunque su único insulto fuera decir que ella era impopular.

—Si cortejas a una de las Misses Smythe-Smith,— dijo finalmente Winston, —la gente va a sentir curiosidad sobre el por qué.—

—¿Porque soy un buen partido?—, dijo Richard con voz seca.

—¿No lo eres?—

—No—, dijo Richard. Era como Winston fuera ajeno a tal cosa. —Yo no lo soy.—

—Vamos, las cosas no pueden estar tan malas.—

—Apenas he logrado salvar las tierras de Maycliffe de la negligencia y mala gestión de mi padre, toda un ala de la casa es actualmente inhabitable; y tengo dos hermanas, de las cuales yo soy el único guardián.— Richard le dedicó una sonrisa floja. —No, yo no diría que soy una espléndida captura.—

—Richard, te conozco— Winston frunció el ceño. — ¿Por qué es Maycliffe inhabitable?—

Richard sacudió la cabeza y subió los escalones.

—No, en serio, tengo curiosidad. Yo—

Pero Richard ya había bajado la aldaba. —Inundación—, dijo. —Alimañas. Probablemente un fantasma—.

—Si lo tienes tan difícil,— dijo Winston rápidamente, mirando a la puerta —, vas a necesitar una dote más grande que la que encontrarás aquí.—

—Tal vez,— Richard murmuró. Pero tenía otras razones para buscar a Iris Smythe-Smith. Ella era inteligente; no había necesitado pasar mucho tiempo en su compañía para asegurarse de que lo era. Y ella valoraba a la familia. Lo hacía. ¿Por qué si no hubiera participado en esa miserable velada musical?

Pero ¿podría valorar a *su* familia tanto como valoraba a la suya propia? Ella tendría que hacerlo si se casaba con ella.

La puerta fue abierta de golpe, por un mayordomo algo corpulento, que tomó las tarjetas de Winston y de él con una rígida reverencia. Un momento más tarde, fueron conducidos a un pequeño pero elegante salón, decorado en tonos crema, dorados y verdes. Richard se percató inmediatamente de Iris, en el sofá, mirándolo en silencio a través de sus pestañas. En otra mujer la expresión podría haber sido coqueta, pero en Iris era más vigilante. Evaluación.

Ella le estaba tomando medida. Richard no estaba seguro de cómo se sentía acerca de eso. Él *debería* estar divertido.

—El Sr. Winston Bevelstoke,— anunció el mayordomo, — y Sir Richard Kenworthy.—

Las damas se levantaron para saludarles, y ellos dedicaron su atención en primer lugar a la señora Smythe-Smith, como era apropiado.

—Sr. Bevelstoke—, dijo ella, sonriendo a Winston. — Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo está su querida hermana? —

—Muy bien. Se acerca al final de su encierro; de no haber sido por eso, habría asistido anoche. —Hizo un gesto a Richard. —No creo que le haya sido presentado mi buen amigo, Sir Richard Kenworthy. Estábamos juntos en Oxford —.

Ella sonrió cortésmente. —Sir Richard.—

Hizo una reverencia con la cabeza. —Sra. Smythe-Smith —.

—Mis dos hijas más jóvenes—, dijo, señalando a las dos mujeres detrás de ella.

—Tuve el honor de conocer a la señorita Smythe-Smith anoche—, dijo Richard, en honor a Iris, con una pequeña reverencia.

—Sí, por supuesto que lo hizo.— La señora Smythe-Smith sonrió, pero no le alcanzó a los ojos; y una vez más Richard tuvo la clara impresión de que estaba siendo pesado y medido. Con qué criterios, sin embargo, no podía saberlo. Fue condenadamente inquietante, y no por primera vez se encontró pensando en que Napoleón podría haber sido derrotado antes de Waterloo, solamente si hubieran enviado a las mamás Londres a cuidar de sus estrategias.

—Mi hija menor,— dijo la señora Smythe-Smith, inclinando la cabeza hacia Daisy, —Miss Daisy Smythe-Smith.—

—Miss Daisy—, dijo Richard cortésmente, inclinándose sobre su mano. Winston hizo lo mismo.

Una vez que se hicieron las presentaciones de rigor, los dos caballeros se sentaron.

—¿Disfrutó mucho del concierto?—, preguntó Miss Daisy.

Ella parecía estar dirigiendo su pregunta a Winston, de lo que Richard estaba inmensamente agradecido.

—Mucho—, dijo, después de aclararse la garganta seis veces. —No puedo recordar la última vez que, Er...

—Me imagino que usted nunca había oído decir que Mozart tocara con tanto fervor—, dijo Iris, acudiendo a su rescate.

Richard sonrió. Había una astucia en ella que era bastante atractiva.

—No,— dijo Winston rápidamente, con evidente alivio en su voz. —Fue una experiencia singular.—

—Y usted, Sir Richard?—, preguntó Iris. Él la miró a los ojos, -de un muy, muy azul claro, finalmente dedujo- y para su sorpresa, vio un destello de impertinencia. ¿Le estaba poniendo un cebo?

—Me parece que estoy muy agradecido de haberme decidido a asistir—, respondió.

—Esa no es ninguna respuesta—, dijo ella, con voz demasiado baja como para ser escuchada con claridad por su madre.

Él arqueó una ceja. —Es toda la que va a conseguir.—

Ella abrió la boca como si fuera a jadear, pero al final dijo: —Encantada de verle, Sir Richard.—

La conversación derivó hacia los temas predecibles —el tiempo, el Rey, y el tiempo otra vez—, hasta que Richard se aprovechó de la banalidad de la conversación para sugerir un paseo por el cercano Hyde Park.

—Debido a que el clima es tan benigno—, concluyó.

—Sí, eso mismo dije yo,— exclamó Daisy. —El sol está brillando extraordinariamente bien. ¿Hace calor fuera, Sr.

Bevelstoke? Todavía no he salido de casa—.

—Moderadamente caluroso,— respondió Winston antes de lanzar a Richard una mirada rápida, pero letal. Estaban ahora allí, o tal vez él estaba en deuda con Winston. La velada musical Smythe-Smith no sería como pasar una hora del brazo de la señorita Daisy. Y ambos sabían que Winston no sería uno de los escoltas de Iris.

—Me sorprendió verle tan pronto después del concierto, — dijo Iris una vez que estaban fuera y se dirigieron hacia el parque.

—Y yo estoy sorprendido de oírle decir eso—, respondió. —Seguramente no le di una impresión de desinterés.—

Sus ojos se abrieron. Normalmente no sería tan osado, pero no tenía tiempo para un noviazgo sutil.

—No estoy segura—, dijo cuidadosamente, —de lo que he hecho para conseguir su atención.—

—Nada—, admitió. —Pero la atención no siempre es algo conseguido.—

—¿No?— Se la oía sobresaltada.

—No de forma inmediata.— Él sonrió, complacido de que el ala de su sombrero fuera lo suficientemente superficial para poder verle la cara. —¿No es ese el propósito del noviazgo? ¿No es para determinar si una relación inicial es adecuada? —

—Creo que lo que usted llama atención, yo lo llamo atracción—.

Él se rió entre dientes. —Usted, por supuesto, está en lo correcto. Por favor, acepte mis disculpas y mi aclaración—.

—Entonces estamos de acuerdo. No tengo su atención —.

—Pero tiene mi atracción,— murmuró audazmente.

Sus mejillas se colorearon, y se dio cuenta de que cuando Iris Smythe-Smith se sonrojaba, lo hacía en cada

centímetro de su piel. —Usted sabe que no es lo que quise decir,— murmuró.

—Usted tiene mi respeto—, dijo con firmeza. —Si no lo hubiera ganado anoche, lo tendría esta mañana.—

Sus ojos adquirieron una expresión de desconcierto, y dio una pequeña sacudida con la cabeza, antes de volver su mirada hacia el camino que tenían delante.

—Nunca he sido un hombre que valore la estupidez en las mujeres—, dijo a la ligera, casi como si estuviera comentando algo exhibido en una tienda .

—No me conoce lo suficientemente bien como para medir mi inteligencia.—

—Puedo medirla lo suficientemente bien como para saber que no ee estúpida. Si usted puede hablar alemán y hacer sumas mentalmente, yo puedo saberlo muy pronto.—

Pareciendo como si estuviera tratando de no sonreír, es ella dijo, —Sí a uno, no a la otro.—

—¿Alemán?—

—No, sumas.—

—Es una lástima.— Él le dirigió una mirada de complicidad. —El alemán sería muy práctico para tratar con la familia real—.

Ella se echó a reír. —Yo creo que ahora todos hablan Inglés.—

—Sí, pero siguen casándose con alemanes, ¿no?—

—No es el asunto,— dijo Iris, —No espero una audiencia con el rey en cualquier momento del futuro cercano. —

Richard se rió entre dientes, disfrutando de su rápido ingenio. —Siempre queda la pequeña princesa Victoria.—

—Quién probablemente *no* habla Inglés,— concedió Iris. —Su madre, sin duda, no lo hace.—

—¿La ha conocido?—, preguntó secamente.

—Por supuesto que no.— Ella le echó un corto vistazo, y tenía la sensación de que si se hubieran sabido mejor, lo podría haber acompañado con un amistoso codazo en las costillas. —Muy bien, estoy convencida. Debo encontrar a toda prisa un tutor de alemán —.

—¿Tiene aptitud para los idiomas?—, preguntó.

—No, pero todas estábamos obligadas a estudiar francés hasta Mamá lo declaró antipatriótico—.

—¿Aún piensa así?— ¡Dios mío, la guerra había terminado hacía casi una década!.

Iris le lanzó una mirada coqueta. —Ella es muy rencorosa.—

—Recuérdeme que no debo enfrentarme con ella.—

—Yo no se lo recomendaría—, murmuró distraídamente. Su cabeza se inclinó un poco hacia un lado, e hizo una mueca. —Me temo que deberíamos rescatar al Sr. Bevelstoke.—

Richard miró hacia Winston, que caminaba a unos seis metros por delante de ellos. Daisy iba agarrada a su brazo y hablando con tal vigor, que sus rizos rubios rebotaban a su alrededor.

Winston estaba poniendo buena cara, pero parecía vagamente enfermo.

—Amo a Daisy—, dijo Iris con un suspiro, —pero es un amor adquirido. Oh, pobre señor Bevelstoke! —Con eso, se separó del brazo de Richard y se apresuró hacia Winston y su hermana. Richard cogió el ritmo y la siguió.

—Yo quería preguntarle,— oyó que Iris decía: —¿Cuál es su opinión sobre el Tratado de San Petersburgo?—

Winston la miró como si estuviera hablando en otro idioma. Alemán, tal vez.

—Venía en el periódico de ayer—, continuó Iris.— Seguramente leyó sobre él.—

—Por supuesto—, dijo Winston, notándose con bastante claridad la mentira.

Iris sonrió brillantemente, ignorando el ceño de su hermana. —Suenan como si se hubiera resuelto a satisfacción de todos. ¿No le parece? —

—Er. . . sí —, dijo Winston, aumentando su entusiasmo. —Sí, por supuesto.— Él conocía el asunto, aunque no tenía idea de lo que estaba diciendo Iris. —Muy bien—.

—¿De qué están hablando?— preguntó Margarita.

—Del Tratado de San Petersburgo—, dijo Iris.

—Sí, ya lo has dicho,— dijo Daisy dijo irritada. —Pero, ¿eso qué es?—

Iris se congeló. —Oh, bueno, es, ehm. . —

Richard tragó una risa. Iris no lo sabía. Había salido a la palestra para salvar a Winston de su hermana, pero no sabía la respuesta a su propia pregunta.

Uno realmente no podía dejar de admirar su descaro.

—Es el acuerdo, ya sabes,— continuó Iris, —entre Gran Bretaña y Rusia.—

—De hecho—, dijo Winston amablemente. —Es un tratado. Creo que fue firmado en San Petersburgo—.

—Es un gran alivio—, insistió Iris. —¿No le parece?—

—Oh, sí—, respondió Winston. —Todos podremos dormir más profundamente ahora.—

—Nunca he confiado en los rusos—, dijo Daisy con un resoplido.

—Bueno, yo no sé si me gustaría ir tan lejos—, dijo Iris. Ella miró a Richard, pero él sólo se encogió de hombros, disfrutando demasiado como para interceder.

—Mi hermana casi se casó con un príncipe ruso—, dijo Winston improvisadamente.

—¿De verdad?—, preguntó Daisy, de repente, radiante.

—Bueno, no, en realidad no,— admitió Winston.— Pero él quería casarse con ella.—

—¡Oh, qué divino,!— Margarita estaba embelesada.

—Acabas de decir que no confías en los rusos,— le recordó Iris.

—No me refería a la realeza—, dijo Daisy con desdén. —Dígame,— le dijo a Winston, —¿Era terriblemente guapo?—

—Realmente no soy el mejor juez para decirlo,— precisó Winston, añadiendo después, —Eso sí, él era muy rubio.—

—Oh, *un príncipe*.— Margarita suspiró, colocando las manos sobre su corazón y moviéndolas sobre él. Entonces, sus ojos se estrecharon.— ¿Por qué, por todos los cielos, no se casó con él?—

Winston se encogió de hombros. —Yo no creo que ella lo quisiera. En su lugar, se casó con un baronet. Están enamorados de forma nauseabunda. Eso sí, Harry es un buen compañero—.

Daisy jadeó en voz tan alta que Richard estaba seguro de que la oyeron en Kensington. —¿Ella eligió a un barón en vez de a un príncipe?—

—Algunas mujeres no están deslumbradas por los títulos —, comentó Iris. Se volvió hacia Richard, y dijo en voz baja: —Lo crea o no, ésta es la segunda vez que hemos tenido esta conversación hoy.—

—¿En serio?— Sus cejas se levantaron. —¿De quién estaban hablando antes?—

—Personajes de ficción—, explicó, —de un libro que estaba leyendo.—

—¿Cuál?—

—*Orgullo y prejuicio*—, dijo con un gesto de la mano. —Estoy seguro de que no lo ha leído.—

—De hecho, lo hice. Es uno de los libros favoritos de mi hermana, y yo pensé que era prudente familiarizarme con sus opciones de lectura—.

—¿Siempre tiene una visión tan paternal respecto a sus hermanas?—, preguntó con malicia.

—Yo soy su tutor.—

Sus labios se separaron, y ella dudó un momento antes de decir: —Lo siento. Eso fue grosero de mi parte. No lo sabía. —

Él aceptó su disculpa con un gesto amable.—Fleur tiene dieciocho años y es un poco romántica. Si hubiera podido, habría leído sólo melodramas.—

—Orgullo y prejuicio no es un melodrama,— protestó Iris.

—No,— dijo con una sonrisa, —pero no tengo ninguna duda de que Fleur ha logrado convertirlo en uno en su cabeza. —

Ella sonrió ante eso. —¿Ha tenido su tutela por mucho tiempo?—

—Siete años—.

—¡Oh!— Llevó la mano a su boca, y dejó de caminar. —Lo siento mucho. Esa es una carga inimaginable para un hombre tan joven—.

—Lamento decir que lo consideré una carga en aquel momento. Tengo dos hermanas menores, , y después de que muriera mi padre, las envié a las dos a vivir con nuestra tía —.

—Difícilmente se podría haber hecho de otra manera. Usted debía estar aún con sus estudios—.

—Universidad—, confirmó. —No soy muy duro conmigo mismo, pero creo que debería haberlas atendido yo mismo en aquel momento; pero habría sido un tutor muy complicado.—

Ella puso su mano en el brazo, en un gesto de consuelo. —Estoy seguro de que hizo lo mejor posible.—

Richard estaba seguro de que no lo había hecho, pero dijo: —Gracias—.

—¿Qué edad tiene su otra hermana?—

—Marie-Claire tiene casi quince años.—

—Fleurr y Marie-Claire,— murmuró Iris. —Cómo muy francés.—

—Mi madre era una mujer fantasiosa.— Él le dirigió una sonrisa, y luego añadió, con un leve encogimiento de hombros. —Y ella también era medio francesa.—

—¿Sus hermanas están ahora en casa?—

Él asintió con la cabeza. —Sí. En Yorkshire—.

Ella asintió, pensativa. —Nunca he estado tan al norte.

—

Esto lo sorprendió. —¿No lo hizo?—

—Vivo durante todo el año en Londres—, explicó. —Mi padre es el cuarto de cinco hijos. Él no heredó tierras—.

Richard se preguntó si ella estaba emitiendo una advertencia. Si era un caza fortunas, debía buscar en otra parte.

—Visito a mis primos, por supuesto—, continuó a la ligera —, pero están todos en el sur de Inglaterra. No creo que jamás haya viajado más allá de Norfolk —.

—Es un paisaje muy diferente el del norte—, le dijo. —Puede ser bastante desolado y sombrío.—

—Usted no está demostrando ser un embajador entusiasta de su condado,— le reprendió ella.

Se rió de eso. —No todo es desolado y sombrío. Y algunas partes son hermosas, a su manera —.

Sonrió ante la descripción.

—En cualquier caso—, continuó, —Maycliffe se asienta en un ameno valle. Es muy tranquilo en comparación con el resto de la provincia —.

—¿Es eso algo bueno?—, preguntó levantando su frente.

Se echó a reír. —Estamos realmente no demasiado lejos de Darlington, y del ferrocarril que se está construyendo allí.

Sus ojos azules se iluminaron con asombro.— ¿Es así? Me encantaría ver eso. He leído que cuando esté terminado, uno podría ser capaz de viajar a quince millas por hora, pero no puedo acreditar tal velocidad. Suena terriblemente peligroso—.

Él asintió con aire ausente, mirando a Daisy, que seguía interrogando al pobre Winston sobre el príncipe ruso. —Supongo que su hermana pensó que la señorita Elizabeth no debería haber rechazado la primera propuesta de Darcy.—

Iris se le quedó mirando fijamente antes de parpadear, y diciendo: —Oh, sí, el libro. Sí, tiene usted razón. Daisy encontró que Lizzy era muy tonta —.

—¿Qué le parece a usted?—, preguntó, y se dio cuenta de que, realmente, quería saber su opinión.

Hizo una pausa, tomando tiempo para elegir sus palabras. A Richard no le importaba el silencio; se le presentaba la oportunidad de ver como ella pensaba. Ella era más bonita de lo que había supuesto a primera vista. Hubo una simetría agradable en sus características, y sus labios eran mucho más alegres de lo que cabría suponer, dado la palidez del resto de su cara.

—Teniendo en cuenta lo que sabía en ese momento,— dijo finalmente Iris, —no veo cómo podría haberlo aceptado. ¿Desea casarse con alguien a quien no pueda respetar? —

—Por supuesto que no.—

Ella asintió distraídamente, luego frunció el ceño mientras miraba a Winston y Daisy de nuevo. De alguna manera, se las habían arreglado para conseguir ir un poco por delante. Richard no podía oír lo que estaban hablando, pero Winston tenía el aspecto de un hombre en problemas.

—Vamos a tener que salvarlo de nuevo—, dijo Iris con un suspiro. —Pero esta vez no sé cómo hacerlo. He agotado mis conocimientos sobre la política rusa—.

Richard se inclinó hacia ella, lo suficientemente cerca para poder murmurar en su oído. —El Tratado de San Petersburgo define el límite entre la América rusa y el territorio del Norte occidental.—

Ella cogió el labio entre sus dientes, claramente tratando de no sonreír.

—Iris— llamó Daisy.

—Parece que no tendremos que organizar una interrupción,— dijo Richard una vez que alcanzaron a la otra pareja.

—He invitado al Sr. Bevelstoke a la lectura de poesía de la próxima semana en Pleinsworths ‘—, dijo Daisy. —Insistimos en que asista.—

Iris miró a su hermana con horror antes de pasar a Winston. —YO... ¿insisto en que asista?—

Daisy dio un petulante resoplido ante la falta de decisión de su hermana y se volvió a Winston. —Usted debe asistir, Sr. Bevelstoke. Simplemente debe. Es seguro que será edificante. La poesía siempre lo es—.

—No—, dijo Iris, con el ceño fruncido de dolor, —en realidad no lo es.—

—Por supuesto que vamos a estar ahí—, anunció Richard.

Los ojos de Winston se estrecharon peligrosamente.

—No nos lo perderemos—, le aseguró Richard a Daisy.

—Los Pleinsworths son nuestros primos—, dijo Iris con una mirada mordaz. —Usted puede que recuerde a Harriet. Ella tocaba el violín—

—El segundo violín,— Margarita intervino.

—en el concierto de anoche.—

Richard tragó saliva. Sólo podía estar hablando de la que no sabía leer música. Sin embargo, no había ninguna razón para pensar que eso fuera un mal presagio para una lectura de poesía.

—Harriet es aburrida—, dijo Daisy —, pero sus hermanas más jóvenes son adorables.—

—Me gusta Harriet—, dijo Iris firmemente. —Me gusta mucho.—

—Entonces estoy seguro de que será una noche agradable—, dijo Richard.

Daisy sonrió y enlazó el brazo de Winston una vez más, liderando el camino de regreso a la Puerta de Cumberland por la que habían entrado. Richard siguió con Iris, marcando un ritmo más lento para que pudieran ser capaces de hablar en privado.

—Si tuviera que recurrir a usted mañana—, preguntó en voz baja, —estaría en casa?—

No lo miró; lo que era una pena, ya que a él le hubiera gustado ver su sonrojo de nuevo.

—Lo haría,— susurró ella.

Ese fue el momento en que se decidió. Iba a casarse con Iris Smythe-Smith.

Capítulo Cuatro

Más tarde, esa noche

Un salón de baile de Londres

—No están aquí todavía—, dijo Daisy.

Iris fingió una sonrisa. —Lo sé.—

—He estado mirando la puerta.—

—Lo sé.—

Daisy agitaba el encaje de su vestido verde menta. — Espero que al Sr. Bevelstoke le guste mi vestido.—

—No veo cómo podría encontrarlo cualquier otra cosa menos que encantador—, dijo Iris honestamente. Daisy se conducía de manera alocada la mayor parte del tiempo, e Iris no siempre tenía palabras amables para su hermana menor, pero estaba dispuesta a dar elogios cuando se merecían.

Daisy era encantadora. Siempre lo había sido, con sus brillantes rizos de oro y la boca como un capullo de rosa. Su coloración realmente no era tan diferente, pero lo que brillaba como el oro en Daisy en Iris se veía blanqueado y descolorido.

Su niñera había dicho una vez que Iris podría desaparecer en un cubo de leche, y realmente, no estaba demasiado lejos de eso.

—No deberías haber usado ese color—, dijo Daisy.

—Y justo cuando yo estaba teniendo pensamientos benévolos,— murmuró Iris. A ella le gustaba el frío azul de la seda de su vestido. Ella más bien pensaba que resaltaba sus ojos.

—Debes usar colores más oscuros. Por el contraste—.

—¿Contraste?— Iris hizo eco.

—Bueno, necesitas un poco de color.—

Uno de estos días, iba a matar a su hermana. Realmente lo haría.

—La próxima vez vamos de compras,— Margarita continuó, —vamos a escoger tus vestidos.—

Iris la miró durante un momento y luego empezó a alejarse. —Voy a buscar un poco de limonada.—

—Trae alguna para mí, ¿quieres?— le gritó Daisy.

—No.— Iris no pensó que Daisy pudiera oírla, pero no le importaba mucho. Lo averiguaría finalmente cuando no le llevara ningún refresco.

Al igual que Daisy, Iris había estado observando la puerta toda la noche. A diferencia de Daisy, que había estado tratando de hacerlo a escondidas. Cuando Sir Richard la había llevado de vuelta a su casa ese día, ella había mencionado que iba a estar en la fiesta Mottram esa noche. Era un evento anual, y siempre muy esperado. Iris sabía que si Sir Richard no tenía una invitación, sería capaz de conseguirla sin problemas. No le había dicho que iba a estar presente, pero le había dado las gracias por la información. ¿Eso significaba algo?

Iris bordeaba todo el perímetro de la sala de baile, haciendo lo que mejor sabía hacer en eventos como estos; mirar a todos los demás. A ella le gustaba colocarse en la periferia de la pista de baile. Era una observadora ávida de sus amigos. Y de sus conocidos. Y de la gente que no conocía, y de la gente que no le gustaba. Era divertido, y realmente, la mayor parte del tiempo ella lo disfrutaba más que bailar. Era sólo que esta noche...

Esta noche había alguien que realmente quería bailar.

¿Dónde estaba él? Concedido, Iris había llegado a tiempo, lo que estaba fuera de la moda. Su madre era un purista de la puntualidad, no importaba cuántas veces se le asegurara que el horario que aparece en una invitación de fiesta no era más que una referencia.

Pero el salón de baile estaba ahora muy concurrido, y cualquier persona preocupada por llegar demasiado pronto no

tendría ningún motivo para preocuparse. En otro momento, sería-

—Miss Smythe-Smith.—

Ella se dio la vuelta. Sir Richard estaba delante de ella, increíblemente apuesto con sus traje de noche.

—No le vi entrar,— dijo, y luego procedió a la autoflagelación mental. *Estúpida, estúpida*. Ahora él sabría que había estado

—¿Estaba buscándome?—, Preguntó, con los labios curvándose en una sonrisa de complicidad.

—Por supuesto que no—, balbuceó. Debido a que nunca había sido una buena mentirosa.

Se inclinó sobre su mano y la besó. —Me sentiría halagado si realmente fuera así.—

—Yo no estaba exactamente *mirando* por usted,— dijo ella, tratando de no dejar que asomara su vergüenza. —Pero miraba alrededor de vez en cuando. Para ver si estaba aquí—.

—Entonces me siento halagado por su ‘mirar alrededor. —

Ella trató de sonreír. Pero no era *buena* en el flirteo. Si estaba en una habitación con gente que conocía bien, podía llevar hasta el final una conversación con estilo e ingenio. Su inexpresivo sarcasmo era leyenda en su familia. Pero puesta delante de un guapo caballero, su lengua se retorció en nudos. La única razón por la que ella había actuado tan bien durante la tarde era porque no estaba segura de que él la perseguía.

Era fácil ser uno mismo cuando las apuestas eran bajas.

—¿Puedo atreverme a esperar que haya reservado un baile para mí?—, preguntó Sir Richard.

—Tengo muchos bailes no reclamados, señor.— Como era su costumbre.

—Eso no puede ser.—

Iris tragó saliva. Estaba mirando hacia abajo, a ella, con una intensidad desconcertante. Sus ojos eran oscuros, casi

negros, y por primera vez en su vida entendía lo que quería decir la gente cuando comentaban que podrían ahogarse en los ojos de alguien.

Ella podría ahogarse en sus ojos. Y disfrutaría con ello.

—Me resulta difícil creer que los caballeros de Londres son tan tontos como para dejarla a un lado de la habitación.—

—No me importa—, dijo, y añadió: —En verdad,— cuando vio que él no le creyó. —Me gusta mucho observar a la gente.—

—¿Lo hace?—, Murmuró. —¿Qué es lo que ve?—

Iris observó el salón. La pista de baile era un remolino de color mientras las damas giraban alrededor de ella. —Allí,— dijo, señalando a una joven a unos veinte metros de distancia. —Ella está siendo regañada por su madre.—

Sir Richard se inclinó ligeramente hacia un lado para ver mejor. —No veo nada fuera de lo normal.—

—Se podría argumentar que ser regañada por la madre de una no se sale fuera de lo común, pero mire con más cuidado.— Iris señaló tan discretamente como pudo. —Ella va a tener problemas más tarde. No la está escuchando—.

—¿Se puede decir esto desde esta distancia?—

—Tengo un poco de experiencia por mí misma en ser regañada.—

Se rió en voz alta de eso. —Supongo que debo ser demasiado caballero para preguntar un ejemplo de lo que hiciste para merecer una reprimenda.—

—Ciertamente, usted debe serlo,— dijo con una amplia sonrisa. Tal vez estaba finalmente aprendiendo a coquetear. Era bastante agradable, en realidad.

—Muy bien—, dijo con un gesto lleno de gracia, — usted es muy observadora. Voy a incluir eso entre sus muchos atributos positivos. Pero no voy a creer que no le gusta bailar —.

—Yo no he dicho que no me guste bailar. Me limité a decir que no me gusta bailar cada baile—.

—¿Y ha bailado ya cada baile de esta noche?—

Ella le sonrió, sintiendo valiente y poderosa, muy diferente a ella misma. —Yo no estoy bailando *esta* danza.—

Sus oscuras cejas se levantaron ante su impertinencia, y de inmediato hizo una reverencia llena de gracia. —Miss Smythe-Smith, ¿me haría el gran honor de bailar conmigo?—

Iris sonrió ampliamente, incapaz de fingir una sofisticada indiferencia. Ella puso su mano en la suya y lo siguió hasta la pista de baile, donde las parejas hacían cola para un minué.

Los pasos eran intrincados, pero por primera vez en su vida, Iris sentía que estaba siguiendo la danza, sin tener que pensar en qué hacer. Sus pies sabían a dónde ir, y sus brazos se extendían con precisión en los momentos adecuados, y sus ojos, -oh, sus ojos- nunca dejaban los de ella, incluso cuando la danza los enviaba con diferentes parejas.

Iris nunca se había sentido tan preciada. Ella nunca se había sentido tan...

Deseada.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y tropezó. ¿Eso era lo que se sentía cuando se era querida por un caballero? ¿Querer cambiar? Ella había visto a sus primos enamorarse, movía la cabeza consternada por el enamoramiento que les hacía hacer el ridículo delante de todos. Habían hablado de anticipación sin respirar, de besos abrasadores; y luego, después de su matrimonio, todo se redujo a un susurro entre ellos. Había, también, otros agradables susurros, que, por lo que parecía, no se hablaba con las damas solteras.

Iris no lo entendía. Cuando sus primos habían hablado de ese perfecto momento de deseo, justo antes de un beso, ella sólo podía pensar en que sonaba horrible. Besar a alguien en la boca... ¿Por qué diablos iba a querer hacer eso? Parecía un poco higiénico asunto para ella.

Pero ahora, mientras daba vueltas a través de la danza, agarrando la mano de Sir Richard y permitiéndole girar con ella, no podía dejar de mirarle a los labios. Algo despertó dentro de ella, un extraño anhelo, un hambre desde su interior más profundo que le robaba el aliento.

Santo Dios, esto era deseo. *Ella* lo deseaba a *él*. Ella, que nunca tuvo siquiera el más mínimo deseo de sostener la mano de un hombre, quería *conocerlo* a él.

Se quedó paralizada.

—¿Miss Smythe-Smith?— Sir Richard fue inmediatamente a su lado. —¿Está algo mal?—

Ella parpadeó, y finalmente se acordó de respirar. —Nada—, susurró. —Me siento un poco débil, eso es todo.—

Él la llevó lejos de los otros bailarines. —Permítame que le traiga algo de beber.—

Ella le dio las gracias, y luego esperó en una de las sillas de las chaperonas' hasta que regresó con un vaso de limonada.

—No está fría,— dijo, —pero la otra opción era champán, y no creo que sea prudente si se siente mareada.—

—No. No, por supuesto que no.— Ella tomó un sorbo, consciente de que la estaba estudiando con atención. —Hacía mucho calor ahí —, dijo, sintiendo la necesidad de explicarse, aunque fuera con falsedades. —¿No le parece?—

—Un poco, sí.—

Ella tomó otro sorbo, contenta de tener algo en las manos sobre lo que centrar la atención. —Usted no tiene por qué permanecer aquí y cuidar más de mí—, le dijo.

—Lo sé.—

Ella había estado tratando de no mirarlo, pero la agradable simplicidad de sus palabras le llamó la atención.

Él le dedicó una pícaro media sonrisa. —Es muy agradable estar aquí, en el borde de la pista de baile. Mucha gente para observar—.

Se volvió rápidamente hacia su limonada. Era un astuto cumplido, pero un cumplido, desde luego. Nadie que lo oyera lo habría entendido, pero ellos dos sí; y por eso, era aún más maravilloso.

—No estaré mucho más tiempo aquí sentada, me temo —, dijo.

Sus ojos parecieron centellear. —Tal declaración necesita una explicación.—

—Ahora que ha bailado conmigo—, le dijo, —otros sentirán la necesidad de seguir su ejemplo.—

Se rió de eso. —De verdad, señorita Smythe-Smith, ¿nos encuentra a los hombres tan carentes de originalidad?—

Ella se encogió de hombros, manteniendo la mirada fija al frente. —Como le dije, Sir Richard, soy muy aficionada a la observación. No puedo decir *por qué* los hombres hacen lo que hacen, pero sin duda, puedo decir *qué* es lo que hacen—.

—¿Se siguen unos a otros como ovejas?—

Ella reprimió una sonrisa.

—Supongo que hay algo de verdad en eso—, reconoció. —Tendré que felicitarle por avisarle de todo esto yo misma. —

Ella le echó un vistazo.

—Soy un hombre de muy buen gusto.—

Trató de no inhalar. Ahora él estaba recargando las tintas sobre ésto. Pero ella se alegraba de ello. Era más fácil permanecer indiferente cuando sus cumplidos eran demasiado premeditados.

—No tengo ninguna razón para dudar de sus observaciones—, continuó, recostándose en su silla mientras observaba a la multitud de gente. —Pero como soy un hombre, y por lo tanto uno de sus temas de observación, de forma inconsciente—

—Oh, *por favor*.—

—No, no, llamemos las cosas por su nombre.— Él inclinó la cabeza hacia la de ella. —Todo en nombre de la ciencia, señorita Smythe-Smith.—

Ella giró los ojos.

—Como estaba diciendo,— continuó, atreviéndose descaradamente a interrumpirla, —Creo que puedo arrojar algo de luz sobre sus observaciones.—

—Tengo una hipótesis propia.—

—Shh, shh. Usted dijo que no podía decir por qué los hombres actúan como lo hacen—.

—No de manera concluyente, pero estaría terriblemente carente de curiosidad si no me planteara esa cuestión.—

—Muy bien. Dígame usted. ¿Por qué los hombres son como las ovejas? —

—Bueno, ahora me ha metido en un aprieto. ¿Cómo se supone que debo responder a eso sin ofender? —

—No se puede, en realidad—, admitió, —excepto que le prometiera que mis sentimientos no se verán afectados.—

Iris dejó escapar un suspiro, sin poder creer que estaba teniendo una conversación tan irregular. —Usted, Sir Richard, no es tonto.—

Él parpadeó. Entonces dijo, —Lo prometido es deuda, mis sentimientos no se verán perjudicados.—

—Y como ejemplo—, continuó con una sonrisa, porque realmente, ¿quién podría no haber sonreído ante eso? - — Cuando usted hace algo, otros hombres no pensarán inmediatamente que es un insensato. Me imagino que habrá, incluso, algunos jóvenes caballeros que querrán parecerse a usted —.

—Es usted demasiado amable,— dijo, arrastrando las palabras.

—Para continuar,— dijo ella, no admitiendo su interrupción —, cuando usted solicita un baile a una joven dama ... Más específicamente, a una dama que no es conocida

por bailar, otros querrán saber por qué. Se preguntarán si ha visto algo en ella que ellos no han visto. E incluso si miran más de cerca y todavía no encuentran nada de interés, no van a querer seguir ignorantes. Así que también van a invitarla a bailar—

No dijo nada de inmediato, por lo que ella añadió: — Supongo que me cree algo cínica.—

—Oh, sin duda. Pero eso no es necesariamente algo malo—.

Ella se volvió hacia él con sorpresa. —¿Disculpe?—

—Creo que hay que llevar a cabo un experimento científico—, anunció.

—Un experimento—, repitió. ¿Qué diablos era él acerca?

—Puesto que usted ha observado a mis compañeros caballeros como si fuéramos especímenes en un laboratorio grandiosamente decorado, propongo que hagamos un experimento más formal.— La miró esperando la respuesta, pero ella se quedó sin habla, totalmente sin habla.

—Después de todo—, continuó, —la ciencia requiere recopilar y tomar nota de los datos, ¿no es así?—

—Supongo—, dijo ella con recelo.

—La llevaré de nuevo hacia la pista. Nadie se acercará a ustedes aquí, en las sillas de las chaperonas. Ellos suponen que se lesionó. O que está enferma—.

—¿En serio?—, retrocedió Iris, sorprendida. Tal vez eso era parte de la razón por la que no se la solicitaba que bailara a menudo.

—Bueno, en todo caso, eso es lo que yo siempre he pensado. ¿Por qué si no iba una joven a estar aquí— Él miró en su dirección, lo que hizo que Iris se preguntara si su pregunta no había sido hipotética, pero el momento en que abrió la boca, continuó:— Voy a llevarle de vuelta, y dejarla allí. Veremos cuántos hombres le solicitan un baile—.

—No sea tonto.—

—Y usted—, continuó, como si ella no hubiera dicho una palabra, —tiene que ser honesta conmigo. Tienes que decirme la verdad sobre si le solicitan más bailes de lo habitual —.

—Prometo decir la verdad—, dijo Iris, ahogando una risa. Tenía la habilidad de decir la cosa más tonta como si se tratara de algo de gran importancia. Casi podía creer que todo era por la búsqueda científica.

Se puso de pie y le tendió la mano. —¿Mi Lady?—

Iris dejó el vacío vaso de limonada y se levantó.

—Confío en que no esté ya sufriendo los efectos del aturdimiento,— murmuró mientras la conducía a través de la sala de baile.

—Creo que me las arreglaré bien el resto de la noche.—

—Bien.— Él hizo una reverencia. —Hasta mañana, entonces.—

—¿Mañana?—

—Estamos avanzando, ¿no? Usted me concedió permiso para visitarla. Pensé que podríamos dar un paseo por la ciudad si el clima coopera—.

—¿Y si no lo hace?—, Preguntó ella, sintiéndose un poco descarada.

—Entonces hablaremos sobre libros. ¿Tal vez— -su cabeza bajó, acercándolos— algo que su hermana no haya leído? —

Ella se rió, fuerte y francamente. —Estoy casi espero que llueva lluvia, Sir Richard y yo—

Pero fue interrumpida por la llegada de un caballero de pelo rubio. Sr. Reginald Balfour. Lo había conocido antes; su hermana era buena amiga de uno de los suyos. Pero él nunca había hecho algo más que saludarla cortésmente.

—Miss Smythe-Smith,— dijo, inclinándose en una reverencia. —Se la ve excepcionalmente bien esta noche.—

La mano de Iris estaba todavía en el brazo de Sir Richard, y ella podía sentir su tensión mientras trataba de no reírse.

—¿Está usted comprometida para el próximo baile?—, Preguntó el Sr. Balfour.

—No, no lo estoy—, dijo.

—Entonces, ¿puedo pedírselo?—

Echó un vistazo a Sir Richard. Le guiñó un ojo.

NOVENTA MINUTOS DESPUÉS, Richard se puso de pie cerca de la pared, mirando a Iris mientras bailaba con otro caballero al que no reconoció. A pesar de su charla sobre no bailar nunca todos los bailes, ella parecía estar en camino hacia esa meta esa noche. Parecía sinceramente sorprendida por la atención que despertaba. Sobre si se estaba divirtiendo, no estaba seguro. Supuso que, incluso si ella no se divertía, vería la noche como una experiencia interesante, digna de su particular estilo de observación.

No por primera vez, se le ocurrió que Iris Smythe-Smith era muy inteligente. Era una de las razones por la que la había elegido a ella. Era una criatura racional. Ella lo entendería.

Nadie parecía fijarse en él, que permanecía en las sombras, por lo que aprovechó el momento para repasar mentalmente su lista. Había trazado una mientras venía corriendo de regreso a Londres unos días antes. Bueno, no la había trazado. No era tan tonto como para escribirla. Pero durante el viaje, había tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre lo que necesitaba en una esposa.

No podía estar arruinada. Ni ser de las que le gusta llamar la atención sobre sí misma.

No podía ser estúpida. Tenía buenas razones para casarse rápidamente, pero con quien eligiera, iba a tener que vivir con ella el resto de su vida.

Sería bueno que fuera bonita, pero no era imprescindible.

No debía ser de Yorkshire. A fin de cuentas, sería todo mucho más fácil si allí era una desconocida.

Probablemente podría no ser rica. Necesitaba a alguien que pudiera considerarlo un partido ventajoso. Su esposa nunca lo necesitaría tanto como él la necesitaba a ella; pero sería más fácil, al menos al principio, si no se daba cuenta de esto.

Y, sobre todo, tenía que entender lo que significaba valorar la familia de uno. Esa era la única manera de que el asunto funcionara. Tenía que entender *por qué* estaba haciendo esto.

Iris Smythe-Smith se ajustaba a sus necesidades en todos los sentidos. Desde el momento en que la vio con su violoncelo, deseando desesperadamente que la gente no la mirara, ella le había intrigado. Había estado en sociedad desde hacía varios años, pero si había recibido alguna propuesta de matrimonio, él no había oído hablar de ello. Richard podría no ser rico, pero era respetable, y no había ninguna razón para que su familia lo desaprobara, sobre todo cuando no había otros pretendientes a la vista.

Y le gustaba. ¿Quería echársela al hombro, llevársela lejos como por arte de magia, y violarla? No, pero no creía que no lo disfrutaría cuando llegara el momento.

A él le gustaba. Y sabía lo suficiente de matrimonio para saber que esto era más que lo que la mayoría de los hombres tenían cuando iban al altar.

Sólo desearía tener más tiempo. Ella era demasiado sensata para aceptarle tan pronto después de su primer encuentro. Y honestamente, no quería estar casada con el tipo de mujer que actuara tan precipitadamente. Iba a tener que forzar la situación, lo que era lamentable.

Pero, se recordó a sí mismo, no había nada más que hacer por esa noche. Su única tarea iba a ser educado y encantador para que, cuando llegara el momento, nadie se alborotara mucho.

Él ya había tenido suficiente alboroto para el resto de su vida.

Capítulo Cinco

Al día siguiente

—NO DAISY—, declaró IRIS. —Por favor, cualquier persona menos Daisy—.

—No se puede caminar por Londres con Sir Richard sin una chaperona—, dijo su madre, ajustando sus horquillas mientras examinaba su reflejo en el espejo de su tocador. —Usted lo sabe.—

Iris se había lanzado a la alcoba de su madre en el momento que había sabido que a Daisy se le había pedido que la acompañara en la excursión de ese día con Sir Richard. Seguramente su madre se daría cuenta de la locura de un plan así. Pero no, la señora Smythe-Smith parecía perfectamente contenta con la idea y estaba actuando como si todo estuviera ya arreglado.

Iris se deslizó alrededor hacia el otro lado de su madre, colocándose demasiado cerca del espejo para ser ignorada. —Entonces me quedo con mi doncella. Pero no con Daisy. Ella no va a quedarse unos pasos por detrás. Usted sabe que no lo hará—.

La señora Smythe-Smith lo consideró.

—Ella se va a entrometer en cada conversación,—presionó Iris. Su madre todavía no parecía muy convencida e Iris se dio cuenta de que iba a necesitar abordar el asunto desde un ángulo diferente. *Su-hija-es-demasiado-egocéntrica-y-eso-debería-hacerla-la-última-opción* desde todos los puntos de vista.

—Mamá—, dijo Iris, —por favor, debes reconsiderarlo. Si Sir Richard quiere conocerme mejor, y es seguro que no tendrá ningún éxito si Daisy está con nosotros toda la tarde —.

Su madre dejó escapar un pequeño suspiro.

—Usted sabe que es la verdad—, dijo Iris suavemente.

—Usted tiene algo de razón—, dijo la señora Smythe-Smith con el ceño fruncido. —Aunque no quiero que Daisy se sienta excluida.—

—Ella es cuatro años menor que yo,—protestó Iris. —Seguramente hay suficiente tiempo para que encuentre un caballero de su cuenta.— Y luego, en voz muy baja, dijo: —Es mi turno.—

Le gustaba Sir Richard, incluso si no acababa de confiar en él. Había algo muy extraño muy inesperado en el hecho de que dirigiera sus atenciones hacia ella. Había buscado claramente que se la presentaran en la velada musical; Iris no podía recordar la última vez que eso había sucedido. Y a continuación, le propuso visitarla al día siguiente, y pasar tanto tiempo a su lado en el baile Mottram... Era algo sin precedentes.

Ella no creía que sus intenciones fueran poco honorables; le gustaba pensar de sí misma que era una buena jueza del carácter de las personas, y fueran los que fuesen sus objetivos, no creía que arruinarla fuera uno de ellos. Pero tampoco podía creer que había sido golpeado por una gran pasión. Si ella fuera la clase de mujer que inspiraba a los hombres a enamorarse a primera vista, seguramente alguien más lo habría hecho ya.

Pero no podía haber nada malo en volver a verlo. Le había pedido a su madre permiso para salir con ella, y la había tratado con toda cortesía. Todo era muy adecuado, muy halagador, y si ella se había ido a dormir esa noche con una imagen de él en su mente, seguramente no había nada raro en eso. Era un hombre guapo.

—¿Estás segura de que no va a traer al Sr. Bevelstoke con él?—, preguntó su madre.

—Absolutamente. Y voy a ser honesta, no creo que el Sr. Bevelstoke tenga ningún interés en Daisy—.

—No, supongo que no. Ella es demasiado joven para él. Muy bien, puedes llevar a Nettie. Ya hizo lo mismo con tus hermanas en varias ocasiones y sabe lo que debe hacer—.

—Oh, gracias, mamá! ¡Muchas gracias! — Sorprendiéndose incluso a ella misma, Iris lanzó los brazos alrededor de su madre y la abrazó. Fue un abrazo largo, pero un segundo antes de que ambas se tensaran, dio un paso atrás; ellas nunca habían tenido una relación expresiva.

—Estoy segura de que todo esto se quedará en nada—, dijo Iris, porque no quería mostrar sus esperanzas en ningún sitio, pero sí en su propia mente. —Pero, *ciertamente*, no irá a ninguna parte con la presencia de Daisy.—

—Me hubiera gustado saber un poco más sobre él—, dijo su madre con el ceño fruncido. —No ha estado a la ciudad desde hace varios años.—

—¿Estabas familiarizada con él cuando Marigold estaba en sociedad?—, preguntó Iris. —¿O Rose o Lavender?—

—Creo que él estaba en la ciudad cuando Rose hizo su debut—, dijo su madre, en referencia a la hermana mayor de Iris, —pero no se movió en los mismos círculos.—

Iris no estaba segura de lo que eso significaba.

—Era joven,— dijo su madre con un gesto de su mano. —El matrimonio no estaba en su mente.—

En otras palabras, pensó irónicamente Iris, había sido un poco salvaje.

—Hablé con tu tía de él, sin embargo,— su madre continuó, sin molestarse en aclarar qué tía. Iris supuso que en realidad no importaba; todas ellas eran igualmente buenas fuentes de chismes. —Dijo que consiguió la baronía hace algunos años.—

Iris asintió. Lo sabía también.

—Su padre vivía por encima de sus posibilidades.— La señora Smythe-Smith se pellizcó la boca con desaprobación.

Eso hacía parecer a Sir Richard un cazafortunas.

—Pero,— reflexionó la madre de Iris, —no parece ser el caso con el hijo.—

Un cazador de fortunas con principios, entonces. No había acumulado sus propias deudas; simplemente había tenido la desgracia de heredarlas.

—Claramente está buscando una esposa—, continuó la señora Smythe-Smith. —No hay ninguna otra razón para que un caballero de su edad vuelva a la ciudad después de una ausencia de varios años.—

—Tiene la custodia de sus dos hermanas menores,— le dijo Iris. —Tal vez eso le está resultando difícil sin una influencia femenina en la casa.— Cuando lo verbalizó, sólo pudo pensar que la futura Señora Kenworthy se metía en una situación bastante difícil. ¿No le había dicho que una de sus hermanas más jóvenes tenía ya dieciocho años? Lo suficientemente mayor para que, probablemente, no apreciara la orientación de la nueva esposa de su hermano.

—Un hombre sensato,— reflexionó la señora Smythe-Smith. —Le honra que él pueda reconocer cuando se necesita ayuda. Aunque una sólo puede preguntarse por qué no lo hizo años atrás. —

Iris asintió.

—Sólo podemos especular sobre el estado de sus bienes si su padre era tan derrochador como se rumoreaba. Espero que no piense que tienes una gran dote—.

—Mamá—, dijo Iris con un suspiro. No quería hablar de esto. Ahora no, por lo menos.

—No sería el primero en cometer ese error—, dijo la señora Smythe-Smith alegremente. —Con todas nuestras conexiones con la aristocracia —y conexiones cercana, que es lo que importa— la gente parece pensar que tenemos más de lo que realmente es.—

Sabiamente, Iris se mordió la lengua. Cuando su madre pontificaba sobre un tema de importancia social, era mejor no interrumpir.

—Ya nos encontramos con esto con Rose, lo sabes. Algunos pensaron que tenía una dote cercana a quince mil. ¿Te imaginas? —

Iris no podía hacerlo.

—Tal vez si hubiéramos tenido sólo una hija,— dijo su madre. —!Pero con cinco!— Ella soltó una risita, del tipo que mostraba incredulidad e ilusiones. —Vamos a tener suerte si tu hermano hereda algo con todo el tiempo que está costando que todas ustedes se casen.—

—Estoy seguro de que John quedará acomodado—, dijo Iris. Su único hermano era tres años menor que Daisy y todavía estaba en el colegio.

—Si tiene suerte, *él* encontrará a una chica con quince mil—, dijo su madre con una sonrisa cáustica. Se puso de pie abruptamente. —Bueno. Podemos sentarnos aquí toda la mañana especulando sobre los motivos de Sir Richard o podemos seguir con el día.— Miró el reloj. —¿Debo suponer que no mencionó cuándo podría llegar?—

Iris negó con la cabeza.

—Debes asegurarte de estar lista, entonces. No harás que siga esperando. Sé que algunas mujeres piensan que es mejor no parecer ansiosas, pero ya sabes que yo opino que hacer esperar es grosero—.

Un golpe en la puerta se anticipó a la salida de Iris, y ambos miraron hacia arriba para ver a una doncella en la puerta. —Con su perdón, señora—, dijo. —Pero Lady Sarah se encuentra en la sala de estar.—

—Ah, bueno, eso es una agradable sorpresa—, dijo la señora Smythe-Smith. —Estoy seguro de que ella está aquí para verte, Iris. Apresúrate—.

Iris bajó las escaleras para saludar a su prima, Lady Sarah Prentice, de soltera Lady Sarah Pleinsworth. La madre de Sara y el padre de Iris eran hermanos, y como estaban razonablemente cercanos en edad, también lo estaban sus hijas.

Sarah e Iris tenían menos de seis meses de diferencia y siempre habían sido amigas, pero habían crecido juntas hasta el matrimonio de Sara con lord Hugh Prentice el año anterior. Tenían otra prima con la misma edad, pero Honoria pasaba la mayor parte del tiempo con su marido en Cambridgeshire, mientras que tanto Sarah e Iris vivía en Londres.

Cuando Iris llegó a la sala de dibujo, Sarah estaba sentada en el sofá verde, hojeando *Orgullo y prejuicio*, que la madre de Iris, obviamente, había dejado allí el día anterior.

—¿Has leído esto?— Sarah preguntó sin preámbulos.

—Varias veces. Es hermoso saber que tú también —.

Sarah hizo una mueca. —Todos tenemos que tener a alguien con quien no tenemos que encontramos en la ceremonia.—

—Estoy bromeando—, dijo Iris.

Sarah miró hacia la puerta. —¿Está Daisy por aquí?—

—Estoy segura de que ha desaparecido voluntariamente. Todavía no te ha perdonado por haberla amenazado, corriendo tras ella con el arco de su propio violín antes de la velada musical—.

—Oh, eso no era una amenaza. Fue un verdadero intento. Esa chica tuvo suerte de tener buenos reflejos —.

Iris rió. —¿A qué se debe esta visita? ¿O simplemente morías por mi chispeante compañía? —

Sarah se inclinó hacia delante, con sus oscuros ojos brillando. —Creo que sabes por qué estoy aquí.—

Iris sabía exactamente lo que quería decir, pero a pesar de ello, se inclinó hacia adelante, contactando con la mirada de su prima. —Ilumíname—.

—Sir Richard Kenworthy?—

—¿Qué pasa con él?—

—Vi que te perseguía en la velada musical.—

—Él no me perseguía.—

—Oh, sí, lo hizo. Era todo lo que mi madre podía hablar después de la velada—.

—Me resulta difícil de creer.—

Sarah se encogió de hombros. —Me temo que estás en una situación muy delicada, querida prima. Conmigo casada y con ninguna de mis hermanas con edad suficiente para estar en sociedad, mi madre ha decidido emplear todas sus energías en ti —.

—¡Santo cielo!—, comentó Iris, sin sarcasmo alguno. Su tía Charlotte se tomaba sus deberes como casamentera muy en serio.

—Por no mencionar... —Sarah continuó, uniendo sus palabras con gran dramatismo. —¿*Qué* pasó en el baile Mottram? Yo no asistí, pero está claro que debería haberlo hecho. —

—No pasó nada.— Iris fijó en su rostro su mejor expresión de *¡qué tonterías!*. —Si te refieres a Sir Richard, simplemente bailé con él.—

—Según Marigold—

—¿Desde cuándo hablas con Marigold?—

Sarah lanzó una mano al aire. —No importa.—

—¡Pero si Marigold ni siquiera estaba allí anoche!—

—Ella lo escuchó de Susan.—

Iris se recostó. —¡Dios mío, tenemos demasiados primas.—

—Lo sé. Es verdad. Pero volvamos a la cuestión que nos ocupa. Marigold dijo que Susan dijo que eras prácticamente la reina de la fiesta —.

—Eso es una tremenda exageración.—

Sarah apunto su dedo índice hacia Iris con la velocidad de un interrogador experimentado. —¿Niegas que bailaste cada baile?—

—Tengo que negarlo.— Ella había permanecido sentada un buen número de ellos antes de que Sir Richard hubiera llegado.

Sarah hizo una pausa, parpadeó, y luego frunció el ceño. —No es propio de Marigold conseguir chismes erróneos.—

—Bailé más de los que habitualmente hago—, admitió Iris, —Pero, sin duda, no todos los bailes.—

—Hmmm.—

Iris miró a su prima con considerable suspicacia. Nunca era un buen presagio cuando Sarah parecía estar en una profunda reflexión.

—Creo que sé lo que pasó—, dijo Sarah.

—Te lo ruego, ilumíname.—

—Tú bailaste con Sir Richard,— continuó Sarah, —y después pasaste una hora con él en conversación privada.—

—No fue una hora, y ¿cómo *sabes* eso?—

—Yo sé cosas—, dijo Sarah con ligereza. —Es mejor no preguntar cómo lo supe. O por quién—.

—¿Cómo puede vivir Hugh contigo?— le preguntó Iris a la habitación en general.

—Él lo hace muy bien, gracias.— Sonrió Sarah. —Pero volviendo a la noche anterior. El hecho de que pasaras mucho tiempo en compañía del extremadamente guapo Sir Richard - no, no me interrumpas, lo vi por mí misma en la velada musical, es bastante agradable a la vista-, dio la sensación. . —

Se detuvo entonces, e hizo esa cosa extraña con la boca que hacía cuando trataba de pensar en algo. Movía la mandíbula inferior hacia un lado para que sus dientes no estuvieran alineados, y sus labios hacían un pequeño y divertido giro. A Iris siempre le había resultado desconcertante.

Sarah frunció el ceño. —Daba la sensación —.

—¿Sensación de qué?— Iris preguntó finalmente.

—Estoy tratando de pensar en la palabra correcta.—

Iris se puso de pie. —Voy a llamar para para pedir el té.

—¡Sin aliento!— exclamó Sarah finalmente —Daba la sensación de que estabas sin aliento. Y muy radiante—.

Iris puso los ojos en blanco mientras le daba a la campanilla un rígido tirón. —Es necesario que encuentres un hobby.—

—Y cuando una mujer *se siente* muy radiante, ella *se ve* muy resplandeciente—, continuó Sarah.

—Eso suena incómodo.—

—Y ella parece—

—Con toda la piel con sarpullidos y las cejas sudorosas, — insistió Iris. —Suena un poco como una erupción solar.—

—¿Va a dejar de ser un aguafiestas?— resopló Sarah. — Declaro, Iris, que eres la persona menos romántica que conozco.—

Iris hizo una pausa en su camino de regreso a la zona de estar, descansando sus manos sobre el respaldo del sofá. ¿Era eso cierto? Sabía que no era sentimental, pero ella no era completamente carente de sentimientos. Había leído *Orgullo y prejuicio* seis veces. Eso tenía que contar para algo.

Pero Sarah no era consciente de su angustia. —Como estaba diciendo,— continuó, —cuando una mujer se siente hermosa, tiene un resplandor alrededor de ella.—

Iris tenía en la punta de la lengua decir: —No lo sé—, pero se contuvo.

No quería ser sarcástica. No acerca de eso.

—Y cuando esto sucede,— dijo Sara: —los hombres acuden a su lado. Hay algo que atrae de una mujer segura. Algo... No lo sé... *je ne sais quoi*, como dicen los franceses —.

—Estoy pensando en cambiar al alemán,— Iris se oyó decir.

Sarah la miró por un momento, con expresión desconcertada, y luego siguió como si ella ni siquiera se hubiera detenido. —Y eso, mi querida prima,— ella dijo con gran conocimiento —, es por eso por lo que cada hombre de Londres quería bailar contigo anoche.—

Iris regresó al sofá y se sentó, cruzando las manos en su regazo mientras pensaba en lo que Sarah había dicho. No estaba convencida de que lo creía, pero tampoco podía descartarlo sin antes considerarlo.

—Estás muy tranquila—, comentó Sarah. —Yo estaba seguro de que responderías.—

—No sé qué decir,— admitió Iris.

Sarah la miró con abierta curiosidad. —¿Estás bien?—

—Perfectamente. ¿Por qué lo preguntas? —

—Pareces diferente.—

Iris encogió levemente de hombros. —Tal vez es mi resplandor, como tú lo denominaste—.

—No,— dijo Sarah sin rodeos, —eso no es todo.—

—Bueno, entonces fue un resplandor efímero,— bromeó Iris.

—*Ahora* ya hablas como tú misma.—

Iris sólo sonrió y negó con la cabeza. —¿Cómo estás?—, preguntó, en un intento no muy sutil de cambiar de tema.

—Muy bien—, dijo Sarah con una amplia sonrisa, y fue entonces cuando Iris se dio cuenta de... algo.

—Tú también pareces diferente,— dijo, mirándola con más atención.

Sarah se ruborizó.

Iris se quedó sin aliento. —¿Estás embarazada?—

Sarah asintió. —¿Cómo lo sabes?—

—Cuando le dices a una mujer casada que se ve diferente, y se sonroja... —Iris sonrió. —No puede ser nada más.—

—Realmente te das cuenta de todo, ¿no?—

—De casi todo—, dijo Iris. —Pero no me has permitido felicitarte aún. Esta es una noticia maravillosa. Por favor, dile a lord Hugh que le deseo la mayor felicidad. Cómo te sientes? ¿Has estado enferma? —

—De ningún modo.—

—Bueno, eso es una suerte. Rose se levantó mal cada mañana durante tres meses seguidos.—

Sarah hizo una mueca de simpatía. —Me siento espléndida. Tal vez un poco cansada, pero no demasiado. —

Iris sonrió a su prima. Le pareció muy extraño que Sarah no tardaría en ser madre. Habían jugado como niñas, se quejaron de las veladas musicales juntas. Y ahora Sarah había pasado a la siguiente fase de su vida.

Y Iris estaba...

Todavía en el mismo sitio.

—Tú lo quieres mucho, ¿no?—, dijo en voz baja.

Sarah no respondió de inmediato, mirando a su prima con una expresión de curiosidad. —Lo hago—, dijo solemnemente. —Con todo lo que soy.—

Iris asintió. —Lo sé.— Pensó que Sarah hablaría entonces, tal vez para preguntarle por qué había hecho una pregunta tan tonta, pero Sarah se mantuvo en silencio, hasta que Iris no pudo evitar preguntar: —¿Cómo lo supiste?—

—¿Saber qué?—

—Eso, que lo amabas.—

—Yo— Sarah detuvo, haciendo una pausa para pensar. —No estoy segura. Realmente no puedo recordar el momento exacto. Es gracioso, yo siempre pensé que si me enamoraba, lo haría en un momento de gran claridad. Ya sabes, con relámpagos, con ángeles cantando en lo alto... ese tipo de cosas—.

Iris sonrió. Eso sonaba como Sarah. Siempre había tenido una gran inclinación por el teatro.

—Pero no fue así en absoluto—, continuó Sarah con nostalgia. —Recuerdo que me sentí muy extraño y me preguntaba al respecto, tratando de determinar si lo que sentía era amor.—

—Así que alguien puede no *saberlo* mientras está pasando?—

—Supongo que es así.—

Iris atrapó su labio inferior entre los dientes, y luego susurró: —¿Fue la primera vez que te besó?—

—Iris— Sarah sonrió en estado de shock y deleite. — ¡Qué pregunta!—

—No es tan impropia—, dijo Iris, mirando a un punto en la pared que estaba decididamente a la izquierda de la cara de Sarah.

—Oh, sí lo es.— La barbilla de Sarah retrocedió por la sorpresa. —Pero me encanta que me lo preguntes.—

Eso no era lo que Iris espera que ella dijera. —¿*Por qué?*—

—Porque siempre parece tan... —Sarah agitó una mano en el aire, haciéndola girar como si eso pudiera sacar la palabra correcta. —... al margen de estas cosas—.

—¿De qué cosas?—, Preguntó Iris sospechosamente.

—Oh, ya sabes. Emociones. Enamoramientos. Siempre estás tan tranquila. Incluso cuando estás furiosa—.

Iris se puso la defensiva. —¿Hay algo de malo en ello?—

—Por supuesto que no. Es simplemente lo que eres. Y francamente, es probablemente la única razón por la que Daisy ha llegado a la edad de diecisiete años sin que la mataras. No es que ella lo merezca. —

Iris no pudo detener una sonrisa irónica. Era bueno saber que *alguien* apreciaba su paciencia con su hermana menor.

Sarah entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante. —Se trata de Sir Richard, ¿no es así?—

Iris sabía que no tenía sentido negarlo. —Acabo de pensarlo— Apretó los labios, casi preocupada de que, si no lo hacía, todo un rosario de despropósitos brotarían de su boca. —Me gusta,— admitió finalmente. —No sé por qué, pero me gusta.—

—No es necesario saber por qué.— Sarah le apretó la mano. —Parece que le gustas también.—

—Yo creo que sí. Él me ha prestado algo de atención—.

—Pero... ? —

Los ojos de Iris se encontraron con los de su prima. Ella debería haberse dado cuenta de que notaría el silencioso — pero— al final de la frase. —Pero... No lo sé —, dijo Iris. — Algo no está bien.—

—¿Es posible que estés buscando problemas donde no existen?—

Iris dio un largo suspiro y luego lo dejó escapar. —Tal vez. No es como si tuviera a alguien con quien comparar—.

—Eso no es cierto. Tú has tenido pretendientes—.

—No muchos. Y ninguno me gustó lo suficiente como para procurar que continuaran sus atenciones —.

Sarah suspiró, pero no discutió el asunto. —Muy bien. Dime lo que parece —no estar bien—, como tú dices—.

Iris inclinó la cabeza hacia un lado, y miró hacia arriba, momentáneamente hipnotizada por la forma en que la luz del sol bailaba sobre la araña de cristal. —Creo que le gusto demasiado—, dijo finalmente.

Sarah soltó un ladrido fuerte de risa. —*Eso* es lo que no está bien? Iris, ¿tienes alguna idea de cuantos- —

—Para—, la interrumpió Iris. —Escúchame. Esta es mi tercera temporada en Londres, y aunque admito que no he sido la más entusiasta de las debutantes, nunca he sido objeto de estas cálidas atenciones. —

Sarah abrió la boca para hablar, pero Iris levantó la mano para detenerla. —Ni siquiera es que sean tan *cálidas*... —

Sintió que ahora se ruborizaba. Qué elección de palabras tan estúpida. —Es que fueron muy inmediatas.—

—¿Inmediatas?—

—Sí. Es probable que no te dieras cuenta en la velada musical, ya que él estaba de espaldas a gran parte de la audiencia—.

—Yo estaba tratando de saltar sobre el pianoforte y cerrar la tapa, es lo que quieres decir,— bromeó Sarah.

—Muy bien—, dijo Iris con una risita. De todas sus primas, Sarah era la que más compartía el odio de Iris por las veladas musicales.

—Lo siento—, dijo Sarah. —No me pude resistir. Por favor, continúa—.

Iris frunció los labios, recordando. —Él me miraba todo el tiempo—, dijo.

—Tal vez te encontró hermosa.—

—Sarah—, dijo Iris francamente, —nadie me encuentra hermosa. Al menos no a primera vista—.

—¡Eso no es cierto!—

—Tú sabe que lo es. Es así. Lo prometo. —

Sarah no parecía muy convencida.

—Yo sé que no soy *fea*,— le aseguró Iris. —Pero como Daisy dice—

—Oh, no— Sarah cortó con fuerza, —*no* cites a Daisy—.

—No—, dijo Iris, tratando de ser justa. —De vez en cuando ella dice algo que tiene sentido. Me falta color—.

Sarah le sostuvo la mirada durante un largo momento, y luego dijo: —Esa es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.—

Iris levantó las cejas. Sus pálidas cejas incoloras. — ¿Alguna vez has conocido a alguien tan pálida?—

—No, pero eso no significa nada.—

Iris dejó escapar un suspiro de frustración, tratando de articular sus pensamientos. —Estoy tratando de decir que estoy acostumbrado a que me subestimen, a ser ignorada—.

Sarah se limitó a mirarla. Y dijo —¿De qué estás hablando?—

Iris dejó escapar un pequeño resoplido de frustración. Ella sabía que Sarah no lo entendería. —La gente rara vez me nota. Y ésto es, —¡lo juro! — totalmente bueno. Yo no quiero ser el centro de atención—.

—Tú no eres tímida,— señaló Sarah.

—No, pero me gusta ser capaz de observar a la gente, y — se encogió de hombros— —si soy sincera, me burlo de ellos mentalmente.—

Sarah farfulló una risa.

—Una vez que la gente me conoce, es diferente,— continuó Iris, —pero no destaco en una multitud. Es por eso por lo que no entiendo a Sir Richard Kenworthy—.

Sarah se quedó en silencio durante un minuto entero. De vez en cuando abría la boca como si fuera a hablar, pero sus labios formaban un óvalo durante unos instantes, y luego se cerraban de nuevo. Finalmente, ella le preguntó: —Pero tú le gustas?—

—¿No estabas escuchando?— prácticamente Iris explotó.

—¡Cada palabra!— insistió Sarah. —Pero no veo que nada de eso sea relevante, al menos no todavía. Por lo que sabemos, él te echó una mirada y cayó perdidamente enamorado. Su comportamiento es ciertamente consistente con este planteamiento—.

—Él no está enamorado de mí—, insistió Iris.

—Tal vez todavía no.— Sarah dejó que sus palabras flotaran en el aire durante algún tiempo antes de preguntar: — Si él te pidiera que te casara con él, esta misma tarde, ¿qué le dirías?—

—Eso es ridículo.—

—Por supuesto que lo es, pero todavía quiero saberlo. ¿Qué le dirías? —

—Yo no diría nada, porque no va a preguntarlo.—

Sarah frunció el ceño. —¿Va a dejar de ser tan terca por un momento y complacerme?—

—¡No!— Iris levantó sus brazos con exasperación. — No le veo el punto a intentar determinar mi respuesta a una pregunta que no se hizo.—

—Se podría decir que sí—, dijo Sarah.

—No, yo no lo haría,— protestó Iris

—Deduzco entonces que tendrías que decir que no.—

—Yo no he dicho eso tampoco.—

Sarah se echó hacia atrás y asintió lentamente, con una petulante mirada asomando en sus facciones.

—¿Y ahora qué?—, Preguntó Iris.

—Ni siquiera quieres reflexionar sobre la pregunta porque tienes miedo de examinar tus propios sentimientos.—

Iris no respondió.

—Es así—, dijo Sarah triunfalmente. Y luego, en un aparte: —Me encanta estar en lo correcto.—

Iris respiró hondo, aunque si esto era para frenar su temperamento o para convocar a su valor, no lo sabía. —Si él me pidiera que me casara con él—, dijo, cada palabra pronunciada con precisión, —Yo le diría que necesito tiempo para darle una respuesta.—

Sarah asintió.

—Pero él no me lo va a preguntar.—

Sarah dejó escapar un sonido risueño. —Tienes que tener la última palabra, ¿no?—

—Él no me va a preguntar.—

Sarah se limitó a sonreír. —Oh, mira, el té ha llegado. Me muero de hambre—.

—Él no me va a preguntar.— La voz de Iris había adquirido una tonalidad cantarina.

—Te dejaré inmediatamente después del té—, dijo Sarah oficiosamente. —Por mucho que me encantaría conocerlo, no quiero estar aquí cuando llegue. Podría meterme en medio—.

—Él no me va a preguntar.—

—Oh, una galleta.—

—Él no me va a preguntar—, dijo Iris de nuevo. Y luego, —sí, la hay—, añadió, —Él no lo es.—

Capítulo Seis

Cinco días más tarde

Casa Pleinsworth

ERA EL MOMENTO.

Había pasado una semana desde que Richard había visto por primera vez a Iris Smythe-Smith, aquí, en esta misma casa. Y ahora iba a hacerle una propuesta de matrimonio.

Él la había solicitado todos los días desde la fiesta Mottram. Habían paseado por el parque, tomado helados en Gunther, compartido un palco en la ópera, y visitado el Covent Garden. En resumen, habían hecho todo lo que una pareja en cortejo tenía que hacer en Londres. Estaba absolutamente seguro de que la familia de Iris esperaba que le pidiera que se casara con él.

Aunque todavía no.

Sabía que Iris le tenía un poco de cariño. Incluso podría preguntarse si ella se estaba enamorando. Pero si él pidiera su mano esta noche, estaba casi seguro de que no iba a estar preparada para darle una respuesta inmediata.

Suspiró. No era así como había imaginado que conseguiría una esposa.

Había venido solo esta noche; Winston se había negado rotundamente a asistir a cualquier actividad artística producida por la familia Smythe-Smith, independientemente de la aceptación previa de Richard en su nombre. Ahora Winston estaba en casa con un falso dolor de cabeza, y Richard estaba de pie en una esquina, preguntándose por qué un piano había sido llevado a la sala de dibujo.

Y por qué parecía haber sido decorada con ramitas.

Un repaso rápido de la sala le dijo que Lady Pleinsworth había preparado programas para la noche, aunque no que se le había entregado una, a pesar de que había llegado con casi cinco minutos de antelación.

—Estás aquí.—

Se volvió al oír la suave voz y vio a Iris de pie delante de él con un vestido de muselina azul pálido poco adornado. Llevaba ese color con frecuencia, se dio cuenta. Le venía bien.

—Lamento haber dejado sin atender—, dijo. —La asistencia fue requerida a estar entre bastidores—.

—¿Entre bastidores?—, se hizo eco. —Pensé que esto iba a ser una lectura de poesía.—

—Ah, eso,— dijo ella, con las mejillas coloreadas con un tono bastante culpable de rosa. —Ha habido un cambio de planes.—

Él inclinó la cabeza interrogativamente.

—Tal vez debería conseguir un programa.—

—Sí, parece que no se le ha dado uno cuando llegó.—

Se aclaró la garganta cerca de seis veces. —Creo que se decidió que no se entregarían a los caballeros, a menos que se solicite.—

Lo consideró por un momento. —¿Puedo preguntar por qué?—

—Yo creo—, dijo, mirando hacia el techo, —que había cierta preocupación de que, posiblemente, optaran por no quedarse.—

Richard miró con horror el piano.

—Oh, no—, Iris le aseguró rápidamente. —No habrá música. Por lo menos, no que yo sepa. No es un concierto—.

Sin embargo, los ojos de Richard se abrieron por el pánico. ¿Dónde estaba Winston y sus bolitas de algodón cuando lo necesitaba? —Me está asustando, señorita Smythe-Smith.—

—¿Significa que no quiere un programa?—, preguntó ella, esperanzada.

Se inclinó ligeramente hacia ella. No lo suficiente para romper las reglas de propiedad, pero aún así, sabía que ella lo sentía. —Creo que es mejor estar preparado, ¿no le parece?—

Tragó saliva. —Un momento.—

Esperó mientras cruzaba la habitación y se acercaba a la señora Pleinsworth. Un momento después regresó con una hoja de papel. —Aquí está—, dijo tímidamente, extendiéndoselo.

Él lo tomó y miró hacia abajo. Luego volvió a mirar. — La Pastora, el Unicornio, y Enrique VIII?—

—Es una obra de teatro. Mi prima Harriet la escribió. —

—Y tendremos que verla—, confirmó con cautela.

Ella asintió con la cabeza.

Se aclaró la garganta. —¿Tiene usted, ah, tiene alguna idea de la longitud de esta producción?—

—No es tan larga como las veladas musicales—, le aseguró. —Al menos, no lo creo. He visto sólo los últimos minutos del ensayo general—.

—El piano es parte del conjunto, supongo—

Ella asintió con la cabeza. —No es nada en comparación con los trajes, me temo.—

Apenas se atrevía a preguntar.

—Mi trabajo fue pegar los cuernos en los unicornios.—

Él trató de no reírse, realmente lo intentó. Y casi lo consiguió.

—No estoy segura de cómo Frances se lo va a quitar—, dijo Iris, con expresión nerviosa. —Se los pegué en la cabeza. —

—Usted ha pegado un cuerno en la cabeza de su prima —, repitió.

Ella hizo una mueca. —Lo hice.—

—¿Le *agrada* esa prima?—

—Oh, muchísimo. Tiene once años y realmente es bastante encantadora. La cambiaría a ella por Daisy en un instante —.

Richard tenía la sensación de que cambiaría a Daisy por un tejón si tuviera oportunidad.

—Un cuerno—, dijo de nuevo. —Bueno, supongo que no se puede ser un unicornio sin uno.—

—Ese es el asunto—, dijo Iris con renovado entusiasmo. —A Frances le encanta. Ella adora a los unicornios. Está absolutamente convencida de que son reales, y creo que se convertiría en uno de ellos si fuera capaz —.

—Parece que ha dado el primer paso hacia ese noble objetivo—, dijo Richard. —Con su amable ayuda.—

—Ah, eso. Estoy esperando que nadie le diga a la tía Charlotte que yo era la que manejaba la cola—.

Richard tenía la sensación de que eso no ocurriría. —¿Hay alguna posibilidad de que siga siendo un secreto?—

—Ninguna en absoluto. Pero voy a aferrarme a las falsas esperanzas. Con un poco de suerte, tendremos un terrible escándalo esta noche, y nadie se dará cuenta de que Frances se ha ido a la cama con su cuerno todavía pegado a ella—.

Richard comenzó a toser. Y luego se mantuvo tosiendo. ¡Dios mío!, ¿era polvo en la garganta, o un canto rodado, el culpable de su tos?

—¿Está bien?—, preguntó Iris, con la preocupación dibujada en su rostro.

Él asintió con la cabeza, incapaz de expresar su respuesta. Santo Cielo, un escándalo. Si ella supiera.

—¿Quiere que le traiga algo de beber para que pueda recuperarse?—

Él, de nuevo, asintió con la cabeza. Necesitaba verter algún líquido en la garganta, casi tanto como no tener que mirarla en ese momento.

Ella sería feliz al final, se dijo. Sería un buen marido para ella. No le faltaría de nada.

Excepto la elección de casarse con él.

Richard se quejó. No había esperado sentirse tan condenadamente culpable por lo que iba a hacer.

—Aquí tiene,— dijo Iris, sosteniendo una copa de cristal. —Un poco de vino dulce.—

Richard le dio las gracias y tomó un sorbo fortificante. —Gracias—, dijo con voz ronca. —No sé qué me pasó.—

Iris hizo un ruido simpático y señaló al piano lleno de madera. —El aire probablemente está lleno de polvo por todas esas ramitas que Harriet trajo. Las estuvo recogiendo ayer en Hyde Park durante horas.—

Él asintió de nuevo, vaciando su vaso antes de colocarlo en una mesa cercana. —¿Va a sentarse conmigo?—, preguntó, dándose cuenta de que, a pesar de que había supuesto que lo haría, le debía la cortesía de invitarla.

—Me encantaría—, dijo con una sonrisa. —Usted probablemente necesitará a alguien que le traduzca.—

Sus ojos se agrandaron con alarma. —¿Traducir?—

Ella se echó a reír. —No, no, no se preocupe, es en inglés. Es solamente... —Se rió de nuevo, con una amplia sonrisa en su rostro. —Harriet tiene su propio estilo, muy singular.—

—Le tiene mucho cariño a su familia—, observó.

Ella comenzó a hacer una réplica, pero algo llamó su atención, a su espalda. Se dio la vuelta para ver qué era, y empezó a decir: —Mi tía está señalando. Creo que tenemos que sentarnos—.

Con un poco de miedo, Richard se sentó junto a ella en la primera fila y miró el piano, que ocupaba gran parte del escenario. La voces de la audiencia se fueron apagando hasta llegar a susurros, y luego hasta el silencio cuando Lady Harriet Pleinsworth salió de las sombras, vestida de humilde pastora, con cayado incluido.

—¡Oh, hermoso, brillante día!— declamó, deteniéndose a desatar una de las cintas de su sombrero de ala ancha. — ¡Cuán bienaventurada soy con mi noble rebaño.—

No pasó nada.

—¡Mi noble rebaño!—, repitió ella, un poco más fuerte.

Hubo un estrépito, seguido de un gruñido y un siseo — ¡Basta!—, Y luego cinco niños pequeños vestidos de ovejas deambularon uno detrás de otro.

—Mis primos,— susurró Iris. —La próxima generación.

—El sol brilla,— continuó Harriet, extendiendo los brazos en actitud de súplica. Pero Richard estaba demasiado fascinado por las ovejas para escucharla. El más grande del lote baló tan fuerte que Harriet tuvo que darle una patadita, y a uno de los más pequeños, — Buen Dios, el niño no podía tener más que dos años — lo habían arrastrado hacia el piano y se estaba lamiendo la pata.

Iris apretó la boca con la mano, tratando de no reírse.

La actuación continuó en esta línea durante varios minutos, con la pastora ensalzando las maravillas de la naturaleza hasta que en algún lugar alguien chocó un par de platillos y Harriet gritó (al igual que la mitad de la audiencia).

—Ya dije:— gruñó Harriet entre dientes, —que tenemos la suerte que no es probable que llueva durante la próxima

semana.—

Los platillos chocaron de nuevo, seguido de un grito, — ¡Trueno!—

Iris se quedó sin aliento, y una segunda mano voló hasta cubrir la primera, que todavía estaba encima de su boca. Poco después la oyó pronunciar la palabra —Elizabeth— en un susurro horrorizado.

—¿Qué está pasando?—, preguntó.

—Creo que la hermana de Harriet acaba de cambiar el guión. Todo el acto uno se perderá—.

Por suerte, Richard se salvó de tener que reprimir una sonrisa por la llegada de cinco vacas, que en una inspección más cercana parecían ser las ovejas con manchas marrones de tela prendidas en su lana.

—¿Cuándo vamos a ver el unicornio?—, le susurró a Iris.

Ella se encogió de hombros. No lo sabía.

Enrique VIII apareció unos minutos más tarde, llevando una túnica Tudor rellena con tantas almohadas, que el niño que iba dentro apenas podía caminar.

—Esa es Elizabeth,— susurró Iris.

Richard asintió con simpatía. Si él se viera obligada a llevar ese traje, también querría saltarse el primer acto.

Pero nada comparado con el momento en el que el unicornio irrumpió en la escena. Su relincho era aterrador, su cuerno enorme.

La mandíbula de Richard se aflojó. —¿Lo has pegado a su frente?—, le susurró a Iris.

—Era la única manera de mantenerlo— susurró ella.

—Ella no puede sostener la cabeza.—

Ambos se quedaron mirando el escenario con horror. La pequeña Lady Frances Pleinsworth se tambaleaba como un borracho, no era capaz de mantener el cuerpo erguido bajo el peso del cuerno.

—¿Con qué material lo has hecho?—, susurró Richard.

Iris levantó las manos. —No lo sé. Yo no sabía que era *tan* pesado. Tal vez ella esté actuando—.

Richard miró, horrorizado, casi esperando tener que dar un salto adelante para evitar que la chica corneara, por accidente, a alguien de la primera fila.

Una eternidad más tarde, llegaron a lo que él pensó que podría ser el final, y el rey Enrique agitaba su pierna de pavo en el aire, proclamando a viva voz, —Esta tierra será mía, desde ahora y para siempre!—

Y, en efecto, parecía que todo estaba perdido para los pobres, para la dulce pastora y su rebaño extrañamente cambiante. Pero justo en ese momento, se escuchó un poderoso bramido—

—¿Hay un león?— preguntó Richard.

—y ¡el unicornio irrumpió en el escenario!

—¡Muere!— Gritó el unicornio. —¡Muere! ¡Muere! ¡Muere! —

Richard miró a Iris, confuso. No se había demostrado que el unicornio tenía capacidad para hablar.

El grito de Enrique de terror fue tan escalofriante, que la dama situada detrás de Richard murmuró: —Es una sorprendente buena actuación.—

Richard le echó otro vistazo a Iris; tenía la boca abierta cuando Henry saltó sobre una vaca y corrió a la parte posterior del piano, sólo para tropezar con las oveja más pequeña, que todavía se estaba lamiendo la pata tras el piano.

Enrique gateó para salvarse, pero el unicornio (posiblemente rabioso) era demasiado rápido, y corrió con la cabeza (y la cabeza hacia abajo) hacia el rey asustado, hundiendo su cuerno en su gran vientre lleno de almohadas.

Alguien gritó, y Henry cayó al suelo, con las plumas volando.

—Yo no creo que esto estuviera en el guión—, dijo Iris, con un horrorizado susurro.

Richard no podía apartar los ojos del horrible espectáculo del escenario. Henry estaba de espaldas, con el cuerno del unicornio atrapado en su (afortunadamente falso) vientre. Que era bastante malo, pero además el cuerno estaba todavía pegado al unicornio. Lo que significaba que cada vez que Henry se retorció, tiraba de la cabeza del unicornio.

—¡Sácame ésto!— Gritó Henry.

—Lo estoy *intentando*,— gruñó el unicornio.

—Creo que está atrapado—, le dijo Richard a Iris.

—¡Oh, Santo cielo!—, Gritó, palmeando la mano sobre su boca. —¡El pegamento—

Una de las ovejas corrió a ayudar, pero resbaló en una pluma y se enredó en las piernas del unicornio.

La pastora, que había estado observándolo todo con tanta conmoción como la audiencia, de repente se dio cuenta de que necesitaba salvar la producción y saltó hacia adelante, gritando una canción.

—Oh, luz del sol bendecida—, cantó. —¡Cómo calienta tu brillo!—

Y entonces Daisy se adelantó.

Richard se volvió bruscamente a Iris. Su boca estaba abierta. —No, no, no—, susurró finalmente, pero para entonces Daisy se había lanzado a un solo de violín, probablemente una representación musical del sol.

O de la muerte.

La actuación de Daisy fue benditamente acertada por Lady Pleinsworth, que se apresuró a subir al escenario cuando se dio cuenta de que sus dos hijos menores estaban atrapados, irremediablemente juntos. —La merienda en la otra habitación, para todos!— trino. —Tenemos pasteles!—

Todo el mundo se puso de pie y aplaudió; era un juego, después de todo, no importaba lo muy sorprendente que fuera la última parte y comenzaron a salir fuera de la sala.

—Quizás debería ayudar—, dijo Iris, echando una mirada cautelosa a sus primos.

Richard esperó mientras se acercaba al cuerpo a cuerpo, observando el proceso con no poca diversión.

—¡Retira la almohada!— dirigió Lady Pleinsworth.

—No es tan fácil—, dijo Elizabeth entre dientes. —Su cuerno atraviesa la parte derecha de mi camisa. A menos que usted quiere que me desnude— —

—Eso será suficiente, Elizabeth,— dijo Lady Pleinsworth rápidamente. Se volvió a Harriet. —¿Por qué está tan afilado?—

—Soy un unicornio!—, Dijo Frances.

Señora Pleinsworth absorbió la información por un momento, luego se estremeció.

—Se suponía que ella no me sacaría en el tercer acto,— añadió Frances con petulancia.

—¿Es por eso por lo que la has corneado?—

—No, eso estaba en el guión—, dijo Harriet amablemente. —Se suponía que el cuerno iba a desprenderse. Por seguridad. Pero, por supuesto, también se suponía que el público no tenía que ver eso—.

—Iris lo pegó a la frente—, dijo Frances, torciendo la cabeza en un intento de mirar hacia arriba.

Iris, que estaba de pie en el borde de la pequeña multitud, inmediatamente dio un paso atrás. —Tal vez deberíamos conseguir algo de beber,— le dijo a Richard.

—En un momento.— Él estaba teniendo demasiada diversión para irse.

Lady Pleinsworth cogió el cuerno con ambas manos y tiró.

Frances gritó.

—¿Ella ha utilizado *cemento*?—

La mano de Iris se envolvió alrededor de su brazo como un torno aterrizado. —Realmente tengo que irme *ahora*.—

Richard echó una mirada al rostro de Lady Pleinsworth y apresuradamente sacó a Iris fuera de la habitación.

Iris se apoyó en la pared. —Voy a tener un gran problema.—

Richard sabía que debía tratar de tranquilizarla, pero él se reía demasiado como para ser de alguna utilidad.

—Pobre Frances,— gimió ella. —'Va a tener que dormir esta noche con ese cuerno en la cabeza!—

—Va a estar bien—, dijo Richard, la risa todavía sonando en sus palabras. —Te lo prometo, no va a ir a su boda pasando por el altar con un cuerno en la cabeza.—

Iris lo miró alarmada momentáneamente, viendo lo que estaba imaginando. Luego se echó a reír. Se reía con tanta fuerza que se dobló allí mismo, en el pasillo.

—¡Oh Dios mío!—, dijo sin aliento.— Una boda con cuernos. Eso sólo podría pasarnos a nosotros—.

Richard comenzó a reír de nuevo, mirándola divertido mientras el rostro de Iris se ponía rojo por el esfuerzo.

—Yo no debería reírme—, dijo. —Realmente no debería. Pero la boda —Oh, Cielos, la boda.—

La boda, pensó Richard, y todo se le vino a la mente. El por qué estaba él allí esta noche. El por qué estaba con ella.

Iris no iba a disfrutar mucho de la boda. Necesitaba volver a Yorkshire demasiado rápido para eso.

La culpa le pinchó lo largo de la columna vertebral. ¿Todas las mujeres no soñaban con sus bodas? Fleur y Marie-Claire solían pasar horas imaginando las suyas. Por lo que sabía, todavía lo hacían.

Tomó aliento. Iris no iba a conseguir su boda soñada, y si todo iba según lo planeado, ella ni siquiera iba a tener una propuesta adecuada.

Ella se merecía algo mejor.

Tragó saliva, pasando nerviosamente la mano por su muslo. Iris se seguía riendo, ajena a su repentinamente serio semblante.

—Iris—, dijo de repente, y ella se volvió hacia él con la sorpresa asomando en sus ojos. Tal vez fue por el tono de su voz, o tal vez por el hecho de que era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

Puso su mano en la parte baja de la espalda y la llevó lejos de la puerta aún abierta del salón. —¿Puedo disponer un momento de su tiempo?—

Sus cejas se juntaron, y luego se levantaron. —Por supuesto—, dijo, un tanto vacilante.

Tomó aliento. Podía hacer esto. No era lo que había planeado, pero era la mejor manera. Era una cosa, pensó, que podía hacer por ella.

Se dejó caer sobre una rodilla.

Ella se quedó sin aliento.

—Iris Smythe-Smith,— dijo, tomando su mano en la suya, —¿me hará el hombre más feliz del mundo dándome su consentimiento para convertirla en mi esposa?—

Capítulo Siete

IRIS SE QUEDÓ MUDA. Abrió la boca, pero al parecer no podía decir nada. La parte posterior de la garganta estaba apretada y cerrada, así que sólo lo miró fijamente, pensando —

Esto no puede estar pasando.

—Imagino que esto es una gran sorpresa para usted—, dijo Richard con cálida voz, acariciándole el dorso de la mano con los dedos. Todavía estaba de rodillas, mirándola como si ella fuera la única mujer de toda la creación.

—Ahdebadeba... —No podía hablar. Realmente no podía hablar bien.

—O tal vez no lo es.—

No, no lo es. Realmente, no lo es.

—Nos hemos conocido sólo durante una semana, pero usted debe ser consciente de mi devoción.—

Ella sintió a su cabeza temblar, pero no tenía ni idea de si eso significaba que sí o que no; y de cualquier manera, no estaba segura de a qué pregunta estaba respondiendo.

No tenía que suceder tan rápido.

—No podía esperar más,— murmuró él, poniéndose de pie.

—Yo —Yo no — Ella se humedeció los labios. Había encontrado la voz, pero todavía no podía pronunciar una oración completa.

Se llevó los dedos a los labios, pero en vez de besar el dorso de la mano, la volvió suavemente y puso un beso, como una pluma, en la parte interior de su muñeca.

—Sé mía, Iris,— dijo, su voz ronca por lo que ella pensó que podría ser el deseo. El la besó de nuevo, permitiendo que sus labios barrieran su tierna piel. —Sé mía—, susurró, —y yo seré tuyo.—

No podía pensar. ¿Cómo iba a pensar cuando él la miraba como si fueran las dos únicas almas que quedaban en la tierra? Sus ojos oscuros eran cálidos, —no, calientes, y la

hicieron desear fundirse con él, para lanzar fuera todo lo que sabía, todo su sentido común. Su cuerpo se estremeció, su respiración se aceleró, y ella no podía apartar la mirada de su boca mientras la besaba una vez más, esta vez en la palma.

Algo se tensó en su interior. Algo que ella estaba segura de que era impropio sentir. No aquí en el pasillo de su tía, no con un hombre al que acababa de conocer.

—¿Quiere casarse conmigo?—, preguntó.

No. Algo estaba mal. Era demasiado pronto. No tenía sentido que él la amara tan rápidamente.

Pero él no la amaba. No había dicho que la amaba. Y, sin embargo, la forma en que la miraba...

¿Por qué quería casarse con ella? ¿Por qué no podía a confiar en él?

—Iris?—, murmuró. —¿Querida?—

Y finalmente encontró la voz.

—Necesito tiempo.—

MALDITA SEA.

Era exactamente lo que él había pensado que sucedería. Ella no iba a estar de acuerdo en casarse con él después de un noviazgo de sólo una semana. Era demasiado sensata para eso.

La ironía de eso lo mató. Si ella no fuera la inteligente y sensible criatura que era, no la habría elegido a ella.

Tendría que haber seguido su plan original. Había venido aquí esta noche con toda la intención de comprometerla. Nada extremo; podría ser la peor clase de hipocresía si le robaba algo más que un beso.

Un beso era todo lo que necesitaba. Un beso con testigos, y ella estaría tan contenta como él.

Pero no, ella había mencionado la palabra *boda*, él se había sentido culpable, y sabía muy bien que *debería* sentirse culpable. Una propuesta romántica era su manera de hacer las paces con ella, aunque ella no supiera que había algo por lo que el debería expiar.

—Por supuesto—, dijo suavemente, poniéndose de pie.
—Hablé demasiado pronto. Perdóneme. —

—No hay nada que perdonar,— dijo ella, tropezando con las palabras. —Fue muy sorprendente, y yo no lo había considerado; ha visto a mi padre sólo una vez, y de paso.—

—Yo, por supuesto, pediría su permiso—, dijo Richard. No era exactamente una mentira. Si conseguía que Iris dijera que sí en los próximos minutos, felizmente pediría una audiencia privada con su padre y haría las cosas de la manera correcta.

—¿Puedo disponer de unos cuantos días?—, preguntó, con expresión vacilante. —Hay muchas cosas que no sé sobre usted. Y otras muchas que no sabe de mí —.

Dejó que sus ojos se calentaran con los de ella. —Sé lo suficiente para saber que nunca encontraré una novia más digna.—

Sus labios se separaron, y él supo que sus elogios iban en la dirección correcta. Si sólo hubiera tenido más tiempo, podría haberla cortejado del modo que una novia debía ser cortejada.

Tomó sus dos manos en las suyas y les dio un suave apretón. —Es muy preciosa para mí.—

Ella parecía no saber qué decir.

Le tocó la mejilla, tratando de ganar tiempo mientras buscaba la manera de salvar la situación. Tenía que casarse con ella, y no podía permitirse un retraso.

Por el rabillo del ojo, vio un destello de movimiento. La puerta de la sala aún estaba abierta. Estaba en un ángulo extraño respecto a ella; sólo podía atisbar un poco del interior. Pero tenía la sensación de que Lady Pleinsworth podría salir en cualquier momento, y—

—¡Debo besarla!— Gritó, y metió bruscamente a Iris entre sus brazos. La oyó jadear por la sorpresa; algo rasgó dolorosamente a través de él, pero no tenía elección. Tuvo que volver a su plan original. La besó en la boca, en la mandíbula, en su hermoso cuello expuesto, y entonces—

—¡Iris Smythe-Smith!—

Él saltó hacia atrás. Extrañamente, no tuvo que fingir sorpresa.

Lady Pleinsworth corrió hacia ellos. —En nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí?—

—Tía Charlotte!— Iris se tambaleó hacia atrás, temblando como un ciervo asustado. Richard vio que sus ojos fueron de su tía a alguien detrás de ella, y con una creciente sensación de temor se dio cuenta de que Lady Harriet, Elizabeth, y Frances también habían entrado en la sala y los estaban mirando con la boca abierta.

Querido Dios, ahora él era responsable de corrupción de niños.

—¡Quite sus manos de mi sobrina!— tronó Lady Pleinsworth.

Richard pensó que era mejor no señalar que ya lo había hecho.

—Harriet—, dijo Lady Pleinsworth, sin apartar los ojos de Richard. —Ve a buscar a tu tía María.—

Harriet asintió bruscamente y fue a cumplir su petición.

—Elizabeth, llama a un lacayo. Frances, ve a tu cuarto—.

—Yo puedo ayudar—, protestó Frances.

—A tu habitación, Frances. ¡Ahora!—

La pobre Frances, que todavía llevaba el cuerno, tuvo que sujetarlo con las dos manos mientras se iba corriendo.

Cuando Lady Pleinsworth volvió a hablar, su voz era letal. —Ustedes dos, al salón. En este instante—.

Richard se hizo a un lado para permitir que Iris pasara. Nunca hubiera pensado que podría parecer todavía más pálida de lo normal, pero su piel estaba sin ningún riego sanguíneo.

Le temblaban las manos. Odiaba que le temblaran las manos.

Un lacayo llegó justo cuando entraban al salón, Lady Pleinsworth lo llevó aparte y le habló en voz baja. Richard presumió que enviaba un mensaje para el padre de Iris.

—Siéntense,— ordenó Lady Pleinsworth.

Iris se hundió lentamente en una silla.

Lady Pleinsworth volvió su imperiosa mirada sobre Richard. Él juntó las manos a la espalda. —No puedo estar sentado mientras usted permanece de pie, su señoría—.

—Le doy mi permiso,— ladró ella.

Tomó asiento. Iba en contra de todo lo que estaba en su naturaleza sentarse humildemente y en silencio, pero sabía que era lo que tenía que hacer. Sólo deseaba que Iris no pareciera tan hundida, preocupada y avergonzada.

—¿Charlotte?—

Oyó la voz de la madre de Iris procedente de la sala. Entró en la habitación, seguida de Harriet, todavía con el cayado de pastora.

—Charlotte, ¿qué es lo que está pasando? Harriet dijo ... —Las palabras de la señora Smythe-Smith se desvanecieron cuando observó la escena. —¿Qué ha pasado?—, preguntó en voz baja.

—He enviado a buscar a Edward,— dijo Lady Pleinsworth.

—¿A Padre?—, dijo Iris, trémula.

Lady Pleinsworth se giró para mirarla. —No creerías que podrías actuar como lo hiciste sin consecuencias, ¿verdad?—

Richard se puso de pie. —Ella está libre de culpas en todo esto.—

—¿Qué. Ha. Sucedido? —preguntó de nuevo la señora Smythe-Smith, cada palabra pronunciada bruscamente.

—Él la ha comprometido—, dijo Lady Pleinsworth.

La señora Smythe-Smith se quedó sin aliento. —Iris, ¿cómo pudiste?—

—Esto no es culpa de ella,— interrumpió Richard.

—No le estoy hablando a usted,— cortó la señora Smythe-Smith. —Al menos no todavía.— Se volvió hacia su cuñada. —¿Quién lo sabe?—

—Mis tres hijos menores.—

La señora Smythe-Smith cerró los ojos.

—¡No van a decir nada!— exclamó Iris de repente. — Ellos son mis primos.—

—¡Son niños!— rugió Lady Pleinsworth.

Richard había tenido suficiente. —Debo pedirle que no le hable con ese tono de voz.—

—No creo que esté usted en posición de hacer demandas.—

—Sin embargo—, dijo en voz baja, —le va a hablar con respeto.—

Las cejas de Lady Pleinsworth subieron ante su impertinencia, pero no dijo nada más.

—No puedo creer que te comportaras imprudentemente —, le dijo la madre de Iris a ella.

Iris no habló.

Su madre se volvió hacia Richard, con la boca cortada en una línea firme y furiosa. —Usted tendrá que casarse con ella.—

—No hay nada que me gustaría más.—

—Dudo de su sinceridad, señor.—

—¡Eso no es justo!— gritó Iris, saltando sobre sus pies.

—¿Tú le defiendes?— preguntó la señora Smythe-Smith.

—Sus intenciones son honorables—, dijo Iris.

Honorables, pensó Richard. Él ya no estaba seguro de lo que eso significaba.

—¡Ah, sí,— la señora Smythe-Smith casi escupió. —Si sus intenciones eran tan honorables—

—Él estaba pidiéndome que me casara con él!—

La señora Smythe-Smith pasó la mirada desde su hija a Richard y volvió hacia Iris, claramente sin saber qué hacer ante este hecho. —No diré nada más sobre el tema hasta que tu padre llegue—, le dijo finalmente a Iris. —No debe tardar. La noche es clara, y si tu tía —giró la cabeza hacia Lady Pleinsworth— ha dejado clara la importancia de la convocatoria, vendrá andando—.

Richard estuvo de acuerdo con su evaluación. La casa Smythe-Smith estaba a corta distancia. Sería mucho más rápido caminar que esperar a que se preparara un carruaje.

La sala quedó en un tenso silencio durante varios segundos hasta que la señora Smythe-Smith se volvió bruscamente hacia su cuñada. —Debes ir con tus invitados, Charlotte. Si ninguna de las estamos allí, parecerá muy sospechoso—.

Lady Pleinsworth asintió con gravedad.

—Lleva a Harriet—, continuó la madre de Iris. — Preséntale a algunos de los caballeros. Está casi en la edad para estar en sociedad. Parecerá la cosa más natural del mundo —.

—Pero todavía estoy con el vestuario de la función,— protestó Harriet.

—No es el momento de ser remilgada—, declaró su madre, agarrando su brazo. —Ve—.

Harriet avanzó atropelladamente detrás de su madre, pero no antes de lanzar una simpática última mirada a Iris.

La señora Smythe-Smith cerró la puerta de la sala y luego dejó escapar un suspiro. —Este es un buen lío,— dijo ella, y no con compasión.

—Voy a hacer los arreglos para conseguir una licencia especial de inmediato—, dijo Richard. Él no veía la necesidad de decirles que ya había adquirido una.

La señora Smythe-Smith cruzó los brazos y empezó a caminar.

—¿Mamá?— aventuró Iris.

La señora Smythe-Smith levantó un dedo tembloroso. — Ahora no.—

—Pero—

—¡Vamos a esperar a tu padre!— gruñó la señora Smythe-Smith. Estaba temblando de furia, y la expresión en el rostro de Iris le dijo a Richard que ella nunca había visto así a su madre.

Iris dio un paso atrás, abrazándose el cuerpo. Richard quería consolarla, pero sabía que su madre montaría en cólera si daba un paso en su dirección.

—De todos mis hijas—, dijo la señora Smythe-Smith en un susurro furioso, —eres la última de la hubiera pensado que podrías hacer algo como esto.—

Iris miró hacia otro lado.

—Estoy muy avergonzada de ti.—

—¿De mí?—, Dijo Iris en un hilo de voz.

Richard dio un paso amenazador hacia adelante. —Le dije que su hija está libre de culpa.—

—Por supuesto que no está libre de culpa— cortó la señora Smythe-Smith —¿Estaba a solas con usted? Ella sabe comportarse mejor que así —.

—Yo estaba en medio de una propuesta de matrimonio.

—¿Puedo asumir que usted todavía no ha solicitado una reunión privada con el señor Smythe-Smith para obtener su consentimiento?—

—Pensé debería primero pedirle a su hija que me hiciera el honor de casarse conmigo.—

La boca de la señora Smythe-Smith se apretó formando una línea enojada, pero no respondió. A cambio, miró vagamente en dirección a Iris y dejó escapar un frustrado — Oh, ¿dónde está tu padre?—

—Estoy segura de que estará aquí pronto, mamá,— respondió Iris en voz baja.

Richard se preparó para saltar en defensa de Iris de nuevo, pero su madre se mordió la lengua. Finalmente, después de que pasaran varios minutos más, la puerta de la sala se abrió, y el padre de Iris entró.

Edward Smythe-Smith no era un hombre excepcionalmente alto, pero se mantenía bien, y Richard imaginó que había sido bastante atlético cuando era más joven. Ciertamente, todavía era lo suficientemente fuerte como para dañar la cara de un hombre, en caso de que decidiera que la violencia era lo apropiado en este caso.

—¿María?—, dijo, mirando a su esposa cuando entró. — ¿Qué diablos está pasando? Recibí una llamada urgente de Charlotte—.

La señora Smythe-Smith, sin palabras, hizo un gesto a los otros dos habitantes de la habitación.

—Señor—, dijo Richard.

Iris se miró las manos.

La Sra. Smythe-Smith no habló.

Richard se aclaró la garganta. —Me gustaría mucho casarme con su hija.—

—Si estoy interpretando correctamente esta situación—, dijo el señor Smythe-Smith con devastadora calma, —usted no tiene mucha elección en el asunto.—

—Sin embargo, es lo que deseo.—

Sr. Smythe-Smith giró la cabeza hacia su hija, pero no la miró. —¿Iris?—

—Él me lo pidió, padre.— Ella se aclaró la garganta. — Antes —.

—¿Antes de *qué*?—

—Antes de lo que la tía Charlotte... vio. . —.

Richard tomó aire, tratando de contenerse. Iris estaba tan abatida que ni siquiera pudo terminar la frase. ¿No podía verlo su padre? Ella no se merecía ese interrogatorio, y sin embargo, Richard instintivamente sabía que si intercedía, sólo empeoraría las cosas.

No podía hacer nada. —Iris—, dijo en voz baja, esperando que notara su apoyo en la voz. Si ella lo necesitaba, él se haría cargo.

—Sir Richard me pidió que me casara con él—, dijo Iris resueltamente. Pero ella no lo miró. Ni siquiera ponía los ojos en su dirección.

—Y ¿cuál—, le preguntó a su padre, —fue tu respuesta? —

—Yo —yo todavía no había dado ninguna—.

—¿Cuál iba a ser su respuesta?—

Iris tragó, claramente incómoda con todos los ojos sobre ella. —Yo habría dicho que sí.—

Richard sintió que su mente se agitaba. ¿Por qué estaba mintiendo? Ella le había dicho que necesitaba más tiempo.

—Entonces, la pregunta debe ser reiterada—, dijo el señor Smythe-Smith. —No es como me habría gustado que sucediera ésto, pero es mayor de edad; quiere casarse con usted y, de hecho, ella debe.— Miró a su esposa. —Supongo que necesitaremos una boda rápida.—

La señora Smythe-Smith asintió, dejando escapar un suspiro de alivio. —Tal vez no sea tan grave. Creo que Charlotte tiene el chisme bajo control—.

—Los chismes nunca están bajo control.—

Richard sólo podía estar de acuerdo con eso.

—Aún así,— insistió la señora Smythe-Smith, —no es tan grave como podría serlo. Todavía le podemos dar una boda

apropiada. Se verá mejor si no es muy apresurada—.

—Muy bien.— El señor Smythe-Smith se volvió hacia Richard. —¿Es posible que se casara con ella en el plazo de dos meses.—

¿Dos meses? No. Eso no lo haría.

—Señor, yo no puedo esperar dos meses—, dijo Richard rápidamente.

Las cejas del padre de Iris subieron lentamente.

—Tengo necesidad de volver a mis tierras.—

—Usted debería haberlo considerado antes de comprometer a mi hija.—

Richard sacudió su cerebro buscando la mejor excusa, la que tuviera más probabilidad de dar alguna razón al señor Smythe-Smith para ceder. —Yo soy el único tutor de mis dos hermanas menores, señor. Sería negligente si no vuelvo pronto—.

—Creo que pasó varias temporadas en la ciudad hace unos años,— respondió el señor Smythe-Smith. —¿Quién estaba entonces a cargo de sus hermanas?—

—Vivían con nuestra tía. Me faltaba la madurez necesaria para cumplir adecuadamente con mis deberes—.

—Perdóneme si dudo de su madurez ahora.—

Richard se obligó a mantener silencio. Si tuviera una hija, él estaría igual de lívido. Pensó en su propio padre, preguntándose qué pensaría de sus acciones de esta noche. Bernard Kenworthy había amado a su familia —Richard nunca había dudado de eso, pero su acercamiento a la paternidad podría ser descrita mejor como una benigna negligencia. Si estuviera vivo, ¿Qué habría hecho? ¿Cualquier cosa?

Pero Richard no era su padre. No podía tolerar la falta de acción.

—Dos meses serán perfectamente aceptables—, dijo la madre de Iris. —No hay ninguna razón para que usted no pueda ir a su finca y luego regresar para la boda. Para ser honesta, yo lo prefiero así.—

—Yo no —, dijo Iris.

Sus padres la miraron en estado de shock.

—Bueno, yo no.— Ella tragó, y el corazón de Richard le dolía por la tensión que vio en su pequeño cuerpo. —Si se toma la decisión—, dijo ella, —yo preferiría seguir adelante.—

Su madre dio un paso hacia ella. —Tu reputación—

— puede que ya esté por los suelos. Si ese es el caso, me gustaría mucho más estar en Yorkshire, donde no conozco a nadie—.

—Tonterías—, dijo su madre con desdén. —Vamos a esperar a ver qué pasa—.

Iris buscó los ojos de su madre con una mirada muy acerada. —¿No tengo ni voz ni voto en este asunto?—

Los labios de su madre temblaron, y miró a su marido.

—Será como ella desea—, dijo él después de una pausa. —No veo ninguna razón para obligarla a esperar. Dios sabe que Daisy y ella estarán en boca de los demás durante un tiempo. —El señor Smythe-Smith se volvió hacia Richard. — Iris no es agradable para vivir con ella cuando está de mal humor.—

—¡Padre!—

Él la ignoró. —Y Daisy no es agradable para vivir con ella cuando está de buen humor. La planificación de una boda hará que una— —echó la cabeza hacia Iris— se encuentre miserable y la otra esté en éxtasis. Yo debería trasladarme a Francia—.

Richard no hizo más que sonreír. El humor del señor Smythe-Smith era del tipo amargo y no quería reírse.

—Iris—, dijo el caballero de mayor edad. —María—.

Lo siguieron hasta la puerta.

—Le veré en dos días—, dijo el padre de Iris a Richard. —Espero que usted tenga la licencia y los acuerdos preparados.—

—No podría hacer menos, señor.—

Al salir de la habitación, Iris miró sobre su hombro, y sus ojos se encontraron.

¿Por qué? parecía preguntarle. *¿Por qué?*

En ese momento, se dio cuenta de que ella lo sabía. Sabía que él no había sido superado por pasión, que este

matrimonio forzado había sido orquestado —aunque
pobremente.

Richard nunca se había sentido tan avergonzado.

Capítulo Ocho

A la semana siguiente

IRIS SE DESPERTÓ por los truenos la mañana de su boda, y mientras su doncella llegaba con desayuno, Londres era inundada por la lluvia.

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera, dejando descansar la frente contra el frío cristal. Su boda sería dentro de tres horas. Tal vez el tiempo se despejara para entonces. En el cielo había un pequeño y dispar parche de un azul apagado, a lo lejos. Se veía solitario. Fuera de lugar.

Daba esperanzas.

No importaba realmente, supuso. Ella no se iba a mojar. La ceremonia se iba a celebrar con una licencia especial en el salón de su familia. Su viaje hacia el matrimonio estaba formado por dos corredores y un tramo de escaleras.

Esperaba que las carreteras no estuvieran anegadas. Sir Richard y ella deberían partir hacia Yorkshire esa misma tarde. Y mientras que Iris estaba comprensiblemente nerviosa por salir de su casa y de todo lo que le era familiar, había escuchado lo suficiente de la noche de bodas para saber que no deseaba pasarla bajo el techo de sus padres.

Sir Richard no mantenía una casa en Londres, había descubierto, y sus apartamentos alquilados no eran adecuados para una nueva novia. Quería llevarla a su casa, a Maycliffe Park, donde se encontraría con sus hermanas.

Una risa nerviosa burbujeó a través de su garganta. Hermanas. Él tenía hermanas. Si había una cosa en su vida que nunca le había faltado, eran hermanas.

Un golpe en la puerta la sorprendió sacándola de sus pensamientos, y después de que Iris diera permiso, su madre entró en la habitación.

—¿Has dormido bien?—, Preguntó la señora Smythe-Smith.

—En realidad, no.—

—Me sorprendería otra cosa. No importa lo bien que se conozca al novio. Una novia siempre está aprensiva—.

Iris pensó que importaba bastante que una novia conociera a su novio. Ciertamente, estaría menos nerviosa, —o al menos, nerviosa de una manera diferente —, si hubiera conocido a su prometido por más de quince días.

Pero no se lo dijo a su madre, ya que su madre y ella no hablaban de esas cosas. Hablaban de minucias y de los acontecimientos del día, de la música y, a veces de libros, y sobre todo, de sus hermanas y primos y de todos sus bebés. Pero ellas no hablaban de sentimientos. Esa no era su forma de relacionarse.

Y, sin embargo Iris sabía que ella era amada. Su madre no era de esas que expresaba sentimientos o visitaba su habitación con una taza de té y una sonrisa, pero amaba a sus hijos con toda la fuerza de su corazón. Iris nunca lo había dudado, ni siquiera un momento.

La señora Smythe-Smith se sentó en el extremo de la cama de Iris y le indicó que se acercara. —Me hubiera gustado que tuvieras una doncella para el viaje,— dijo ella. —No es en absoluto adecuado.—

Iris reprimió una risa ante lo absurdo de todo. Después de todo lo ocurrido la semana pasada, ¿la falta de una *doncella* era lo no adecuado?

—Nunca has sido buena con el pelo—, dijo su madre. —Tendrás que vestirse sola. . —

—Voy a estar bien, mamá—, dijo Iris. Daisy y ella compartían doncella, y cuando se le dio a elegir, la joven había optado por permanecer en Londres. Iris pensó que sería prudente esperar a contratar a una nueva empleada doméstica en Yorkshire. La haría parecer menos una extraña en su nuevo hogar. Con suerte, la haría *sentir* también menos una extraña.

Subió de nuevo a su cama y se apoyó en las almohadas. Se sentía muy joven, sentada de esa manera. No podía recordar la última vez que su madre había entrado en su habitación y se sentó en su cama.

—Te he enseñado todo lo que necesita saber para gestionar adecuadamente una casa—, dijo su madre.

Iris asintió.

—Vas a estar en el campo, por lo que habrá un cambio, pero los principios de la gestión son los mismos. Tu relación con el ama de llaves será de la mayor importancia. Si ella no te respeta, nadie lo hará. Ella no debe *temerte* ———

Iris bajó la mirada hacia su regazo, cambiando su pánico por algo de diversión. La idea de que alguien la temiera era ridícula.

—pero debe respetar tu autoridad,— concluyó la señora Smythe-Smith. —¿Iris? ¿Me estás escuchando? —

Iris miró hacia arriba. —Por supuesto. Lo siento.— Logró una pequeña sonrisa. —No creo que Maycliffe Park sea terriblemente grande. Sir Richard me la ha descrito. Estoy segura de que habrá mucho que aprender, pero creo que voy a estar a la altura —.

Su madre le acarició la mano. —Por supuesto que sí.—

Hubo un momento extrañamente torpe en el silencio, luego la madre de Iris dijo: —¿Qué tipo de casa es Maycliffe? ¿Isabelina? ¿Medieval? ¿Son extensos los terrenos? —

—De finales de la época medieval—, respondió Iris. — Sir Richard me dijo que fue construida en el siglo XV, aunque ha habido varios cambios en los últimos años.—

—¿Y los jardines?—

—No estoy segura—, dijo Iris, con tono lento y cuidadoso. Ella estaba segura de que su madre no había ido a su habitación para hablar de la arquitectura y el paisajismo de Maycliffe Park.

—Por supuesto.—

¿Por supuesto? Iris estaba desconcertada.

—Espero que estés cómoda—, dijo su madre con voz quebradiza.

—Estoy seguro de que no me faltará de nada.—

—Va a hacer frío, me imagino. Los inviernos en el norte... —La señora Smythe-Smith dio una pequeña sacudida. —No podría soportarlo. Tendrás que llevar a los criados de la mano, para asegurarte de que todos los fuegos están—

—Madre,— interrumpió Iris finalmente.

Su madre detuvo su divagación.

—Sé que no ha venido aquí para hablar de Maycliffe.—

—No.— La señora Smythe-Smith respiró. —No, no lo hice.—

Iris esperó pacientemente mientras que su madre se removía de forma inusual, tirando de la colcha de color azul

claro y pasando los dedos por ella. Finalmente, levantó la vista, miró fijamente a los ojos de Iris, y le dijo: —Eres consciente de que el cuerpo de un hombre no lo es... igual que el de la mujer —.

Los labios de Iris abrieron por la sorpresa. Ella había estado esperando esta conversación, pero no de forma tan contundente.

—¿Iris?—

—Sí,— dijo ella rápidamente. —Sí, por supuesto. Soy consciente—.

—Estas diferencias son las que hacen que la procreación sea posible.—

Iris casi dijo: —Lo sé—, excepto que estaba bastante segura de que no lo sabía. Al menos, no todo lo que necesitaría.

—Tu marido lo hará... —La señora Smythe-Smith dejó escapar un suspiro de frustración. Iris pensó que jamás había visto a su madre tan descompuesta.

—Lo que va a hacer. . —.

Iris esperó.

—Él querrá... —La señora Smythe-Smith hizo una pausa, y sus dos manos se extendieron delante de ella como estrellas de mar, casi como si se estuviera sosteniendo a sí misma contra el aire. —Pondrá esa parte de él, la que es diferente, dentro de ti.—

—¿En —Iris no parecía muy capaz de pronunciar la palabra—

—qué sitio?—

Las mejillas de su madre se tiñeron con un imposible color rosa. —Su parte que es diferente va en *tu* parte que es diferente. Así es como su semilla entra en tu cuerpo—.

Iris trató de visualizarlo. Ella sabía lo que un hombre tenía. Las estatuas que había visto no siempre habían utilizado una hoja de parra. Pero lo que describió a su madre parecía más peligroso. Sin duda, Dios, en su infinita sabiduría, habría diseñado un medio más eficiente para la procreación.

Sin embargo, no tenía ninguna razón para dudar de su madre. Frunció el ceño y luego preguntó: —¿Duele?—

La expresión de la señora Smythe-Smith se puso seria. —No voy a mentirte. No es especialmente cómodo, y duele mucho la primera vez. Pero después se hace más fácil, te lo prometo. Me parece que ayuda mantener la mente ocupada. Yo suelo pensar en las cuentas de la casa—.

Iris no tenía idea de qué significaba eso. Sus primas nunca habían sido muy explícitas al hablar de sus deberes de esposas, pero nunca había tenido la impresión de que pasaban ese tiempo haciendo sumas mentalmente. —¿Tengo que hacerlo a menudo?—, preguntó.

Su madre suspiró. —Puede ser. Realmente, depende... —.

—¿De qué?—

Su madre volvió a suspirar, pero esta vez fue con los dientes apretados. No había deseado más preguntas, eso estaba claro. —La mayoría de las mujeres no conciben la primera vez. E incluso si lo hace, no lo sabrás de inmediato —.

—¿No lo sabré?—

Esta vez su madre gimió directamente. —Sabrás cuando estás embarazada cuando tus períodos se detengan.—

¿Sus períodos se detendrían? Bueno, *eso* sería un beneficio.

—Y además de eso,— continuó su madre, —los caballeros encuentran placer en el acto y las damas no lo hacen.— Se aclaró la garganta, incómoda. —Dependerá de los apetitos de tu marido—

—¿Los apetitos?— ¿Será por la comida?

—Por favor, deja de interrumpirme,— prácticamente rogó su madre.

Iris cerró la boca al instante. Su madre nunca le había rogado antes.

—Lo que estoy tratando de decir,— dijo la señora Smythe-Smith con voz tensa —, es que tu marido es probable que desee estar mucho contigo. Por lo menos, en los primeros días del matrimonio—.

Iris tragó saliva. —Ya veo.—

—Bueno—, dijo su madre con brío. Prácticamente sacudió los pies. —Tenemos mucho que hacer hoy—.

Iris asintió. La conversación claramente había terminado.

—Tus hermanas querrán ayudarte a vestirte, estoy segura.

Iris ofreció una sonrisa temblorosa. Sería bueno tenerlas a todas en un mismo lugar. Rose vivió muy lejos, en el oeste de Gloucestershire, pero incluso con el aviso tan sólo unos pocos días antes, había tenido tiempo de sobra para llegar a Londres para la boda.

Yorkshire estaba mucho más lejos de Gloucestershire.

Su madre se fue, pero unos cinco minutos más tarde hubo otro golpe en la puerta.

—Entren—, gritó Iris con cansancio.

Era Sarah, con una expresión furtiva y su mejor vestido de mañana. —Oh, gracias a Dios, estás sola.—

Iris inmediatamente se animó. —¿Qué pasa?—

Sarah miró al pasillo y luego cerró la puerta detrás de ella. —¿Tu madre vino a verte?—

Iris gimió.

—Así que ella lo hizo.—

—Prefiero no hablar de ello.—

—No, por eso estoy aquí. Bueno, no para hablar de los consejos de tu madre. Estoy segura de que no quieres saber lo que te dijo. Si es parecido a lo que dijo mi madre...— Sarah se estremeció, luego atrajo toda su atención. —Escúchame. Cualquier cosa que tu madre te dijera acerca de las relaciones con tu marido, ignóralas—.

—¿Todo?—, preguntó Iris dubitativa. —Ella no puede estar *completamente* equivocada.—

Sarah dejó escapar una risita y vino a sentarse junto a ella en la cama. —No, por supuesto que no. Ella tiene seis hijos. Lo que quiero decir es... bien, ¿te dijo que es terrible?

—No con esas palabras, pero sonaba bastante desagradable.—

—Estoy seguro de que puede serlo si no amas a tu marido.—

—Yo no amo a mi marido—, dijo Iris claramente.

Sarah suspiró, y su voz perdió parte de su autoridad. —
¿Al menos te gusta?—

—Sí, por supuesto.— Iris pensó en el hombre que, en tan sólo unas horas, sería su marido. Podría no ser capaz de decir que lo amaba, pero para ser justos, no había nada realmente *malo* en él. Tenía una sonrisa encantadora, y hasta el momento, la había tratado con el máximo respeto. Pero ella apenas lo conocía. —Yo podría llegar a amarlo—, dijo, deseando hablar con más seguridad. —Espero hacerlo.—

—Bueno, eso es un comienzo.— Sarah apretó los labios siguiendo sus pensamientos. —Parece que le gustas también.
—

—Estoy bastante segura de que es así—, respondió Iris. Luego, en un tono muy diferente, agregó, —A menos que él sea un mentiroso redomado.—

—¿Qué quieres decir?—

—Nada—, dijo Iris rápidamente. Deseó no haber hablado. Su prima sabía por qué el matrimonio se llevaba a cabo tan apresuradamente, —toda la familia entera lo sabía—, pero nadie conocía la verdad que había detrás de la propuesta de Sir Richard.

Ni siquiera Iris.

Ella suspiró. Era mejor que todo el mundo pensara que había sido una romántica declaración de amor. O al menos eso habían pensado cuando pasó y decidieron que hacía una buena pareja. Pero no era... no...

Iris no sabía cómo explicarlo, incluso ni a ella misma. Ella sólo deseaba poder sacudirse de esa persistente sospecha de que algo no iba bien.

—¿Iris?—

—Lo siento.— Iris sacudió la cabeza. He estado un poco distraída últimamente.—

—Lo creo,— respondió Sarah, aparentemente aceptando esa explicación. —He hablado con Sir Richard sólo unas pocas veces, pero él parece ser un hombre bueno, y creo que te tratará bien.—

—Sarah—, comenzó Iris —, si tu intención era la de aliviar mi aprensión, debo decirte que estás fallando miserablemente.—

Sarah hizo un sonido más divertido que frustrado y se agarró la cabeza entre las manos. —Sólo escúchame—, dijo. —Y confía en mí. ¿Confías en mí?—

—En realidad, no.—

La expresión de Sarah estaba más allá de lo cómico.

—Estoy bromeando—, dijo Iris con una sonrisa. —Por favor, debes permitir mi cuota de humor el día de mi boda. Sobre todo después de esa conversación con mi madre—.

—Sólo recuerda—, dijo Sarah, estirándose para tomar la mano de Iris. —Puede ser muy agradable lo que ocurre entre el esposo y la esposa.—

La expresión de Iris debió de ser dudosa, porque Sarah añadió: —Es muy especial. De verdad que lo es—.

—¿Alguien te dijo ésto antes de tu boda?—, preguntó Iris. —¿Después de que tu madre hablara contigo? ¿Es por eso que pensaste venir y decirme esto? —

Para gran sorpresa de Iris, Sarah se ruborizó con un color rosa oscuro. —Hugh y yo... ah... tuvimos...—

—¡Sarah!—

—Chocante, lo sé. Pero fue maravilloso, de verdad, y yo no podía ayudarme a mí misma.—

Iris se quedó atónita. Sabía que Sarah había sido siempre un espíritu más libre de lo ella era, pero nunca habría imaginado que se había entregado a Hugh antes del matrimonio.

—Escucha,— dijo Sarah, apretando la mano de Iris. — No importa si Hugh y yo anticipamos nuestros votos. Estamos casados ahora, amo a mi marido, y él me ama—.

—Yo no te juzgo—, dijo Iris, aunque tenía la sensación de que lo hacía; tal vez un poco.

Sarah la miró con una franca expresión. —¿Sir Richard te ha dado un besado?—

Iris asintió.

—¿Te gustó? No, no contestes, puedo decir por tu cara que sí te gustó—.

No era la primera vez que Iris maldecía su piel clara. No había una persona en Inglaterra que se sonrojara con tanto vigor y profundidad como ella.

Sarah le acarició la mano. —Esa es una buena señal. Si sus besos son preciosos, el resto es muy probable que lo sea también. —

—Esta ha sido la mañana más extraña de mi vida—, dijo Iris débilmente.

—Se trata de superar lo extraño— —Sarah se levantó y le dio a Iris un exagerado gesto de despedida— —*Lady Kenworthy*.—

Iris le lanzó una almohada.

—Debo irme—, dijo Sarah. —Tus hermanas estarán aquí en cualquier momento para ayudarte a prepararte.— Se movió hacia la puerta y puso la mano en el pomo, mirando hacia atrás a su primo con una sonrisa.

—¡Sarah!— gritó Iris, antes de que pudiera salir de la habitación.

Sarah inclinó la cabeza, preguntando.

Iris miró a su prima, y por primera vez en su vida, se dio cuenta de lo mucho que la amaba. —Gracias.—

VARIAS HORAS MÁS TARDE, Iris era Lady Kenworthy de verdad. Había estado delante de un sacerdote, y ella había pronunciado las palabras que la atarían a Sir Richard para toda la vida.

Seguía siendo un misterio. Él había continuado cortejándola durante el breve tiempo pasado entre su compromiso y la boda, y no podía decir nada más que era encantador. Pero todavía no se atrevía a confiar en él sin reservas.

Le gustaba. A ella le gustaba mucho. Tenía un gran sentido del humor, idealmente unido al suyo, y si se le preguntara, habría dicho que creía que era un hombre de buena pasta y principios morales.

Pero no era tanto una creencia como una suposición, o en verdad, sólo una esperanza. Su instinto le decía que todo estaría bien, pero en realidad no le gustaba confiar en sus impresiones. Era demasiado práctica para eso. Prefería lo tangible; ella deseaba pruebas.

Su noviazgo no había tenido *sentido*. Ella simplemente no podía pasar dejar pasar eso.

—Debemos despedirnos,— su marido — ¡*su marido!* — le dijo poco después del desayuno de boda. La celebración, como la ceremonia, había sido sencilla, aunque no precisamente pequeña. El tamaño de la familia de Iris lo había hecho imposible.

Iris había pasado a través de los acontecimientos del día en un deslumbramiento constante, asintiendo con la cabeza y sonriendo a lo que esperaba fueran los momentos correctos. Primo tras primo se habían adelantado para felicitarla, pero con cada beso en la mejilla y palmadita en la mano, sólo podía pensar que se acercaba el momento de entrar en el carruaje de Sir Richard y cabalgar lejos.

Ahora había llegado el momento.

Él la ayudó a subir, y ella tomó asiento frente a frente. Era un buen carruaje, bien equipado y cómodo. Esperaba que tuviera buena suspensión; según su marido, era un viaje de cuatro días hasta Maycliffe Park.

Un momento después de que ella estuviera colocada, Sir Richard entró en el carro. Le dirigió una sonrisa y se sentó frente a ella.

Iris se asomó por la ventana a ver a su familia, reunida frente a su casa. No, no era su casa. No por más tiempo. Sintió el pinchazo mortificante de las lágrimas en los ojos y buscó en su bolso de cuentas, a toda prisa, un pañuelo. Ella apenas tenía su bolso abierto cuando Sir Richard se inclinó hacia delante, ofreciéndole el suyo.

No tenía sentido ocultar su llanto, supuso Iris, por lo que ella tomó el pañuelo. Parecía conocerla bastante bien. —Lo siento—, dijo mientras se secaba los ojos. Las novias no estaban destinadas a llorar en el día de celebración de su boda. Seguramente no podía presagiar nada bueno.

—No tiene nada por lo que disculparse,— Sir Richard dijo amablemente. —Sé que todo esto ha sido una gran conmoción.—

Ella le ofreció la mejor sonrisa que pudo, lo que no era mucho, la verdad. —Yo estaba pensando... — Hizo un gesto hacia la ventana. El carruaje aún no había comenzado a moverse, y si inclinaba un poco la cabeza, podía ver la que había sido su ventana del dormitorio. —Ya no es mi casa.—

—Espero que le guste Maycliffe.—

—Estoy seguro de que será así. Sus descripciones son encantadoras. —Él le había hablado de una gran escalera y de pasadizos secretos. De una habitación en la que el rey Jaime I había dormido. Tenía un jardín de hierbas cerca de la cocina y un invernadero en la parte posterior. No estaba adjuntado a la casa, pero le había dicho que, durante mucho tiempo, había pensado en conectarlos.

—Haré el mayor esfuerzo para hacerla feliz—, dijo.

Apreció que lo dijera allí, donde no tenían audiencia. —Yo, también.—

El carruaje comenzó a moverse, a ritmo muy lento por las congestionadas calles de Londres.

—¿Cuánto tiempo viajaremos hoy?—, preguntó Iris.

—Cerca de seis horas en total, si las carreteras no están demasiado afectadas por la lluvia de esta mañana.—

—No es un día muy largo.—

Él sonrió, asintiendo. —Cerca de la ciudad hay un montón de oportunidades para descansar, si así lo necesitas.—

—Gracias.—

Era, de lejos, la conversación más educada, correcta, y aburrida que jamás habían tenido. Irónico, eso.

—¿Le importa si leo?—, preguntó Iris, metiendo la mano en su bolso para coger un libro.

—De ningún modo. La envidio, de hecho. Soy totalmente incapaz de leer en un carruaje en movimiento—.

—¿Incluso cuando se sienta con la cara hacia el frente? — Ella se mordió el labio. ¡Dios mío, ¿qué estaba diciendo? Él lo interpretaría como que quería decir que deseaba que viniera a sentarse a su lado.

No era en absoluto lo que ella tenía *en mente*.

No es que a ella le importaría.

Lo que no quería decir es que ella lo deseaba.

Le era completamente indiferente. Realmente. No le importaba la posición que él eligió para sentarse.

—No importa a qué parte del camino estoy enfrentado, — respondió Sir Richard recordándole a Iris que, efectivamente, le había hecho una pregunta. —Me parece que mirar por la ventana a un punto lejano, a menudo ayuda.—

—Mi madre dice lo mismo,— Iris estuvo de acuerdo. — También tiene dificultad para leer en los carruajes.—

—Normalmente yo monto a caballo junto a ellos—, dijo encogiéndose de hombros. —Es más fácil en todos los sentidos.—

—¿Usted no desea hacerlo hoy?— Oh, maravilla. Ahora él pensaría que ella estaba tratando de sacarlo del carruaje. Eso no era *tampoco* lo que le estaba diciendo.

—Puede ser que más adelante,— le dijo él. —En la ciudad nos movemos lo suficientemente lento para que no me afecte.—

Se aclaró la garganta. —Bien. Bueno, voy a leer ahora, si no le importa—.

—Por favor.—

Abrió su libro y comenzó a leer. En un carruaje cerrado. A solas con su guapo nuevo marido. Leyó un libro.

Tenía la sensación de que no era la forma más romántica de comenzar un matrimonio.

Pero, de nuevo, ¿qué sabía ella?

Capítulo Nueve

Eran casi las ocho de la tarde cuando por fin se detuvieron ese día. Iris había estado sola en el carruaje durante algún tiempo. Habían hecho una breve parada para que todos pudieran atender sus necesidades, y reanudaron su viaje, Sir Richard había elegido montar al lado del vehículo. Iris dijo a sí misma que no se sentía menospreciada. Él sufría de mareos; ella no quería que enfermase el día de su boda.

Pero eso significó que a se quedó sola, y cuando avanzó la noche y la luz se hizo más tenue, ni siquiera podía enfrascarse en las páginas de su libro. Ahora que habían dejado a Londres detrás, el ritmo era más rápido, y los caballos iban a un constante y relajante ritmo. Debía haber dormido, porque un momento estaba en algún lugar en Buckinghamshire, y al siguiente alguien le estaba agitando suavemente el hombro y gritando su nombre.

—¿Iris? ¿Iris? —

—Mmmbrgh.— Ella nunca se había despertado con rapidez.

—Iris, hemos llegado.—

Ella parpadeó un par de veces hasta que la cara de su marido entró en el foco de la tenue luz de la tarde. —¿Sir Richard?—

Él sonrió con indulgencia. —Yo pensaba que podría ser capaz de prescindir del ‘Sir’—.

—Mmmmfh. Sí. —Ella bostezó, sacudiendo las manos, que se le habían quedado dormidas. Sus pies, también, se dio cuenta de ello. —Bien.—

Él la miró con una visible diversión. —¿Siempre despierta tan lentamente?—

—No.— Ella se sentó. En algún momento durante el viaje se había desplomado por completo sobre su costado. —A veces soy más lenta.—

Se rió de eso. —Lo tendré en consideración. No habrá reuniones importantes para Lady Kenworthy antes del mediodía—.

Lady Kenworthy. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría acostumbrarse a ello.

—Por lo general, puedo confiar en ser coherente a las once,— respondió Iris. —Aunque tengo que decir que la mejor parte de estar casada será desayunar en la cama.—

—¿La mejor parte?—

Ella se sonrojó, y el inesperado significado de sus palabras finalmente la despertó. —Lo siento,— dijo ella rápidamente. —Eso fue desconsiderado—

—No piense eso—, interrumpió, y ella dio un suspiro de alivio. Su marido no era de los que se sentían pronto insultados. Eso era algo muy bueno, ya que Iris no consideraba siempre sus palabras antes de hablar.

—¿Nos vamos?—, Preguntó Richard.

—Sí, por supuesto.—

Saltó y le tendió la mano. —Lady Kenworthy.—

Ese era la segunda vez que la había llamado por su nuevo nombre en 2 minutos. Sabía que muchos caballeros hacían tal cosa en los primeros días del matrimonio como signo de cariño, pero la hacía sentirse incómoda. Era bienintencionado, lo sabía, pero sólo servía para recordarle lo mucho que había cambiado su vida en el espacio de una semana.

Sin embargo, tenía que tratar de sacar lo mejor de la situación, y comenzó por iniciar una conversación agradable. —¿Ha estado aquí antes?—, preguntó mientras aceptaba su mano.

—Sí, yo — ¡Whoa!—

Iris no estaba muy segura de cómo sucedió —tal vez ella no había logrado sacudir el hormigueo de sus pies— pero se resbaló al bajar del carruaje, y dejó escapar un grito de sorpresa cuando su estómago dio una sacudida contra su corazón, que le devolvió el favor lanzándose a una completa carrera de velocidad.

Y entonces, antes de que pudiera tratar de recuperar el equilibrio, fue capturada por Richard, que la sostuvo firmemente hasta que la dejó en el suelo.

—Santo Cielo—, dijo, contenta de tener firmemente los pies en el suelo. Puso una mano sobre el corazón, tratando de calmarse.

—¿Está bien?— Él no parecía darse cuenta de que sus manos estaban todavía en su cintura.

—Muy bien—, susurró. ¿Por qué estaba susurrando? — Gracias.—

—Bien.— Él la miró. —No quería . . .—

Sus palabras se desvanecieron, y por un largo segundo se miraron a los ojos. Era una extraña y muy cálida sensación, y al pisar bruscamente, Iris se sintió desequilibrada y fuera de sí.

—No quería que usted se hiciera una herida.— Se aclaró la garganta. —Es lo que quise decir.—

—Gracias.— Ella echó un vistazo a la posada, un hervidero de actividad en marcado contraste con ellos dos, que todavía estaban como estatuas. —Estaba diciendo algo—, incitó. —¿Acerca de la posada?—

Él la miró, con expresión de estar en blanco.

—Había preguntado si había estado aquí antes—, le recordó.

—Muchas veces—, respondió, pero aún parecía distraído. Esperó un momento, pretendiendo enderezar sus guantes, hasta que se aclaró la garganta y dijo: —Es un viaje de tres días a Maycliffe, eso no se puede pasar por alto. Siempre me quedo en las mismas dos casas de huéspedes en el viaje hacia el norte—.

—¿Y en el viaje hacia el sur?—, Bromeó.

Él parpadeó, con el ceño fruncido, ya sea por la confusión o por desdén. Honestamente, no podía estar segura de qué era.

—Era una broma,— empezó a decir, ya que sólo intentaba razonar que tendría que tomar la misma ruta de vuelta a Londres. Pero se interrumpió después de dos palabras, y sólo dijo: —No importa.—

Sus ojos se mantuvieron penetrantes en su cara durante un largo momento, luego le tendió el brazo, y dijo: —Vamos —.

Ella alzó la vista hacia el cartel, alegremente pintado, que colgaba de la posada. *El ganso polvoriento*. ¿En serio? ¿Iba a pasar su noche de bodas en una posada llamada *El Ganso Polvoriento*?

—¿Confío en que la encuentre satisfactoria?— preguntó Richard cortésmente mientras la llevaba dentro.

—Por supuesto.— No es que ella podría o habría dicho cualquier otra cosa. Miró a su alrededor. En realidad, era un lugar encantador, con rombos cruzados en las ventanas de estilo Tudor y flores frescas en la recepción.

—Ah, Sir Richard!—, exclamó el posadero, saludando bulliciosamente. —¿Ha tenido buen tiempo?—

—Los caminos se mantuvieron bien a pesar de la lluvia de esta mañana—, dijo Richard amablemente. —Fue un viaje muy agradable.—

—Espero que se deba más a la compañía que a los caminos—, dijo el posadero con una sonrisa de complicidad. —Le deseo felicidad.—

Richard inclinó la cabeza hacia el posadero en señal de saludo, y luego dijo: —Permítame presentarle a mi nueva esposa, Lady Kenworthy. Lady Kenworthy, éste es el señor Fogg, el estimado propietario del Ganso Polvoriento—.

—Es un honor conocerla, señora—, dijo el señor Fogg. —Su marido es nuestro huésped favorito.—

Richard le dedicó una media sonrisa. —Al menos, uno frecuente—.

—Su posada es preciosa—, dijo Iris. —No veo el polvo, sin embargo.—

Mister Fogg sonrió. —Hacemos todo lo posible para mantener a los gansos fuera.—

Iris rió, y estaba muy agradecida por ello. El sonido se había vuelto casi desconocido.

—¿Quieren que les muestre sus habitaciones?—, preguntó el posadero. —La Sra. Fogg ha preparado la cena para usted. Su mejor asado, con queso, patatas y postres de Yorkshire. Puedo servirlo en el comedor privado cuando lo desee—.

Iris sonrió agradecida y siguió el señor Fogg por las escaleras.

—Aquí estamos, mi señora—, dijo, abriendo una puerta al final del pasillo. —Es nuestra mejor cámara.—

Estaba realmente muy bien para una posada, pensó Iris a, con una gran cama con dosel y una ventana que daba al sur.

—Tenemos sólo dos habitaciones con cámaras con lavabo privado,— continuó el señor Fogg, —pero, por supuesto, hemos guardado una para ustedes.— Abrió otra puerta, mostrando una pequeña habitación sin ventanas con un orinal y una bañera de cobre. —Una de nuestras criadas le preparará un baño caliente, si lo desea.—

—Se lo haré saber, gracias—, dijo Iris. No estaba segura de por qué estaba tan deseosa de causar una buena impresión en un posadero, excepto porque a su marido parecía agradaarle bastante el hombre. Y, por supuesto, no había ninguna razón alguna para ser grosera con alguien que se tomaba tantas molestias para complacerla.

Mister Fogg se inclinó. —Muy bien. La dejaré ahora, Señora. Estoy seguro de que desea descansar después de viajar. ¿Sir Richard? —

Iris parpadeó confundida mientras guiaba a Richard hacia la puerta.

—Usted está justo cruzando la sala—, continuó el Sr. Fogg.

—Muy bien—, dijo Richard.

—Usted está— Iris se contuvo antes de que dijera algo embarazoso. ¿Su marido había reservado habitaciones separadas para su noche de bodas?

—¿Señora?—, preguntó el señor Fogg, volviéndose hacia ella ante su comentario.

—No es nada—, dijo Iris rápidamente. De ningún modo iba a dejar que se notara que estaba sorprendida por los arreglos hechos para dormir.

Sorprendida y... Y aliviada. Y tal vez, un poco herida también.

—Si abre mi habitación—, le dijo Richard a mister Fogg, —puedo llegar hasta allí por mí mismo. Mientras tanto, me gustaría hablar en privado con mi esposa—.

El posadero hizo una reverencia y se marchó.

—Iris—, dijo Richard.

Ella no se volvió hacia él, exactamente, pero lanzó una mirada en su dirección. Y trató de sonreír.

—Yo no le haría el deshonor de exigir una noche de bodas en una posada de camino—, dijo con voz dura.

—Ya veo.—

Parecía estar esperando una respuesta más larga, por lo que añadió: —Es muy considerado de su parte.—

Se quedó en silencio por un momento, su mano derecha golpeando torpemente contra su muslo. —Todo ha sido muy apresurado para tí.—

—Tonterías—, dijo ella secamente, forzando un toque de ligereza en su voz. —Le he conocido durante dos semanas. Puedo nombrar media docena de matrimonios que se han forjado con relaciones más ligeras—.

Levantó una ceja. Una muy sardónica, y no por primera vez Iris deseó no ser tan sangrientamente pálida. Incluso si levantara una ceja, nadie sería capaz de verlo.

Hizo una reverencia. —Solicito su permiso para irme.—

Ella se dio la vuelta, pretendiendo buscar algo en su bolso. —Por favor.—

Hubo otro silencio incómodo.

—¿La veré en la cena?—, preguntó.

—Por supuesto.— Ella tenía que comer, ¿no?

—¿Un cuarto de hora es suficiente?— Su voz era escrupulosamente educada.

Ella asintió con la cabeza, a pesar de no estar frente a él. Podía discernir el movimiento, estaba segura. Y ella ya no confiaba en su voz.

—La llamaré antes de ir abajo—, dijo, y entonces oyó el clic de la puerta detrás de él.

Iris se contuvo a sí misma, ni siquiera respiraba. No estaba segura de por qué. Tal vez una parte de ella necesitaba para él estar lejos, más allá de un simple clic de la puerta. Necesitaba que él cruzara el pasillo, entrara en su habitación y cerrara la puerta tras de sí.

Lo necesitaba todo entre ellos.

Y entonces ella podría llorar.

RICHARD CERRÓ LA PUERTA DE IRIS, caminó con cuidado a través del pasillo, abrió su propia puerta, la cerró, echó la llave, y luego dejó escapar una sarta de improperios, tan espectacularmente creativos que era de extrañar que un rayo no golpeará todo el Ganso Polvoriento en el acto.

¿Qué demonios iba a hacer?

Todo había sido planificado. Todo. Había conocido a Iris, había conseguido que se casara con él, y estaban en camino hacia el norte. No le había dicho nada de todo —muy bien, realmente no le había dicho mucho de nada, pero nunca había planeado hacerlo hasta que llegaran a Maycliffe y se encontraran con sus hermanas.

Que hubiera encontrado una mujer tan inteligente y agradable era un alivio. Que ella era atractiva era un valor añadido. Sin embargo, no había anticipado que la querría.

No así.

Él la había besado en Londres, y le había gustado bastante, —lo suficiente para saber que acostarse con ella no sería ninguna dificultad. Pero lo más agradable de la experiencia fue que no había tenido problemas para detenerse cuando fue preciso. Su pulso se había acelerado, y había sentido los primeros movimientos del deseo, pero no había sido algo que no pudiera dominarse fácilmente.

Entonces Iris había tropezado al salir del carruaje. Él la había atrapado, por supuesto. Era un caballero; era el instinto. Él lo habría hecho con cualquier mujer.

Pero cuando él la tocó, cuando sus manos se posaron en la curva de su pequeña cintura, y su cuerpo se deslizó a lo largo del suyo mientras la bajaba al suelo...

Algo dentro de él se había incendiado.

No sabía qué había cambiado. ¿Era algo primitivo, algo profundo en el corazón que, hasta ahora, no sabía que tenía?

Se había sentido como un idiota, aturdido y congelado, incapaz de quitar las manos de sus caderas. Su sangre golpeaba sus venas, y su corazón latía tan fuerte que no podía creer que ella no lo oyera. Y todo lo que pudo pensar fue—

La quiero.

Y no era el habitual deseo tipo *No-he-estado-con-una-mujer-en-unos-cuantos-meses*. Fue eléctrico, un rayo instantáneo de deseo tan fuerte que robó el aliento de su cuerpo.

Había querido inclinar la cabeza hacia la suya y besarla hasta que ella jadeara de deseo.

Había querido colocar las manos sobre su trasero y apretar, y levantarla hasta que no tuviera más remedio que

envolver sus piernas alrededor de él.

Y después quería empujar su espalda contra un árbol y adueñarse de ella.

Buen Dios. Quería a su esposa. Y no podía tenerla.

Todavía no.

Richard juró nuevamente mientras se arrancaba el abrigo y lo arrojaba sobre la cama. ¡Maldita sea! No necesitaba esta complicación. Iba a tener que decirle que bloqueara la puñetera puerta cuando llegaran a la residencia Maycliffe.

Él juró una vez más. Ni siquiera sabía si había una cerradura en la puerta de comunicación entre las habitaciones.

Tendría que instalar una.

No, eso daría que hablar. ¿Quién demonios *añadía* un candado a una puerta de conexión entre habitaciones?

Por no hablar de los sentimientos de Iris. Él había visto en sus ojos que se había sorprendido al ver que no tenía intención de visitarla en su noche de bodas. Estaba bastante seguro de que también se había sentido aliviada; no se adulaba a sí mismo tanto como para creer que había caído perdidamente enamorada de él en tan poco tiempo. Incluso si lo hubiera hecho, no era el tipo de mujer que se acercaría al lecho matrimonial sin temor.

Pero ella también estaba herida. Había visto eso también, a pesar de sus intentos por ocultarlo. ¿Y por qué no iba a estarlo? Por lo que ella sabía, su marido no la encontraba lo suficientemente atractiva como para llevarla a la cama en su noche de bodas.

Dejó escapar una sombría risa. Nada podría estar más lejos de la verdad. Sólo Dios sabía cuánto tiempo iba a necesitar para que su traidor cuerpo se asentara lo suficiente como para poder escoltarla hasta la cena.

Oh, sí, sería gentil. *Aquí, tome mi brazo, pero ignore mi furiosa erección.*

Realmente se necesitaba que alguien inventara un mejor par de pantalones.

Yacía de espaldas, buscando pensamientos desagradables. Cualquiera cosa que dirigiera su mente en algo que no fuera la delicada calidez de la cadera de su esposa. O el rosa suave de sus labios. Era de un color que habría sido

corriente en cualquier otra persona, pero contra la pálida piel de Iris...

Juró. Una vez más. Esta no era la forma en que se suponía que debían ir las cosas. Los malos pensamientos, pensamientos desagradables... Veamos, aquel momento en el que sufrió una intoxicación alimentaria en Eton. Por pescado en mal estado, eso era. ¿Salmón? No, eran lucios. Había vomitado durante días. Ah, y el estanque en Maycliffe. Estaría frío en esta época del año. Muy frío. Frío encoge-pelotas.

La observación de aves, la conjugación latina, su tía abuela Gladys (que en paz descanse). Arañas, leche agria, la peste.

La plaga de la peste.

La peste bubónica, adormecimiento...

Aquello funcionó.

Consultó su reloj de bolsillo. Habían pasado diez minutos. Posiblemente once. Tiempo suficiente como para ordenar a su patético cuerpo que se levantara de la cama y se pudiera presentable.

Con un gemido, Richard sacó su abrigo nuevo. Probablemente debería cambiarse para la cena, pero seguramente estas normas podrían relajarse durante el viaje. Y, además, había dicho ya a su ayuda de cámara que no iba a necesitar sus servicios hasta que se retirara por la noche. Esperaba que Iris no hubiera pensado en ponerse un vestido más formal. No se le había ocurrido decírselo.

Exactamente a la hora correcta, él llamó a su puerta. La abrió de inmediato.

—Usted no se ha cambiado—, le espetó. Como un idiota.

Sus ojos se abrieron como si temiera haber cometido un error. —¿Quería que lo hiciera?—

—No, no. Yo quería decirle que no se molestara.— Se aclaró la garganta. —Pero se me olvidó.—

—Oh.— Ella sonrió. Torpemente. —Bueno, no lo hice. El cambio, quiero decir—.

—Ya veo.—

Richard se anotó mentalmente el felicitarse a sí mismo por su chispeante ingenio.

Ella quedó quieta.

También lo hizo él.

—He traído un chal—, dijo.

—Buena idea.—

—Pensé que podría hacer frío.—

—Es posible.—

—Sí, eso es lo que pensaba.—

Se quedó allí.

También lo hizo ella.

—Deberíamos comer—, dijo de pronto, extendiendo su brazo. Era peligroso tocarla, incluso en circunstancias tan inocentes, pero iba a tener que acostumbrarse. No podía negarse duramente a ser su escolta durante los próximos meses.

Realmente necesitaba saber cuántos meses. *Exactamente* cuántos meses.

—El Sr. Fogg no exageraba sobre el asado de su esposa —, dijo, buscando algo totalmente inocuo. —Ella es una espléndida cocinera.—

Podría haberlo imaginado, pero pensó que Iris parecía aliviada de que hubiera iniciado una conversación ordinaria. —¡Qué encantador!,— dijo ella. —Estoy bastante hambrienta.

—¿No comió en el carruaje?—

Ella negó con la cabeza. —Quería hacerlo, pero me quedé dormida.—

—Lo siento, no estaba allí para entretenerla.— Se mordió la lengua. Él sabía exactamente cómo le hubiera gustado entretenerla, aunque ella era inocente en tales actividades.

—No sea tonto. Usted no se siente bien en los carruajes —.

Verdad. Pero, hasta entonces, nunca había hecho un largo viaje en carruaje con ella.

—Imagino que de nuevo deseará viajar junto al carro mañana—, preguntó.

—Creo que sería lo mejor.— *Por muchas razones.*

Ella asintió con la cabeza. —Voy a tener que encontrar otro libro para leer. Me temo que voy a terminar el que llevo bastante más rápido de lo esperado—.

Llegaron a la puerta de la habitación de comedor privado, y Richard dio un paso adelante para abrirla para ella. —¿Qué está leyendo?—, preguntó.

—Otro libro de la señorita Austen. *Mansfield Park*—.

Extendió su silla. —No estoy familiarizado con él. No creo que mi hermana lo haya leído—.

—No es tan romántico como los demás.—

—Ah. Eso lo explica todo. Entonces a Fleur no le gustaría. —

—¿Es su hermana muy romántica?—

Richard empezó a abrir la boca, luego se detuvo. ¿Cómo describir a Fleur? Exactamente no era su persona favorita en estos días. —Creo que ella lo es, sí,— dijo finalmente.

Iris parecía divertida por esto. —¿Lo cree?—

Se sintió sonreír, tímidamente. —No es el tipo de cosa que ella discute con su hermano. El romance, quiero decir—.

—No, supongo que no.— Se encogió de hombros y apuñaló a una patata con el tenedor. —Sin duda, no lo discutiría con el mío.—

—¿Usted tiene un hermano?—

Ella le dirigió una mirada de asombro. —Por supuesto. —

Maldita sea, debería haberlo sabido. ¿Qué clase de hombre no sabía que su esposa tenía un hermano?

—John—, dijo. —Él es el más joven.—

Esto fue incluso más que una sorpresa. —¿Usted tiene un hermano llamado *John*?—

Se rió. —Chocante, lo sé. Tendría que haber sido Florian. O Basil. En realidad no es justo—.

—¿Qué pasa con William?—, Sugirió. —Por Guillermo El Dulce?—

—Eso habría sido aún más cruel. Como tener el nombre de una flor y seguir siendo absolutamente normal—.

—Oh, vamos. Iris no es Mary o Jane, pero no es demasiado raro—.

—No es eso—, dijo. —Nosotros somos cinco. Lo que es común y corriente se convierte en horrible si se hace en bloque. —Ella miró su comida, sus ojos bailando por la diversión.

—¿Qué?—, preguntó. Tenía que saber lo que estaba causando una expresión tan encantadora.

Ella sacudió la cabeza, con los labios apretados, obviamente tratando de no reírse.

—Dígame. Insisto—.

Ella se inclinó hacia delante, como si compartiera un gran secreto. —Si John hubiera sido una niña, habría sido llamado Hortensia.—

—¡Dios mío!—

—Lo sé. Mi hermano tuvo suerte, un muchacho afortunado—.

Richard se rió entre dientes, y de pronto se dieron cuenta de que habían estado hablando con bastante comodidad durante varios minutos. Algo más que comodidad — realmente, su nueva esposa era bastante buena compañía. Tal vez todo saldría bien. Sólo tenía que superar este primer obstáculo...

—¿Por qué su hermano estuvo ausente de la boda?—, preguntó.

Ella no se molestó en levantar la vista de su comida mientras contestaba. —Todavía está en Eton. Mis padres piensan que él no debe ser removido de la escuela por tan pequeña celebración—.

—Pero todos sus primos estaban allí.—

—*Su* familia no asistió— respondió ella.

Había razones para ello, pero él no estaba dispuesto a entrar en ellas ahora.

—Y en todo caso,— continuó Iris, —no estaban *todos* mis primos.—

—¡Dios mío, ¿Cuántos de ustedes hay?—

Sus labios se apretaron. Estaba tratando de no sonreír. —Tengo treinta y cuatro primos hermanos.—

Él la miró fijamente. Era un número incomprensible.

—Y cinco hermanos—, añadió.

—Eso es... notable—.

Ella se encogió de hombros. Supuso que no le parecería tan notable si los hubiera conocido a todos. —Mi padre fue uno de ocho—, dijo.

—Aún así—. Él pinchó un trozo de la famosa carne asada de la señora Fogg. —Tengo exactamente cero primos hermanos.—

—¿De verdad?— Ella lo miró sorprendida.

—La hermana mayor de mi madre se quedó viuda muy joven. No tuvo hijos y no deseaba volver a casarse—.

—¿Y su padre?—

—Tenía dos hermanos, pero murieron sin descendencia.

—

—Lo siento mucho.—

Hizo una pausa, con el tenedor a medio camino de su boca. —¿Por qué?—

—Bueno, porque— Se detuvo, con la barbilla retrocediendo mientras meditaba su respuesta. —No lo sé—, dijo finalmente. —No puedo imaginar estar tan sola.—

Por alguna razón, lo encontró divertido. —Tengo dos hermanas.—

—Por supuesto, pero— Una vez más, ella se interrumpió.

—Pero, ¿qué?— Él sonrió, para demostrarle que no estaba ofendido.

—Es que... ustedes son muy *pocos*—.

—Le puedo asegurar que no se siente de esa manera cuando yo estaba creciendo.—

—No, ya imagino que no.—

Richard sirvió dos trozos más del pudding de Yorkshire de la señora Fogg. —Su casa era un hervidero de actividad, imagino.—

—Más cercano a una casa de locos.—

Se echó a reír.

—No estoy bromeando,— dijo. Pero sonrió.

—Espero que usted encuentre en mis dos hermanas un sustituto adecuado para las suyas.—

Ella sonrió y ladeó la cabeza a un lado con coquetería. —Con un nombre como Fleur, estaba predestinada, ¿no le parece?—

—Ah, sí, las flores.—

—¿Es así como nos llaman ahora?—

—¿Ahora?—

Ella giró los ojos. —El ramillete Smythe-Smith, las niñas del jardín, las flores de invernadero. —

—Las flores de invernadero?—

—A mi madre no le hizo gracia.—

—No, imagino que no lo hizo.—

—No siempre fue ‘flores’—, dijo con una mueca de dolor. —Me han dicho que algunos caballeros eran aficionados a la rima.—

—¿Caballeros?— Richard hizo eco, dudando. Podía listar un montón de insultos que empezaban con H, y ninguno de ellos era gratuito.

Iris clavó una pequeña patata con el tenedor. —Yo uso el término vagamente.—

Él la miró por un momento. A primera vista, su nueva esposa parecía tenue, casi insustancial. No era alta, le llegaba hasta el hombro, y era más bien delgada. (Aunque según había descubierto recientemente, no sin curvas.) Y luego, por supuesto, estaba su notable coloración. Sus ojos, que a primera vista parecían pálidos e insípidos, eran afiladas y brillaban con inteligencia cuando ella participaba en una conversación. Y cuando ella se movía quedó claro que su esbelta figura no mostraba debilidad y malestar general, sino más bien fuerza y determinación.

Iris Smythe-Smith no se deslizaba a través de las habitaciones, algo para lo que muchas de sus iguales habían sido entrenadas; cuando entraba, lo hacía en una dirección y con un propósito.

Y su nombre, se recordó a sí mismo, no era Smythe-Smith. Ella era Iris Kenworthy, y se estaba dando cuenta de que apenas había arañado la superficie de su personalidad.

Capítulo Diez

Tres días más tarde

ESTABAN MUY CERCA.

Hacía diez minutos que habían pasado por Flixton, el pueblo más cercano a Maycliffe Park. Iris trató de no parecer demasiado ansiosa —o nerviosa—, mientras observaba el paisaje como diapositivas a través de la ventana. Trató de decirse a sí misma que era sólo una casa, e incluso si las descripciones de su marido no eran exactas no había nada terrible en ello.

Pero era la casa *de él*, lo que significaba que ahora era también *su casa*, y deseaba desesperadamente dar una buena impresión a su llegada. Richard le había dicho que tenían trece sirvientes en la casa propiamente dicha; nada demasiado desalentador, pero *después* había mencionado que el mayordomo había estado allí desde su infancia, y el ama de llaves incluso más tiempo, e Iris no pudo dejar de pensar que no importaba que su apellido era ahora Kenworthy —*ella* era la intrusa en esta ecuación.

Ellos la odiarían. Los sirvientes la odiarían, sus hermanas la odiarían, y si tenía un perro (realmente ¿no debería saber si tenía un perro?), probablemente la odiaría también.

Podía verlo ahora, haciéndole cabriolas a Richard con una sonrisa de perro tonto y luego volviéndose hacia ella, enseñando los colmillos y gruñendo.

Podría ser un alegre regreso a casa.

Richard había avisado con antelación para alertar a la familia sobre la hora aproximada de su llegada. Iris estaba lo suficientemente familiarizada con la vida casa del campo para saber que un veloz jinete les habría estado esperando a unos pocos kilómetros. En el momento en el que el carruaje a Maycliffe, toda la familia estaba alineada para saludarlos.

Richard habló con los sirvientes superiores con gran afecto; dado su encanto y amabilidad, Iris sólo podía pensar que este sentimiento sería devuelto en la misma medida. Los sirvientes la mirarían, y no importaría si ella trataba de ser

imparcial y amable con ellos. No importaría si ella sonreía a su marido y parecía feliz y satisfecha en su nuevo hogar. Estarían observándola de cerca y lo verían en sus ojos. Ella no estaba enamorada de su marido.

Y quizás lo más importante, su marido no estaba enamorado de ella.

Habría chismes. Siempre había chismes cuando el señor de una finca se casaba, pero ella era una completa desconocida en Yorkshire, y dado el carácter apresurado de la boda, los rumores acerca de ella serían intensos. ¿Pensarían que lo había atrapado para que se casara con ella? No podría estar más lejos de la verdad, y aún así.

—No se preocupe.—

Iris miró hacia el sonido de la voz de Richard, agradecida de que hubiera roto el círculo vicioso de sus pensamientos. —No estoy preocupada—, mintió.

Él arqueó una ceja. —Permítame decirlo de otra manera. No hay necesidad de preocuparse—.

Iris cruzó las manos remilgadamente en el regazo. —No creo que las haya.—

Otra mentira. Se estaba haciendo buena en mentir. O tal vez no. Por la expresión de Richard, estaba claro que no la creía.

—Muy bien—, accedió. —*Estoy un poco nerviosa.*—

—Ah. Bueno, probablemente *es* razonable estarlo—.

—¡Sir Richard!—

Sonrió. —Lo siento. No me pude resistir. Y si recuerda, preferiría que no me llame señor. Al menos no cuando estamos solos—.

Ella inclinó la cabeza, decidiendo que se merecía la ambigüedad de la respuesta.

—Iris—, dijo, con voz suave, —sería un canalla si no reconociera que ha tenido que hacer grandes ajustes en nuestra unión.—

No todos, pensó Iris mordazmente. Y, ciertamente no el más grande. De hecho, se podría decir que una parte bastante importante de ella no se había ajustado en lo más mínimo. La segunda noche de su viaje había pasado igual que la primera: en alcobas separadas. Richard había repetido lo que había

dicho antes, que ella no se merecía una noche de bodas en una posada con mucho polvo.

No importó que la Royal Oak fuera tan impecable como El Ganso Polvoriento. Lo mismo sucedió en el Kings Arms, donde habían dormido la última noche de su viaje. Iris sabía que debería sentirse honrada de que su marido lo hiciera por esa razón, que pusiera su comodidad y bienestar por encima de sus necesidades, pero no podía dejar de preguntarse qué había pasado con el hombre que la había besado con tanta pasión en Pleinsworth House apenas una semana antes. Él parecía muy superado por su cercanía, completamente incapaz de contenerse.

Y ahora... Ahora que ellos estaban casados y que no había ninguna razón para contener su pasión...

No tenía ningún sentido.

Pero, nadie se había casado con ella, y él lo había hecho con presteza.

Se mordió el labio.

—Le he pedido mucho—, dijo.

—No tanto—, murmuró.

—¿Qué dijo?—

Ella sacudió levemente la cabeza. —Nada—.

Él dejó escapar un suspiro, la única señal de que esta conversación podría ser un poco difícil para él. —Usted se ha mudado al otro lado del país—, dijo. —Le he quitado todo lo que le es querido.—

Iris logró una tensa sonrisa tensa. ¿Decía todo esto para tranquilizarla?

—Pero creo—, continuó, —que vamos a adaptarnos muy bien. Y espero que llegue a ver a Maycliffe como su hogar—.

—Gracias,— dijo ella amablemente. Se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo para que se sintiera bienvenida, pero no estaba haciendo mucho para calmar sus nervios.

—Mis hermanas estarán muy ansiosas por conocerla.—

Iris esperaba que fuera cierto.

—Les escribí hablando sobre usted—, continuó.

Ella lo miró sorprendida. —¿Cuándo?—, preguntó. Tendría que haberlo hecho inmediatamente después de su compromiso si deseaba que la noticia llegara a Maycliffe antes que ella.

—Envié un expreso.—

Iris asintió, volviendo la mirada hacia la ventana. Eso había hecho. Los mensajes express eran caros, pero valían la pena si uno necesitaba que una misiva llegara rápidamente. Se preguntó qué podría haber escrito sobre ella. ¿Cómo podría describir a su futura esposa después de conocerla apenas una semana antes? Y nada menos que a sus hermanas.

Se volvió hacia atrás, tratando de observar el rostro de Richard, sin resultar demasiado obvia. Él era bastante inteligente, eso lo había sabido antes de pasar una semana desde su presentación. También era muy bueno con la gente, mucho más de lo que lo era *ella*, eso era seguro. Imaginó que nada de lo que escribió sobre ella a sus hermanas vendría de *ellos*. Él debía saber que sus hermanas querrían saber más sobre ella.

—No me ha dicho casi nada sobre ellas—, dijo de repente.

Él parpadeó.

—Sus hermanas—.

—Oh. ¿No lo hice? —

—No.— Y lo extraño que ella no se había percatado hasta ahora. Supuso que era porque conocía los hechos más importantes —nombres, edades y algo de lo que les gustaba. Pero no sabía absolutamente nada más, a excepción de la afición de Fleur por *Orgullo y prejuicio*.

—Oh,— dijo de nuevo. Miró por la ventana, y luego de nuevo a ella, con movimientos poco marcados. —Bueno. Fleur tiene dieciocho años, Marie-Claire tres años menos—.

—Sí, eso ya lo dijo.— Su sarcasmo era sutil, y por la expresión de su rostro, tardó unos segundos en darse cuenta de ello.

—A Fleur le gusta leer—, dijo alegremente.

—*Orgullo y prejuicio*—, le informó Iris.

—Sí, ¿ve?—, le dedicó una sonrisa encantadora. —Le he dicho cosas.—

—Supongo que técnicamente es cierto—, dijo con una leve inclinación de cabeza en su dirección. —*Cosas* es plural, y *dos* es plural, y usted me dos cosas. . —

Sus ojos se estrecharon, sobre todo, divertidos. —Muy bien, ¿qué le gustaría saber?—

Odiaba cuando la gente hacía preguntas como esas. —Cualquier cosa—.

—No me ha dicho nada acerca de sus hermanos—, señaló.

—Ha conocido a mis hermanos.—

—¿No tiene un hermano.—

—No va a vivir con mi hermano—, replicó ella.

—Buen punto—, reconoció, —aunque podría decirse que cualquier información adicional por mi parte sería superflua, ya que va a reunirse con ellas en unos tres minutos.

—¿Qué?— casi gritó Iris, mirando de nuevo por la ventana. Efectivamente, habían salido de la carretera principal y entrado en una larga avenida. Los árboles eran menos gruesos que en la carretera principal, los campos tenían suaves ondulaciones en el horizonte. Era un paisaje precioso, tranquilo y sereno.

—Está un poco más allá de la cuesta—.

Podía oír una sonrisa de satisfacción en su voz.

—Sólo un momento—, murmuró.

Y entonces la vio. Maycliffe Park. Era más grande de lo que había imaginado, aunque ciertamente nada como Fensmore o Whipple Hill. Pero esas eran casas de condes. Sus primos, pero también condes del reino.

Maycliffe tenía sus encantos, desde luego. Desde la distancia, parecía ser de ladrillo rojo, con unos inusuales gabletes holandeses adornando la fachada. Había algo casi desigual en su aspecto, pero según lo que sabía de su historia, tenía sentido. Richard le había dicho que la casa había sido modificada y ampliada varias veces a lo largo de los años.

—Las habitaciones de la familia dan al sur,— le dijo. —Se alegrará de ello en el invierno.—

—No sé en qué dirección estamos ahora,— admitió Iris.

Sonrió. —Nos estamos acercando desde el oeste. Así que sus habitaciones estarán en torno a esa —señaló a la derecha —esquina—.

Iris asintió sin mirar a su marido. En este momento quería mantener toda su atención en su nuevo hogar. A medida que se acercaba más, vio que cada frontón estaba salpicado por una pequeña ventana circular. —¿Quién ocupa las habitaciones de la parte superior?—, preguntó. —Las de las ventanas redondas—

—Está algo mezclado. Algunos son para los sirvientes. En el sur, está el vivero. Mi madre convirtió uno de ellos en una sala de lectura —.

Él tampoco había dicho mucho acerca de sus padres, se dio cuenta Iris. Sólo que los dos habían muerto; su madre cuando era un estudiante en Eton y su padre unos años más tarde.

Pero no era el momento adecuado para presionarlo y obtener más información. El carruaje estaba empezando a parar, y por supuesto, todo Maycliffe se alineaba en la parte delantera para saludarlos. Parecía haber más de los trece servidores que Richard había mencionado; tal vez él se había referido sólo a los que servían en la propia casa. Por lo que Iris podía ver, que había jardineros entre el grupo, mozos de cuadras también. Nunca había sido recibida antes por un grupo tan completo de personal; supuso que era porque ya no era una invitada, ahora era la nueva señora de la finca. ¿Por qué nadie le advirtió? Ya estaba lo suficientemente nerviosa sin sentir también que tenía que dar una buena impresión en el hombre que le tendía unas rosas.

Richard saltó, luego levantó una mano para ella. Iris respiró hondo y bajó del carruaje, dirigiéndose hacia la reunión de sirvientes que la esperaba con la que esperaba fuera una sonrisa amistosa y aún segura de sí misma.

—Sr. Cresswell, —dijo Richard, mientras la condujo hacia el hombre alto que sólo podía ser el mayordomo,— le presento a la señora Kenworthy, la nueva dueña de Maycliffe Park.—

Cresswell hizo una reverencia con la adecuada rigidez. —Estamos encantados de contar con la presencia de una mujer de nuevo aquí, en Maycliffe.—

—Estoy ansiosa por aprenderlo todo acerca de mi nueva casa—, dijo Iris, usando las palabras que había practicado la

noche anterior. —Estoy segura de que podré confiar en usted y en la señora Hopkins durante estos primeros meses.—

—Será un honor ayudarla, mi Lady.—

Iris sintió que el terrible nudo interior comenzaba a aflojar. Cresswell sonaba sincero, y seguramente el resto de sirvientes seguiría su ejemplo.

—Sir Richard me dijo que usted ha estado en Maycliffe durante muchos años—, continuó Iris. —Él es muy afortunado. . —.

Sus palabras se desvanecieron cuando miró a su marido. Su expresión, normalmente afable había sido sustituida por una cercana a la rabia.

—¿Richard?— -se oyó susurrar. ¿Que podría haber pasado para molestarlo así?

—¿Dónde—, dijo al mayordomo, su voz tan baja y tan herida como jamás la había escuchado, —están mis hermanas?
—

RICHARD BUSCABA en el pequeño grupo reunido en la entrada, pero en realidad, ¿por qué lo hacía? Si sus hermanas estuvieran allí, habrían estado de pie en la parte delantera, formando una explosión de color contra los uniformes negros de las criadas.

Maldita sea, deberían haber estado allí para saludar a Iris. Era el peor tipo de desaire. Fleur y Marie-Claire podrían estar acostumbradas a ser las reinas de la casa, pero ahora era Iris la dueña de Maycliffe, e incluso las que habían nacido con el apellido Kenworthy tendrían que acostumbrarse a eso.

Rápido.

Además, sus dos hermanas sabían muy bien lo mucho a lo que Iris estaba renunciando por su familia. Incluso Iris no sabía el alcance de eso.

No sabía nada, la verdad.

Algo quemó el intestino de Richard, y realmente no quería determinar si era por la furia o por la culpa.

Esperaba que fuera furia. Porque ya había suficiente culpabilidad, y tenía la sensación de que pronto se convertiría en ácido.

—Richard—, dijo Iris, colocando una mano sobre su brazo. —Estoy seguro de que hay una buena razón para su ausencia.— Pero su sonrisa era forzada.

Richard se volvió a Cresswell, y espetó: —¿Por qué no están abajo?— No había excusa para esto. El resto de los habitantes de la casa habían tenido tiempo para salir y agruparse. Sus hermanas tenían cuatro buenas piernas entre las dos. Podrían puñeteramente bien haber descendido las escaleras para encontrarse con su nueva hermana.

—Miss Kenworthy y la señorita Marie-Claire no están en Maycliffe, señor. Están con la señora Milton—.

¿Estaban con su tía? —¿Qué? ¿Por qué? —

—Ella llegó ayer a recogerlas.—

—A recogerlas,— repitió Richard.

La expresión del mayordomo permaneció impasible. — La Sra. Milton declaró su opinión de que los recién casados merecen tener una luna de miel—.

—Si hubiéramos tenido una luna de miel, no estaríamos *aquí*—, murmuró Richard. ¿Qué tal, si ocupaban unas habitaciones del ala Este de la casa y fingían que estaban en la orilla del mar? El viento que entraba les ofrecería una buena aproximación a Cornualles. O al Ártico.

Cresswell se aclaró la garganta. —Creo que volverán en dos semanas, Sir.—

—¿Dos semanas?— Eso no pasaría.

La mano de Iris le dio un pequeño apretón en el brazo. —¿Quién es la señora Milton?—

—Mi tía—, dijo distraídamente.

—Ella le dejó una carta—, dijo Cresswell.

Los ojos de Richard se entrecerraron al mirar la cara del mayordomo. —¿Mi tía? ¿O Fleur? —

—Su tía. La coloqué encima de su correspondencia, en su estudio—.

—¿Nada de Fleur?—

—Me temo que no, Sir.—

Decididamente iba a estrangularla. —¿No dijo nada para que nos lo transmitiera?—, pulsó al mayordomo. —¿Un mensaje verbal?—

—Nada que yo sepa.—

Richard tomó aire, tratando de recuperar su equilibrio. No era así como había anticipado su regreso a casa. No lo había pensado así —Bueno, realmente no había pensado mucho, excepto que sus hermanas estarían aquí, y que sería capaz de iniciar la siguiente fase de su plan.

Todo era muy horrible.

—Sir Richard,— le llegó la voz de Iris.

Se volvió, parpadeando. Lo había llamado Sir de nuevo, algo que iba a venir a detestar. Era un gesto de respeto, y si había hecho para ganárselo, pronto lo perdería.

Ella inclinó torpemente la cabeza hacia los criados, que aún estaban de pie, rígidamente en posición de firmes. —Tal vez deberíamos continuar con las presentaciones?—

—Sí, por supuesto.— Logró componer con esfuerzo una falsa sonrisa antes de volverse hacia su ama de llaves. —Sra. Hopkins, ¿puede presentar a Lady Kenworthy?—

Con las manos entrelazadas detrás de la espalda con rigidez, Richard siguió a las dos damas mientras saludaban a las criadas. Él no intercedió; era el momento de Iris, y si debía asumir su papel en Maycliffe, no podía socavar su autoridad.

Iris manejó las presentaciones con aplomo. Se la veía pequeña y pálida al lado de la generosa figura de la señora Hopkins, pero su postura era recta y firme, y saludó a cada sirvienta con gracia y aplomo.

Se sentía orgulloso de ella. Pero, de nuevo, supo que ella no lo estaría.

Cresswell se hizo cargo cuando acabaron con las criadas, presentando a los lacayos ya los mozos de cuadra. Cuando terminaron, el mayordomo se volvió a Richard, y dijo: —Sus habitaciones han sido preparadas, Sir, y un ligero almuerzo les espera cuando lo convengan.—

Richard ofreció el brazo a Iris, pero continuó hablando con Cresswell. —¿Puedo confiar en que las habitaciones de Lady Kenworthy están listas?—

—Se siguieron sus especificaciones, Sir.—

—Excelente.— Richard miró a Iris. —Todo ha sido limpiado y ventilado, pero no hemos redecorado. Supuse que usted desearía elegir los colores y tejidos por sí misma.—

Iris sonrió agradecida, y Richard rezó una silenciosa oración para que sus gustos no corrieran hacia brocados importados de Francia. Maycliffe era antes muy rentable, pero ahora no estaban de ninguna manera sobrados de fondos. En su plan original, una de los puntos había sido encontrar una novia con una generosa dote. Iris había llegado con nada más que dos mil libras. Nada despreciable, pero tampoco nada que pudiera restaurar la finca a su antigua gloria.

Serviría para redecorar sus habitaciones, sin embargo. Era lo menos que podía hacer.

Iris miró a Maycliffe, y cuando sus ojos recorrieron la fachada de ladrillo rojo que tanto había amado, se preguntó qué veía *ella*. ¿El encanto de los frontones holandeses o el triste estado de los cristales de las ventanas circulares? ¿Amaría la historia de la antigua casa o encontraría discordante y poco refinado el batiburrillo de estilos arquitectónicos discordantes?

Era su casa, pero, ¿podría ella verla como la suya?

—¿Entramos?—, le preguntó.

Ella sonrió. —Me gustaría.—

—¿Tal vez un recorrido por la casa?—, sugirió. Sabía que debía preguntarle si quería descansar, pero no estaba dispuesto a llevarla a sus habitaciones. Su dormitorio estaba conectado al suyo, y ambos estaban en posesión de grandes y cómodas camas, ninguna de las cuales se podría utilizar en la forma que a él le gustaría.

Los últimos tres días habían sido un infierno.

O más específicamente, las tres últimas noches.

La pasada en The Kings Arms había sido la peor. Le habían dado habitaciones separadas, como había solicitado con anterioridad, pero el propietario, con ganas de agradar a los recién casados, les había mostrado su mejor suite. —¡Con conexión en las puertas!—, había proclamado con una sonrisa y un guiño.

Richard no se había dado cuenta de que una puerta podía ser tan delgada. Había oído cada movimiento, cada tos y suspiro de Iris. Había oído su blasfemia cuando ella apagó el cabo de la vela, y supo el momento exacto en que se metió en la cama. El colchón había crujido, a pesar de su delgada figura, y no había permitido a su imaginación que le mostrara cómo dar un rápido salto de su habitación a la de ella.

Su cabello caería hacia abajo. Nunca lo había visto así, y se había encontrado preguntándose a todas horas del día hasta donde le llegaba. Siempre lo llevaba recogido en un moño suelto en la nuca. Nunca antes había pensado mucho en los peinados de las mujeres, pero con Iris, podía ver cada horquilla puesta en su suave y pálido cabello. Catorce había necesitado por la mañana para recogerlo. Parecía un gran número. ¿Indicaba de alguna manera la longitud?

Quería tocarlo, pasar los dedos por él. Quería verlo a la luz de la luna, brillante como estrellas de plata. Quería oírlo susurrar a través de su piel mientras ella llevaba sus labios a—

—¿Richard?—

Él parpadeó. Le llevó un momento recordar que estaban de pie en el patio delantero de Maycliffe.

—¿Algo va mal?—, preguntó Iris.

—Su pelo,— le espetó.

Ella parpadeó. —¿Mi cabello?—

—Es una maravilla.—

—Oh.— Ella se sonrojó, tocando tímidamente los rizos sueltos en la nuca. —Gracias.— Sus ojos se dirigieron hacia un lado y luego volvieron a mirarlo a través de sus pálidas pestañas. —Tuve que hacerlo yo misma.—

Él la miró sin comprender.

—Voy a tener que contratar a una sirvienta—, explicó.

—Oh, sí, por supuesto.—

—He practicado con mis hermanas, pero no soy muy hábil conmigo misma.—

No tenía ni idea de lo que estaba hablando ahora.

—Necesité una docena de horquillas para hacer lo que mi antigua doncella podría hacer con cinco.—

Catorce.

—¿Disculpe?—

Oh, Dios mío, que *no* acabara de decir eso en voz alta. —Encontraremos enseguida una doncella de damas—, dijo con firmeza. —La Sra. Hopkins puede ayudarle. Puede comenzar la búsqueda hoy mismo si lo desea.

—Si no le importa—, dijo Iris, cuando finalmente la condujo a través de la puerta principal del Maycliffe: —Creo que me gustaría descansar antes de recorrer la casa.—

—Por supuesto—, dijo. Ella había estado en un carruaje durante seis horas. Era lo lógico que deseara acostarse.

En su dormitorio.

En una cama.

Él gimió.

—¿Seguro que está bien?—, preguntó. —Parece muy extraño.—

Esa era una palabra para ella.

Ella le tocó el brazo. —¿Richard?—

—Mejor que nunca—, graznó. Se volvió a su ayuda de cámara, que los había seguido. —Creo que necesito refrescarme también. ¿Tal vez un baño? —

Su ayuda de cámara asintió, y Richard se inclinó hacia delante, y agregó en voz baja: —Nada demasiado caliente, Thompson.—

—¿Vigorizante, Sir?— murmuró Thompson en respuesta.

Richard apretó los dientes. Thompson había estado con él durante ocho años, tiempo suficiente para mostrar tal descaro.

—¿Podría indicarme el camino?—, preguntó Iris.

¿Indicarle el camino?

—Hacia mi habitación?—, aclaró.

Él la miró fijamente. Estúpidamente.

—¿Podría mostrarme mi habitación?—, preguntó de nuevo, mirando hacia él con una expresión de perplejidad.

Era oficial. Su cerebro había dejado de funcionar.

—¿Richard?—

—Mi correspondencia—, dijo de repente, agarrándose a la primera excusa que se le ocurrió. Necesitaba desesperadamente *no* estar a solas con Iris en una habitación. —Realmente tengo que comprobarla en primer lugar.—

—Sir—, comenzó Cresswell, sin duda para recordarle que él tenía un secretario perfecto.

—No, no, la mejor manera es acabar de una vez. Debo hacerlo, ya lo sabes. Y está esa carta de mi tía. No puedo ignorarla. —Colocó una alegre sonrisa en la cara y se volvió hacia Iris. —De todos modos, deber ser la Sra. Hopkins quien le muestre sus nuevas habitaciones—.

La señora Hopkins no parecía estar de acuerdo.

—Ella está a cargo de la redecoración—, agregó Richard.

Iris frunció el ceño. —Creí que había dicho que no había sido redecorada.—

—De la ventilación—, dijo, puntualizando con la mano, con un gesto sin sentido. —De todos modos, ella conoce las habitaciones mejor que yo.—

La señora Hopkins frunció los labios en señal de desaprobación, y Richard se sintió como un jovencito, a punto de ser reprendido. El ama de llaves había sido para él una madre, tanto como la suya propia, y aunque nunca lo revocaría delante de los demás, sabía que le haría conocer sus sentimientos más tarde.

Impulsivamente, Richard tomó la mano de Iris y se la llevó a los labios, dándole un breve beso. Nadie podría acusarlo de no hacer caso a su mujer en público. —Debe descansar, mi querida.—

Los labios de Iris se abrieron por la sorpresa. ¿La había llamado su querida? Maldita sea, no debería haberlo hecho.

—¿Una hora será suficiente?—, le preguntó; o, más bien le preguntó a sus labios, que todavía estaban deliciosamente rosa y separados. Santo Dios, quería besarla. Quería deslizar su lengua dentro y saborear toda su esencia, y—

—¡Dos!— Le espetó. —Tendrá dos.—

—¿Dos?—

—Horas—, dijo con firmeza. —No quiero sobrecargarla. —Miró a la señora Hopkins. —Las damas son muy delicadas—.

Iris frunció el ceño adorablemente, y Richard contuvo una maldición. ¿Cómo podía parecer adorable cuando fruncía el ceño? Seguramente eso era una imposibilidad anatómica.

—¿Desea que le muestre su alcoba, Lady Kenworthy?— preguntó la señora Hopkins.

—Se lo agradecería mucho, gracias,— respondió Iris, con los ojos aún clavados sospechosamente sobre Richard.

Él le dedicó una débil sonrisa.

Iris siguió a la señora Hopkins por el pasillo, pero antes de doblar la esquina, la oyó decir: —¿Usted me considera delicada, señora Hopkins?—

—No, desde luego que no, mi Lady.—

—Bueno—, dijo Iris con voz quebradiza. —Yo tampoco.

—

Capítulo Once

POR LA TARDE, RICHARD había llegado con un nuevo plan. O más bien, una modificación. Uno que realmente debería haber considerado desde el principio.

Iris iba a estar enojada con él. Espectacularmente enojada. Eso era innegable.

¿Podría, tal vez, disminuir el golpe?

Cresswell había dicho que Fleur y Marie-Claire estarían desaparecidas durante dos semanas. *Eso* no funcionaría, pero una semana podría ser administrada. Iría a traer a casa a sus hermanas después de sólo siete días; eso sería bastante fácil de organizar. Su tía vivía a veinte millas de distancia.

Y mientras tanto...

Uno de los muchos pesares de Richard era que no había tenido tiempo para cortejar correctamente a su nueva esposa. Iris aún no sabía la razón de su precipitado matrimonio, pero no era idiota; podía ver que algo no iba bien. Si Richard hubiera dispuesto de sólo un poco más de tiempo en Londres, podría haberla cortejado de la manera en la que una dama debía ser cortejada. Podría haber demostrado que se deleitaba con su compañía, que le hizo reír y que podía hacerla reír *a ella*. Podría haberle robado unos cuantos besos y despertado el deseo que estaba seguro que guardaba en lo más profundo de su alma.

Y luego, después de todo eso, cuando él se arrodilló y le pidió que se casara con él, Iris no hubiera dudado. Habría mirado en el interior de sus ojos, encontrando el tipo de amor que había estado esperando, y ella hubiera dicho que sí.

Tal vez se hubiera echado en sus brazos.

Conteniendo lágrimas de felicidad.

Esa habría sido la propuesta de sus sueños, y no el poco convincente beso con el que había lanzado sobre ella en el pasillo de su tía

Pero no había tenido otra opción. Seguramente, cuando se lo explicara todo, lo entendería. Sabía lo que significaba amar a su familia, querer protegerla a toda costa. Era lo que

hacía cada año cuando tocaba en la velada musical. Ella no quería estar allí; lo hacía por su madre y sus tías, e incluso por su eterna-espina-clavada-en su-costado que era su hermana Daisy.

Ella lo entendería. Tenía que hacerlo.

Él se había concedido un indulto de una semana. Siete días completos antes de que tuviera que jugar limpio y ver su cara ponerse aún más pálida por su traición. Tal vez era un cobarde; tal vez debería utilizar este tiempo para explicarle todo, para prepararla para lo que vendría.

Pero él quería lo que no pudo tener antes de la boda. Tiempo.

Muchas cosas podían pasar en siete días.

Una semana, se dijo mientras iba a recogerla para su primera cena juntos en Maycliffe Park.

Una semana para hacer que se enamorara de él.

IRIS PASÓ toda la tarde descansando en su nuevo dormitorio. Nunca había entendido cómo estar sentada en un carruaje, que era como estar sentada en una silla en una sala de dibujo, podía dejar un cuerpo tan cansado cuando no requiere en absoluto ninguna energía; el viaje de tres días a Maycliffe la había dejado completamente exhausta. Tal vez eran los empujones del carro o el mal estado de las carreteras del norte. O tal vez, —probablemente— tuviera algo que ver con su marido.

Ella no lo entendía.

En un momento era encantador, y al siguiente estaba huyendo de su presencia como si tuviera la peste. No podía *creer* que hubiera tenido que ser el ama de llaves quien le mostrara su habitación. Sin duda, eso era trabajo de un nuevo marido. Pero suponía que no debería haberse sorprendido. Richard había evitado su cama en las tres casas de huéspedes que habían visitado durante el viaje hacia el norte. ¿Por qué pensó que se comportaría de forma diferente ahora?

Ella suspiró. Tenía que aprender a ser indiferente. No cruel, no desagradable, simplemente... no afectada. Cuando él le sonreía —y le *hacía* sonreír a ella— todo su ser burbujeaba de felicidad. Había sido maravillosa, excepto su rechazo lo hacía aún más desconcertante.

Y doloroso.

Honestamente, sería mejor si no fuera tan amable con ella la mayor parte del tiempo. Si pudiera aversión hacia él—

No, ¿qué estaba pensando? No sería mejor si fuera cruel o la ignorara por completo. Sin duda, un matrimonio complicado era mejor que uno desagradable. Tenía que dejar de ser melodramática. No era propio de ella. Sólo tenía que encontrar algún tipo de equilibrio y mantenerlo.

—Buenas noches, lady Kenworthy.—

Iris se paralizó, sorprendida. Richard estaba metiendo la cabeza por la puerta entreabierta que conducía a la sala. —Yo llamé,— dijo con una expresión divertida.

—Estoy seguro de que lo hizo—, dijo apresuradamente. —Mi mente estaba en otra parte.—

Su sonrisa se hizo más astuta. —¿Puedo atreverme a preguntar dónde?—

—En casa, mintió ella; entonces se dio cuenta de lo que había dicho. —Me refiero a Londres. Esta es mi casa ahora—.

—Sí—, dijo, y entró en la habitación, cerrando silenciosamente la puerta detrás de él. Con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, la miró fijamente durante el tiempo suficiente para inquietarla. —¿Ha hecho algo diferente con su pelo?—

Y así, todos sus propósitos para permanecer indiferente se fueron por la ventana.

Iris se tocó nerviosamente la cabeza, justo detrás de la oreja derecha. Se había dado cuenta. No había pensado que lo haría. —Una de las criadas me ayudó a vestirme—, dijo. —Ella es bastante aficionada a . . . —.

¿Por qué la estaba mirando con tanta atención?

—¿Aficionada a . . . ?—

—A las pequeñas trenzas—, dijo ella, apurada. Un apuro ridículo. Sonaba como una boba.

—Se ve preciosa.—

—Gracias.—

Él la miró con afecto. —Usted tiene un pelo maravilloso. El color es exquisito. Nunca he visto nada igual—.

Los labios de Iris separaron. Debería decir algo. Debería agradecerlo. Pero se sentía casi congelada, —no fría, simplemente congelada — y luego se sintió ridícula. Demasiado afectada por un cumplido.

Richard era, afortunadamente, inconsciente de su tormento. —Siento que haya tenido que viajar sin una doncella —, continuó. —Confieso que ni siquiera consideré la cuestión. Típico de los machos de nuestra especie, estoy seguro—.

—Yo- no era un problema.—

Su sonrisa se profundizó, e Iris se preguntó si era porque sabía que estaba nerviosa.

—Sin embargo—, dijo, —me disculpo.—

Iris no sabía qué decir. Lo que era bueno, porque no estaba segura de recordar cómo se hablaba.

—¿La señora Hopkins le mostró su habitación?—, preguntó Richard.

—Sí—, dijo Iris sacudiendo la cabeza. —Ella fue de gran ayuda.—

—¿Cuenta con su satisfacción?—

—Por supuesto—, dijo Iris con total honestidad. Era una cámara hermosa, brillante y alegre por su orientación al sur. Pero lo que realmente amaba...

Miró a Richard con la felicidad en los ojos. —No tiene idea de lo feliz que estoy por tener mi propio baño.—

Él se rió entre dientes. —¿En serio? ¿Eso es lo que le gusta más? —

—¿Después de compartir uno con Daisy los últimos diecisiete años? Absolutamente. —Ella echó la cabeza hacia él en lo que esperaba fuera una manera descarada. —Y la vista desde la ventana no es mala, tampoco.—

Su risa se profundizó, y se acercó a la ventana, haciendo un gesto para que se reuniera con él. —¿Qué ve?—, preguntó.

—No sé lo que quiere decir—, dijo Iris, posicionándose cuidadosamente de manera que no se tocaran.

Pero él no estaba muy dispuesto a eso. Enlazó su brazo con el de ella y suavemente la acercó. —He vivido toda mi vida en Maycliffe. Cuando miro por esta ventana, veo el

primer árbol al que me subí cuando tenía siete años. Y el lugar donde mi madre siempre quiso crear un laberinto de setos—.

Una expresión melancólica se apoderó de su rostro, y Iris tuvo que apartar la mirada. Se sentía casi una intrusa para vigilarlo.

—No puedo ver Maycliffe a través los ojos de un recién llegado—, le oyó decir. —Tal vez me haría el favor de iluminarme.—

Su voz era suave y aterciopelada, fluyendo como el chocolate caliente. Mantuvo los ojos hacia adelante, pero sabía que él se había vuelto hacia ella. Su aliento le hizo cosquillas en la mejilla, calentando el aire entre ellos.

—¿Qué ve, Iris?—

Tragó saliva. —Veo... hierba. Y los árboles. —

Richard hizo un ruido raro, como si estuviera tragando su sorpresa.

—Algo de una colina—, añadió.

—Usted no es muy poética, ¿verdad?—

—No, en absoluto—, admitió. —¿Lo es usted?— Ella se volvió, olvidando que había tenido intención de no hacerlo, y se quedó sorprendida por su cercanía.

—Puedo serlo—, dijo en voz baja.

—¿Cuándo le conviene—

Él sonrió lentamente. —Cuando me conviene.—

Iris lanzó una sonrisa nerviosa y miró por la ventana. Se sentía terriblemente nerviosa, sus pies moviéndose dentro de sus zapatillas como si alguien estuviera provocando pequeños incendios debajo de ella. —Prefiero escuchar lo que ve—, dijo. —Necesito aprender sobre Maycliffe. Quiero ser una buena señora de la finca —.

Sus ojos brillaron, pero aparte de eso, su expresión se mantuvo inescrutable.

—Por favor—, dijo.

Por un momento pareció perdido en sus pensamientos, pero luego enderezó los hombros y miró por de la ventana con renovada determinación. —Allí—, dijo, con un gesto de la barbilla, —en ese campo, más allá de los árboles. Haremos allí un festival de la cosecha cada año—.

—¿Lo haremos?— Iris se hizo eco. —Oh, eso es precioso. Me gustaría participar en la planificación—.

—Estoy seguro de que lo hará.—

—¿Es en otoño?—

—Sí, por lo general en noviembre. Yo siempre— —Se puso rígido, y luego sacudió un poco la cabeza, casi como si estuviera desalojando un pensamiento de ella. —También hay un camino por allí— dijo, cambiando claramente de tema. —Lleva a Mill Farm.—

Iris quería aprender más sobre la fiesta de la cosecha, pero estaba claro que no iba a decir nada más, así que le preguntó educadamente, —¿Mill Farm?—

—Uno de las granjas de mis inquilinos—, explicó. —La más grande de ellas, en realidad. El hijo recientemente sustituyó a su padre. Espero que lo intente de verdad. El padre nunca lo hizo—.

—Oh.— Iris, en realidad, no tenía nada que añadir a eso.

—Sabe—, dijo Richard, volviéndose hacia ella de repente, —podría decir que, de nosotros dos, sus observaciones son más valiosas. Usted puede ser capaz de ver las deficiencias mejor que yo—.

—No veo nada deficiente, se lo aseguro.—

—¿Nada?—, murmuró, y su voz la tocó como una caricia.

—Pero por supuesto, sé poco sobre el funcionamiento de una finca,— dijo ella rápidamente.

—Qué extraño que haya pasado toda su vida en Londres —, reflexionó.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. —No es tan extraño si es todo lo que he conocido.—

—Ah, pero no es todo lo que ha conocido, ¿verdad?—

Iris sintió que su frente se arrugaba, y se volvió hacia él. Un error. Él estaba más cerca de lo que ella creía, y por un momento se olvidó de lo que iba a decir.

Una de sus cejas se levantó, preguntando.

—Yo— — ¿Por qué estaba mirando su boca? Ella arrancó su mirada hacia arriba, a sus ojos, que se arrugaban

con diversión.

—¿Deseaba decir algo?—, murmuró.

—Sólo que yo. . . ah. . . —¿Qué *había* estado a punto de decir? Se volvió hacia la ventana. —¡Oh!— Se volvió de nuevo hacia Richard. Todavía un error, pero al menos esta vez ella no se olvidó de lo que quería decir. —¿Qué quiere decir con que no es todo lo que he conocido?—

Se encogió de hombros. —Seguramente usted ha pasado tiempo en el campo, en los hogares de sus primos.—

—Bueno, sí, pero no es lo mismo.—

—Tal vez, pero sería suficiente para formarse una opinión sobre la vida en el campo frente a la la ciudad, ¿no?—

—Supongo,— concedió Iris. —Para ser honesta, realmente nunca he pensado sobre ello.—

Él la miró fijamente. —¿Cree que va a disfrutar de la vida en el campo?—

Iris tragó, tratando de no darse cuenta de que su voz se había profundizado con la pregunta. —No lo sé—, respondió. —Espero que sí.—

Sintió la mano que se deslizaba hacia la suya, y antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, ella se volvió de nuevo hacia él mientras levantaba sus dedos a los labios. —Yo lo también—, dijo.

Sus ojos se encontraron con los de ella, sobre sus manos, y en un instante se dio cuenta —*Me está seduciendo*.

Él la estaba seduciendo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué sentía esa necesidad? Ella nunca le había dado ninguna indicación de que se negaría sus avances.

—Espero que tenga hambre—, dijo, sin soltarle la mano.

—¿Hambre?—, hizo eco, con voz queda.

—¿Para la cena?— Él sonrió con diversión. —Cook ha preparado una fiesta.—

—Oh. Sí. Por supuesto. —Se aclaró la garganta.— Estoy hambrienta, creo.—

—¿Cree?—, bromeó.

Ella respiró. Forzado a su corazón a latir un poco más despacio. —Estoy bastante segura—, dijo.

—Excelente.— Él inclinó la cabeza hacia la puerta. —
¿Vamos?—

POR EL MOMENTO Iris se retiró por la noche, estaba a punto de saltar fuera de su piel. Richard había sido encantador durante toda la cena; no podía recordar la última vez que se había reído tanto. La conversación había sido maravillosa, la comida deliciosa, y la forma en que la había mirado. . .

Era como si fuera la única mujer en el mundo.

Supuso que lo era, en cierto modo. Ciertamente era la única mujer en la casa. Aparte de los sirvientes, estaban los dos solos en la residencia, y ella, que siempre se había permitido situarse en un lado y observar, ahora era el centro de atención.

Era desconcertante y maravilloso. Y también era aterrador.

Estaba de vuelta en su habitación, y seguramente, en cualquier momento llamaría a la puerta que conectaba sus alcobas. Él estaría con su bata, con las piernas desnudas y la corbata faltando de su cuello.

Habría piel. Mucho más piel de la que había visto nunca de un caballero.

Iris aún no tenía doncella, así que la chica que había arreglado su pelo había llegado para ayudarle a prepararse para dormir. Iris había estado mortificada cuando sacó uno de los camisones que habían sido comprados para su ajuar. Era ridículamente fino y alarmanamente revelador, y a pesar de que Iris estaba de pie junto al fuego, al parecer no podía deshacerse de la piel de gallina a lo largo de sus brazos.

Vendría con ella esta noche. Seguramente, él vendría a ella. Y por fin se sentiría como una esposa.

EN EL OTRO LADO de la puerta, Richard cuadró los hombros. Podía hacerlo. *Podía hacerlo.*

O tal vez no podía.

¿A quién estaba engañando? Si entraba en su habitación, tomaría su mano. Y si le tomaba la mano, se la llevaría a los labios. Besaría cada delgado dedo antes de darles un pequeño tirón, y ella caería contra él, su cuerpo cálido e inocente contra el suyo. Tendría que envolver sus brazos alrededor de

ella; posiblemente no podría resistirse a hacerlo. Y entonces él la besaría de la forma en que una mujer estaba destinada a ser besada, larga y profundamente, hasta que ella susurrara su nombre, con una súplica suave, rogándole —

Él juró ferozmente, tratando de cortar su imaginación antes de que la llevara a la cama. Sin embargo, no sirvió de mucho. *Estaba ardiendo por su esposa.*

Una vez más.

Todavía.

Toda la noche había sido una tortura. No podía recordar nada de lo que había dicho en la cena, y sólo podía esperar que se las hubiera arreglado, al menos, para aparentar una conversación inteligente. Su mente seguía vagando a lugares extremadamente inapropiados, y cada vez que Iris lamía un poco de comida de sus labios, o le sonreía, ¡mil demonios!, cada vez que ella *respiraba*, su cuerpo se tensaba hasta que estuvo tan duro por ella que pensó que podría explotar.

Si Iris se había preguntado por qué se quedaron en la mesa durante tanto tiempo después de la comida hubiera terminado, no había dicho nada. Gracias A Dios. Richard no creía que hubiera una forma educada de decir que necesitaba media hora, sólo para conseguir que su erección se estableciera a media asta.

Buen Dios. Se merecía esto. Se merecía todos los momentos de tormento por lo que iba a hacer con ella, y sin embargo, saberlo realmente no lo estaba ayudando en estos momentos. Richard no era un sibarita, pero tampoco alguien que se negara a sí mismo el placer. Y cada nervio de su cuerpo estaba rogando por ello. Era absolutamente *insano* lo mucho que deseaba a su esposa.

La única mujer que, con todo derecho, debería ser capaz de llevar a la cama sin una pizca de remordimiento.

Todo había parecido muy fácil cuando había trazado su plan por la tarde. La habría encantado durante toda la noche, y después de besarla apasionadamente le desearía una buena noche. Haría un poco de tontería romántica acerca de su deseo de que lo conociera mejor antes de que hicieran el amor. Un beso más, y él la dejaría sin aliento.

Entonces él tocaría su barbilla, susurrando, —Hasta mañana—, y se hubiera ido.

Como plan fue, perfecto.

Como realidad fue, una mierda.

Dejó escapar un largo suspiro, agotado, y se pasó la mano por el pelo ya revuelto. La puerta de comunicación entre sus habitaciones no estaba tan insonorizada como había pensado. Podía oír a Iris moverse, tomar un asiento en su tocador, quizás para cepillarse el pelo. Ella esperaba que la visitara, y ¿por qué no iba a hacerlo? Estaban casados.

Tuvo que entrar. Si no lo hacía, estaría confundida. Incluso podría sentirse insultada. No quería hacerle daño. No por lo menos, No más del que iba a hacerle.

Tomó aire y llamó.

Los movimientos que venían de dentro de su habitación se inmovilizaron, y después de un largo, suspendido momento, oyó su permiso para entrar.

—Iris—, dijo, manteniendo su voz fácil y suave. Y luego miró hacia arriba.

Dejó de respirar.

Estaba casi seguro de que su corazón dejó de latir.

Llevaba un camisón de fina seda, del más pálido azul. Sus brazos estaban desnudos, y también lo estaban sus hombros, salvo por los estrechos tirantes que mantenían la seda en su lugar.

Era una prenda diseñada exclusivamente para tentar a un hombre, —para tentar al mismísimo demonio. El escote no era más revelador que el de un vestido de fiesta, pero de alguna manera daba a entender mucho más. La tela era tan delgada como para ser casi translúcida, y podía ver debajo la silueta de sus fruncidos pezones.

—Buenas noches, Richard,— dijo ella, y fue entonces cuando se dio cuenta de que se había sido quedado completamente mudo.

—Iris—, graznó.

Ella sonrió con torpeza, y él vio que sus manos revoloteaban a los costados, como si no supiera muy bien qué hacer con ellas.

—Se ve hermosa—, dijo.

—Gracias.—

Su cabello estaba suelto. Bajaba por su espalda en suaves ondas, terminando sólo un poco por encima de los codos. Había olvidado lo mucho que había deseado saber su longitud.

—Es mi primera noche en Maycliffe—, dijo tímidamente.

—Lo es,— estuvo de acuerdo.

Tragó saliva, obviamente esperando a que él tomara la iniciativa.

—Usted debe estar cansada—, le espetó, agarrándose a la única excusa que se le ocurrió en el calor de su deseo.

—Un poco.—

—Yo no le voy a molestar.—

Ella parpadeó. —¿Qué?—

Dio un paso adelante, preparándose para lo que debía hacer. Lo que debía hacer, y lo que *no* debía hacer.

La besó, pero sólo en la frente. Conocía sus límites. —No voy a ser un bruto—, dijo, tratando de que su voz sonara suave y tranquilizadora.

—Pero— Sus ojos eran enormes, desconcertados.

—Buenas noches, Iris,— dijo rápidamente.

—Pero, yo—

—Hasta mañana, mi amor.—

Luego huyó.

Como el cobarde que era.

Capítulo Doce

COMO DAMA CASADA, era prerrogativa de Iris tomar el desayuno en la cama, pero cuando se despertó a la mañana siguiente, apretó los dientes con determinación y se vistió por sí misma.

Richard la había rechazado.

Él la había rechazado.

No estaban en una posada del camino, —polvorienta— para una noche de bodas. Estaban en su casa, por amor de Dios. Había coqueteado con ella toda la noche. La había besado en la mano, la había encantado con su conversación ingeniosa, y luego, después de que ella se había puesto un gran camisón y cepillado el pelo hasta que brilló, ¿él le dijo que se veía cansada?

Después de que se fuera, se había quedado mirando la puerta que separaba sus habitaciones durante incalculables minutos. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que de repente se había tragado un enorme y terrible sollozo y se dio cuenta de que su camisón —el que ahora juró que nunca usaría de nuevo— estaba mojado por las lágrimas.

En lo único que pudo pensar era que él debería haberla oído a través de la puerta. Y que eso lo hacía todo mucho peor.

Iris siempre había sabido que no poseía el tipo de belleza que llevaba a los hombres a la pasión y a la poesía. Tal vez en otras tierras, las mujeres eran reverenciadas por su piel totalmente incolora y su pelo ligeramente rubio, pero no aquí, en Inglaterra.

Pero por primera vez en su vida, había comenzado a sentirse bella. Y fue Richard quien la había hecho sentir de esa manera, con sus miradas secretas y sus cálidas sonrisas. De vez en cuando lo había atrapado mirándola, y ella se sentía especial. Valorada.

Pero fue todo una mentira. ¿O simplemente era tan tonta como para ver cosas que no pasaban?.

O tal vez no era más que una tonta, y punto.

Bueno. Ella no iba a quedarse acostada. Y desde luego no iba a dejarle ver lo profundamente que había sentido su insulto. Iba a ir a desayunar como si nada hubiera sucedido. Pondría mermelada en la tostada, y leería el periódico, y cuando hablara, sería con el ingenio chispeante con el que creía haber sido siempre reconocida.

Y en realidad, ni siquiera era como si estuviera segura de querer hacer todas esas cosas que las personas casadas hacían en la cama, por hermosas que su prima Sarah le hubiera dicho que eran. Pero hubiera sido agradable que *él* hubiera querido.

Ella, al menos, le había dado una oportunidad.

La doncella que la había asistido la noche anterior debía haber tenido otras obligaciones que atender, por lo que Iris se vistió. Se retorció por su cuenta el pelo en un moño tan limpio como pudo, metió los pies en las zapatillas, y salió de su habitación.

Se detuvo al pasar la puerta de Richard. ¿Estaba todavía en la cama? Ella dio un paso más cerca, con la tentación de poner la oreja contra la madera.

¡Basta!

Se estaba comportando como una tonta. Escuchando en su puerta. No tenía tiempo para esto. Tenía hambre y quería el desayuno, y tenía muchas cosas que hacer hoy, ninguno de los cuales concernía a su marido.

Necesitaba encontrar una doncella, por ejemplo. Y aprender los caminos de la casa. Visitar el pueblo. Conocer a los inquilinos.

Tomar el té.

¿Qué?, se preguntó a sí misma. Era importante tomar el té. Ella también podría ir y convertirse en italiana.

—Estoy perdiendo mi mente—, dijo en voz alta.

—¿Disculpe, my Lady?—

Iris casi saltó. Una criada estaba en el otro extremo de la sala, nerviosamente parada, con un gran plumero estrechado entre sus manos.

—Nada—, dijo Iris, tratando de no parecer avergonzada. —Tosí.—

La criada asintió. No era la que le había arreglado su pelo.

—La Sra. Hopkins quiere saber a qué hora desea su desayuno —, dijo la criada. Hizo una pequeña reverencia sin encontrarse con los ojos de Iris. —No tuvimos la oportunidad de preguntarle anoche, y Sir Richardson—

—Voy a tomar mis desayuno abajo,— interrumpió Iris. No quería escuchar lo que pensaba Sir Richard. Sobre ninguna cosa.

La criada hizo otra reverencia. —Como desee.—

Iris le dedicó una incómoda sonrisa. Era difícil sentirse como la dueña de la casa cuando el señor tenía claramente otras ideas.

Bajó las escaleras, tratando de actuar como si no se diera cuenta de que todos los sirvientes la observaban —y pretendiendo como que no lo hacía. Era un extraño baile que todos estaban haciendo, ella misma por encima de todos.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría hasta que no fuera ya la —nueva— señora de Maycliffe. ¿Un mes? ¿Un año? ¿Y su marido pasaría todo ese tiempo evitando su dormitorio?

Suspiró y se detuvo un momento, luego se dijo que estaba siendo tonta. Nunca había esperado un matrimonio apasionado, ¿por qué estaba ahora suspirando por uno? Se había convertido en Lady Kenworthy, por extraño que pareciera, y tenía una reputación que mantener.

Iris enderezó los hombros, respiró hondo y entró en la sala de desayunos.

Sólo para encontrarlo vacío.

Maldita sea.

—¡Oh! ¡Lady Kenworthy! —Mrs. Hopkins entró bulliciosamente en la habitación. —Annie me acaba de decir que desea su desayuno en la planta baja esta mañana.—

—Er, sí. Espero que eso no sea un problema —.

—No, en absoluto, mi señora. Todavía tenemos el aparador establecido desde que Sir Richard comió—.

—¿Él ya ha bajado, entonces?— Iris no estaba segura de si estaba decepcionada. No estaba segura de si quería estar decepcionada.

—No hace ni un cuarto de hora—, confirmó el ama de llaves. —Creo que pensó que tomaría el desayuno en la cama.

—
Iris se quedó allí, sin nada que decir.

La señora Hopkins le dedicó una sonrisa secreta. —Nos pidió que se le pusiera una flor en su bandeja.—

—¿Lo hizo?—, preguntó Iris, odiando la forma en que su voz parecía ser tragada por su garganta.

—Es una lástima que no tengamos lirios. Florecen muy temprano—.

—¿En el extremo norte?—, Preguntó Iris.

La señora Hopkins asintió. —Salen cada año en el césped oeste. A mí me gustan los morados—.

Iris estaba a punto de llegar a un acuerdo con ella cuando oyó pasos en el pasillo, enérgicos y decididos. Sólo podía ser Richard. Ningún sirviente jamás se movería por la casa con tan poco cuidado por el ruido.

—Sra. Hopkins —, dijo,— Voy —Oh. —Vio a Iris y parpadeó. —Está despierta.—

—Como se puede ver.—

—Tú me habías dicho que eras un cabía tarde.—

—Me había dicho que se le levantaba tarde. —

—Hoy no, al parecer.—

Él juntó las manos a la espalda, luego se aclaró la garganta. —Ya comió?—

—No, todavía no.—

—¿No quiere el desayuno en su habitación?—

—No—, dijo Iris, preguntándose si alguna vez había tenido una conversación tan rebuscada en su vida. ¿Qué pasó con el hombre que había sido tan encantador la noche anterior? ¿El que ella había pensado que iría su cama?

Él tiró de su corbata. —Estaba planeando visitar inquilinos hoy.—

—¿Puedo ir con usted?—

Sus ojos se encontraron. Iris no estaba segura de quien estaba más sorprendido. Apenas se había dado cuenta de lo que iba a decir hasta que las palabras estaban fuera.

—Por supuesto—, contestó Richard. ¿Qué más podía decir, justo en frente de la señora Hopkins?

—Voy a buscar mi chaqueta—, dijo Iris, dando un paso hacia la puerta. La primavera era todavía una temporada fría tan al norte.

—¿No está olvidando algo?—

Se dio la vuelta.

Él hizo un gesto hacia el aparador. —¿El desayuno?—

—Oh.— Ella sintió que se sonrojaba. —Por supuesto. Qué tonta soy. —Se acercó de nuevo a la comida, tomó un plato, y casi saltó cuando sintió el aliento de Richard cerca de su oído.

—¿Debo preocuparme de que mi presencia le quite el apetito?—

Ella se puso rígida. ¿Ahora estaba coqueteando con ella? —Disculpe—, dijo. Él estaba bloqueando las salchichas.

Se hizo a un lado. —¿Monta usted?—

—No muy bien—, admitió. Y entonces, sólo porque se sentía de mal humor, le preguntó: —¿Y usted?—

Se echó hacia atrás, con los ojos sorprendidos. Y enojado. Más enojado que sorprendido. —Por supuesto.—

Ella se sonrió a sí misma mientras tomaba asiento. Nada molestaba más a un caballero que ser insultado como jinete.

—No necesita esperarme,— dijo ella, cortando su salchicha con precisión quirúrgica. Estaba tratando duramente para parecer normal, aunque él no la conociera lo suficiente como para saber lo que era normal. Pero aún así, era una cuestión de orgullo.

Se deslizó en el asiento frente a ella. —Estoy a su disposición.—

—¿Lo está?—, murmuró, deseando de que ese comentario no acelerara su pulso.

—En efecto. Estaba a punto de salir cuando la vi. Ahora no tengo nada que hacer más que esperar—.

Iris le miró mientras extendía mermelada en la tostada. Estaba tirado en el sillón de una manera muy informal, apoyándose con la perezosa gracia de un atleta natural.

—Debo llevar regalos,— dijo ella, llegándole la idea de repente.

—¿Disculpe?—

—Regalos. Para los inquilinos. No sé, cestas de comida o algo así. ¿No le parece?—

Reflexionó durante un par de segundos y dijo: —Tiene razón. Nunca se me ocurrió—.

—Bueno, para ser justos, no estaba planeado que lo acompañara hoy.—

Él asintió con la cabeza, sonriendo mientras ella llevaba la tostada a la boca.

Se quedó paralizada. —¿Algo está mal?—

—¿Por qué habría de haberlo?—

—Está sonriéndome.—

—¿No estoy autorizado?—

—No, yo —Oh, por amor de Dios—, murmuró en voz baja. —No importa.—

Él desechó el comentario. —Olvidado.—

Pero todavía le sonreía.

La hacía sentir muy incómoda.

—¿Ha dormido bien?—, preguntó.

¿En serio? ¿Le preguntaba *eso*?

—Iris?—

—Tanto como se podía esperar—, respondió ella. Tan pronto como encontró su voz.

—Eso no suena muy prometedor.—

Ella se encogió de hombros. —Es una habitación extraña.—

—Por esa razón, usted habría tenido dificultad para dormir todo el viaje.—

—Las tuve —, confirmó.

Sus ojos se nublaron con preocupación. —Usted debería haberme dicho algo.—

Si hubiera estado en mi habitación, lo habría visto por sí mismo, quería decir. En lugar de eso, dijo, —No quería preocuparle.—

Richard se inclinó hacia delante y le tomó la mano, lo que era poco práctico, ya que la estiraba para llegar a su té. —Espero que siempre se sienta cómoda para acudir a mí con sus problemas.—

Iris trató de mantener su rostro impassible, pero tenía la sensación de que lo estaba mirando como si fuera una especie en exhibición zoológica. Era una maravilla que estuviera actuando con esa preocupación cuando sólo hablaban de unas cuantas noches de sueño interrumpido. —Estoy segura de que lo haré—, dijo con una sonrisa incómoda.

—Bien.—

Echó un vistazo por la habitación con torpeza. Él todavía estaba sosteniendo su mano. —Mi té—, dijo finalmente, inclinando la cabeza en dirección a su copa.

—Por supuesto. Lo siento. —Pero cuando la soltó, sus dedos se deslizaron a lo largo de la mano como una caricia.

Un pequeño estremecimiento corrió por su brazo. Tenía, de nuevo, esa encantadora sonrisa perezosa en su rostro, la que llenaba de calidez su interior. Estaba tratando de seducirla de nuevo. Estaba segura de ello.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué la trataba con mucha calidez sólo para rechazarla después? Él no era tan cruel. No podía serlo.

Tomó un sorbo de su té, apresurada, deseando que dejara de mirarla con tanta atención. —¿Cómo era su madre?—, le espetó.

Eso pareció desconcertarlo. —¿Mi madre?—

—Nunca me ha hablado de ella.— Bien, no era el tipo de tema que invitaba al romance. Iris necesitaba una agradable conversación inocua si quería tener alguna esperanza de terminar su desayuno.

—Mi madre era... —Él parecía no saber qué decir.

Iris tomó otro bocado de su desayuno, observando con expresión serena como él arrugaba la nariz y parpadeaba un par de veces. Tal vez era, en el fondo, una pequeña criatura egoísta, pero estaba disfrutando de esto. Él la ponía nerviosa

todo el tiempo. Seguramente un poco de su misma medicina, era un juego justo.

—Le encantaba estar fuera—, dijo finalmente. —Cultivaba rosas. Otras plantas también, pero las rosas eran los únicos nombres que yo podía recordar siempre—.

—¿Qué aspecto tenía?—

—Algo parecida a Fleur, supongo.— Sus cejas se unieron al recordar. —A pesar de que sus ojos eran verdes. Los de Fleur son más de color avellana, una mezcla de nuestros padres —.

—¿Su padre tenía los ojos marrones, entonces?—

Richard asintió, inclinando hacia atrás su silla.

—Me pregunto qué color de ojos tendrán nuestros hijos.

—

La silla de Richard se vino abajo con un golpe seco, y él arrojó el té por toda la mesa. —Lo siento—, murmuró. —Perdí el equilibrio.—

Iris miró su plato, vio un poco de té en su tostada, y decidió que, de todos modos, había acabado con el desayuno. Qué extraña reacción, sin embargo. Seguramente Richard quería tener hijos. Todo el mundo quería. O al menos todos los hombres que poseían tierras.

—¿Maycliffe está vinculada?—, preguntó.

—Por qué lo pregunta?—

—¿No es el tipo de cosas que debería saber?—

—Lo está. Vinculada. Y sí, es algo que debería saber—, reconoció.

Iris cogió una nueva taza de té y vertió un poco más. No estaba realmente sedienta, pero se encontraba extrañamente reacia a liberarlo de esta conversación. —Sus padres debieron sentirse bastante aliviados, su primogénito era un varón—, comentó ella. —No querían que la propiedad fuera separada del título.—

—Confieso que nunca discutí eso con ellos.—

—No, ya imagino.— Agregó un poco de leche a su té, agitó, y tomó un sorbo. —¿Qué pasa con el título si usted muere sin hijos?—

Una de sus cejas se levantó. —¿Está tramando mi muerte?—

Ella le miró un instante. —Parece que es otra de las cosas que debería saber, ¿no cree?—

Agitó una mano con desdén. —Existe un primo lejano. Creo que vive en Somerset—.

—¿Cree?— ¿Cómo no iba a saberlo?

—Nunca lo he conocido—, dijo Richard con un encogimiento de hombros. —Hay que volver a nuestro tátara-tátara-abuelo para localizar a un antepasado común.—

Iris supuso que tenía razón. Conocía una cantidad prodigiosa en su sobreabundancia de primos, pero eran primos hermanos. No estaba segura de poder localizar a ninguno de sus familiares más lejanos en un mapa.

—No tienes nada de qué preocuparse—, dijo Richard. —Si algo me llegara a suceder, usted quedará bien situada para siempre. Me aseguré de eso en las capitulaciones matrimoniales—.

—Lo sé—, dijo Iris. —Lo leí.—

—¿Lo hizo?—

—¿No debería?—

—La mayoría de las mujeres no lo hacen.—

—¿Cómo lo sabe?—

De repente, sonrió. —¿Estamos teniendo una discusión?

—De repente, su sonrisa convirtió sus entrañas en papilla. —Yo, no.—

Él se rió entre dientes. —Es un alivio, debo decirlo. No me gustaría pensar que estamos teniendo una discusión, y me la perdí —.

—Oh, no creo que haya posibilidades de eso.—

Él se inclinó hacia delante, bajando la cabeza en señal de interrogación.

—No levanto la voz a menudo... — murmuró Iris.

—Pero cuando lo hace, ¿es un espectáculo para la vista?

Ella sonrió, reconociendo.

—¿Por qué tengo la impresión de que Daisy es la destinatario más frecuente cuando pierde los estribos?—

Ella hizo un gesto con su dedo índice como si dijera —*¡inadecuado!*— Eso sería incorrecto.—

—Cuenta.—

—Daisy es... —, suspiró. —Daisy es Daisy. No sé cómo describirla. He pensado durante mucho tiempo que una de nosotras debió haber sido cambiada al nacer—.

—Tenga cuidado con lo que desea—, advirtió Richard con una sonrisa. —Daisy es la que más se parece a su madre.—

Iris le devolvió la sonrisa. —Se parece, ¿no? Estoy en el lado de la familia de mi padre. Me han dicho que tengo el color de mi bisabuela. Unas cuantas curiosas generaciones lograron saltarlo antes de encontrarme a mí—.

Richard asintió y luego dijo: —Todavía quiero saber quién provoca su mal genio, si no es Daisy—.

—Oh, yo no he dicho que no provoque mi temperamento. Lo hace. Todo el tiempo. Pero, al final, raramente hay algo digno de reaccionar con coraje. Los argumentos con Daisy, generalmente, son por cosas insignificantes, todos irritables y sarcásticos —.

—¿Quién le hace enojar, entonces?—, preguntó en voz baja. —¿Quién puede ponerla tan furiosa que saldría de su piel si fuera capaz?—

Usted, casi dijo.

Sólo que no lo había hecho. En realidad, no. La había vejado, había herido sus sentimientos, pero nunca la había reducido a la clase de furia que estaba describiendo.

Y, sin embargo, de alguna manera, sabía que podía.

Él lo haría.

—Sarah—, dijo Iris con firmeza, haciendo parar pensamientos peligrosos.

—¿Su prima?—

Ella asintió con la cabeza. —Una vez tuve una pelea con ella. . —.

Sus ojos se iluminaron de alegría, y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y la barbilla en las

manos. —Debo tener todos los detalles.—

Iris rió. —No, no debe.—

—Oh, estoy muy seguro de que sí.—

—No puedo creer que se diga que las mujeres son las mayores chismosas.—

—Este no es un chisme—, protestó. —Este es mi deseo de comprender mejor a mi esposa.—

—¡Oh, si *ese* es el caso... —Ella se echó a reír de nuevo. —Muy bien, se trataba de la velada musical. Sinceramente, no creo que lo entienda. No creo que nadie fuera de mi familia pueda hacerlo—.

—Inténtelo—.

Iris suspiró, preguntándose cómo podría explicarlo. Richard siempre estaba muy seguro, muy seguro de sí mismo. Él no podía saber qué se sentía al subirse a un escenario y hacer un ridículo espantoso, sabiendo todo el tiempo que no había absolutamente nada que pudiera hacer para detenerlo.

—Dígame, Iris—, instó. —Realmente quiero saberlo.—

—Oh, está bien. Fue el año pasado—.

—Cuando ella estaba enferma,— interrumpió Richard.

Iris le miró con sorpresa.

—Usted me lo mencionó—, le recordó.

—Ah. Bueno, ella *no estaba* enferma—.

—Tuve esa sentimiento.—

—Ella fingió todo el asunto. Dijo que estaba tratando de cancelar totalmente la actuación, pero honestamente, estaba pensando en sí misma—.

—¿Le dijo lo que sentía?—

—Oh, sí—, respondió Iris. —Fui a su casa al día siguiente. Ella trató de negarlo, pero estaba claro que no estaba enferma. Aun así, insistió en que había estado seis meses antes de la boda de Honoria—.

—¿Honorina?—

Ah, cierto. No conoce a Honoria. —Otra prima,— le dijo ella. —Está casada con el conde de Chatteris.—

—¿Otra música?—

La sonrisa de Iris era claramente una mueca. —En función de su definición de la palabra.—

—¿Estaba Honoria —lo siento, Lady Chatteris— en el concierto?—

—Sí, pero ella es muy cariñosa y compasiva. Estoy segura de que todavía cree que Sarah estaba enferma. Siempre piensa lo mejor de cada uno—.

—¿Y usted no lo hace?—

Ella proyectó sus apagados ojos en él. —Tengo un carácter más sospechoso.—

—Lo recordaré,— murmuró.

Iris pensó que era mejor no seguir este hilo de conversación, por lo que dijo: —En todo caso, Sarah finalmente admitió la verdad. La noche antes de la boda de Honoria. No sé, me dijo algo acerca de ser egoísta, y simplemente no pude contenerme. —

—¿Qué le dijo?—

Iris se estremeció ante el recuerdo. Ella había dicho la verdad, pero no lo había hecho amablemente. —Prefiero no decirlo—.

Él no la presionó para que lo hiciera.

—Fue entonces cuando dijo que estaba tratando de cancelar el evento—, dijo.

—¿Usted no la cree?—

—Creo que lo consideraba mientras estaba haciendo sus planes. Pero no, no creo que fuera su principal motivo—.

—¿Importa?—

—Por supuesto que importa,— dijo, con una pasión que la sorprendió a sí misma. —Importa *por qué* hacemos las cosas. Tiene que importar—.

—¿Incluso si los resultados son beneficiosos?—

Ella desestimó esta salida. —Es evidente que se ha salido de lo hipotético. Todavía *estoy* hablando de mi prima y la velada musical. Y no, los resultados no fueron beneficiosos. Al menos, no para nadie aparte de ella misma—.

—Pero se podría decir que su experiencia se mantuvo sin cambios.—

Iris se limitó a mirarlo.

—Considérelo de esta manera—, explicó. —Si Sarah no hubiera fingido la enfermedad, usted habría actuado en la velada musical.—

La miró brevemente buscando su confirmación, que la dio.

—Pero ella, de hecho, finge estar enferma—, continuó. —Y el resultado fue que usted todavía actúa en la velada musical.—

—No veo el punto.—

—No hubo ningún cambio en el resultado para usted. Sus acciones, aunque solapadas, no le afectan en lo más mínimo—.

—Por supuesto que sí!—

—¿Cómo?—

—Si yo tengo que tocar, ella tiene que tocar.—

Se echó a reír. —¿No cree que eso suena un poquito infantil?—

Iris apretó los dientes con frustración. ¿Cómo se atrevía a reírse? —Creo que nunca *ha estado* subido en un escenario y humillado frente a todos sus conocidos. Y peor aún, ante un buen número que no lo son—.

—Usted no me conocía—, murmuró, —y mire lo que pasó.—

Ella no dijo nada.

—Si no fuera por la velada—, dijo a la ligera, —no estaríamos casados.—

Iris no tenía idea de cómo interpretar eso.

—¿Sabe lo que vi cuando asistí a la velada musical?—, preguntó, con voz suave.

—¿No querrá decir lo que oyó?—, murmuró.

—Oh, todos sabemos lo que he oído.—

Ella sonrió ante eso, a pesar de que no quería.

—Vi a una joven dama que se ocultaba detrás de su violonchelo—, continuó. —Una joven que en realidad sabía tocarlo.—

Sus ojos se abrieron para él.

—Su secreto está a salvo conmigo—, dijo con una sonrisa indulgente.

—No es un secreto.—

Se encogió de hombros.

—¿Pero sabe qué es?—, Preguntó ella, de repente con ganas de compartir. Quería que él supiera. Quería que él la conociera *a ella*.

—¿Qué?—

—*Odio* tocar el violonchelo,— dijo con gran sentimiento. —No es sólo que no me gusta tocar en los conciertos, aunque lo haga. *Detesto* los conciertos, los detesto de una manera tal que nunca podría comenzar a expresarlo—.

—Realmente, hace un trabajo bastante bueno con él.—

Ella le dedicó una tímida sonrisa. —Sin embargo, realmente odio tocar el violonchelo. Podría establecerme en una orquesta con los mejores virtuosos — y no es que alguna vez hayan permitido a una mujer tocar—, y yo todavía lo odiaría. —

—¿Por qué lo hace?—

—Bueno, no lo haré más. No tengo que hacerlo ahora que estoy casada. Nunca voy a coger un arco de nuevo—.

—Es bueno saber que sirvo para algo—, bromeó. —Pero honestamente, ¿por qué lo *hacía*? Y no diga que tenía que hacerlo. Sarah se salió de ella—.

—Yo nunca podría ser tan deshonesto.—

Esperó a que él dijera algo, pero sólo frunció el ceño, mirando a un lado como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Tocaba el violonchelo,— dijo ella, —porque es lo que se esperaba de mí. Y porque eso hacía feliz a mi familia. Y a pesar de lo que digo acerca de ellos, yo los quiero mucho—.

—Los quiere, ¿no es así?—, murmuró.

Ella lo miró con seriedad. —Incluso después de todo eso, considero a Sarah una de mis más queridas amigas.—

Él la miró con una expresión curiosamente estable. —Es obvio que posee una alta capacidad de perdón.—

Iris se sintió en desventaja mientras consideraba esto. — Nunca lo pensé así—, dijo.

—Espero que lo haga—, dijo en voz baja.

—¿Perdonar?— Seguramente no había oído correctamente.

Pero él ya se había puesto de pie y estaba tendiéndole la mano. —Venga, el día espera.—

Capítulo Trece

—¿CUÁNTAS CESTAS quiere?—

Richard fingió no darse cuenta de la expresión atónita de la señora Hopkins. —Sólo dieciocho—, dijo jovialmente.

—¿Dieciocho?—, exigió. —¿Sabe cuánto tiempo llevará preparar algo así?—

—Sería una tarea difícil para cualquier persona, pero no para ustedes—, objetó.

El ama de llaves entrecerró los ojos, pero podía decir que le gustaba el cumplido.

—¿No cree que es una excelente idea llevar cestas para los inquilinos?—, dijo, antes de que pudiera llegar otra protesta. Tiró de Iris hacia adelante. —Fue idea de Lady Kenworthy.—

—Pensé que sería un buen gesto—, dijo ella.

—Lady Kenworthy es muy generoso de su parte—, dijo la señora Hopkins —, pero—

—Le ayudaremos,— sugirió Richard.

Su boca se abrió.

—Muchas manos hacen el trabajo ligero, no es algo que solía decir?—

—No a usted,— replicó el ama de llaves.

Iris ahogó una carcajada. Encantadora pequeña traidora. Pero Richard estaba con demasiado buen humor como para ofenderse. —Los peligros de tener sirvientes que te conocen desde los días de la escuela,— murmuró en su oído.

—¡Días de escuela!— Mrs. Hopkins se burló. —Le conozco desde que estaba en —

—Sé exactamente desde cuando me conoce,— interrumpió Richard. No necesitaba que la señora Hopkins mencionara su tiempo en pañales delante de Iris.

—Realmente me gustaría ayudar—, dijo ella. —Estoy ansiosa por conocer a los inquilinos, y creo que los regalos

serán más significativos si ayudo a empacar yo misma.—

—Incluso no sé si disponemos de dieciocho cestas,— se quejó la señora Hopkins.

—Seguramente no necesitan ser verdaderas cestas—, dijo Iris. —Cualquier tipo de contenedor serviría. Y estoy segura de que usted sabrá cuáles son las mejores cosas para rellenarlos—.

Richard se limitó a sonreír, admirando el fácil manejo de su esposa con la ama de llaves. Cada día, —no, cada hora— aprendía algo nuevo sobre ella. Y con cada revelación, se daba cuenta de lo afortunado que era por haberla elegido a ella. Era muy extraño pensar que probablemente no habría mirado dos veces en su dirección si no se hubiera visto forzado a encontrar una novia tan rápidamente.

Era difícil recordar exactamente lo que él había pensado que deseaba en una mujer. Una dote sustancial, por supuesto. Había tenido que renunciar a eso, pero ahora, al ver a Iris manejarse en su casa, en la cocina de Maycliffe, ya no parecía tan urgente. Si las reparaciones que necesitaba hacer en la casa tenían que esperar un año o dos, que así fuera. Iris no era de las que se quejaban.

Pensó en las mujeres que había considerado antes que a Iris. No recordaba mucho de ellas, sólo que siempre parecían estar bailando, o coqueteando o moviendo el brazo con un abanico. Eran mujeres que exigían atención.

Mientras que Iris lo había ganado.

Con su inteligencia feroz y su tranquilidad, con su humor astuto, tenía una manera de acercarse sigilosamente a sus pensamientos. Lo sorprendía a cada vuelta.

¿Quién hubiera pensado que ella le *gustaría* tanto?

Gustar.

¿A quién le gusta una esposa? En su mundo, las esposas eran toleradas, complacidas, y si uno era muy afortunado, deseadas. ¿Pero gustar?

Si él no se había casado con Iris, la querría como amiga.

Bueno, él podría, excepción hecha de la complicación de desear tan fuertemente llevarla a la cama que apenas podía pensar con claridad. La noche anterior, cuando había ido a desearle las buenas noches, casi había perdido el control.

Había querido convertirse en su marido realmente, quería que ella supiera que la quería. Había visto su cara después de que él la besó en la frente. Estaba confundida. Herida. Ella había pensado que él no la deseaba.

¿No la deseaba?

Estaba tan lejos de la verdad que era casi risible. ¿Qué pensaría si supiera que estaba despierto toda la noche, tenso y ardiente de deseo mientras se imaginaba todas las formas en las que quería darle placer. ¿Qué diría si él le dijera lo mucho que anhelaba enterrarse dentro de ella, para imprimir su sello, para hacerle entender que ella era suya, que él quería que fuera suya, y que con mucho gusto sería de ella.

—Richard?—

Se volvió al oír la voz de su esposa. O, mejor dicho, se volvió a medias. Sus perversos pensamientos habían dejado marca sobre su cuerpo, y se sintió aliviado de poder ocultarse detrás del mostrador.

—¿Ha dicho algo?—, preguntó.

¿Yo?

—Bueno, usted hizo un sonido,— dijo encogiéndose de hombros.

Sólo podía imaginarlo. ¡Dios mío!, ¿cómo iba a conseguirlo durante los próximos meses?

—¿Richard?— dijo de nuevo. Ella parecía divertida, tal vez hasta encantada de haberlo capturado por el ensimismamiento. Cuando no respondió inmediatamente, negó con la cabeza con una sonrisa y volvió a su trabajo.

Él la miró por unos instantes, luego sumergió sus manos en un cercano recipiente de agua y discretamente se mojó la cara. Cuando se sintió suficientemente frío, caminó hacia donde Iris y la señora Hopkins clasificaban los elementos.

—¿Qué están poniendo?—, preguntó, mirando por encima del hombro de Iris mientras colocaba los elementos en una pequeña caja de madera.

Iris le miró brevemente. Claramente estaba disfrutando de su trabajo. —La Sra. Hopkins dijo que los Miller probablemente necesiten algunas telas nuevas—.

—¿Trapos de cocina?— A él le parecía un regalo bastante sencillo.

—Es lo que necesitan—, dijo Iris. Ella le dedicó una sonrisa. —También estamos añadiendo unas galletas tan pronto como salen del horno. Porque también es bueno siempre tener algunas cosas que se *desean*. —

Richard la miró por un momento más largo.

Tímidamente, ella miró su vestido, luego se tocó la mejilla. —¿Tengo algo en la cara? Estaba ayudando con la mermelada. . —.

Ella no tenía nada en su rostro, pero él se inclinó hacia delante y le besó ligeramente la comisura de la boca. —Aquí —, murmuró.

Ella tocó el lugar donde la había besado. Lo miró con una expresión de asombro, como si no estuviera segura de lo que acababa de suceder.

Él tampoco estaba seguro.

—Está mejor ahora—, le dijo.

—Gracias. Yo— —Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas. —Gracias.—

—Fue un placer.—

Y así era.

En las dos horas siguientes Richard pretendió ayudar con las cestas. Iris y la señora Hopkins lo tenían todo bajo control, y cuando intentaba hacer una sugerencia, lo despedían con un gesto o la consideraban y hallaban faltas.

No le importaba. Él estaba feliz de asumir el cargo de testador de galletas (uniformemente excelentes, estuvo feliz de informar a Cook), y de ver a Iris asumir su papel de dueña de Maycliffe.

Finalmente, tuvieron una colección de dieciocho cestas, cajas y cuencos, cada uno cuidadosamente embalado y etiquetado con el apellido de una familia de inquilinos. Los regalos no eran los mismos; a los Dunlop, con cuatro niños de edades comprendidas entre los doce y los dieciséis años, se les dio una considerable porción de los alimentos, mientras que una de las viejas muñecas de Marie-Claire se puso en la canasta de los Smiths, cuya hija de tres años de edad, se estaba recuperando de la gripe . Los Miller tenían sus trapos y galletas, y los Burnhams un generoso jamón y dos libros —un

estudio de gestión de la tierra para el hijo mayor, que había asumido recientemente la granja, y una novela romántica para sus hermanas.

Y tal vez también para el hijo, pensó Richard con una sonrisa. Todo el mundo puede utilizar una novela romántica de vez en cuando.

Todo fue cargado en un carro, y pronto Richard e Iris estuvieron en camino, rumbo a las cuatro esquinas de Maycliffe Park.

—No es el más glamuroso de los medios de transporte —, dijo con una sonrisa triste, ya que chocaban a lo largo de la carretera.

Iris se puso la mano en la cabeza cuando un fuerte viento amenazó con robarle el bonete. —No me importa. Santo Dios, ¿te imaginas tratando de transportar todo esto en una calesa?

No tenía una calesa, pero había pocas razones para hablar de esto, así que en lugar de eso, dijo, —Usted debe atarse las cuerdas de tu bonete. Usted no tendría que seguir sosteniendo su sombrero—.

—Lo sé. Siempre he encontrado que es incómodo. No me gusta la sensación de lazos apretados debajo de mi barbilla. —Ella lo miró, con un brillo en sus ojos. —No debe ser tan apresurado para ofrecer asesoramiento. Su sombrero no se fija sobre tu cabeza de ninguna manera—.

Como si fuera una señal, el carro dio un golpe justo cuando el viento empezó a soplar de nuevo, y sintió a su sombrero de copa levantándose de su cabeza.

—¡Oh!— Iris aulló, y sin pensarlo cogió su sombrero y lo empujó hacia abajo. Estaban sentados uno junto al otro, pero el movimiento los colocó aún más cerca, y cuando él frenó los caballos y se permitió mirarla, su rostro se inclinó hacia él, radiante, y muy, muy cerca.

—Creo que... —, murmuró, pero cuando la miró a los ojos, aún más vivos bajo el cielo azul brillante, sus palabras se desvanecieron.

—Cree... ? —, susurró. Su mano estaba todavía en la cabeza de él. Su otra mano estaba en la suya, y habría sido la posición más ridícula si no fuera tan absolutamente maravilloso.

Los caballos bajaron el ritmo, claramente confundidos por su falta de dirección.

—Creo que necesito besarla—, dijo Richard. Le tocó la mejilla, la yema de su pulgar acariciando suavemente su piel lechosa. Era muy hermosa. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de lo hermosa que era hasta este momento?

El espacio entre ellos se redujo a nada, y sus labios encontraron los de ella, suaves y dispuestos, sin aliento por el asombro. La besó lentamente, lánguidamente, dándose tiempo para descubrir su forma, el sabor, la textura. No era la primera vez que la había besado, pero lo sentía completamente nuevo.

Había algo exquisitamente inocente en el momento. Él no la aplastaba contra su cuerpo; ni siquiera lo deseaba. No fue un beso de posesión, ni de lujuria. Era algo completamente distinto, algo que nacía de la curiosidad, del encanto.

Suavemente, profundizó el beso, dejando que su lengua se deslizara a lo largo de la piel de seda de su labio inferior. Suspiró contra él, su cuerpo ablandado cuando le dio la bienvenida a sus caricias.

Era perfecta. Y dulce. Y tuvo la extraña sensación de que podía quedarse allí todo el día, con la mano en la mejilla, con la mano de ella en su cabeza, no tocando ninguna otra parte, sólo sus labios. Era casi casto, casi espiritual.

Un pájaro graznó en voz alta en la distancia, su fuerte llamada rompiendo el momento. Algo cambió. Iris despertó, o tal vez simplemente respiró de nuevo, con un suspiro tembloroso, Richard consiguió levantarse a unos pocos centímetros de distancia. Parpadeó y volvió a parpadear de nuevo, tratando de enfocar el mundo. Su universo se había reducido a una sola mujer, y al parecer no podía ver nada más que su rostro.

Sus ojos se llenaron de asombro, la misma expresión, pensó, que debía tener en los suyos. Tenía los labios entreabiertos suavemente, ofreciéndole una pequeña visión de su rosada lengua. Era muy extraño, pero no le urgía volver a besarla. Quería sólo mirarla. Quería ver las emociones que cruzaban por su cara. Quería ver sus ojos mientras sus pupilas se acostumbraban a la luz. Quería memorizar la forma de sus labios, aprender rápidamente cómo sus pestañas barrían de arriba abajo cuando parpadeaba.

—Eso fue... — murmuró finalmente.

—Eso fue... — se hizo eco.

Sonrió. No pudo evitarlo. —Definitivamente lo fue.—

En su rostro se dibujó una sonrisa, haciéndose eco de la suya, y la pura alegría del momento fue casi demasiado. —Su mano todavía está en mi cabeza—, dijo él, sintiendo que volvía su sonrisa ladeada y burlona.

Miró hacia arriba, como si necesitara realmente verlo para creerlo. —¿Cree que su sombrero está seguro?—, preguntó.

—Podríamos correr el riesgo.—

Ella quitó la mano, y con el movimiento cambió toda su posición, triplicando el espacio entre ellos. Richard se sintió casi despojado, lo que era una locura. Estaba sentado a menos de un pie de distancia en el banquillo de carro, y se sentía como si hubiera perdido algo infinitamente precioso.

—Quizás debería atar su bonete con más fuerza—, sugirió.

Ella murmuró una especie de asentimiento y así lo hizo.

Se aclaró la garganta. —Deberíamos proseguir nuestro camino.—

—Por supuesto.— Ella sonrió, primero tímidamente, luego con determinación. —Por supuesto—, dijo de nuevo. —¿A quién visitaremos primero?—

Estaba agradecido por la pregunta, y por la necesidad de dar una respuesta. Necesitaba algo que pusiera a su cerebro de nuevo en movimiento. —Ehm... Creo que a los Burnhams—, decidió. —La suya es la mayor granja, y la más cercana.—

—Excelente.— Iris se retorció en su asiento, mirando a la pila de regalos de la parte trasera de la carreta. —La suya es la caja de madera. Cook la abarrotó de mermelada. Dijo que el joven Burnham tiene el diente dulce—.

—No sé si todavía puede calificársele como joven—, dijo Richard, dándole a las riendas una sacudida. —John Burnham debe ser veintidós ahora, tal vez veinte y tres.—

—Es más joven que usted.—

Él le dedicó una sonrisa irónica. —Es cierto, pero como yo, es el cabeza de familia y de la granja. La juventud se va rápidamente con esa responsabilidad—.

—¿Fue muy difícil?—, Se preguntó en voz baja.

—Fue la cosa más difícil del mundo.— Richard pensó en esos días, justo después de la muerte de su padre. Había estado tan perdido, tan abrumado. Y en medio de todo esto, mientras se suponía que debía fingir que sabía cómo manejar Maycliffe y ser un padre para sus hermanas, él estaba de duelo. Había amado a su padre. Puede que no siempre hubieran estado de acuerdo, pero habían estado muy unidos. Su padre le había enseñado a montar. Le había enseñado a leer — las cartas y palabras de lectura, no, pero le había enseñado a amar la lectura, a valorar los libros y el conocimiento. Todo eso lo aprendió de él— Lo que no le había enseñado — nadie había ni siquiera pensado que fuera necesario— era cómo manejar Maycliffe. Bernard Kenworthy no era un hombre mayor cuando había caído enfermo. Había habido muchas razones para creer que Richard tendría años, incluso décadas, antes de que tuviera que tomar las riendas.

Pero la verdad, tampoco había mucho que su padre pudiera enseñarle. Bernard Kenworthy nunca se había molestado en aprender él mismo. No había sido un buen administrador de la tierra. Nunca le había interesado, no profundamente, y sus decisiones —cuando se molestaba en tomarlas— habían sido deficientes. No es que él fuera codicioso, era sólo que tendía a hacer lo que fuera conveniente y necesario con el menor tiempo y energía de su parte. Y Maycliffe había sufrido por ello.

—Usted era sólo un niño, ¿verdad—, dijo Iris.

Richard dejó escapar una corta, muy corta risa. —Esa es la parte divertida. Pensé que era un hombre. Había ido a Oxford, había- — —Se contuvo antes de decir que se había acostado con mujeres. Iris era su esposa. No necesitaba saber nada sobre los puntos de referencia por los cuáles los hombres jóvenes y estúpidos medían su virilidad.

—Pensé que era un hombre—, dijo, con un toque de tristeza en sus labios. —Pero entonces... cuando tuve que ir a casa y *ser* uno. . —.

Ella puso su mano en el brazo. —Lo siento mucho.—

Se encogió de hombros, pero con el hombro opuesto. No quería que ella retirara su mano.

—Usted ha hecho un trabajo notable—, dijo. Miró a su alrededor, como si los árboles verdes fueran pruebas de su buena administración. —Según todos los rumores, Maycliffe está prosperando—.

—¿Todos los rumores?—, dijo con una sonrisa burlona. —¿Cuántos rumores, dígame por favor, ha oído en su largo tiempo de residencia?—

Ella dio un infantil resoplido y chocó su hombro contra el suyo. —La gente habla,— dijo con aire de superioridad. —Y como usted sabe, yo escucho.—

—Eso lo hace.—

Vio como ella sonreía. Con un mohín de satisfacción en sus labios, y eso le encantó.

—¿Me dirá algo más sobre los Burnhams?—, preguntó. —Sobre todos los inquilinos, pero debe comenzar con los Burnhams, ya que son nuestra primera visita.—

—No estoy seguro de lo que quiere saber, pero son seis. La Sra. Burnham, por supuesto, su hijo John, que ahora es el jefe de la familia, y luego otros cuatro hijos, dos chicos y dos muchachas.— Pensó por un momento. —No puedo recordar la edad de todos ellos, pero el más joven, Tommy, no puede tener mucho más de once años.—

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que el padre murió?—

—Dos años, quizá tres. No fue inesperado—.

—¿No?—

—Bebía. Una gran cantidad.— Richard frunció el ceño. No quería hablar mal de los muertos, pero era la verdad. El Sr. Burnham había sido demasiado aficionado a la cerveza, y le había arruinado. Había engordado, se puso amarillo, y luego murió.

—¿Es su hijo de la misma manera?—

No era una pregunta tonta. Los hijos aprendían las maneras de sus padres, como Richard sabía muy bien. Cuando él había heredado Maycliffe, él también había hecho lo que era conveniente, y había enviado a sus hermanas a vivir con su tía mientras continuaba su vida en Londres, como si no tuviera nuevas responsabilidades en el hogar. Le había llevado varios años darse cuenta de lo vacío que estaba. E incluso ahora, estaba pagando el precio por su falta de juicio.

—No sé mucho de John Burnham,— le dijo a Iris, — pero no creo que beba. Al menos no más de lo que cualquier hombre lo hace—.

Iris no dijo nada, así que continuó. —Va a ser un buen hombre, mejor que su padre—.

—¿Qué quiere decir?—, preguntó.

Richard pensó un momento. En realidad, nunca había dedicado tiempo a pensar sobre John Burnham, aparte del hecho de que él era ahora el jefe de la mayor granja de inquilinos de Maycliffe. Le gustaba lo que sabía de él, pero sus caminos no solían cruzarse, ni nadie esperaba que lo hicieran.

—Es un hombre serio—, respondió Richard finalmente. —Lo ha hecho bien por sí mismo. Incluso terminó la escuela, gracias a mi padre—.

—¿Su padre?— Iris se hizo eco, con cierta sorpresa.

—Él pagó los honorarios. Puso mucho interés en él. Decía que era muy inteligente. Mi padre siempre valoró mucho eso—.

—Es algo bueno para valorar.—

—Lo es—. Era, después de todo, una de las muchas razones por las que la valoraba a ella. Pero no era el momento para decirlo, por lo que añadió, —John, probablemente, podría haber aprendido leyes o algo por el estilo, si no hubiera regresado a Mill Farm.—

—¿De abogado a granjero?—, preguntó Iris. —¿En serio?—

Richard se encogió de hombros. —No hay razón por la que no se pueda hacer. Suponiendo que uno quisiera—.

Iris se quedó en silencio por un momento y luego preguntó: —¿Está el señor Burnham casado?—

Él le dirigió una mirada burlona antes de volver su atención a la carretera. —¿Por qué tanto interés?—

—Necesito saber estas cosas—, le recordó. Ella se movió un poco en su asiento. —Y tengo curiosidad. Siempre tengo curiosidad por la gente. Tal vez tenía que volver a casa para mantener a su familia. Tal vez por eso él no fue capaz de estudiar derecho—.

—No sé si él quería estudiar derecho. Me limité a decir que era lo suficientemente inteligente como para hacerlo. Y

no, él no está casado. Pero tiene una familia que mantener. No iba a darle la espalda a su madre y hermanos—.

Iris le puso la mano en su brazo. —Él es muy parecido a usted, entonces.—

Richard tragó incómodamente.

—Usted ha cuidado bien de sus hermanas—, continuó.

—Ni siquiera las ha conocido—, le recordó.

Ella hizo un leve encogimiento de hombros. —Puedo decirles que usted es un devoto hermano. Y su guardián—.

Richard instaló brevemente las riendas en una mano, aliviado de poder apuntar hacia adelante y cambiar de tema. —Es a la vuelta del recodo.—

—¿Mill Farm?—

Él la miró. Había algo en su voz. —¿Está nerviosa?—

—Un poco, sí—, admitió.

—No se sienta así. Es la dueña de Maycliffe—.

Ella soltó un pequeño resoplido. —Precisamente por eso me siento nerviosa.—

Richard empezó a decir algo, pero se limitó a sacudir la cabeza. ¿No se daba cuenta de que serían los Burnhams los que estarían nerviosos al conocerla *a ella*?

—¡Oh!— exclamó Iris. —Es mucho más grande de lo que esperaba.—

—Ya le dije que es la parcela más grande de Maycliffe, —murmuró Richard, deteniendo el carro. Varias generaciones de los Burnhams habían estado allí cultivando la tierra y con el tiempo se habían construido una casa bastante bonita, con cuatro dormitorios, una sala de estar y una oficina. Habían empleado a una doncella, pero habían tenido que despedirla cuando la familia cayó en tiempos difíciles, antes de la muerte del anciano señor Burnham.

—Nunca he ido de visita con mis primos—, dijo Iris cohibidamente.

Richard saltó hacia abajo y luego le ofreció mano. —¿Por qué está tan insegura de repente?—

—Supongo que me estoy dando cuenta de lo poco que sé.— Ella hizo un gesto a la casa. —Había asumido que todos los colonos vivían en pequeñas casas de campo.—

—La mayoría lo hacen. Pero algunos son bastante prósperos. Uno no necesita ser dueño de la tierra para vivir bien—.

—Pero uno necesita ser dueño de la tierra para ser considerado un caballero. O, al menos, haber nacido en una familia de terratenientes—.

—Es cierto,— accedió. Incluso un agricultor terrateniente no sería considerado miembro de la alta burguesía. Uno necesitaría explotaciones más grandes para ello.

—¡Sir Richard!—, les llegó un grito.

Richard sonrió al ver a un niño corriendo hacia él. — ¡Tommy!—, gritó. Revolvió el pelo del niño cuando saltó frente a él. —¿Con qué ha estado tu madre alimentándote? Creo que has crecido un pie desde la última que nos vimos—.

Tommy Burnham sonrió. —John me tiene trabajando en los campos. Mamá dice que es el sol. Debo ser una mala hierba—.

Richard se echó a reír, y luego le presentó a Iris, que se ganó la devoción eterna de Tommy por tratarlo como a un adulto ofreciéndole su mano para que se la apretara.

—Está John en casa?— preguntó Richard, metiendo la mano en el vagón para coger la caja correcta.

—Con Mamá—, respondió Tommy, con un movimiento de la cabeza hacia la casa. —Estamos haciendo un descanso para comer.—

—¿Es ésta la única?— murmuró Richard a Iris. Con un movimiento de cabeza, levantó la caja y le indicó que caminara hacia la casa. —Hay otros hombres trabajando con vosotros en los campos, ¿no es cierto?—, preguntó a Tommy.

—Oh, sí.— Tommy lo miró como si estuviera loco por considerar que no podría ser de otro modo. —No podríamos hacerlo nosotros mismos. Ni siquiera me necesita, realmente, pero John dice que tengo que hacer mi parte. —

—Tu hermano es un hombre sabio—, dijo Richard.

Tommy puso los ojos en blanco. —Si usted lo dice.—

Iris dejó escapar una risita.

—Ten cuidado con ella—, dijo Richard señalando a Iris con la cabeza. —Al igual que tú, tiene demasiados hermanos,

y ha aprendido a ser rápida.—

—No rápida,— le corrigió Iris. —Astuta—.

—Lo que es peor.—

—Él es más viejo—, dijo a Tommy, significativamente. —Él lo logra con la fuerza bruta, nosotros tenemos que jugar con nuestro ingenio.—

—Ahí le dio, Sir Richard,— rió Tommy.

—Siempre lo hace.—

—¿En serio?— murmuró Iris, con las cejas levantadas

Richard se limitó a sonreír en secreto. La dejaría pensar lo que quisiera.

Entraron en la casa, con Tommy a la cabeza, diciendo a su madre que Sir Richard estaba allí con la nueva Señora Kenworthy. La Sra. Burnham apareció de inmediato, limpiándose las manos enharinadas en el delantal. —Sir Richard,— dijo ella, haciendo una reverencia. —Es realmente un honor.—

—He venido a presentarles a mi esposa.—

Iris le dedicó una bonita sonrisa. —Le hemos traído un presente.—

—Oh, pero seríamos nosotros quienes deberíamos darle un regalo a usted,— protestó la señora Burnham protestó. —Por su boda.—

—Tonterías—, dijo Iris. —Usted me está dando la bienvenida a su casa, a su tierra.—

—Es también su tierra ahora— le recordó Richard, colocando la caja de golosinas en una mesa.

—Sí, pero los Burnhams han estado aquí un siglo más que yo. Todavía tengo que ganarme mi sitio—.

Y con ésto, Iris se ganó la lealtad eterna de la señora Burnham, y por extensión, de todos los inquilinos. La sociedad funcionaba igual, sin importar la esfera. La Sra. Burnham era la matrona de la mayor de las granjas locales, y esto la hacía la líder de la sociedad de Maycliffe. Las palabras de Iris habrían llegado a los oídos de cada alma en Maycliffe antes de que cayera la noche.

—¿Ve por qué me casé con ella—, le dijo Richard a la señora Burnham. Las palabras fluyeron naturalmente de sus

sonrientes labios, pero una vez que lo dijo, un pinchazo de culpabilidad se provocó en sus entrañas. No era *por eso* por lo que se había casado con ella.

Deseó que esa fuera la causa por la que se había casado con ella.

—John—, dijo la señora Burnham, —ven a conocer a la nueva Señora Kenworthy.—

Richard no se había dado cuenta de que John Burnham había entrado en el pequeño vestíbulo. Era un hombre tranquilo, siempre lo había sido, y permaneció de pie cerca de la puerta de la cocina, esperando a que los demás lo vieran.

—Mi Lady,— dijo John con una pequeña reverencia. — Es un honor conocerla.—

—Y mío,— respondió Iris.

—¿Cómo está la granja?—, Preguntó Richard.

—Muy bien—, respondió John, y los dos hablaron durante unos minutos sobre los campos y cultivos y riego, mientras que Iris tenía una conversación cortés con la señora Burnham.

—Tenemos que seguir nuestro camino,— dijo finalmente Richard. —Tenemos muchas paradas que hacer antes de regresar a Maycliffe.—

—Debe estar todo muy tranquilo ahora que sus hermanas se han ido—, dijo la señora Burnham.

John se volvió bruscamente. —¿Sus hermanas se han ido?—

—Sólo para visitar a nuestra tía. Ella pensó que deberíamos pasar algo de tiempo a solas. —Él le dedicó a John una especie de sonrisa de-hombre-a-hombre. —Las hermanas no pintan mucho a una luna de miel.—

—No,— dijo John, —Imagino que no.—

Se despidieron, y Richard tomó el brazo de Iris para irse.

—Creo que ha ido bien—, dijo ella, mientras él la ayudaba a subir a la carreta.

—Usted estuvo espléndida,— le aseguró.

—¿De verdad? ¿No lo diría de todos modos? —

—Lo diría,— admitió, —pero es verdad. La Sra. Burnham la adora ya —.

Los labios de Iris se separaron, y pensó que estaba a punto de decir algo así como —¿Es verdad?— O —¿De verdad lo piensa?—, Pero ella sólo sonrió, sus mejillas ruborizadas de orgullo. —Gracias—, dijo en voz baja.

Él le besó la mano como respuesta y le dio una sacudida a las riendas.

—Este es un día precioso—, dijo, mientras se alejaban de Mill Farm. —*Estoy* teniendo un día precioso.—

Como él. El más hermoso que recordaba.

Capítulo Catorce

Tres días más tarde

Estaba enamorándose de su marido. Iris no sabía cómo era tan evidente.

¿No se suponía que el amor es confuso? ¿No se suponía que debía estar en la cama, agonizando bajo el peso de tortuosos pensamientos —*¿Es esto real? ¿Es esto amor?* En Londres le había preguntado a su prima Sarah al respecto — Sarah, que estaba tan profunda y obviamente enamorada de su marido, e incluso ella, le había dicho que no estaba segura al principio.

Pero no, Iris siempre tenía que hacer las cosas a su manera, y ella simplemente se despertó por la mañana y pensó para sí misma, *lo amo*.

O si todavía no lo hacía, lo haría pronto. Era sólo cuestión de tiempo. Se quedaba sin aliento cuando Richard entraba en la habitación. Pensaba en él constantemente. Y él podía hacerla reír, —¡Oh, cómo podía hacerla reír.

Podía hacerlo reír, también. Y cuando lo hacía, su corazón saltaba.

El día que habían visitado a los inquilinos había sido mágico, y sabía que para él. Él la había besado como si fuera un tesoro sin precio, —*no*, pensó, no como eso. Eso habría sido frío y depresivo.

Richard la había besado como si ella fuera la luz, el calor y el arco iris, todo en uno. Él la había besado como si el sol estuviera brillando con un solo rayo de luz, sólo sobre ellos, sólo para ellos.

Había sido perfecto.

Pura magia.

Y desde entonces no lo había vuelto a hacer.

Pasaban los días juntos, explorando Maycliffe. Él la miraba cálidamente a los ojos. Le tomaba la mano, incluso besaba la delicada piel de su muñeca. Pero nunca puso sus labios sobre los de ella.

¿Pensaba que sus avances no serían bienvenidos? ¿Pensaba que aún era demasiado pronto? ¿Cómo podría ser demasiado pronto? Estaban casados, por amor de Dios. Ella era su esposa.

¿Y por qué no se daba cuenta de que se sentiría muy avergonzada si le preguntaba al respecto?

Así que seguía fingiendo que pensaba que esto era normal. Muchas parejas casadas mantenían sus propios aposentos. Si sus propios padres dormían o no en la misma cama, ella no lo sabía.

Tampoco, pensó con un estremecimiento, quería saberlo.

Pero incluso si Richard era el tipo de hombre que pensaba que las parejas casadas debían mantener sus propias cámaras, seguramente desearía consumir la unión. Su madre le había dicho que a los hombres les gusta hacer... eso. Y Sarah había dicho que también a las mujeres les podía gustar.

La única explicación era que Richard no la deseaba. Pero ella pensaba... quizás... sí la deseaba.

Dos veces lo había sorprendido mirándola con una intensidad que le hizo saltar el pulso. Y justo esta mañana casi la había besado. Estaba segura de ello. Habían estado caminando por el sendero sinuoso del invernadero y se tropezó. Richard se había retorcido para agarrarla y se había caído contra él, sus pechos presionados contra el de él.

Era lo más cerca de él que había estado nunca, y miró hacia arriba, directamente a sus ojos. El mundo a su alrededor se había escabullido, no veía nada más que su amada cara. Inclino la cabeza hacia la de ella, su mirada bajó a sus labios, y ella suspiró...

Y él dio un paso atrás.

—Perdóname—, había murmurado, y una vez más siguieron su camino.

Pero la mañana había perdido su magia. Su conversación, que había fluido fácil y libremente, se convirtió, una vez más, en rebuscada, y Richard no la tocó ni por casualidad. No hubo mano en su espalda, ni brazo enlazado con el de ella.

Otra mujer —una mujer que tuviera más experiencia con el sexo masculino, o tal vez una que pudiera leer la mente—

podía entender por qué Richard estaba actuando como lo hacía, pero Iris fue desconcertada.

Y frustrada.

Y triste.

Iris gruñó y se volvió hacia el libro que estaba leyendo. Caía ya la tarde, y había encontrado una vieja novela de Sarah Gorely en la biblioteca de Maycliffe, — presumiblemente comprada por una de las hermanas de Richard. No podía imaginar que él la hubiera comprado. No era muy buena, pero bastante dramática, y, lo más importante, era una distracción. El sofá azul de la sala era extremadamente cómodo. La tela se había gastado lo suficiente como para ser suave, pero no tanto como para que se la considerara ajada.

Le gustaba leer en el salón. La luz de la tarde era excelente, y aquí, en el corazón de la casa, casi podía convencerse de que pertenecía a este lugar.

Se las había arreglado para meterse en la historia durante un capítulo o así cuando oyó unos pasos en el pasillo que sólo podían pertenecer a Richard.

—¿Cómo está esta tarde?—, preguntó desde la puerta, saludándola con una educada inclinación de cabeza.

Ella le sonrió. —Muy bien, gracias.—

—¿Qué está leyendo?—

Iris sostuvo el libro, a pesar de que era poco probable que pudiera leer el título a través de la sala. —*La señorita Truesdale y el Caballero Silencioso*. Es una vieja novela de Sarah Gorely. No es su mejor obra, me temo—.

Él entró totalmente en la habitación. —Nunca he leído nada de esa autora. Pero creo que es bastante conocida, ¿no es así?—

—No creo que le gustara—, dijo Iris.

Él sonrió, con esa cálida sonrisa, lánguida, que parecía derretirse en su rostro. —Lo intentaré—.

Iris parpadeó y miró el libro entre sus manos antes de alargarlo hacia él.

Se echó a reír alegremente. —Yo no podría quitárselo.—

Ella lo miró con sorpresa. —¿Desea que le lea?—

—¿Por qué no?—

Sus cejas se elevaron en arcos llenos de dudas. —No diga que no se lo advertí—, murmuró ella, y se movió un poco en el sofá, tratando de sofocar el aguijón de la decepción cuando en lugar de eso, se sentó en una silla frente a ella.

—¿Lo ha encontrado en la biblioteca?—, preguntó. —Me imagino que lo compró Fleur.—

Iris asintió mientras marcaba el lugar de lectura antes de volver al comienzo. —Tiene toda la obra de Gorely.—

—¿En serio? No tenía ni idea de que mi hermana era fans de ella—.

—Usted dijo que le gusta leer,— comentó Iris, —Y la señora Gorely es una autora muy popular.—

—Eso me han dicho,— murmuró.

Iris lo miró a él, y él inclinó majestuosamente la cabeza, indicándole que comenzara. —*Capítulo Uno*—, leyó. —*Miss Marfil Truesdale se quedó huérfana* — Ella miró hacia arriba. —¿Está seguro de que quiere que le lea esto? No puedo imaginar que lo disfrute—.

Él la miró con una expresión profundamente divertida. —Debe leerlo ahora, sin tantas protestas.—

Iris negó con la cabeza. —Muy bien.— Se aclaró la garganta. —*Miss Marfil Truesdale quedó huérfana un miércoles por la tarde, cuando su padre fue golpeado en el corazón con una flecha envenenada, disparada desde el carcaj de un maestro arquero húngaro, traído a Inglaterra con el único propósito de producir su horripilante e inoportuno fallecimiento*—.

Ella miró hacia arriba.

—Macabro—, dijo Richard.

Iris asintió. —Pero hay algo peor.—

—¿Cómo es posible?—

—El arquero húngaro fallecerá dentro de unos capítulos.

—

—Déjame adivinar. Un accidente de carro—.

—Demasiado prosaico,— se burló Iris. —Esta autora hizo que las palomas picotearan a un personaje hasta la muerte en otro libro.—

La boca de Richard se abrió y se cerró. —Palomas—, dijo finalmente, parpadeando varias veces en rápida sucesión. —Notable—.

Iris sostenía el libro. —¿Debo continuar?—

—Por favor—, dijo, con esa particular expresión de un hombre que no está totalmente seguro de que pisa el camino correcto.

Iris se aclaró la garganta. —*Durante los próximos seis años, Ivory no pudo hacer frente a un miércoles por la tarde sin recordar el silencioso susurro de la flecha pasando por su cara en camino hacia el corazón condenado de su padre.*—

Richard murmuró algo en voz baja. Iris no pudo distinguir las palabras exactas, pero estaba bastante segura que *beoda* estaba entre ellos.

—*Cada miércoles era una tortura. Levantarse de la cama requería una gran energía que rara vez poseía. La comida le era desagradable, y el sueño, cuando lo encontraba, era su única vía de escape.*—

Richard resopló.

Iris miró hacia arriba. —¿Sí?—

—Nada—.

Se volvió hacia el libro.

—¿En realidad,— dijo con indignación, —los miércoles?—

Volvió a mirar hacia arriba.

—La mujer tiene miedo de los miércoles?—

—Al parecer—.

—Sólo los miércoles—.

Iris se encogió de hombros.

—¿Qué pasa los jueves?—

—Estaba a punto de decirlo.—

Richard puso los ojos en blanco ante su impertinencia y le indicó que continuara.

Iris le dirigió una mirada deliberadamente paciente, mostrando que estaba preparada para otra interrupción. Cambió la expresión por una de ironía, y se volvió hacia el texto.

—Los jueves traían esperanza y renovación, aunque no se podía decir que Ivory tenía alguna razón para la esperanza, ni se podría decir que su alma se renovara. Su vida en el hogar de la señorita Winchell para Niños Huérfanos era tedioso en el mejor de los casos y, en el peor, miserable—.

—Tedioso podría ser la primera palabra acertada de la novela,— se burló Richard.

Iris alzó las cejas. —¿Paro?—

—Por favor. No creo que pueda soportar la continuación —.

Iris reprimió una sonrisa, sintiéndose un poco malvada por disfrutar de su angustia.

—Pero todavía quiero saber cómo muere el arquero húngaro—, agregó Richard.

—Eso le va a estropear la historia,— contrarrestó Iris, adoptando una expresión remilgada.

—De alguna manera, lo dudo.—

Iris se rió entre dientes. Ella no quiso hacerlo, pero Richard tenía una manera de decir las cosas, con un tono astuto, que nunca dejaba de divertirla. —Muy bien. El arquero recibió un disparo en la cabeza—.

—Eso no es terriblemente interesante.— En su mirada, añadió, —En un sentido literario, por supuesto.—

—El arma fue disparada por un perro.—

El rostro de Richard se aflojó.

—Y ahora tenemos otro caballero silencioso—, dijo Iris con una sonrisa de superioridad.

—No, de verdad—, dijo Richard. —Debo protestar.—

—¿A quién?—

Eso pareció desconcertarle. —No lo sé—, dijo finalmente. —Pero de todos modos, una protesta debe presentarse.—

—No creo que el perro *entienda* por qué le dispara,— Iris puso reparos.

—¿Quiere decir que la autora no tiene claras las motivaciones del canino?—

Iris fingió escrupulosamente una expresión seria. —Aún le falta ese talento.—

Se encontró con un bufido.

—Ya le dije que no era una de sus mejores novelas,— le recordó.

Richard parecía ser incapaz de responder.

—Yo podría leerle uno de sus otros libros,— dijo ella, ni siquiera intentar disimular su diversión.

—Por favor, no.—

Iris rió alegremente.

—¿Cómo es posible—, opinó Richard —, que sea una de las autoras más populares de nuestro tiempo?—

—Encuentro que sus historias desvarían bastante,— admitió Iris. Era cierto. No estaban muy bien escritas, pero había algo en ellas que las hacía imposible de dejar.

—Un desvío de la cordura, tal vez,— se burló Richard. —¿Cuántas novelas ha escrito la señorita Gorely? ¿O es señora? —

—No tengo ni idea,— admitió Iris. Miró las páginas frontales y posteriores. —Aquí no dice nada acerca de ella. Ni siquiera una frase—.

Se encogió de hombros con indiferencia. —Eso era de esperar. Si tuviera que escribir una novela, no quiero que utilice su nombre real—.

Iris miró, sorprendido por el breve destello de dolor detrás de los ojos. —¿Usted se avergüenza de mí?—

—Por supuesto que no—, dijo con severidad. —Pero no querría que su fama se entrometiera en nuestra vida privada.—

—¿Cree que podría ser famosa?—, le espetó.

—Por supuesto.— Él la miró desapasionadamente, como si la conclusión fuera tan obvia que no mereciera discusión.

Iris lo consideró, tratando de no permitir que su cuerpo entero se impregnara de placer. Estaba bastante segura de que no tuvo éxito, ya que podía sentir sus mejillas cada vez más calientes. Apretó el labio inferior entre los dientes; era muy extraña esta burbuja de alegría, y todo porque él había pensado eso... que ella era... bueno, inteligente.

Y lo más descabellado era que *sabía* que era inteligente. Ella no necesitaba que él se lo dijera para creerlo.

Ella levantó la mirada, con una sonrisa tímida. — ¿Realmente no le importaría que escribiera una novela?—

—¿*Quiere* escribir una novela?—

Lo pensó. —En realidad, no.—

Él se rió entre dientes. —¿Por qué estamos teniendo esta conversación?—

—No lo sé.— Iris sonrió, primero a él y luego para sí misma. *La señorita Truesdale y el caballero silencioso* aún yacía en su regazo, así que ella lo cogió y preguntó: —¿Desea que continúe?—

—¡No!—, Dijo con fuerza, poniéndose de pie. Le tendió una mano. —Venga. Vamos a dar un paseo en vez de eso—.

Iris puso la mano en la suya, tratando de ignorar el escalofrío de placer que se extendió a través de su piel por su toque.

—¿Cómo apretó el perro el gatillo?—, preguntó Richard. —No, no me lo diga, no quiero saberlo.—

—Está seguro? En realidad es muy inteligente—.

—¿Está pensando en enseñar a nuestros perros?—

—¿Tenemos perros?—

—Por supuesto.—

Iris se preguntó qué más no sabía de su nuevo hogar. Las cargas, probablemente. Ella tiró de él hacia el centro de la sala, le miró a los ojos, y dijo solemnemente: —Yo prometo no enseñar cómo disparar un arma a ninguno de nuestros perros.

Richard soltó una risa, lo que provocó que más de un sirviente metiera la cabeza desde el pasillo. —Usted es un tesoro, Iris Kenworthy,— dijo, guiándola una vez más hacia la puerta principal.

Un tesoro, pensó Iris con un toque de angustia. ¿En serio?

—¿Le gusta su nuevo nombre?—, preguntó ociosamente.

—Se pronuncia con más facilidad que Smythe-Smith,— admitió ella.

—Creo que le viene mejor—, dijo.

—Eso espero—, murmuró. Era difícil imaginar un nombre más difícil de manejar que con el que había nacido.

Richard abrió la pesada puerta de Maycliffe, y una ráfaga fría de viento se arremolinó rápidamente. Iris inmediatamente se abrazó a sí misma. Era más tarde de lo que pensaba, y el aire venía fresco. —Déjeme correr a mi habitación a por un chal—, dijo. —Fue tonto de mi parte usar mangas cortas.—

—¿Tonto? ¿O optimista? —

Ella se echó a reír. —Rara vez soy optimista.—

—¿En serio?—

Iris ya estaba a mitad de camino por las escaleras antes de darse cuenta de que la estaba siguiendo.

—Creo que jamás he oído a alguien que se declare pesimista con una risa alegre—, reflexionó.

—Yo no soy eso, tampoco—, dijo. Al menos ella no creía que lo fuera. No vivió su vida anticipando desastres de decepción.

—No es optimista ni pesimista,— dijo Richard cuando llegaron a la cima de la escalera. —¿Qué es entonces, me pregunto?—

—No una esposa—, murmuró.

Él se quedó inmóvil. —Qué dijo?—

Iris quedó sin aliento ante la réplica que se había escapado espontáneamente de sus labios. —Lo siento—, espetó. —No era mi intención... —Ella miró hacia arriba, y luego deseó no haberlo hecho. Él la miraba con una expresión inescrutable, y se sentía horrible. Avergonzada y furiosa dolida y agraviada y probablemente ocho otras cosas más que realmente no tenía inclinación a discernir.

—Le pido perdón—, murmuró, corriendo a su habitación.

—¡Espera!—, Gritó.

Pero no lo hizo.

—Iris, espera!—

Ella siguió su camino, moviendo sus pies tan rápido como le fue posible, sin cambiar de paseo a carrera. Pero

entonces se trôpezó —sobre qué, no sabía, — y apenas logró recuperar el equilibrio.

Richard estaba a su lado en un instante, su mano firme en su brazo. —¿Está bien?—

—Estoy bien—, dijo con voz cortante. Ella tiró de su brazo, pero él se mantuvo firme. Casi se echó a reír. O tal vez estaba a punto de llorar. ¿Ahora quería tocarla? ¿Ahora no la soltaba?

—Tengo que conseguir mi chal—, murmuró, pero ya no quería ir a dar un paseo. Todo lo que quería hacer era meterse en la cama y tirar las mantas hacia arriba.

Richard la miró durante varios segundos antes de soltar su agarre. —Muy bien—, dijo.

Ella trató de sonreír, pero no lo consiguió. Sus manos estaban temblando, y de repente se sintió enferma.

—Iris—, dijo, con evidente preocupación en sus ojos, —¿está segura de que está bien?—

Ella asintió con la cabeza, luego cambió de idea y negó con la cabeza. —Tal vez sería mejor acostarse.—

—Por supuesto—, dijo, siempre caballero. —Vamos a dejar el paseo para otro momento.—

Trató de sonreír de nuevo y volvió a fallar, y en su lugar hizo una reverencia desigual. Pero antes de que pudiera escapar, él la tomó del brazo de nuevo para guiarla a su habitación.

No necesito ayuda—, dijo. —Estoy bien, de verdad.—

—*Me* haría sentir mejor.—

Iris apretó los dientes. ¿Por qué tenía que ser tan bueno?

—Voy a llamar a un médico—, dijo, mientras cruzaban el umbral.

—No, no, por favor.— ¡Dios mío!, ¿Qué le iba a decir a un médico? ¿Que tenía el corazón roto? ¿Que estaba loca por pensar que su marido nunca cuidaría de ella?

Soltó el brazo y dejó escapar un suspiro mientras sus ojos buscaron su rostro. —Iris, claramente algo está mal.—

—Estoy cansada.—

Él no dijo nada, sólo la miró con una mirada firme, y ella sabía lo que estaba pensando. Ella no parecía ni un poco

cansada en el salón.

—Estaré bien—, le aseguró, aliviada de que su voz empezara a sonar más como su habitual tono. —Lo prometo.

Sus labios estaban apretados, e Iris podía ver que él no sabía si creerla. Por último, dijo, —Muy bien—, puso sus manos suavemente sobre sus hombros y se inclinó hacia abajo

¡Para besarla! Capturó el aliento de Iris, y en un momento de engañosa felicidad cerró los ojos, inclinando su rostro hacia el suyo. Echaba de menos esto, sus labios sobre los de ella, el toque caliente de su lengua en la piel suave de la comisura de su boca.

—Richard—, susurró.

Sus labios tocaron su frente. No era el beso de un amante.

Humillada, ella se alejó bruscamente, volviéndose hacia la pared, a la ventana, a cualquier lugar, menos hacia él.

—Iris.—

—Por favor—, ella se ahogaba —, váyase.—

No habló, pero no dejó la habitación. Ella habría escuchado sus pasos. Habría sentido su pérdida.

Ella se abrazó a su cuerpo, en silencio, rogándole que la obedeciera.

Lo hizo. Lo oyó dar la vuelta, escuchó el sonido inconfundible de sus botas en la alfombra. Estaba haciendo lo que quería, lo que le había pedido, pero todo iba mal. Necesitaba entender. Ella necesitaba saber.

Se dio la vuelta.

Él se detuvo, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—¿Por qué?—, dijo entrecortadamente. —¿Por qué?—

Él no se dio la vuelta.

—No pretenda no oírme.—

—No lo hago,— dijo en voz baja.

—Entonces no finja que no entiende la pregunta.—

Ella miró a su espalda, mirando como su postura se hacía cada vez más rígida. La mano en su costado se tensó en un puño, y si tuviera algún sentido común, no habría insistido.

Però estaba cansada de ser sensible, por lo que dijo, —Usted me eligió. Entre toda la gente de Londres, me eligió —.

Él no se movió durante varios segundos. Luego, con movimientos precisos, cerró la puerta y se dio la vuelta para mirarla. —Usted podría haber declinado—, dijo.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.—

—¿Es muy infeliz, entonces?—

—No,— dijo ella, y no lo era, no lo era realmente. — Pero eso no niega la verdad fundamental de nuestro matrimonio.—

—La verdad fundamental—, repitió, su voz tan aburrida y hueca como jamás la había oído.

Iris se dio la vuelta. Era demasiado difícil tener coraje cuando podía verle el rostro. —¿Por qué se casó conmigo?—, pregunto, ahogadamente.

—La comprometí.—

—*Después* de que ya me lo había propuesto—, espetó ella, sorprendida por su propia impaciencia.

Su voz, cuando habló, estaba estrictamente controlada. —La mayoría de las mujeres consideran que una propuesta de matrimonio es una buena cosa.—

—¿Me está diciendo que debo considerarme afortunada? —

—No dije tal cosa.—

—¿Por qué se casó conmigo?—, volvió a preguntar.

—Yo quería—, dijo encogiéndose de hombros. —Y usted dijo que sí.—

—No tuve otra opción!— exclamó ella. —Usted se aseguró de que no tuviera elección.—

La mano de Richard salió disparada, rodeando su muñeca como el acero. No le dolió; estaba demasiado floja para eso. Pero estaba claro que no podía escapar.

—Si *hubiera* tenido elección—, dijo, —si su tía no hubiera llegado, si nadie hubiera visto mis labios sobre los suyos... — Hizo una pausa, y el silencio fue tan pesado y apretado que tuvo que mirar hacia arriba.

—Dime, Iris,— dijo en voz baja, —¿puede decirme que su respuesta hubiera sido diferente?—

Ño.

Ella habría pedido tiempo. *Había* pedido tiempo. Pero al final, ella lo habría aceptado. Ambos lo sabían.

La presión de su mano en su muñeca se suavizó, y se convirtió casi en una caricia. —¿Iris?—

No iba a permitir que ella ignorara la pregunta. Pero ella no quería dar responder. Lo miró con rebeldía, sus dientes apretados entre sí con tanta fuerza que crujieron. No se echaría atrás. No sabía por qué era tan importante que no respondiera a su pregunta, pero sentía como si su alma pendiera de un hilo.

Su alma.

Su *propia* alma.

¡Dios mío, era tan mala como la ficticia señorita Truesdale!. ¿Era esto lo que el amor hacía? ¿Convertir su cerebro en una podredumbre melodramática?

Una dolorosa burbuja de risa brotó de su garganta. Era un sonido horrible, amargo y crudo.

—¿Te estás *riendo*?—, Preguntó Richard.

—Al parecer,— Iris respondió, porque no podía creerlo ella misma.

—¿Por qué, por todos los santos?—

Ella se encogió de hombros. —No sé qué más hacer.—

Él la miró fijamente. —Estábamos teniendo una tarde perfectamente agradable—, dijo finalmente.

—La teníamos—, estuvo de acuerdo.

—¿Por qué está enojada?—

—No estoy segura de por qué lo estoy—, respondió ella.

Una vez más, él la miró con incredulidad.

—Mírame—, dijo Iris, alzando la voz con pasión. —Yo soy Lady Kenworthy, y casi no sé cómo sucedió.—

—Tú estuviste delante de un sacerdote, y —

—No me trate con condescendencia,— le espetó. —¿Por qué forzó la boda? ¿Por qué tuvimos que apresurarnos? —

—¿Importa?—, le espetó.

Ella dio un paso atrás. —Sí,— dijo en voz baja. —Sí, creo que sí.—

—Tú eres mi esposa—, dijo, con los ojos brillantes. — Me he comprometido a darle mi fidelidad y mi apoyo. Le he concedido todas mis posesiones mundanas, te he dado mi nombre—.

Iris nunca lo había visto tan enojado, nunca hubiera imaginado su cuerpo tan fuertemente poseído por la furia. Su mano se moría de ganas de darle una bofetada, pero se negó a degradarse ella misma de esa manera.

—¿Por qué importa cómo sucedió?— añadió Richard.

Los labios de Iris se habían unido para formar palabras, pero una grieta en su voz la detuvo. Algo no estaba bien. Se obligó a mirarlo a la cara, sus ojos encontrándose con una intensidad sin concesiones.

Sus ojos sostuvieron los suyos... y luego se deslizaron hacia la lejanía.

Capítulo Quince

Era un bastardo de la peor clase.

Richard lo sabía, pero aún así se dirigió hacia la puerta. *Podría* decirle la verdad. No había ninguna razón para no hacerlo, excepto que era un egoísta y un cobarde, y maldita sea, quería tener unos días antes de que su disgusto se convirtiera en odio declarado. ¿Realmente era mucho pedir?

—La dejaré—, dijo secamente. Y lo habría hecho. Si no hubiera pasado nada, si ella no hubiera dicho una palabra, habría abierto la puerta y se hubiera ido. Se habría encerrado en una habitación con una botella de brandy, una que tuviera las paredes lo suficientemente gruesas como para que nadie pudiera oír sus gritos.

Pero entonces, justo cuando su mano presionaba hacia abajo la manija de la puerta, la oyó susurrar: —¿Hice algo mal?—

Su mano se quedó inmóvil. Pero su brazo temblaba.

—No sé lo que quiere decir—, dijo. Pero, por supuesto, sabía exactamente lo que quería decir.

—Esto es —yo—

Se obligó a dar la vuelta. Querido Dios, *dolía* verla así, tan incómoda y apenada. No podía pronunciar las palabras, pero si fuera un verdadero hombre, averiguaría alguna manera de evitarle esta humillación.

Tragó saliva, buscando las palabras, aunque sabía que no sería suficiente. —Tú eres todo lo que podía pedir en una mujer.—

Pero la mirada de sus ojos era desconfiada.

Dio un largo suspiro. No podía dejarla así. Cruzó la habitación y le tomó la mano. Tal vez si se la llevó a los labios, si la besaba...

—¡No!— Ella apartó la mano de nuevo, con voz tan cruda como sus ojos. —No puedo pensar con claridad cuando

hace eso.—

En circunstancias normales, tal reconocimiento le habría parecido delicioso.

Iris miró hacia otro lado, manteniendo cerrados los ojos por un segundo, sólo el tiempo suficiente para hacer una pequeña sacudida con la cabeza para darle. —No le entiendo —, dijo en voz muy baja.

—¿Es necesario?—

Ella miró hacia arriba. —¿Qué clase de pregunta es esa? —

Forzó un encogimiento de hombros, tratando de parecer casual. —No entiendo a nadie.— A él mismo, menos aún.

Ella lo miró fijamente durante tanto tiempo que tuvo que luchar contra el deseo de cambiar su peso de un pie a otro. — ¿Por qué te casaste conmigo?—, preguntó finalmente.

—¿Sólo tenemos esta conversación?—

Sus labios se apretaron formando una implacable línea. Ella no dijo nada. No habló durante tanto tiempo que se vio obligado a llenar el silencio.

—Sabes por qué me casé con usted—, dijo, sin mirarla a los ojos.

—No,— dijo, —Realmente no lo sé.—

—La comprometí.—

Ella le lanzó una mirada fulminante. —Los dos sabemos que todo comenzó mucho antes de eso.—

Trató de calcular cuánto tiempo podría ser capaz de fingir ignorancia.

—Oh, por el amor de Dios, Richard, por favor no insulte mi inteligencia. Me besaste esa noche con el propósito expreso de ser visto por mi tía. Me degrada que insista en lo contrario —.

—Te besé—, dijo con vehemencia, —porque quería—. Era la verdad. No toda la verdad, pero por Dios, que era parte de la verdad.

Pero Iris resopló con incredulidad. —Tal vez lo hizo, pero la pregunta es *por qué* querías hacerlo.—

Buen Dios. Se pasó la mano por el pelo. —¿Porque cualquier hombre quiere besar a una mujer?—

—Realmente no lo sé, ¿no?— Ella prácticamente escupió las palabras. —Debido a que mi marido me encuentra repulsiva—.

Dio un paso atrás, sorprendido por el silencio. Por último, porque sabía que tenía que decir algo, dijo, —No seas absurda.—

Eso fue un error. Sus ojos se abrieron llenos de indignación, giró sobre sus talones y se alejó de él.

Pero él fue más rápido, y la cogió por la muñeca. —Yo no te encuentro repulsiva—.

Sus ojos se movieron hasta que ella lo rechazó. —Puede que no tenga la experiencia que tú tienes, pero sé lo que tiene que pasar entre un esposo y una esposa. Y yo sé que entre nosotros no pasó —

—Iris—, la interrumpió él, desesperado por poner fin a esto —, te estás trastornando a ti misma.—

Sus ojos brillaron con furia helada cuando tiró de su mano. —No seas condescendiente conmigo!—

—No lo soy.—

—Lo *eres*—.

Lo era. Por supuesto que lo era.

—Iris—, comenzó.

—¿Le gustan los hombres? ¿Es eso? —

Su boca se abrió, y él hubiera cogido una bocanada de aire; excepto que parecía que su garganta ya no estaba conectada a su estómago ya que se sentía como si hubiera recibido un puñetazo.

—Porque si le —

—¡No!— Prácticamente aulló. —¿Cómo sabes siquiera algo de esas cosas?—

Ella le lanzó una plana mirada, y tuvo la incómoda impresión de que ella estaba tratando de decidir si lo creía así. —Conozco a alguien—, dijo finalmente.

—*Conoces* a alguien?—

—Bueno, a uno de ellos—, murmuró. —El hermano de mi primo—.

—Yo no soy homosexual—, dijo Richard con fuerza.

—Casi desearía que lo fuera—, murmuró, mirando a un lado. —Por lo menos eso explicaría—

—¡Basta!— rugió Richard. Santo Dios, ¿cuánto está un hombre destinado a soportar? No le gustaban los hombres, y deseaba a su esposa. Con bastante urgencia, de hecho. Y si no estuviera viviendo la vida de todos, sino la suya propia, se aseguraría de que ella lo supiera, de todas las formas posibles.

Entró en su círculo. Lo suficientemente cerca como para hacerla sentir incómoda. —¿Crees que te encuentro repulsiva?

—No lo sé—, susurró.

—Permítame demostrárselo.— Le tomó la cara entre las manos y acercó sus labios a los de ella, ardiendo con todo el tormento de su corazón. Se había pasado la última semana deseándola, imaginando cada deliciosa cosa que iba a hacer con ella una vez la pudiera llevar a su cama. Había sido una semana de auto-negación, de tortura, de castigar a su cuerpo de la forma más primitiva de lo posible, y había llegado a su límite.

Quizás no pudiera hacer todo lo que quería, pero por Dios, ella sabría la diferencia entre el deseo y el desdén.

Su boca saqueó la suya, barriendo, degustando, devorando. Era como si cada momento de su vida se hubiera centrado en este beso, y si rompía el contacto, aunque sólo fuera un momento, incluso para respirar, todo desaparecería.

La cama. Era en lo único que podía pensar, aunque sabía que era un error. Tenía que llegar a la cama. Él tenía que sentirla debajo de él, fundirse sobre su cuerpo.

Ella era suya. Ella tenía que saberlo.

—Iris—, gimió contra su boca. —Mi esposa.—

La empujó hacia atrás, y luego lo hizo de nuevo, hasta que ella se subió en la cama. Era muy delgada, una cosita muy tenue, pero le devolvía el beso con tal fuego, que amenazaba con consumirlos a los dos.

Nadie más sabía lo que había debajo de su plácida superficie. Y nadie más lo haría, se prometió. Ella podría dar a los demás su sonrisa impresionante, o incluso algo de su sutil y astuto ingenio, pero esto...

Esto era suyo.

Puso sus manos en la espalda, y luego la bajo, ahuecando la curva encantadora de su trasero. —Eres perfecta —, dijo sobre su piel. —Perfecta para mis brazos.—

Su única respuesta fue un acalorado gemido, y con un movimiento increíblemente rápido, le levantó la falda y tiró de ella hacia arriba para que sus caderas estuvieran contra las suyas. —Envuelve tus piernas alrededor de mí—, le ordenó.

Ella lo hizo. Fue casi su perdición.

—¿Sientes esto?— Dijo con voz áspera, presionando su dura erección contra ella.

—Sí,— dijo ella desesperadamente.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes de verdad? —

Podía sentirla cabeceando, pero no alivió la presión hasta que ella le susurró una vez más, —Sí.—

—No vuelvas a acusarme *nunca* de no desearte.—

Ella se echó hacia atrás. No las caderas; él las sostenía demasiado bien para que pudiera hacerlo. Echó hacia atrás la cabeza, justo lo suficiente para obligarlo a mirar dentro de sus ojos.

Azules. Pálidos, pero muy azules. Y llenos de confusión.

—Vas a encontrar muchas cosas de las que acusarme,— gruñó, —pero ésta nunca va a ser una de ellas.—

Ambos cayeron sobre la cama, disfrutando del suave jadeo que salió de sus labios cuando él se colocó sobre ella.

—Eres hermosa—, susurró, saboreando la piel salada de debajo de la oreja.

—Eres exquisita—, murmuró, pasándose la lengua por la longitud de arco de su garganta.

Sus dientes encontraron el borde festoneado de su corpiño, y sus manos trabajaron debajo de él, tirando hacia abajo hasta que pudo ver la forma sorprendentemente deliciosa de sus pechos a través de la fina seda de su camisa. Él los tomó, acomodándolos en sus manos, y se estremeció de deseo.

—Eres mía—, le dijo, y se inclinó para tomar un pezón con su boca.

Los besó a través de la seda, y cuando eso no fue suficiente la besó en la piel, con calientes estremecimientos de

placer corriendo a través de él cuando vio el rubor de cereza de su pezón.

—No eres pálida aquí—, dijo, su lengua bailando en traviosos círculos alrededor de la punta.

Ella jadeó su nombre, pero él sólo se rió entre dientes. —Eres muy pálida—, dijo con voz ronca, arrastrando su mano por la longitud de la pierna. —Fue la primera cosa que noté acerca de ti. Tu cabello. . —.

Agarró un grueso mechón y le hizo cosquillas en el pecho.

—Tus ojos. . —.

Se inclinó, rozando sus labios contra su sien.

—Tu piel. . —.

Esto último lo dijo con un gemido, porque su piel, muy suave y toda de color blanco lechoso, estaba desnuda debajo de él, en marcado contraste con la deliciosa punta rosada de su pezón.

—¿De qué color eres aquí, me pregunto?—, murmuró, arrastrando los dedos hacia arriba de su muslo. Ella se estremeció bajo él, dejando escapar un suspiro de placer mientras deslizaba un dedo a lo largo del pliegue íntimo donde la pierna se encontraba con su cadera.

—¿Qué me estás haciendo?—, Susurró.

Él sonrió como un lobo. —Te estoy haciendo el amor.— Entonces, impulsado por algo de humor diabólico, se inclinó hasta que sus cálidos labios rozaron su oído. —Yo hubiera pensado que es obvio.—

Ella soltó una risita sorprendida, y él no pudo evitar sonreír al ver su expresión. —No puedo creer que me esté riendo,— dijo ella, con una mano tapándose la boca.

—¿Y por qué no?—, dijo, arrastrando las palabras. — Esto está destinado a ser agradable.—

Abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—Yo lo *estoy* disfrutando—.

Iris dejó escapar otra asombrada risita.

—¿Lo está?—, murmuró él.

Ella asintió con la cabeza.

Fingió que lo considerada. —No estoy muy convencido.

Sus cejas se levantaron. —¿No lo estás?—

Él negó con la cabeza lentamente. —Llevas demasiada ropa para disfrutarlo de verdad.—

Su barbilla se hundió cuando se miró a sí misma. Su vestido había sido empujado hacia abajo y estirado de todas las maneras posibles; parecía absolutamente decadente.

Él se dio cuenta de que le gustaba de esta manera. No la quería como en un pedestal. La quería arrugada y terrenal, clavada debajo de él e inundada de placer. Llevó sus labios a su oreja. —Se pondrá mejor.—

Su vestido ya estaba arruinado; se requería poco trabajo para despojarla totalmente de la ropa. —Esto también hay que sacarlo—, dijo, agarrando el dobladillo de su camisa.

—Pero tú —

—Estoy completamente vestido, lo sé,— dijo con una risita. —Vamos a tener que hacer algo al respecto.— Se sentó, todavía sobre ella, y se quitó la chaqueta y la corbata. Sus ojos no se apartaban de su cara. Vio cómo se humedecía los labios con la lengua, y luego la vio coger el labio inferior entre los dientes, como si estuviera nerviosa por algo, o tal vez tratando de llegar a una decisión.

—Dime lo que quieres—, le ordenó.

Sus ojos pasaron de su torso a la cara y luego de vuelta otra vez, y Richard contuvo el aliento cuando sus dedos temblorosos alcanzaron los botones de su chaleco.

—Quiero verte—, susurró.

Todos los nervios de su cuerpo le estaban gritando para que se arrancara el resto de la ropa, pero se obligó a permanecer inmóvil; inmóvil salvo por el rápido movimiento de ascenso y bajada de su pecho. Estaba hipnotizado por sus pequeñas manos, moviéndose a medida que quitaba sus botones. Le costaba mucho tiempo; apenas podía sacar el botón a través del ojal.

—Lo siento,— dijo tímidamente. —Yo—Su mano cubrió la de ella. —No te disculpes.—

—Pero—

—No... —

Ella miró hacia arriba.

Trató de sonreír. —... te disculpes—.

Juntos lograron quitar los botones de la camisa, y rápidamente Richard tiró de ella para sacársela por la cabeza.

—Eres hermoso—, susurró. —Nunca he visto a un hombre antes. No de esta manera.—

—Espero que no—, trató de bromear, pero cuando sus dedos se posaron sobre su pecho, sintió como si la respiración estuviera siendo succionada fuera de su cuerpo. —¿Qué me haces?—; se quedó sin aliento, y volvió a cubrirla, esperando que no se hubiera dado cuenta de que no se había quitado los pantalones.

No podía. Estaba demasiado cerca del fuego, a sólo un paso. En algún lugar, en lo más recóndito de su mente febril, sabía que si eliminaba esta última barrera, no sobreviviría.

La tomaría. La haría suya de verdad.

Y eso no podía hacerlo.

Todavía no.

Pero tampoco podía dejarla. Ella era una tentación para él, situada debajo de él, pero eso no era lo que lo mantenía clavado en el suelo.

No podía tomar lo que deseaba tan desesperadamente, pero podía dárselo a ella.

Ella se merecía eso.

Y algo dentro de él, dijo que tal vez, sólo tal vez, su placer sería casi tan bueno como el suyo propio.

Dio la vuelta por su lado, tirando de ella hacia él cuando capturó su boca con otro ardiente beso. Tenía las manos en su cabello, después en la espalda, y mientras besaba su cuello, sintió el pulso que latía bajo su piel. Estaba muy tan excitada, tal vez incluso tanto como él. Ella podría ser virgen, pero por Dios que iba a darle placer.

Sus manos fueron hacia abajo, separando suavemente sus piernas antes de descansar sobre su montículo. Ella se puso rígida, pero él era paciente, y después de un momento de acariciarla suavemente se relajó lo suficiente para que él metiera la mano entre sus pliegues.

—Shhhh—, canturreó, acercando su rostro al suyo. — Déjame hacer ésto para ti.—

Ella asintió torpemente con la cabeza, a pesar de que estaba bastante seguro de que no tenía ni idea de qué era — esto—. Era humillante la confianza que había depositado en él, y obligó a su mente a recordar todas las razones por las que no se la merecía.

Bañó su cara de besos suaves mientras los dedos hacían su magia en su núcleo de placer. La sentía muy bien, caliente y húmeda y femenina. Estaba casi a punto de reventar, pero lo ignoró, besándola profundamente antes de susurrar: —¿Te gusta?—

Ella asintió de nuevo, sus ojos desconcertados por el deseo.

—¿Confías en mí?—

—Sí—, susurró, y él se deslizó por su cuerpo, deteniéndose en cada seno antes de descender aún más lejos.

—¿Richard?— Su voz moabast pánico, apenas algo más que un aliento.

—Confía en mí—, murmuró las palabras, antes de hundirse en la suave piel de su vientre.

Sus manos agarraron las sábanas a cada lado, pero no detuvo su sensual camino.

Entonces la besó, justo en su centro, haciéndole el amor suavemente con los labios y con la lengua. Con sus manos extendidas sobre sus muslos, manteniéndola en su lugar, con las piernas abiertas para su erótica invasión.

Ella comenzó a retorcerse debajo de él, y él la besó con más fuerza, deslizando un dedo dentro y gimiendo de deseo al sentir como sus músculos lo atrapaban. Justo en ese momento tuvo que hacer una pausa para respirar y tranquilizarse. Cuando él volvió a besarla, ella empujó contra él, sus caderas subiendo sobre la cama por la fuerza de su necesidad.

—Yo no voy a dejarte ir—, dijo, y no tenía ni idea de si ella lo oyó. Mantuvo sus piernas más separadas, y besó, chupó y cosquilleó hasta que ella gritó su nombre y se hizo añicos debajo de él.

Y aún siguió bebiendo de ella, sosteniéndola hasta que regresó a la tierra.

—Richard—, jadeó, su mano frenéticamente batiendo contra la cama. —Richard. ..

Él se deslizó a lo largo de su cuerpo, flotando por encima de ella para poder contemplar sus ojos, vidriosos por la pasión.

—¿Qué fue lo que hicistes?—, susurró.

Él le dirigió una perezosa sonrisa. —¿No te gustó?—

—Sí, pero... —Ella parpadeó rápidamente, claramente imposibilitada para decir ni una palabra.

Se acomodó junto a ella, besando su oreja. —¿Fue agradable?—

Su pecho subió y bajó varias veces antes de que respondiera: —Lo fue, pero tú——

—Me pareció muy agradable,— la interrumpió él. Y así fue, aunque ahora estaba frustrado y caliente como el infierno.

—Pero tú... tú... —Ella tocó la cintura de sus pantalones. No sabía si la pasión la había dejado más allá de las palabras o si simplemente estaba demasiado avergonzada para hablar de sus intimidades.

—Shhhh—. Él se llevó un dedo a los labios. No quería hablar de ello.

Ni siquiera quería pensar en ello.

Él la sostuvo hasta que se durmió. Y luego se deslizó de la cama y se tambaleó hacia su propia habitación.

No podía dormir en su cama. No confiaba en sí mismo si se despertaba en sus brazos.

Capítulo Dieciseis

IRIS SE DESPERTÓ un poco antes de la cena, como siempre lo hacía, lentamente y con los párpados apáticos. Se sentía maravillosamente lánguida, sus miembros pesados por el sueño y por algo más... algo sensual y encantador. Se encontró frotándose los pies contra las sábanas, preguntándose si alguna vez las había sentido tan sedosas. El aire era dulce, como lleno de flores frescas y de algo más, algo terroso y exuberante. Respiró profundamente, llenando sus pulmones mientras se ponía de lado y hundía la cara en la almohada. No podía creer que hubiera dormido tan bien. Se sentía—

Sus ojos se abrieron de golpe.

Richard.

Echó un vistazo por la habitación, moviendo la cabeza de un lado a otro. ¿Dónde estaba?

Agarrando la sábana sobre su cuerpo desnudo, Iris se sentó, mirando al otro lado de la cama. ¿Qué hora era? ¿Cuándo se había ido?

Se quedó mirando a la otra almohada. ¿Que creía que iba a ver? ¿Una impresión de su rostro?

¿Qué habían hecho? Él había...

Ella había...

Pero definitivamente *no habían...*

Ella cerró los ojos por la agonía. No sabía lo que estaba pasando. No *entendía*.

Él no había consumado la unión. Ni siquiera se había quitado los pantalones. Ella podría ser ignorante respecto a la cama matrimonial, pero sabía eso.

Su estómago rugió, recordándole que había pasado mucho tiempo desde su última comida. ¡Dios mío, que hambre tenía! ¿Qué hora era? ¿Se había perdido la cena?

Echó un vistazo por la ventana, tratando de averiguar si era muy tarde. Alguien había cerrado las pesadas cortinas de terciopelo. Probablemente Richard, pensó, mirando la esquina doblada sobre sí misma. Una criada nunca las dejaría así de torcidas.

Estaba oscuro, pero todavía no totalmente oscuro y, — oh, *qué fastidio*. Tendría que levantarse y mirar.

Con un gruñido, arrancó la sábana libre para envolverse con ella. No sabía *por qué* sentía esa extraña compulsión por saber la hora, pero desde luego no iba a tener respuesta mirando furtivamente por un pequeño triángulo de la ventana desde detrás de unas desaliñadas cortinas.

Tropezó con el borde de la sábana, se tambaleó hacia la ventana y se asomó. La luna brillaba, no completamente, pero sí lo suficiente para darle al aire un brillo nacarado. Definitivamente, había mucha oscuridad. ¿Cuánto tiempo había dormido?

—Ni siquiera estaba cansada—, murmuró.

Envolvió la sábana con más fuerza a su alrededor, haciendo una mueca cuando se dio cuenta de lo difícil que era andar. Pero ella no podía envolverse a sí misma, —sí podría, pero no era demasiado sensato. A cambio, fue dando saltos hacia el reloj de la chimenea. Lo giró un poco para enfrentarlo a la ventana iluminada por la luna. Casi las nueve y media. Eso significaba que había estado dormida... cuánto... ¿Tres horas? ¿Cuatro?

Para saberlo con precisión, tendría que saber cuánto tiempo había pasado con Richard, haciendo...

Eso.

Se estremeció. No tenía ni un poco de frío, pero se estremeció.

Tenía que vestirse. Necesitaba a vestirse, conseguir algo de comida, y—

La puerta se abrió.

Iris chilló.

Lo mismo hizo la criada que estaba en la puerta.

Pero sólo una de ellas estaba envuelta como una momia, y con la sacudida por el sobresalto, aterrizó en el suelo.

—Oh, mi Lady!—, exclamó la criada. —Lo siento, lo siento mucho.— Ella corrió, metió la mano, luego la retiró, claramente insegura de cuál era la conducta apropiada cuando una se encontraba con la esposa de un barón casi desnuda en el suelo.

Iris casi pidió ayuda, pero decidió no hacerlo. Se recompuso con tanta desenvoltura como pudo, miró a la criada

y trató controlar sus rasgos con una expresión fría y digna.

Mentalmente pensó que, en ese momento, se parecía a su madre.

—¿Sí?— preguntó.

—Ehm... —La doncella —que parecía sumamente incómoda, no había otra manera de describirla— hizo una torpe reverencia. —Sir Richard se preguntaba si desea tomar la cena en su habitación.—

Iris asintió, regia. —Sería maravilloso, gracias.—

—¿Tiene alguna preferencia?—, Preguntó la criada. —Cook hizo pescado, pero si eso no es de su agrado, puede hacer otra cosa. Me pidió que se lo dijera—.

—Lo que Sir Richard ha elegido—, dijo Iris. Él habría comido más de una hora antes; no quiso forzar al personal de la cocina a meterse de nuevo en los hornos para satisfacer sus caprichos.

—De inmediato, entonces, mi señora.— La criada hizo otra reverencia y prácticamente salió corriendo de la habitación.

Iris suspiró y luego se echó a reír, porque realmente, ¿qué otra cosa podía hacer? Calculó que pasarían unos cinco minutos antes de que cada alma de la casa supiera sobre su mortificante —y mortificador vestido— voltereta. Excepto su marido, por supuesto. Nadie se atrevería a decirle ni una palabra de ello *a él*.

Era una pequeña pizca de dignidad, pero decidió aferrarse a ella.

Diez minutos más tarde se había puesto uno de sus nuevos camisones de seda y lo cubrió con una bata menos reveladora. Se trenzó el pelo para la cama; que era donde tenía intención de ir tan pronto como terminara de comer. Imaginaba que no se iba a dormir de inmediato, no después de la siesta que acababa de hacer. Pero podía leer. No sería la primera vez que se había quedado hasta la mitad de la noche con un libro y una vela.

Se acercó a la mesa para mirar a través de la pila de libros que había sacado de la biblioteca esa tarde. Había dejado *La señorita Truesdale y el caballero silencioso* en la

sala de dibujo, había perdido el gusto por los arqueros húngaros.

Y por las patéticas heroínas que se pasaban el tiempo tramado y llorando y preguntándose quién vendría a rescatarlas.

Había leído algo más. Ella sabía lo que venía.

No, ella no iba a perder más tiempo con la lastimosa señorita Truesdale.

Repasando los libros uno a uno, examinó sus opciones. Otra novela Sarah Gorely, un poco de Shakespeare, y una historia de Yorkshire.

Cogió el de historia. Esperaba que fuera aburrido.

Pero en cuanto se acomodó en su cama, oyó otro golpe en la puerta.

—¡Entre!—, gritó, con ganas de cenar.

La puerta que se abrió no fue la que llevaba al pasillo. Era la puerta de comunicación, la que llevaba a la habitación de su marido. Y la persona que entró era su marido.

—¡Richard!— Chilló, saltando fuera de la cama.

—Buenas noches,— dijo, su voz suave como el brandy. No es que ella bebiera eso, pero todo el mundo decía que era suave.

¡Dios mío, estaba nerviosa!

—Estás vestido para la cena—, espetó. Bastante espléndidamente, demasiado, con un liviano abrigo verde botella y chaleco de brocado amarillo. Ahora sabía de primera mano que sus abrigos no necesitaban relleno. Él le había dicho una vez que, a menudo, ayudaba a sus inquilinos en sus campos. Lo creía.

—Tú no lo estás—, dijo.

Ella bajó la mirada hacia su bata fuertemente apretada por el cinturón. La cubría más que la mayoría de sus vestidos de fiesta, pero por otro lado, la mayoría de los vestidos de fiesta no se podían quitar con un solo tirón de cuerda.

—Tenía intención de comer en mi habitación—, dijo.

—Al igual que yo—

Miró hacia la puerta abierta detrás de él.

—Su habitación—, aclaró.

Ella parpadeó. —¿Mi habitación?—

—¿Es eso un problema?—

—Pero tú ya has cenado.—

Una esquina de su boca se levantó. —En realidad, no lo hice.—

—Pero son más de las nueve y media—, balbuceó. —Por qué no has comido?—

—Estaba esperándote—, dijo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Oh.— Ella tragó. —No tenías que hacer eso.—

—Yo quería hacerlo—.

Apretó los brazos alrededor de su cuerpo, sintiendo, extrañamente, como si tuviera que protegerse a sí misma, o cubrirse, o algo así. Se sentía completamente fuera de su elemento. Ese hombre la había visto desnuda. Por supuesto, él era su marido, pero aún así, las cosas que le había hecho a ella... y la forma en que había reaccionado...

Su rostro enrojeció. No tenía que verlo para saber cuán profundamente roja se había puesto.

Él arqueó una ceja. —¿Pensando en mí?—

Aquello fue suficiente para sacar su temperamento. —Creo que debería irse.—

—Pero tengo hambre.—

—Bueno, debería haber pensado en eso antes.—

Esto le hizo sonreír. —¿Voy a ser castigado por esperar a mi esposa?—

—Eso no es lo que quiero decir, y lo sabes.—

—Y yo que pensaba que estaba siendo un caballero al permitirle dormir.—

—Estaba cansada,— dijo ella, y se sonrojó de nuevo, porque ambos sabían por qué.

Ella se salvó de vergüenza adicional por un golpe en su puerta, y antes de que ella se diera cuenta, dos lacayos entraron con una pequeña mesa y sillas, seguidos por dos doncellas que llevaban bandejas.

—¡Dios mío—, dijo Iris, viendo el frenesí de actividad. Había planeado llevar su bandeja a la cama. Pero, por supuesto, no podía hacer eso ahora, no si Richard insistía en cenar con ella.

Los lacayos colocaron la mesa con rápida precisión, dando un paso atrás para permitir que las criadas dejaran la comida. Olía celestialmente, y cuando los sirvientes salieron, el estómago de Iris gruñó.

—Un momento—, murmuró Richard, se acercó a la puerta y se asomó por el pasillo. —Ah, aquí está. Gracias.— Cuando volvió a entrar en la habitación, estaba sosteniendo un alto y estrecho jarrón.

Con un solo lirio.

—Para ti—, dijo en voz baja.

Sus labios temblaban. —¿Dónde — no están en temporada.—

Se encogió de hombros, y por un breve segundo casi pareció aprensivo. Pero eso no podía ser verdad; él nunca estaba nervioso. —Hay unos pocos—, dijo, —si uno sabe dónde buscar.—

—Pero ésto— Ella se detuvo, con los labios entreabiertos en un óvalo asombrado. Miró hacia la ventana, a pesar de que las cortinas estaban ahora bien cerradas. Era tarde. ¿Había salido en la oscuridad? ¿Sólo para recoger una flor para ella?

—Gracias—, dijo. A veces era mejor no cuestionar un regalo. A veces, una simplemente tenía que ser feliz por ello sin saber por qué.

Richard coloca el vaso en el centro de la pequeña mesa, e Iris se quedó mirando la flor, hipnotizada por las delgadas y doradas estrías internas, y por el color violeta suave de los delicados y brillantes pétalos.

—Es hermoso—, dijo.

—Los lirios lo son.—

Sus ojos pasaron de la flor a su cara. Ella no pudo evitarlo.

Le tendió la mano. —Ven—, dijo. —Debemos comer.—

Era una disculpa. Lo vio allí mismo, en su mano extendida. Deseaba que ella supiera por lo que él se estaba disculpando.

Para, se dijo. *Deja de cuestionarlo todo*. Por una vez se permitiría ser feliz sin necesidad de saber por qué. Se había enamorado de su marido, y eso era una buena cosa. Le había proporcionado un placer inimaginable en la cama. Esa también era una buena cosa.

Era suficiente. Tenía que ser suficiente.

Tomó su mano. Era grande, fuerte y cálida, y todo lo que una mano debe ser. *¿Todo lo que una mano debe ser?* Dejó escapar una de risita absurda. ¡Dios mío, se estaba volviendo melodramática.

—¿Qué es tan gracioso?—, preguntó.

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo iba a decirle había midiendo la perfección de las manos, y la suya encabezada la lista?

—Dime,— dijo, sus dedos se apretaron alrededor de ella. —Insisto.—

—No.— Ella seguía sacudiendo la cabeza, su voz llenando de alegría sus pensamientos.

—Dime,— gruñó, acercándola más.

Sus labios estaban ahora apretados con fuerza, las esquinas luchando desesperadamente por no sonreír.

Sus labios susurraron, cerca de su oído. —Tengo formas de hacerte hablar.—

Algo malvado saltó dentro de ella, algo codicioso y exuberante.

Sus dientes encontraron el lóbulo de la oreja, raspando suavemente la sensible piel.

—Dime, Iris—.

—Tus manos—, dijo ella, casi sin reconocer su propia voz.

Él se quedó quieto, pero pudo sentir su sonrisa contra su piel. —¿Mis manos?—

—Mmm.—

Ambos se extendieron. —¿Estas manos?—

—Sí.—

—¿Te gustan?—

Ella asintió con la cabeza, y luego se quedó sin aliento cuando las deslizó hacia abajo, ahuecando la suave curva de su trasero.

Él rozó su boca contra su mandíbula, a lo largo de su cuello, y volvió a la comisura de sus labios. —¿Qué es lo que más te gusta?—

—Todo—. La palabra se le escapó, sin previo aviso, y probablemente debería haber sentido vergüenza, pero no la sintió. No podía. No con él.

Richard se rió entre dientes, con una risa completamente llena de sólido con orgullo masculino. Sus manos se movieron a la parte delantera de su cuerpo, agarrando un extremo del colgante del nudo del lazo con el que había atado el cinturón de su bata.

Sus labios tocaron su oreja. —¿Eres tú mi regalo?—

Antes de que pudiera responder, le dio un fuerte tirón, mirándola con caliente deseo cuando la bata se soltó.

—Richard—, susurró ella, pero él ya se había movido, deslizando esas maravillosas, maravillosas manos a lo largo de su cuerpo, deteniéndose un angustioso momento en sus pechos antes de llegar a los hombros y empujar la bata hacia abajo. Cayó al suelo como una nube de seda azul pálida.

Iris apareció delante de él con otro de los decadentes camisones de su ajuar. No era una prenda práctica; ni siquiera pretendía mantenerla caliente por la noche. Pero no podía recordar haberse sentido nunca tan femenina, tan deseable y atrevida.

—Eres muy hermosa,— susurró Richard, rozando de nuevo su pecho con la mano. Su palma bromeó la punta, moviéndose en un círculo lento sobre la seda de su bata.

—Soy — Ella se interrumpió.

Richard la miró, levantando su barbilla hasta que sus ojos se encontraron. Sus cejas se levantaron, preguntando.

—No es nada,— murmuró Iris. Casi había protestado, casi dijo que no era hermosa, porque ella no lo era. Una mujer no llegaba a la edad de veintiún años sin saber si era hermosa o no. Pero entonces había pensado —

No. *No*. Si él pensaba que era hermosa, ella no iba a contradecirlo. Si pensaba que era hermosa, entonces ella era hermosa; por lo menos esta noche, en esta habitación.

—Bésame—, susurró.

Sus ojos brillaron con calor, y su rostro se acercó al de ella. Cuando sus labios se tocaron, Iris sintió una sacudida de deseo en el corazón mismo de su condición de mujer. Él la había besado allí sólo unas horas antes. Dejó escapar un pequeño gemido. Sólo pensarlo la debilitaba.

Pero esta vez él estaba besando sus labios. Su lengua se deslizó dentro, haciéndole cosquillas en la piel sensible del cielo de la boca, desafiándola a responderle. Ella lo hizo, su deseo haciéndola más audaz, y cuando él gimió y tiró de ella con más fuerza contra él, su cuerpo se sintió poderoso. Moviéndose sus manos a su pecho y empujó su abrigo por los hombros, tirando hacia abajo mientras sacaba los brazos de las mangas.

Quería sentirlo de nuevo. Era algo más que disoluta; habían pasado apenas unas horas desde la última vez, y ya ella quería llevarlo a su cama, sentir su peso inmovilizándola contra el colchón.

Esto no podía ser normal, era increíble, una necesidad sobrenatural.

—*Mi regalo*—, dijo ella, metiendo los dedos en la nivea corbata de cuello. Estaba atada simplemente, gracias a Dios; no creía que sus temblorosos dedos hubieran conseguir desatar uno de esos intrincados nudos que hacían furor entre los dandis de Londres.

Luego volvió su atención a los tres botones del cuello de su camisa, sus labios separándose cuando le descubrió la garganta, su pulso latiendo fuertemente.

Tocó su piel, amando la manera en que los músculos se contrajeron bajo sus dedos.

—Eres una bruja,— gruñó, sacándose la camisa por la cabeza.

Ella se limitó a sonreír, porque se sentía como si lo fuera, como si tuviera nuevos poderes. Había tocado su pecho la última vez, sentido los duros músculos que se movían bajo su piel, pero no había sido capaz de hacer nada más. Él había sido muy rápido al hacérselo a ella. Cuando sus manos subieron y bajaron por su cuerpo, había perdido el control, y

cuando su boca cubrió su lugar más privado había perdido todo pensamiento.

Pero no esta vez.

Esta vez quería explorarlo.

Escuchó el fuerte roce de su aliento cuando sus dedos se arrastraron a lo largo de su tenso abdomen. Una fina línea de vello, oscuro y nítido, se arrastraba desde el ombligo hasta la cintura de sus pantalones. Cuando lo tocó, todo su vientre se contrajo, casi lo suficiente para que ella deslizara su mano por debajo de la tela.

Sin embargo, no lo hizo. No era tan audaz. Todavía no.

Pero lo sería. Antes de que la noche pasara, se juró que lo sería.

La comida quedó olvidada cuando Richard la cogió en brazos y la llevó a la cama. La dejó caer sobre ella —no con rudeza, pero tampoco suavemente— e Iris sintió un escalofrío de alegría femenina al darse cuenta de lo cerca que estaba él de perder el control.

Envalentonada, dejó que su mano bajara de nuevo, hacia sus pantalones. Pero justo antes de que sus dedos se deslizaran bajo la cintura, su mano cayó pesadamente sobre la de ella.

—No—, dijo rudamente, manteniéndola quieta. Y antes de que pudiera expresar su pregunta, le respondió, —yo no puedo.—

Ella le sonrió, con un coqueto demonio interior despertando en su interior. —Por favor—, murmuró.

—Haré que te sientas bien.— Su mano libre se movió a su pierna y le apretó el muslo. —Haré que te sientas muy bien—.

—Pero yo quiero hacerte sentir bien *a tí*.—

Cerró los ojos, y por un momento Iris pensó que sentía dolor. Tenía los dientes apretados, y su cara era una tensa y dura máscara. Levantó la mano para alisarle la frente, deslizando sus dedos por su mejilla mientras él giraba la cabeza para acunarla sobre la mano de ella.

Notó como daba su consentimiento, sintió que se aliviaba la tensión de su cuerpo, y su otra mano, la que descansaba tan peligrosamente sobre el vientre, se metió debajo de sus pantalones. Ella no fue mucho más allá, sólo rozó el crespo vello de su plano abdomen. Esto le sorprendió,

aunque no sabía muy bien por qué; se mordió el labio inferior y alzó la vista hacia él.

—No pares—, se quejó.

No quería hacerlo, pero sus pantalones eran ceñidos y abrochados por la parte delantera, con apenas suficiente espacio para meter toda la mano. La acercó a la fijación y, poco a poco lo liberó de ellos.

Se quedó sin aliento.

Esto no era como lo que había visto en una estatua del museo.

Mucho de lo que su madre le había dicho comenzó a tener sentido.

Levantó la vista hacia él, con una pregunta en sus ojos, y asintió bruscamente con la cabeza. Conteniendo la respiración, ella extendió la mano y le tocó, con cautela al principio, retirándola cuando su miembro se movió bajo sus dedos.

Él se dio la vuelta hacia un lado, e Iris cayó con él, dándose cuenta de que todavía tenía las botas puestas.

No le importaba. Y parecía que a él, tampoco.

Ella lo empujó hasta que estuvo acostado de espaldas, y se agachó a su lado, sólo mirando. ¿Cómo había crecido tanto?

Era otra cosa de la vida que no entendía.

Lo tocó de nuevo, dejando esta vez que sus dedos fueran a la deriva a lo largo de la piel sorprendentemente sedosa. Richard contuvo el aliento, y su cuerpo se sacudió, pero ella sabía ya que era por placer, no por dolor.

Y si era dolor, era un buen tipo de dolor.

—Más—, gimió él, y ella envolvió su mano suavemente alrededor de él, mirando hacia su cara para asegurarse de que estaba haciendo lo correcto. Tenía los ojos cerrados, y respiraba fuerte y rápidamente. Movié la mano, sólo un poco, pero antes de que pudiera hacer más, sus dedos envolvieron los de ella, manteniéndola quieta.

Por un momento pensó que le había hecho daño, pero luego su mano la apretó más, y se dio cuenta de que le estaba mostrando cómo hacerlo. Después de unos pocos movimientos, la mano desapareció, y ella se hizo con el control, emocionada por el seductor poder que ejercía sobre él.

—Dios mío, Iris—, se quejó Richard. —Qué me estás haciendo . . . —

Ella se mordió el labio inferior cuando una sonrisa de orgullo creció en su interior. Quería llevarlo al límite, como él había con ella. Después de tantas noches de soledad, quería una prueba de que la deseaba, de que era lo bastante mujer para satisfacerlo. No sería capaz de esconderse de nuevo detrás de un casto beso en la frente.

—¿Puedo besarte?—, susurró.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Cómo tú hiciste anoche?—

—No,— dijo rápidamente, con la ronca voz desgarrando su garganta. —No,— dijo de nuevo, y casi parecía que sentía un poco de pánico.

—¿Por qué no?—

—Porque... porque... —Él juró y se escabulló, quedándose no del todo en posición sentada, pero sí lo suficiente para poder descansar sobre los codos. —Porque no voy— no puedo—

—¿Le haré daño?—

Él gimió, cerrando los ojos. Se le veía muy angustiado. Iris le tocó otra vez, mirando su cara mientras su cuerpo se sacudía debajo de ella. El sonido de su respiración la electrificó, y él parecía... parecía...

Miró cómo se sentía. Superado.

Su cabeza cayó hacia atrás, y ella supo el momento en el que cedió. La tensión no abandonó su cuerpo, pero algo le dijo que estaba luchando contra sí mismo. Lo miró de nuevo a la cara para asegurarse de que sus ojos aún estaban cerrados; de alguna manera, no era lo suficientemente valiente como para hacer esto si sabía que él estaba mirando. Se inclinó y colocó un ligerísimo beso en la punta de su virilidad.

Se quedó sin aliento, su vientre aspirando su aliento, pero no la detuvo. Envalentonada, Iris lo besó de nuevo, permitiendo que sus labios permanecieran un poco más de tiempo. Él se movió, y ella se echó hacia atrás, mirándole a la cara. No abrió los ojos, pero debió sentir su vacilación, porque hizo una breve inclinación de cabeza, y luego, con sólo dos palabras, hizo que su alma cantara.

—Por favor.—

Era muy extraño pensar que hacía sólo unas semanas ella era la señorita Iris Smythe-Smith, la que se escondía detrás de su violonchelo en la horrible velada musical de su familia. Su mundo había cambiado mucho; era como si la tierra hubiera dado una vuelta sobre su eje y ella hubiera aterrizado en este sitio, como Lady Kenworthy, en la cama con este hombre glorioso, besándolo en una parte de su cuerpo que ni siquiera sabía que existía. O al menos, no en su estado actual.

—¿Cómo se hace eso?—, murmuró para sí misma.

—¿Qué?—

—Oh, lo siento—, murmuró, sonrojándose. —No fue nada.—

Su mano le agarró la barbilla, forzándola a mirarlo. —Dime.—

—Yo, bien, me preguntaba... —Ella tragó, completamente mortificada, lo que era bastante ridículo. ¿Estaba a punto de darle de nuevo un beso *allí*, y le daba vergüenza estar preguntándose cómo funcionaba todo?

—Iris... —Su voz era como miel caliente, le fundía los huesos.

Sin mirarlo del todo, hizo un gesto a su miembro. —No es así todo el tiempo.— Y entonces, ella añadió, medio adivinando por sí misma —, ¿verdad?—

Él dejó escapar una risa ronca. —Dios, no. Eso me mataría—.

Ella parpadeó, confundida.

—Es el deseo, Iris—, dijo con voz ronca. —El deseo hace que un hombre se ponga así. Duro—.

Ella le tocó suavemente. Realmente estaba duro. Bajo la suave piel, estaba duro como el granito.

—El deseo por ti,— dijo, luego admitió: —He estado así toda la semana.—

Sus ojos se abrieron por la sorpresa. Ella no habló, pero él pareció leer la pregunta en sus ojos.

—Sí—, dijo con una risita burlona. —Duele.—

—Pero entonces —

—No es un dolor como el de una lesión—, dijo, acariciando su mejilla. —Es dolor por la frustración, por la necesidad insatisfecha—.

Pero podría haberme tenido. Las palabras surgieron en su mente sin ser pronunciadas. Era evidente que él había pensado que no estaba preparada. Tal vez había pensado que estaba siendo considerado. Pero ella no quería ser tratada como un frágil adorno. La gente parecía pensar que ella era delicada y frágil, —era su por su coloración, pensó, y por su cuerpo ligero. Pero no lo era. Nunca lo había sido. En el interior, era feroz.

Y estaba lista para probarlo.

Capítulo Diecisiete

RICHARD no sabía si estaba en el cielo o en el infierno.

Su esposa, con la todavía no se había acostado correctamente, le estaba. . . Ella le estaba besando su. . . ¡Dios mío, tenía su pene en la boca, y lo que le faltaba en habilidad lo suplía con el entusiasmo, y —

¿Qué demonios estaba diciendo? Ella no carecía de habilidad. ¿Acaso importaba la habilidad? Este era el sueño erótico de cada hombre. Y ella no era una cortesana, era su esposa. Su *esposa*.

Debía detenerla. Pero no podía, por Dios que no podía. Había estado dolorido por ella durante mucho tiempo, y ahora, mientras se arrodillaba entre sus piernas, besándolo de la forma más íntima imaginable, estaba esclavizado por el deseo. Con cada gesto vacilante de su lengua, sus caderas se arqueaban en la cama, y estaba siendo llevado a traición cada vez más cerca de su liberación.

—¿Te gusta?— susurró Iris.

Sonaba casi tímida. Buen Dios, sonaba casi *tímida*, y sin embargo ella estaba tomándolo con la boca.

¿Te gusta? La inocencia de la pregunta estuvo a punto de hacerle perder el control. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo con él, no sabía que nunca se hubiera atrevido a soñar que podría entregarse de esta manera.

—¿Richard?—, susurró.

Era una bestia. Un canalla. Una esposa no estaba destinada a hacer estas cosas; al menos, no antes de que le hubiera dado tiempo para iniciarse suavemente en los caminos de la cama matrimonial.

Pero Iris le había sorprendido. Ella siempre le sorprendía. Y cuando cautelosamente lo tomó en su boca, había perdido toda la cordura.

Nunca se había sentido tan bien.

Nunca se había sentido tan amado.

Se quedó paralizado. *¿Amado?*

No, eso era imposible. Ella no lo amaba. No podía. Él no se lo merecía.

Una pequeña y horrible voz sonó en lo más profundo de su interior, —una díscola voz, concluyó, que era la voz de su conciencia — recordándole que todo había sido un plan. Había su breve luna de miel en Maycliffe para seducirla, ganarse su corazón ya que podía hacerlo con su cuerpo. Había estado tratando de conseguir que ella se enamorara.

No debería haberlo hecho. No debería ni siquiera haberlo contemplado.

Y, sin embargo, si lo hacía. . . si ella lo amaba. . .

Sería *maravilloso*.

Cerró los ojos, lo que permitía que esa sensación se arrastrara sobre él. Los labios inocentes de su esposa le proporcionaban un placer inimaginable. Se disparó a través de él con intensidad eléctrica, y al mismo tiempo lo bañó con un resplandor cálido, de alegría. Se sentía. . .

Feliz.

Había algo que no solía experimentar en la agonía de la pasión. Emoción, sí. Deseo, por supuesto. *¿Pero felicidad?*

La verdad lo golpeó. No es que Iris se estuviera enamorando de él. *Él* se estaba enamorado de *Iris*.

—¡Para!—, gritó, la palabra salió, desgarradora, de su garganta. No podía dejarla hacer esto.

Ella retrocedió, mirándolo con desconcierto. —*¿Te he hecho daño?*—

—No,— dijo rápidamente, alejándose de ella antes de que cambiara de opinión y se rindiera a la furiosa necesidad de su duro cuerpo. Ella no le había hecho daño. Ni de lejos. Pero él iba a hacerle daño. Era inevitable. Todo lo que había hecho desde el momento en que la había visto por primera vez en la velada musical de su familia. . .

Todo había sido planeado desde el primer momento.

¿Cómo podía dejar que se entregara tan íntimamente cuando sabía lo que iba a suceder?

Ella lo odiaría. Y también se odiaría a sí misma por haberle hecho esto, por haberlo dado todo para el placer de él.

—¿Lo estoy haciendo mal?—, preguntó ella, con sus azules pálidos ojos fijos en él.

Buen Dios, era directa. Había pensado que eso le gustaba mucho de ella, pero ahora mismo lo estaba matando.

—No,— dijo. —No estabas. . . es decir. . . —No le podía decir que había estado absolutamente perfecta, pensó, eso podría volverla loca. Ella le había hecho sentir cosas que nunca había imaginado que fueran posibles. El toque de sus labios, su lengua. . . el suave susurro de su aliento. . . Había sido sobresaliente. Había estado apretando las sábanas por debajo de él sólo para obligarse a no moverse de golpe y enterrarse dentro de su calor.

Se obligó a sentarse. Era más fácil pensar en esta posición, o tal vez sólo era para poner un poco más de espacio entre ellos. Se pellizcó el puente de la nariz, tratando de averiguar qué decir. Ella lo miraba como un pajarito perdido, esperando con una calma casi sobrenatural.

Tiró de la sábana, cubriendo su excitación. No había ninguna razón para no decirle la verdad ahora; ninguna razón, excepto su propia cobardía. Pero no quería. ¿Era muy cobarde por querer unos pocos días más de su buena opinión?

—Yo no espero de ti que hagas cosas como ésta—, dijo finalmente. Fue la peor forma de evasión, pero no sabía qué más decir.

Ella lo miró con una mirada en blanco, seguida de un suave surco de la frente. —No entiendo.—

Por supuesto que no. Suspiró. —La mayoría de las esposas no hacen— movió una patética mano en el aire — *ésto*—.

Su rostro se sonrojó instantáneamente. —Oh,— dijo ella, con voz dolorosamente hueca. —Debes pensar — No lo sabía — Estoy muy —

—Para, *por favor*—, le rogó, cogiendo su mano. No podía soportar que ella se disculpara. —No hiciste nada malo. Lo prometo. Todo lo contrario —, dijo, antes de pensar en censurarse a sí mismo.

Saltó de la cama, pero no antes de ver la confusión en su rostro.

—Es sólo. . . que es bastante. . . que llevamos poco tiempo casados. . . — Dejó que sus palabras se fueran

apagando. Era lo único que podía hacer. No sabía cómo completar la frase. ¡Dios mío, era un imbécil.

—Todo esto es demasiado—, dijo, esperando que ella no notara la breve pausa antes de añadir, —para ti.—

Se puso de pie, maldiciendo mientras se cerraba a toda prisa los pantalones. ¿Qué clase de hombre era? De la peor calaña. Por el amor de Dios, si todavía tenía sus malditas botas puestas.

La miró. Tenía los labios entreabiertos, todavía hinchados por sus besos. Pero el deseo había desaparecido de sus ojos, sustituido por algo a lo que no podía poner nombre.

Algo que él no quiso identificar.

Se pasó la mano por el pelo. —Creo que debería irme.—

—Usted no come—, dijo. Su voz sonaba plana. Odiaba eso.

—No importa.—

Ella asintió con la cabeza, pero estaba seguro de que ninguno de los dos sabía por qué. —Por favor,— susurró, permitiéndose un último toque. Sus dedos acariciaron suavemente su frente, luego se detuvieron para poner la mano en su mejilla. —Por favor, tenga clara una cosa. No ha hecho nada malo —.

Ella no dijo nada. Ella se limitó a mirarlo con esos enormes ojos azules, ni siquiera parecía confundida. Sólo. . .

Resignada. Y eso era aún peor.

—No es usted,— dijo. —Soy yo.— Tenía la sensación de que con cada palabra lo estaba empeorando aún más, pero no podía dejar de hablar. Tragó saliva, a la espera de que ella dijera algo, pero no lo hizo.

—Buenas noches,— dijo en voz baja. Hizo una reverencia con la cabeza y salió de la habitación. Nunca, en toda su vida, había sido tan terrible hacer lo correcto.

Dos días más tarde

RICHARD estaba sentado en su estudio, acariciando su segundo vaso de brandy, cuando vio a un carruaje que llegaba, sus ventanas brillando en el sol de la tarde.

¿Sus hermanas?

Había enviado un mensaje a su tía, diciéndole que Fleur y Marie-Claire no podían quedarse con ella dos semanas completas, pero aún así, no las esperaba hoy.

Dejando el vaso, se acercó a la ventana y se asomó para ver de cerca. Era, en efecto, el carruaje de su tía. Cerró los ojos por un momento. No estaba seguro de por qué regresaban tan pronto, pero ya no había nada que pudiera hacer al respecto.

Era el momento.

No podía decidir si saludarlas él solo o con Iris, pero al final no tuvo que hacerlo; Iris estaba leyendo en el salón, y lo llamó mientras caminaba por el pasillo.

—¿Es eso un carruaje en la entrada?—

—Mis hermanas—, confirmó.

—Oh.—

Eso fue todo lo que dijo. Oh. Tenía la sensación de que pronto estaría diciendo algo más.

Se detuvo en la puerta, observándola mientras dejaba lentamente su libro. Había estado acurrucado en el sofá azul, con las piernas metidas debajo de ella, y que hacer una pausa para meter los pies en sus zapatillas antes de levantarse.

—¿Estoy bien?—, preguntó ella, alisando su vestido.

—Por supuesto—, dijo distraídamente.

Ella apretó los labios.

—Se te ve hermosa,— dijo, mirando su vestido verde a rayas y el pelo suavemente recogido. —Perdóneme. Mi mente está en otra parte—.

Ella pareció aceptar su explicación y cogió su brazo cuando se lo ofreció. Ella no lo miró a los ojos. No habían hablado después de lo sucedido en su habitación dos noches atrás, y parecía que no iban a hacerlo tampoco en un momento cercano.

Cuando Iris había bajado a desayunar la mañana anterior, había estado seguro de que su conversación sería forzada, si hablaban algo. Pero como siempre, ella lo había sorprendido. O tal vez se había sorprendido a sí mismo. En cualquier caso, habían hablado de las condiciones meteorológicas, del libro que Iris estaba leyendo, y de un problema de los Burnhams tenían con las inundaciones en uno de sus campos. Todo había sido muy fluido.

Pero no se había sentido bien.

Cuando hablaban, se sentía casi... cauteloso. Mientras que restringieran su conversación a trivialidades, podrían pretender que nada había cambiado. Ambos sabían que con el tiempo se quedarían sin temas impersonales, por lo que medían sus palabras, repartiéndolas como si fueran tesoros.

Pero todo estaba a punto de terminar.

—Creía que no se las esperaba hasta el jueves—, dijo Iris, mientras se dejaba llevar fuera de la habitación.

—Tampoco yo las esperaba—

—¿Por qué parece tan sombrío?—, preguntó, después de una breve pausa.

Sombrío ni siquiera empezaba a definirlo. —Debemos esperarlas en la entrada—, dijo.

Ella asintió con la cabeza, ignorando el hecho de que no había respondido a su pregunta, y se dirigieron a la puerta principal. Cresswell ya estaba de pie, en posición de firmes en la entrada, junto con la señora Hopkins y dos lacayos. Richard y Iris se colocaron justo en el momento en el que los preciados grises moteados de su tía se detuvieron.

Se abrió la puerta del carruaje, y Richard, inmediatamente, dio un paso adelante para ayudar a sus hermanas. Marie-Claire saltó primero, dándole un pequeño apretón de manos mientras descendía. —Ella está en un estado de ánimo bestial—, dijo sin preámbulos.

—Maravilloso,— murmuró Richard.

—Usted debe ser Marie-Claire—, dijo Iris alegremente. Estaba ansiosa, sin embargo. Richard podía verlo en la forma en que sus manos estaban fuertemente entrelazadas frente a ella. Se había dado cuenta de que ella hacía eso para evitar apretujar la tela de su vestido con sus dedos cuando estaba nerviosa.

Marie-Claire hizo una pequeña reverencia. A los catorce años ya era más alta que Iris, pero su rostro aún tenía la redondez de la infancia. —Lo soy. Por favor, perdónanos por regresar tan pronto. Fleur no se sentía bien. —

—¿No?— preguntó Iris, mirando hacia la puerta del coche abierta. No había ninguna señal de Fleur.

Marie-Claire miró a Richard mientras que Iris no estaba mirando e hizo un movimiento de arcadas.

—¿En el carruaje?— No pudo dejar de preguntar.

—Dos veces.—

Hizo una mueca, luego subió a la banqueta que estaba colocada junto a la puerta del carruaje y miró dentro. — ¿Fleur?—

Estaba acurrucada en un rincón, desdichada y pálida. *Parecía* que había vomitado dos veces en el carro. Oía mucho, también.

—Yo no estoy hablando con usted.—

Maldita sea. —Así que esas tenemos.—

Ella se dio la vuelta, su cabello oscuro oscureciendo su rostro. —Preferiría que uno de los lacayos me asistiera para bajar del carruaje.—

Richard se pellizcó el puente de la nariz, tratando de evitar el rugiente dolor de cabeza, sabiendo que pronto parecería que su cráneo había estado en un torno. Fleur y él llevaban en desacuerdo más de un mes. Sólo había una solución aceptable. Él lo sabía, y le enfurecía que ella se negara a aceptar lo que debía hacerse.

Suspiró con cansancio. —Por el amor de Dios, Fleur, dejar tu irritación a un lado durante un minuto y déjame ayudarte. Huele peor que en un hospital aquí dentro—.

—No estoy *irritada*,— escupió.

—Tú *me* estás irritando.—

Ella retrocedió ante el insulto. —Quiero un lacayo.—

—Vas a tomar mi mano,— dijo él entre dientes.

Por un momento pensó que iba a arrojarse por la puerta de enfrente solo para vejarle, pero debió haber retenido al menos una onza de sentido común después de haberlo visualizado, ya que ella miró hacia arriba, y gruñó: —Está bien.— Con una intencionada falta de gracia, dio una palmada con la mano sobre la suya y le permitió ayudarla a salir del carruaje. Iris y Marie-Claire estaban de pie al lado del otro, fingiendo no ver.

—Fleur,— dijo Richard con voz peligrosa —, me gustaría presentarte a tu nueva hermana. Mi esposa, Lady Kenworthy. —

Fleur miró a Iris. Hubo un silencio espantoso.

—Es un placer conocerte—, dijo Iris, tendiéndole la mano.

Fleur no la tomó.

Por primera vez en su vida, Richard casi golpea a una mujer. —Fleur—, dijo a modo de advertencia.

Apretando los labios irrespetuosamente, Fleur hizo una reverencia. —Lady Kenworthy.—

—Por favor—, dijo Iris, mirando nerviosamente a Richard antes de volver sobre Fleur. —Espero que me llame Iris—.

Fleur le lanzó una fulminante mirada, luego se volvió hacia Richard. —No va a funcionar.—

—No hagas esto aquí, Fleur—, le advirtió.

Ella sacudió su brazo hacia Iris. —Mírala!—

Iris dio un pequeño paso hacia atrás. Richard tuvo la sensación de que ni siquiera se dio cuenta de que lo había hecho. Sus ojos se encontraron, los de ella desconcertados, los suyos exhaustos, y en silencio le rogó que no preguntara; no todavía.

Pero Fleur no obedeció. —Ya he dicho—

Richard la agarró por el brazo y la arrastró lejos de los demás. —Este no es el momento ni el lugar.—

Ella lo miró con rebeldía, y luego liberó su brazo. —Estaré en mi habitación,— dijo, y se marchó hacia la casa. Pero tropezó en el último escalón y se habría caído si Iris no hubiera saltado hacia delante para atraparla.

Por un momento las dos mujeres permanecieron congeladas como en un cuadro viviente. Iris mantuvo su mano en el codo de Fleur, casi como si se diera cuenta de que la joven estaba inestable, que había estado inestable durante semanas y que necesitaba algún tipo de contacto humano.

—Gracias—, dijo Fleur de mala gana.

Iris dio un paso atrás, colocando las manos en su posición inicial, fuertemente entrelazadas delante de ella. —No fue nada.—

—Fleur,— Richard dijo con voz autoritaria. No era un tono que hubiera utilizado a menudo con sus hermanas. Tal vez debería haberlo hecho.

Poco a poco, se dio la vuelta.

—Iris es mi esposa—, afirmó. —Maycliffe es su casa ahora, tanto como lo nuestra.—

Los ojos de Fleur se encontraron. —Nunca podré pasar por alto su presencia aquí. Te lo aseguro—.

Y entonces Richard hizo algo muy extraño. Extendió la mano y tomó la mano de Iris. No para besarla, no para conducirla a alguna parte.

Sólo para sostenerla. Para sentir su calor.

Él sintió que sus dedos le reconfortaban, y apretó con más fuerza. No la merecía. Lo sabía. Fleur también lo sabía. Pero en este horrible momento, con toda su vida estrellándose a su alrededor, estaba sostenido la mano de su esposa y fingiendo que ella nunca lo soltaría.

Capítulo Dieciocho

Durante gran parte de su vida, Iris había hecho una elección consciente, la de mantener la boca cerrada. No era que no tuviera nada que decir; si se la ponía en una habitación llena de primos, hablaría toda la noche. Su padre había dicho que era un estratega nata, buscando ir siempre dos pasos por delante, y quizás por eso siempre había valorado el elegir *cuándo* hablar. Nunca, sin embargo, había estado realmente sin palabras. Ahora, atónita, se dio cuenta de que ella-no-podía-*pensar-una-frase-completa* y, —ni-mucho-menos-hablar.

Ahora, mientras observaba a Fleur Kenworthy desaparecer en Maycliffe, con la mano de Richard sorprendentemente todavía entrelazada con la suya, todo lo que Iris pudo pensar fue—¿Quééééé?

Nadie se movió durante al menos cinco segundos. La primera en reaccionar fue la señora Hopkins, quien, antes de apresurarse a entrar en la casa, murmuró algo acerca de asegurarse de que la habitación de Fleur estuviera lista. Cresswell, hizo también una retirada rápida y discreta, dejando a las dos mujeres de pie, junto con él.

Iris se mantuvo totalmente inmóvil, moviendo únicamente los ojos, adelante y atrás, entre Richard y Marie-Claire.

¿Qué *demonios* había pasado?

—Lo siento—, dijo Richard, liberando su mano. —Ella no es así.—

Marie-Claire resopló. —Sería más exacto decir que no *siempre* es así.—

—Marie-Claire—, espetó.

Parecía agotado, pensó Iris. Completamente destrozado.

Marie-Claire cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó una mirada oscura a su hermano. —Ha sido horrible, Richard. Simplemente horrible. Hasta la tía Milton perdió la paciencia con ella—.

Richard se volvió bruscamente hacia ella. —¿Ella. . —.

Marie-Claire negó con la cabeza.

Richard exhaló.

Iris siguió mirando. Y escuchando. Algo raro estaba pasando, había algún tipo de conversación oculta bajo sus ceños fruncidos y encogimientos de hombros.

—No te envidio, hermano.— Marie-Claire miró a Iris.
—Ni a usted—.

Iris comenzó a hablar. Casi había pensado que se habían olvidado de su presencia.

—¿De qué está hablando?—, preguntó a Richard.

—Nada—, le respondió secamente.

Bueno, *eso* era claramente una mentira.

—Ni a mí,— continuó Marie-Claire. —Yo soy la que tiene que compartir habitación con ella.— Gimió de forma espectacular. —Va a ser un año muy largo.—

—Ahora no, Marie-Claire,— advirtió Richard.

Los hermanos compartieron una mirada que Iris no supo interpretar. Tenían los mismos ojos, se dio cuenta, los estrechaban de la misma manera. Fleur, también, aunque los de ella tenían un tono verdoso mientras los de Richard y Marie-Claire eran de color marrón oscuro.

—Tiene un pelo precioso—, dijo Marie-Claire de repente.

—Gracias—, dijo Iris, tratando de no parpadear ante el brusco cambio de tema. —vosotras también.—

Marie-Claire dejó escapar una risita. —No, yo no lo tengo, pero usted es muy amable por decirlo.—

—Es igual que el de su hermano,— dijo Iris, lanzando una mirada mortificada a Richard cuando se dio cuenta de lo que había dicho. Él la miraba de forma extraña, como si no supiera qué hacer con su accidental cumplido.

—Usted debe estar cansada después de su viaje—, dijo Iris, tratando de salvar el momento. —¿Quiere descansar?—

—Er... Sí. Supongo que sí —, dijo Marie-Claire,— aunque no estoy segura de que mi dormitorio vaya a estar muy tranquilo en este momento —.

—Voy a hablar con ella—, dijo Richard sombríamente.

—¿Ahora?—, Preguntó Iris. Casi le sugirió que esperara hasta que Fleur hubiera tenido tiempo de calmarse, pero ¿qué sabía ella? No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. Un cuarto de hora antes estaba leyendo tranquilamente una novela. Ahora se sentía como si estuviera viviendo dentro de una.

Y ella era el único personaje que parecía no saber la trama.

Richard entró en la casa, con una expresión cruda. Iris vio cómo su boca se aplanada hasta forma una dura e intimidante línea. —Hay que hacerlo—, murmuró. Sin más despedida, se marchó a la casa, dejando a Iris y Marie-Claire solas en la entrada.

Iris se aclaró la garganta. Eso fue embarazoso. Sonrió a su nueva hermana, no la clase de sonrisa en la que una muestra los dientes, pero no era totalmente fingida; de verdad, lo estaba *intentando*.

Marie-Claire sonrió precisamente de la misma manera.

—Es un buen día,— dijo Iris finalmente.

Marie-Claire asintió lentamente. —Sí.—

—Soleado—.

—Sí.—

Iris se dio cuenta de que ella se balanceaba sobre sus pies, hasta los dedos de los pies y de nuevo a sus talones. Se obligó a permanecer quieta. ¿Qué demonios se suponía que tenía que decirle a esta chica?

Pero al final no tuvo que decir nada. Marie-Claire se volvió y la miró con una expresión que Iris temió que era de lástima.

—Usted no lo sabe, ¿verdad?—, dijo la joven en voz baja.

Iris negó con la cabeza.

Marie-Claire miró sobre su hombro, mirando hacia la nada antes de volverse hacia Iris. —Lo siento.—

Tras esas palabras, entró en la casa.

Y Iris se quedó en la entrada.

Sola.

—¡ABRE LA PUERTA, FLEUR!—

Richard dio un puñetazo contra la madera, ajeno a la conmoción que reverberaba por su brazo.

Fleur no respondió, no es que él hubiera pensado que lo haría.

—Fleur— rugió.

Nada.

—Yo no iré de aquí hasta que abras la puerta,— gruñó.

Ahora oyó pasos, seguido por —Entonces espero que no necesites utilizar el orinal!—

Iba a matarla. Seguramente, ningún hermano mayor había sido empujado tan lejos.

Tomó aire, luego lo dejó escapar en una larga exhalación. Nada bueno saldría del mal carácter. Uno de ellos tenía que actuar como un adulto. Flexionó los dedos, en línea recta, y, a continuación, los puños. La mordedura de las uñas en las palmas tuvo paradójicamente un efecto calmante.

Calmante. Pero él no estaba calmado, no por unos cuantos estiramientos.

—No te puedo ayudar si no hablas conmigo—, dijo, con la voz muy controlada.

No hubo respuesta.

Tenía casi decidido bajar a la biblioteca, desde donde se podía acceder a la escalera secreta que llevaba a su habitación. Pero conociendo a Fleur, ella ya habría pensado en eso. No sería la primera vez que arrastraba su tocador contra la puerta oculta para bloquear el acceso. Además, ella sabría lo que estaba a punto de hacer en el mismo instante en que abandonara su puesto actual.

—¡Fleur!—, gritó, aporreando la puerta con la palma de su mano. Le picó y juró violentamente. —Voy a cortar con una sierra el maldito pomo de la puerta!—

De nuevo, nada.

—¡Lo haré!— Gritó. —¡No pienses que no lo haré!—

Silencio.

Richard cerró los ojos y se apoyó contra la pared. Estaba horrorizado por ver a lo que había sido reducido, gritando como un loco en la puerta del dormitorio de su hermana. Ni

siquiera quería pensar en lo que los sirvientes estarían diciendo en la planta baja. Tenían que saber que algo andaba mal; sin duda, cada uno tendría su propia espeluznante teoría.

No le importaba, con tal de que nadie adivinara la verdad.

O más bien, cuál sería la verdad.

Se odiaba por lo que tenía que suceder. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando su padre había muerto, se le había confiado el cuidado y el bienestar de sus hermanas. Él sólo estaba tratando de protegerla. Y Marie-Claire. ¿Era realmente tan egoísta que no podía verlo?

—¿Richard?—

Casi dio un salto. Iris se había acercado a él mientras tuvo los ojos cerrados.

—Lo siento,— dijo ella en voz baja. —No pretendía asustarlo—.

Él contuvo una risa irracional. —Eres lo menos aterradora de la casa, se lo aseguro.—

Sabiamente, ella no respondió.

Su presencia le hizo estar más decidido a hablar con su hermana. —Perdóneme—, le dijo a su esposa, y, a continuación, gritó una vez más, —Fleur!— Golpeó la puerta con tanta fuerza que la pared tembló. —¡Que Dios me ayude, voy a echar la puerta abajo!—

—¿Antes o después de cerrar el pomo de la puerta?—, fue la respuesta burlona de Fleur.

Él apretó los dientes, respiró por la nariz, estremeciéndose. —¡Fleur!—

Iris le puso una mano en el brazo. —¿Puedo ayudarle?—

—Es un asunto de familia—, masculló.

Ella retiró la mano, y después la acercó de nuevo. —Perdóneme,— dijo ella bruscamente. —Pensé que era de la familia.—

—La has conocido hace tres minutos—, espetó. Fue un comentario cruel, y totalmente fuera de lugar, pero estaba tan furioso en ese momento, que no fue capaz de moderar sus palabras.

—Entonces le dejaré con esto—, dijo Iris con altivez. — Ya que usted lo está manejando tan bien.—

—Usted no sabe nada acerca de esto.—

Sus ojos se estrecharon. —Un hecho del que soy muy consciente.—

Querido Dios, no podía luchar con las dos al mismo tiempo. —Por favor—, le dijo, —trate de ser razonable—.

Eso era algo que no se debía decir *nunca* una mujer.

—¿Razonable?— -preguntó Ella. —¿Quiere que sea razonable? ¡Después de todo lo que ha sucedido en los últimos quince días, es un milagro que esté aún cuerda! —

—¿Exagerando, Iris?—

—No sea condescendiente conmigo,— dijo entre dientes.

No se molestó en contradecirla.

Con los ojos ardientes, ella dio un paso adelante, casi lo suficientemente cerca como para tocarlo. —Primero me arrastra al matrimonio —

—Yo no la arrastré.—

—Eso es lo que hizo.—

—No te estabas quejando hace dos días.—

Ella se estremeció.

Sabía que había ido demasiado lejos, pero que había perdido todas las reservas. Él no sabía cómo parar ahora. Se acercó más, pero ella no se movió ni un centímetro. —Para bien o para mal, tú eres mi esposa.—

El tiempo pareció detenerse. La mandíbula de Iris se apretó por el esfuerzo de contener la rabia, y Richard no podía apartar los ojos de su boca, rosa y exuberante. Conocía su sabor. Lo conocía tanto como a su propia respiración.

Con una maldición, hizo un gesto con la cabeza y se alejó. ¿Qué clase de monstruo era? En medio de todo esto, lo único en lo que podía pensar era en besarla.

Saborearla.

Hacer el amor con ella antes de que lo despreciara.

—Quiero saber lo que está pasando—, dijo Iris, con la voz entrecortada por la furia.

—En este momento tengo que lidiar con mi hermana—, dijo.

—No, ahora mismo me dirá —

Él la cortó. —Le diré lo que necesita saber cuándo necesite saberlo.—

Lo que, probablemente, sería en los próximos minutos, asumiendo que Fleur nunca abriera la maldita puerta.

—Esto tiene algo que ver con la razón por la que se casó conmigo, ¿no?—, dijo Iris.

Se volvió bruscamente hacia ella. Estaba pálida, más pálida de lo normal, pero sus ojos estaban ardiendo.

No podía mentirle más. Tal vez él no estuviera dispuesto a decirle toda la verdad, pero no podía mentir.

—Fleur!— Gritó. —Abre la maldita —

La puerta se abrió de golpe, y allí estaba ella, con los ojos desorbitados y temblando de furia. Richard nunca había visto a su hermana así. Las horquillas se habían medio aflojado y su pelo oscuro se curvaba hacia fuera en ángulos extraños. Sus mejillas eran muy enrojecidas.

¿Qué fue de la hermana dulce y dócil que una vez había conocido? Se había sentado con ella en fiestas de *té*, por el amor de Dios.

—¿Querías hablar conmigo?— la voz de Fleur chorreaba desdén.

—No en pasillo—, dijo con saña, agarrándola del brazo. Intentó tirar de ella hacia el dormitorio que compartía con Marie-Claire, pero ella clavó sus talones.

—Ella viene también,— dijo, señalando con la cabeza hacia Iris.

—*Ella* tiene un nombre,— lanzó Richard.

—Lo siento.— Fleur se volvió hacia Iris y batió las pestañas. —Lady Kenworthy, se solicita su presencia con humildad.—

Richard se puso rojo. —No le hables en ese tono.—

—¿Cómo lo hago, como si fuera de la familia?—

Richard no confiaba en sí mismo para hablar. A cambio, arrastró a su hermana de regreso a su habitación. Iris los

siguió, aunque ella no estaba muy convencida de estar haciendo lo correcto.

—Vamos a ser muy cercanas, lo sé—, le dijo Fleur a Iris, su sonrisa repugnantemente dulce. —No tiene ni idea de cuánto.—

Iris la miró con merecida aprensión. —Tal vez debería venir en otro —

—Oh, no,— intervino Fleur. —Usted debe quedarse.—

—Cierra la puerta—, ordenó Richard.

Iris así lo hizo, y él aumentó la presión sobre Fleur, tratando de meterla más en la habitación.

—Suéltame,— dijo Fleur entre dientes, tratando de quitárselo de encima.

—¿Vas a ser razonable?—

—Nunca he sido razonable—, replicó ella.

Eso estaba abierto al debate, pero soltó el brazo. Despreciaba al loco en el que estaba convirtiéndose.

Entonces Fleur se giró para enfrentarse a Iris, con los ojos peligrosamente brillantes. —¿Acaso Richard no le dijo nada sobre mí?—

Iris no respondió de inmediato. Tragó saliva, con un movimiento estremecedor en su delicada garganta, y sus ojos se fijaron a Richard antes de decir finalmente: —Algo—.

—¿Sólo un poco?— Fleur miró a Richard, una ceja curvada en un arco sardónico. —Omitió todas las partes buenas, ¿no?—

—Fleur... —, dijo a modo de advertencia.

Pero Fleur ya había vuelto su atención a Iris. —Por casualidad, ¿le dijo mi hermano que estoy embarazada?—

Richard sintió que el corazón se le caía. Lanzó una mirada desesperada a Iris. Ella se había quedado sin sangre. Quería ir con ella, abrazarla y protegerla, pero sabía que lo último que necesitaba era que él la protegiera.

—Se va a notar pronto—, dijo Fleur, con voz de decorosa burla. Se alisó el vestido por encima de su cuerpo, presionando la tela de color rosa pálido contra su vientre. —¿No será una broma?—

—Por el amor de Dios, Fleur,— escupió Richard escupió, —¿no tienes ningún tacto?—

—Ninguno—, dijo Fleur sin arrepentimiento. —Ahora soy una mujer caída.—

—No digas eso,— ladró Richard.

—¿Por qué no? Es la verdad.— Fleur se volvió a Iris. — No te hubieras casado con él si hubieras sabido que tenía una miserable hermana arruinada, ¿verdad?—

Iris estaba sacudiendo la cabeza, en pequeños movimientos hacia atrás y adelante como si no pudiera encontrar sus propios pensamientos. —¿Tú lo sabías?—, le preguntó. Ella levantó una mano, casi como si quisiera alejar esa idea. —No, por supuesto que lo sabías.—

Richard dio un paso adelante, tratando de mirarla a los ojos. —Iris, hay algo que necesito decirte.—

—Estoy seguro de que encontraremos una solución—, dijo Iris, su voz adquirió un extraño matiz, casi frenético. Miró a Fleur, miró el armario, pero no miró en ningún momento a su marido. —No es una buena situación, sin duda, pero no eres la primera joven dama joven que se encuentra en esta situación, y

—Iris—, dijo Richard en voz baja.

—Tendrás el apoyo de tu familia—, le dijo a Fleur. —Tu hermano te ama. Sé que lo hace, y tú lo amas también. Ya pensaremos en algo. Siempre hay algo que se puede hacer—.

Habló de nuevo. —Yo ya he pensado en algo, Iris.—

Finalmente, ella lo miró.

Ella susurró: —¿Por qué te casaste conmigo, Richard?—

Era el momento de decir la verdad.

—Vas a fingir estar embarazada, Iris. Y vamos a criar al bebé de Fleur como nuestro legítimo hijo—.

Capítulo Diecinueve

IRIS MIRÓ FIJAMENTE a su marido con creciente incredulidad. Seguramente él no quería decir. . . Él nunca lo haría. . .

—No,— dijo ella. No, ella no haría esto. *No*, él no estaría esperando eso de ella.

—Me temo que no tiene otra opción—, dijo Richard sombríamente.

Ella lo miró boquiabierta. —¿No tengo otra opción?—

—Si no lo hacemos, Fleur se arruinará.—

—Creo que ella ya se las ha arreglado bastante bien para eso,— espetó Iris, antes de que pudiera pensar en templar sus palabras.

Fleur dejó salir una dura y discordante risotada; parecía casi divertida por el insulto de Iris, pero Richard dio un paso adelante con una ardiente mirada caliente en los ojos, y advirtió: —Está hablando de mi hermana.—

—Y usted le está hablando *a su* mujer!—, exclamó Iris. Horrorizada por la nota de agonía en su voz, se llevó la mano a la boca y se apartó. No podía mirarlo a la cara. No en este momento.

Ella sabía que estaba ocultando algo. A pesar de que ella se estaba enamorando y trataba de convencerse de que todo eran imaginaciones suyas, siempre había sabido que tenía que haber una razón detrás de su apresurado matrimonio. Pero nunca se hubiera imaginado algo así. Nunca *podría* haberlo imaginado.

Era una locura. Una locura, y sin embargo, lo explicaba todo. Desde la apresurada boda hasta su negativa a consumir el matrimonio. . . todo tenía sentido, un horrible sentido. No era de extrañar que hubiera tenido que encontrar una novia tan rápidamente. Y, por supuesto, no podía arriesgarse a que Iris se quedara embarazada antes de que Fleur tuviera a su bebé. A Iris le gustaría ver cómo explicaría *eso*.

Así las cosas, tendrían que proclamar que Iris había dado a luz un mes —incluso quizás dos meses — antes de

tiempo. Y después, cuando el bebé naciera perfectamente sano y grande, todo el mundo asumiría que había sido un matrimonio forzado, que Richard la había seducido antes de la boda.

Iris dejó escapar una carcajada. Querido Dios, nada podría estar más lejos de la verdad.

—¿Encuentras esto divertido?— preguntó Richard.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo, tratando de contener la dolorosa burbuja de histeria que aumentaba dentro de ella. Dándose la vuelta para poder mirarlo directamente a la cara, respondió: —Ni siquiera un poco.—

Él tuvo el buen sentido de no pedir más aclaraciones. Iris podía imaginar la mirada salvaje de sus ojos.

Después de unos momentos, Richard se aclaró la garganta y dijo: —Me doy cuenta de que la he puesto en una situación difícil. . —.

¿*Difícil*? Su mandíbula se desencajó. Quería que fingiera un embarazo y que reclamara al hijo de otra mujer como suyo propio? ¿Y lo denominaba *difícil*?

— . . . pero creo que verá que es la única solución—.

No. Ella negó con la cabeza. —No puede ser posible. Tiene que haber alguna otra manera—.

—¿De verdad cree que llegué a esta decisión a la ligera? —, dijo Richard, alzando la voz con genio. —¿Imagina que no consideré todas las alternativas posibles?—

Los pulmones de Iris se apretaron y lucharon ante la necesidad de aspirar enormes bocanadas de aire. No podía respirar. Ella apenas podía *pensar*. ¿Quién era este hombre? Era casi un desconocido cuando se casaron, pero había pensado que, en el fondo, era una persona buena y honesta. Había dejado que la besara de la forma más íntima imaginable, y ni siquiera lo conocía.

Había pensado que incluso podría estar enamorándose.

Y lo peor era que podía obligarla a hacer esto. Ambos lo sabían. En el matrimonio, la palabra del hombre era la ley, y el deber de la esposa era obedecer. Oh, correría hacia sus padres, pero acabarían enviándola de vuelta a Maycliffe. Puede ser que se sorprendieran, pensarían que Richard estaba loco por considerar un plan de este tipo, pero al final, ellos le dirían que

él era su marido, que se trataba de su elección y que debía ir junto con él.

—Usted me engañó—, susurró. —Deliberadamente me engañaste para que me casara con usted.—

—Lo siento.—

Y probablemente lo sentía, pero eso no le excusaba.

Luego hizo la pregunta más aterradora de todos. —¿Por qué yo?—

Richard palideció.

Iris sintió que la sangre abandonaba su cuerpo, y se tambaleó hacia atrás, la fuerza de su respuesta dándole un puñetazo en el vientre. No le hacía falta decir nada; la respuesta estaba ahí, en su rostro. Richard la había elegido porque *podía* hacerlo. Porque había sabido que con su dote modesta y no siendo nada extraordinario, no tendría pretendientes que clamaran por su mano. Una chica como ella estaría ansiosa por casarse. Una chica como ella nunca se negaría a un hombre como él.

Buen Dios, ¿la había *investigado*? Por supuesto. Debió hacerlo. ¿Por qué si no iba a haber asistido a la velada musical Smythe-Smith, si no buscara una presentación?

El rostro de Winston Bevelstoke brilló de repente en su mente, con su sonrisa tan practicada y suave cuando los presentó. ¿Él había ayudado a Richard a elegir una novia?

Iris casi se atragantó con el horror de la idea. Richard tuvo que haber pedido a sus amigos para elaborar listas con las mujeres más desesperadas de Londres. Y ella había encabezado todas las listas.

Ella había sido juzgada. Y había sido compadecida.

—Me ha humillado—, dijo ella, apenas capaz de encontrar la voz.

Nadie podría llamar tonto a Sir Richard Kenworthy. Sabía exactamente lo que necesitaba en una novia, —alguien tan patética y agradecida por la propuesta de matrimonio que giraría sobre sí misma y diría *sí, por favor*, cuando se revelara la verdad.

Eso era lo que pensaba de ella.

Iris se quedó sin aliento, dándose golpecitos en la boca con la mano para ahogar el grito que surgió de su garganta.

Fleur la miró fijamente, de forma desconcertante, antes de decirle a Richard, —Realmente deberías haberle dicho la verdad antes de pedirle que se case contigo.—

—*Cállate*,— gruñó.

—No le diga que se calle,— espetó Iris.

—Oh, ¿ahora está de su lado?—

—Bueno, nadie parece estar en el *mío*.—

—Usted debe saber que yo le dije que no estaba de acuerdo con el plan—, dijo Fleur.

Iris volvió a mirarla, para verla realmente por primera vez esa tarde, para tratar de ver algo más allá de la niña petulante e histérica que había bajado del carruaje. —¿Ha perdido la razón?—, preguntó. —¿Qué se propone hacer? ¿Quién es el padre del bebé? —

—Es obvio que nadie lo sabe,— espetó Fleur.

—El hijo menor de un barón local—, dijo Richard con voz plana. —Él la sedujo.—

Iris se volvió hacia él. —Bueno, entonces, ¿por qué no le obliga a casarse con ella?—

—Está muerto—, respondió.

—Oh.— Iris sintió como si le hubieran dado un puñetazo. —Oh.— Miró a Fleur. —Lo siento.—

—Yo no lo siento—, dijo Richard.

Los ojos de Iris se abrieron por la sorpresa.

—Su nombre era William Parnell,— escupió. —Él era un bastardo hijo de puta. Siempre ha sido así.—

—¿Qué pasó?—, Preguntó Iris, no muy segura de querer saberlo.

Richard la miró con una ceja arqueada. —Se cayó por la baranda de un balcón, borracho y agitando una pistola. Es un milagro que nadie le disparara—.

—¿Estaba usted allí?— Susurró Iris. Tuvo la horrible sensación de que podría haber tenido algo que ver con ello.

—Por supuesto que no.— Él la miró con una expresión de disgusto. —Había una docena de testigos. Incluyendo tres prostitutas—.

Iris tragó incómodamente.

El rostro de Richard era una devastada máscara devastada, —Te digo esto sólo para que sepa qué clase de hombre que era.—

Iris asintió sin decir nada. No sabía qué decir. No sabía qué *sentir*. Después de unos momentos, se volvió hacia Fleur —su nueva hermana, se recordó a sí misma, — y le cogió las manos. —Lo siento mucho.— Ella tragó, manteniendo su voz cuidadosamente suave. —¿Te hirió?—

Fleur negó. —No fue así.—

Richard se tambaleó hacia delante. —¿Quieres decirme que permitiste ——

—¡Para!— gritó Iris, tirando de él hacia atrás.— No se gana nada haciendo acusaciones.—

Richard asintió brevemente, pero Fleur y él continuaron mirándose con recelo.

Iris tragó. Odiaba ser insensible, pero no tenía ni idea de lo avanzada que estaba Fleur — el vestido era lo suficientemente suelto como para ocultar un embarazo temprano — y realmente pensaba que no tenían mucho tiempo de sobra.

—¿Hay otro caballero que se casaría con ella?—, preguntó. —Alguien que ——

—No me voy a casar con un extraño—, dijo con vehemencia Fleur.

Yo lo hice. Las palabras saltaron espontáneamente en la mente de Iris. Espontáneas, pero innegablemente ciertas.

Los ojos de Richard se giraron desdeñando la idea. —En cualquier caso, no tengo el suficiente dinero para comprarle un marido.—

—Seguramente usted podría encontrar a alguien —

—¿Dispuesto a tomar a su bebé como su heredero, en caso de ser un niño? Para eso se necesita un fuerte soborno—.

—Y sin embargo, usted está dispuesto a hacerlo—, afirmó.

Richard se estremeció, pero dijo: —El bebé será mi sobrina o sobrino.—

—¡Pero no es tuyo!— Iris se dio la vuelta, abrazando su cuerpo con los brazos. —Y no es mío.—

—¿No puede amar a un niño, si no sale de su cuerpo?—
Su voz era baja, acusadora.

—Por supuesto que puedo. Pero esto es un engaño. Está mal. ¡Usted sabe que lo está! —

—Le deseo suerte para convencerlo de eso—, dijo Fleur.

—Oh, por el amor de Dios, cállate!— espetó Iris. —¿No ve que estoy tratando de ayudarle?—

Fleur se tambaleó hacia atrás, sorprendida por la pérdida de estribos de Iris.

—¿Qué va a hacer cuando tengamos un niño,— le preguntó Iris a Richard, —y su hijo, —su hijo primogénito — no pueda heredar Maycliffe porque ya la ha entregado?—

Richard no dijo nada, sus labios se presionaban con tanta fuerza que se habían vuelto casi blancos.

—¿Podría negarle a su propio hijo su primogenitura?— presionó Iris.

—Voy a hacer los arreglos—, dijo secamente.

—No existen arreglos que se pueden hacer—, gritó Iris. —No puede haber pensado en esto. Si usted reclama a su hijo como el nuestro, no puede hacer que un niño más joven sea su heredero. Tú- —

—Maycliffe no está vinculada,— le recordó Richard.

Iris exhaló un bufido enojado. —Eso es aún peor. ¿Podría permitir que el hijo de Fleur creyera que es su primogénito, y luego cediera Maycliffe a su hermano menor? —

—Por supuesto que no,— dijo Richard casi entre dientes. —¿Qué clase de hombre cree que soy?—

—¿Honestamente? No lo sé. —

Retrocedió, pero siguió hablando. —Voy a dividir la propiedad en dos, si es necesario.—

—Oh, eso será justo—, Iris, arrastrando las palabras. — Un niño obtendrá la casa y el otro el invernadero. Nadie se va a sentir menospreciado con *eso*—.

—Por el amor de Dios—, Richard explotó, —¿vas a callarte?—

Iris se quedó sin aliento, estremeciéndose ante su tono.

—Yo no habría dicho eso si fuera usted,— dijo Fleur.

Richard gruñó algo a su hermana; Iris no supo qué, pero Fleur dio un paso atrás, y los tres se quedaron congelados en un cuadro inquieto hasta que Richard respiró fuerte, y dijo con una voz carente de emoción, —Viajaremos todos a Escocia la semana que viene. Para visitar a los primos—.

—No tenemos primos escoceses—, dijo Fleur rotundamente.

—Los tenemos ahora—, le dijo.

Fleur le miró como si se hubiera vuelto loco.

—Hace poco los descubrí en el árbol genealógico—, dijo, con bastante falsa alegría para indicar que estaba haciendo todo el trabajo.—Hamish y María Tavistock.—

—¿Ahora te estás inventando relaciones?— se burló Fleur.

Él ignoró su sarcasmo. —Usted va a disfrutar de su compañía tanto usted decida quedarse.— Él le dio una sonrisa forzada. —Varios meses.—

Fleur se cruzó de brazos. —No voy a hacerlo.—

Iris miró a Richard. El crudo dolor de sus ojos era demasiado para soportarlo. Por un momento, quiso ir con él, ponerle la mano en el brazo y consolarlo.

Pero no. No. Él no merecía su consuelo. Le había mentido. La había engañado de la peor manera posible.

—No puedo quedarme aquí—, dijo de repente. Ella no podía permanecer en esta habitación. No podía mirarlo. Ni a su hermana.

—No me va a abandonar—, dijo Richard bruscamente.

Se dio la vuelta, no estoy muy segura de si su rostro desmentía su incredulidad. O su desprecio. —Me voy a mi habitación,— dijo lentamente.

Él cambió su peso ligeramente. Estaba avergonzado. Bien.

—No me moleste—, dijo Iris.

Ni Richard ni Fleur dijeron una palabra.

Iris fue hacia la puerta y la abrió, sólo para encontrar a Marie-Claire, tropezando con sus pies mientras saltaba hacia

atrás, tratando de parecer como si no hubiera estado escuchando descaradamente.

—Buenas tardes—, dijo Marie-Claire con una sonrisa apresurada. —Estaba sólo —

—Oh, por Dios,— espetó Iris, —tú lo *sabías*.—

Ella pasó junto a ella, obviando el tropiezo de la joven dama. Cuando llegó a su habitación, no dio un portanazo. En cambio, la cerró con un cuidado clic, su mano congelado en el pomo. Con un extraño distanciamiento, vio cómo sus dedos comenzaban a temblar y luego a agitarse. Y luego le temblaron las piernas, y tuvo que apoyarse en la puerta, y se deslizó hacia abajo, hacia el suelo, donde se inclinó y comenzó a llorar.

IRIS SE HABÍA IDO hacia un minuto completo antes de que Richard se atreviera a mirar a su hermana.

—No me culpes de esto a mí—, dijo Fleur con fervor. —Yo no te lo pedí.—

Richard trató de no responder. Él estaba condenadamente cansado de discutir con ella. Pero no podía ver nada, más que la mirada destrozada en el rostro de Iris, y tenía la terrible sensación de que él había roto algo dentro de ella, algo que nunca podría reparar.

Empezó a sentir frío, la furia caliente del último mes reemplazada por una helada devastadora. Sus ojos se posaron duramente en Fleur. —Tu falta de gratitud me asombra.—

—Yo no fui la que exigió que se cometa un fraude tan inmoral.—

Richard apretó los dientes hasta que la mandíbula le tembló. ¿Por qué no entraba en razón? Él estaba tratando de protegerla, de darle la oportunidad de una vida respetable y feliz.

Fleur le dirigió una mirada desdeñosa. —¿De verdad creías que ella iba a sonreír y decir:— Como usted desee, señor? —

—Trataré con mi esposa como yo lo vea conveniente,— le espetó Richard.

Fleur resopló.

—Mi Dios—, explotó. —No sabes absolutamente nada — Se interrumpió, se rastrilló el pelo con una mano

apartándose él mimo y volviéndose hacia la ventana. —¿Crees que me gusta esto?— dijo casi entre dientes. Se agarró al alféizar con los dedos blanqueados. —¿Crees que me gustó engañarla?—

—Entonces no lo hagas.—

—El daño está hecho.—

—Pero puedes arreglarlo. Todo lo que tienes que hacer es decirle que no tiene que robar a mi hijo—.

Él se dio la vuelta. —No es un robo — Captó la mirada de triunfo en su rostro, y dijo: —Estáds disfrutando con esto, ¿no es así?—

Fleur le dirigió una mirada pétrea. —Te aseguro que no me gusta nada de todo esto.—

Él la miró entonces, realmente la miró. Sus ojos estaban tan rotos como los de Iris. El dolor en su rostro. . . ¿Lo había provocado él? No. *No*. Estaba tratando de ayudarla, para salvarla de una existencia en la ruina, con la que ese hijo de puta Parnell la había dejado.

Sus manos se cerraron en puños. Si ese maldito canalla no hubiera ido y se hubiera muerto, él lo habría matado. No, él lo habría enviado primero a la iglesia con Fleur y *después* lo hubiera matado. Pensó en cómo era antes su hermana, llena de sueños y romances. Solía tumbarse sobre la hierba en el naranjal y leer bajo el sol. Ella se reía.

—Hazme entender—, declaró. —¿Por qué te resistes esto? ¿No te das cuenta de que es tu única esperanza de una vida respetable? —

Los labios de Fleur temblaban, y por primera vez esa tarde, ella lo miró, insegura de sí misma. Vio el rostro de la niña que había sido una vez, y se le rompió el corazón de nuevo.

—¿Por qué no puedes dejarme en algún lugar como una joven viuda?—, preguntó. —Puedo ir a Devon. O a Cornualles. A algún lugar donde no me conozca nadie —.

—No tengo el dinero suficiente para ofrecerte un hogar adecuado—, dijo Richard, la vergüenza de sus limitaciones financieras haciendo que su voz sonara dura. —Y no voy a permitir que vivas en la pobreza.—

—Yo no necesito mucho—, dijo Fleur. —Sólo una pequeña cabaña, y —

—¿Crees que no necesita mucho?,— intervino Richard.
—No lo sé. Has vivido toda tu vida con sirvientes. Nunca has tenido que comprar tu comida o avivar tus propios fuegos—.

—Tampoco lo hiciste *tú*—, replicó ella.

—Esto no se trata de mí. Yo no soy el que va a estar en una casa con goteras, preocupándose por el precio de la carne—.

Fleur miró hacia otro lado.

—Yo soy el que,— dijo, con una voz más suave, — tendrá que preocuparse por ti, preguntarse si estás enferma o si se están aprovechando de tí; y ni siquiera podré ayudarte si estás a medio país de distancia—.

Fleur no habló durante algún tiempo. —No puedo casarme con el padre del bebé,— dijo finalmente. —Y no voy a renunciar a mi hijo.—

—Estará conmigo—, le recordó.

—Pero no será *mío*—, exclamó. —Yo no quiero ser su tía.—

—Eso lo dices ahora, pero, ¿qué ocurrirá dentro de diez años, cuando te des cuenta de que nadie se casará contigo?—

—Me doy cuenta ahora—, dijo ella bruscamente.

—Si tienes al niño creciendo contigo, serás rechazada por la sociedad respetable. ¿Serás capaz de permanecer aquí?—.

Ella se quedó inmóvil. —Tú quieres que me vaya.—

—No,— dijo rápidamente. —Eso nunca. Pero no puedo tenerte en la casa. No mientras Marie-Claire esté todavía soltera—.

Fleur miró hacia otro lado.

—Tu ruina es su ruina. Lo sabes—.

—Por supuesto que lo sé—, dijo con vehemencia. — ¿Por qué crees que pienso—

Se detuvo, apretando fuertemente la boca.

—¿Qué?—, Exigió. ¿Qué es lo que piensas?

Ella negó con la cabeza. Y en voz baja y triste, dijo: — Nunca vamos a estar de acuerdo en esto.—

Suspiró. —Sólo estoy tratando de ayudarte, Fleur.—

—Lo sé.— Ella lo miró, con los ojos cansados y tristes y tal vez incluso un poco sabios.

—Te quiero—, dijo, ahogándose con las palabras. —Tú eres mi hermana. Juré protegerte. Y yo te fallé. Yo *fallé*—.

—Tú no fallaste.—

Él estiró un brazo, señalando su vientre todavía plano. —¿Quieres decirme que te entregaste a Parnell voluntariamente?—

—Te lo dije, eso no fue como lo cuentas—

—Debería haber estado aquí—, dijo. —Debería haber estado aquí para protegerte, y no estaba. Así que por el amor de Dios, Fleur, dame la oportunidad de protegerte ahora—.

—No puedo ser la tía de mi hijo—, dijo con tranquila determinación. —No puedo.—

Richard se frotó la cara con la palma de su mano. Estaba muy cansado. No creía que jamás hubiera estado tan cansado en toda su vida. Hablaría con ella por la mañana. Él la haría entender.

Se acercó a la puerta. —No hagas algo imprudente,— dijo en voz baja. Y luego añadió: —Por favor.—

Ella hizo un solo movimiento de cabeza. Era suficiente. Confiaba en ella. Era algo casi increíble pero confiaba en ella.

Salió de la habitación, deteniéndose brevemente al notar la presencia de Marie-Claire en el pasillo. Estaba de pie cerca de la puerta, con los dedos nerviosamente entrelazada. No podía saber lo que había escuchado a escondidas; la mayor parte de la conversación había transcurrido en voz muy alta.

—¿Debo ir?—, preguntó.

Se encogió de hombros. Él no tenía respuestas. Siguió caminando.

Quería hablar con Iris. Quería tomar su mano en la suya y hacerle entender que también odiaba todo esto, y que sentía haberla engañado.

Pero no sentía haberse casado con ella. Eso nunca podría sentirlo.

Se detuvo frente a su puerta. Ella estaba llorando.

Quería abrazarla.

Pero ¿cómo podía servirle de consuelo, cuando era él quien le había causado el daño?

Así que siguió caminando, pasando la puerta de su propia habitación y bajó las escaleras. Se fue al estudio y cerró la puerta. Miró el vaso medio lleno de brandy y decidió que no había suficiente.

Ese era un problema fácil de solucionar.

Bebió lo que quedaba y volvió a llenar el vaso, elevándolo, en un brindis silencioso con el diablo.

Ojalá que todos sus problemas tuvieran respuestas tan fáciles.

Capítulo Veinte

NUNCA HABÍA sido Maycliffe una casa tan fría y tranquila.

En el desayuno de la mañana siguiente, Richard se sentó en silencio, con los ojos siguiendo a Fleur mientras elegía su comida del aparador. Se sentó frente a él, pero no habló, y cuando Marie-Claire entró en la habitación, sus saludos no fueron más que gruñidos.

Iris no bajó.

Richard no la vio en todo el día, y cuando el gong de la cena sonó, levantó la mano para llamar a su puerta, pero congeló antes de contactar con la madera. No podía olvidar la expresión de su cara cuando le había dicho lo que debía hacer, no podía borrar el sonido de las lágrimas después de que ella huyera a su habitación.

Sabía que esto pasaría. Lo había estado temiendo desde el momento en que se deslizó el anillo en su dedo. Pero era mucho peor de lo que imaginó. El sentido premonitorio de culpa había sido sustituido por un odio profundo en su alma, y realmente no estaba seguro de que, alguna vez, se sentiría a gusto consigo mismo de nuevo.

Solía ser una buena persona. Quizás no la *mejor* persona, pero había sido fundamentalmente bueno. ¿No lo había sido?

Al final, no llamó a la puerta de Iris. Bajó al comedor, deteniéndose sólo para instruir a una doncella para que le llevara a ella la cena en una bandeja.

Iris no bajó a desayunar al día siguiente, o bien, lo que provocó que Marie-Claire proclamara, celosa. —Es muy injusto que las mujeres casadas puedan tomar el desayuno en la cama, y yo no pueda,— dijo mientras clavaba el cuchillo en la mantequilla. —Realmente no hay —

Dejó de hablar, al notar las individuales expresiones de Richard y de Fleur, con la ira suficiente para silenciar a cualquiera.

A la mañana siguiente, Richard decidió hablar con su esposa. Sabía que necesitaba privacidad después de tal shock, pero sabía mejor que nadie que el tiempo no era su amigo. Le había dado tres días; no podía darle más.

Una vez más desayunó con sus hermanas, ninguna de las dos habló ni una palabra. Estaba tratando de decidir la mejor manera de acercarse a Iris, intentando organizar las palabras en frases coherentes y persuasivas, cuando ella apareció en la puerta. Llevaba un vestido azul pálido — su color favorito, había deducido— y su pelo estaba arreglado en un intrincado rodete de trenzas y rizos y, honestamente, no sabía cómo describirlo, salvo que parecía más —más elevado de lo que nunca lo había visto.

Se había puesto una coraza, se percató. No podía culparla.

Iris planeó en su sitio por un momento, y él se puso de pie, repentinamente consciente de que la había estado mirando. —Lady Kenworthy—, dijo con el mayor respeto. Fue quizá demasiado formal, pero sus hermanas estaban todavía en la mesa, y no quería que pensarán que tenía a su esposa en otra cosa más que en la más alta consideración.

Iris le miró con sus ojos azules helados, bajó la barbilla en un pequeño gesto de reconocimiento, y luego se ocupó en el aparador. Richard la observó mientras ponía con la cuchara una pequeña porción de huevos en su plato, y añadió dos trozos de tocino y una loncha de jamón. Sus movimientos eran constantes y precisos, y no pudo dejar de admirar su compostura cuando tomó su asiento y los saludó uno por uno: —Marie-Claire—, luego —Fleur—, y finalmente, —Sir Richard.—

—Lady Kenworthy—, dijo Marie-Claire en un saludo cortés.

Iris no le recordó que usara su nombre de pila.

Richard miró hacia su plato. Tenía tan sólo unos pocos bocados de comida a la izquierda del plato. No tenía mucha hambre, pero sentía como si debiera estar comiendo si Iris lo hacía, por lo que tomó una rebanada de pan tostado de una bandeja del centro de la mesa y empezó a poner mantequilla sobre él. Su cuchillo raspó demasiado fuerte contra el pan, sonando mucho en el silencio abrumador.

—¿Richard?— murmuró Fleur.

Él la miró. Ella estaba, a su vez, mirando fijamente a su tostada, y, tenía que ser dicho, con un aspecto muy triste y destrozado.

Richard le echó una mirada, sin razón lógica alguna, y dio un mordisco salvaje a su tostada. Luego tosió. Maldita sea. Estaba seca como el polvo. Miró hacia abajo. Toda la mantequilla que había intentado extender estaba arriba del cuchillo, acurrucada como una especie de cinta de lácteos torturados.

Con un gruñido, extendió la mantequilla suavemente sobre el pan tostado y dio otro mordisco. Iris se le quedó mirando con una desconcertante y fija mirada, y luego dijo, sin inflexión alguna, —¿Mermelada?—

Él parpadeó, su voz resultó sorprendente dentro del silencio. —Gracias—, dijo, tomando el plato pequeño de sus dedos. No tenía idea de qué sabor era —de algo carmesí, por lo que probablemente le gustaría—, pero no le importaba. Aparte de su nombre, era la primera palabra que había cruzado con él en tres días.

Después de un minuto más o menos, estaba empezando a pensar que sería también la única palabra que oiría en los tres próximos días también. Richard no acababa de entender cómo el silencio podía tener diferentes grados de incomodidad, pero cuatro personas en silencio era infinitamente más terrible de lo que había soportado con sólo sus hermanas por compañía. Un manto helado se había apoderado de la sala, no de la temperatura, sino del estado de ánimo, y cada tintineo de tenedor contra el plato era como una grieta en el hielo.

De repente, —afortunadamente— Marie-Claire habló. Se le ocurrió que tal vez era la única que podía hacerlo. Era la única que no estaba jugando un papel en esta macabra farsa en la que se había convertido su vida.

—Es agradable verla abajo,— le dijo a Iris.

—Es agradable estar abajo—, dijo Iris, con apenas una mirada en dirección de Marie-Claire. —Me siento mucho mejor.—

Marie-Claire parpadeó. —¿Estaba usted enferma?—

Iris tomó un sorbo de té. —En una manera de hablar.—

Por el rabillo del ojo, Richard vio la cabeza de Fleur girar la cabeza tensamente.

—Y ¿está bien ahora?—, preguntó él, mirando a Iris hasta que se vio obligada a mirarlo a los ojos.

—Absolutamente.— Volvió su atención a la tostada, y luego la dejó con un movimiento extrañamente deliberado. — Si me disculpan—, dijo ella, poniéndose en pie.

Richard se puso de pie de inmediato, y esta vez también lo hicieron sus hermanas.

—No ha comido nada—, dijo Marie-Claire.

—Me temo que mi estómago está algo inquieto,— respondió Iris con una voz que Richard encontró demasiado compuesta. Colocó su servilleta sobre la mesa, al lado del plato. —Tengo entendido que es un mal común de las mujeres en mi condición.—

Fleur se quedó sin aliento.

—¿Van a felicitar-me?—, dijo Iris con voz apagada.

Richard se dio cuenta de que no podía. Había conseguido lo que quería, —no, no lo que *quería*, nunca había sido lo que él *quería*. Pero él había conseguido lo que le pidió. Iris no podría estar sonriendo por ello, pero, para todos los efectos, ella acababa de anunciar su embarazo. A tres personas que sabían muy bien que era una mentira, pero aún así, indicaba que haría lo que Richard había exigido de ella. Había ganado.

Pero no podía felicitarla.

—Disculpen—, dijo Iris, saliendo de la habitación.

Él se quedó helado. Y después—

—¡Espere!—

De alguna manera, volvió en sí, o al menos se recuperó lo suficiente para obligar a sus piernas a ponerse en movimiento. Salió de la habitación, muy consciente de que sus dos hermanas estaban boquiabiertas con él, como peces desembarcados. Gritó el nombre de Iris, pero a ella no se la veía ya. Su esposa era rápida, pensó Richard irónicamente. Eso, o ella estaba escondiéndose de él.

—¿Querida?—, gritó, sin importarle si toda la familia podía oírlo. —¿Dónde está?—

Miró en el salón, en la biblioteca. Maldita sea. Se suponía que tenía el derecho de hacer esto difícil para él, pero se estaba agotando el tiempo para hablar.

—Iris!— Llamó de nuevo. —¡Necesito hablar con usted!

Se puso de pie en el centro de la sala, frustrado más allá de toda medida. Frustrado, y también muy avergonzado. William, el más joven de los dos lacayos, estaba de pie en la puerta, observándolo.

Richard frunció el ceño, negándose a reconocer la situación.

Entonces William empezó a temblar.

Richard no podía dejar de mirarlo.

La cabeza de William empezó a inclinarse hacia la derecha.

—¿Estás bien?—, no pudo evitar preguntar Richard.

—Milady—, dijo William en un susurro. —Ella entró en la sala.—

—Ella no está allí ahora.—

William parpadeó. Dio unos pasos y asomó la cabeza en la habitación en cuestión. —El túnel—, dijo, volviéndose de nuevo hacia Richard.

—El. . . —Richard frunció el ceño, mirando por encima del hombro de William. —¿Crees que ella entró en uno de los túneles?—

—No creo que se fuera por la ventana—, replicó William. Se aclaró la garganta. —Sir—.

Richard entró en la sala, mirando con ojos brillantes el cómodo sofá azul. Se había convertido en uno de los lugares favoritos de Iris para leer; no es que ella se hubiera aventurado a salir fuera de su dormitorio en los últimos días. En la pared del fondo estaba el panel, hábilmente camuflado, que ocultaba la entrada a uno de los más utilizados túneles secretos de Maycliffe.—¿Estás seguro de que entró en la sala?—, le dijo a William.

El lacayo asintió.

—Entonces debe estar en el túnel, sí.— Richard se encogió de hombros, cruzando la habitación en tres zancadas. —Te lo agradezco, William,— dijo, con los dedos abriendo fácilmente el pestillo oculto.

—No fue nada, señor.—

—De todos modos—, dijo Richard con un movimiento de cabeza. Se asomó al pasillo, parpadeando en la oscuridad. Había olvidado el frío y la humedad que se sentía dentro de allí. —¿Iris?—, gritó. Era improbable que hubiera llegado muy lejos. Dudaba que ella hubiera tenido tiempo para encender una vela, y el túnel estaba negro como la noche, una vez que se alejaba de la casa.

No hubo respuesta, así que Richard encendió una vela, la colocó en una pequeña linterna, y entró en el pasadizo oculto. —¿Iris?—, llamó de nuevo. Seguía sin responder. Tal vez no había entrado en el túnel. Estaba enfadada, pero no era estúpida, y no iba a esconderse en un agujero a oscuras en el suelo sólo para evitarle.

Sosteniendo la linterna lo suficientemente baja como para iluminar el camino, dio un paso hacia delante, con cuidado. Los túneles Maycliffe nunca se habían cubierto con piedra, y el suelo era áspero y desigual, con rocas sueltas y hasta con alguna ocasional raíz de árbol serpenteando a través de ellos. Tuvo una repentina visión de Iris cayéndose, torciéndose el tobillo, o peor, golpeándose la cabeza...

—¡Iris!—, gritó una vez más, y esta vez se vio recompensado con un leve sonido, un cruce entre tos y sollozo. —Gracias a Dios—, respiró. Su alivio fue tan rápido y repentino ni siquiera pudo manejar su pesar por el hecho de que ella estaba, obviamente, tratando de no llorar. Dobló una esquina larga y poco profunda, y allí estaba ella, sentada en la tierra apisonada, acurrucada como una niña, con sus brazos rodeando sus rodillas.

—¡Iris!—, exclamó, cayendo a su lado. —¿Te caíste? ¿Estás herida? —

Su cabeza estaba enterrada en las rodillas, y no levantó la mirada mientras la movía en sentido negativo.

—¿Estás segura?— Tragó torpemente. La había encontrado; y ahora no sabía qué decir. Había estado magníficamente fresca y compuesta en la sala de desayunos; él podría haber argumentado con esa mujer. Podría haberle dado las gracias por haber aceptado ser la madre del niño de Fleur, podría haberle dicho que ya era hora de que hicieran planes. Por lo menos podría formar *palabras*.

Pero verla así, triste y acurrucada herméticamente... estaba perdido. Llevó una mano vacilante a su espalda y le dio unas palmaditas, dolorosamente consciente de que no querría consuelo del hombre que la había hecho tan miserable.

Ella no se apartó, sin embargo, y de alguna manera, eso hizo que Richard se sintiera aún más incómodo. Dejó la linterna en el suelo, a una distancia segura y se puso en cuclillas a su lado. —Lo siento—, dijo, consciente de que no tenía ni idea de por qué se estaba disculpando — había demasiadas transgresiones para elegir sólo una.

—Tropecé—, dijo de repente. Ella lo miró con ojos desafiantes. Ojos desafiantes y secos. —Me tropecé. Es por lo que estoy molesta. Porque tropecé—.

—Por supuesto.—

—Y estoy bien. No me duele nada—.

Él asintió con la cabeza lentamente, tendiéndole la mano. —¿Todavía puedo ayudarte a levantarte?—

Por un momento, ella no se movió. Richard vio, con la vacilante luz, como colocaba desafiante la mandíbula, y luego colocó su mano en la suya.

La puso de pie, empujándola hacia él. —¿Estás segura de que puedes caminar?—

—Le dije que no estaba lesionada—, dijo ella, pero había una calidad áspera, obligada en su voz.

Él no respondió, sólo metió la mano en el hueco de su brazo después de recuperar la linterna. —¿Te gustaría volver a la sala de estar o salir al aire libre?—, preguntó.

—Al exterior,— dijo ella, su barbilla temblorosa a través de su tono regio. —Por favor.—

Él asintió con la cabeza y la llevó hacia adelante. Ella no parecía estar cojeando, pero era difícil saberlo a ciencia cierta; se mantenía muy rígida. Habían caminado juntos muchas veces durante ese breve período que había llegado a considerar como su luna de miel; nunca la había sentido así, tan lánguida y quebradiza.

—¿Hemos llegado?—, preguntó.

—No.— Había oído sensación de atrapamiento en su voz. No le gustaba. —La salida está cerca del invernadero.—

—Lo sé.—

Él no se molestó en preguntar cómo. Tenían que ser los sirvientes; sabía que no había hablado con ninguno de sus hermanas. Había querido mostrarle los túneles, lo había estado esperando con ansias. Pero no había tenido tiempo. O, tal vez

no había buscado el tiempo. O no la obligó a ella a tomarse ese tiempo.

—Tropecé—, dijo de nuevo. —Hubiera salido si no hubiera tropezado.—

—Estoy seguro—, murmuró.

Se detuvo lo suficiente para que él tropezara. —¡Lo haría!—

—No estaba siendo sarcástico.—

Ella frunció el ceño, y luego miró hacia otro lado tan rápidamente que él supo que su ira era auto-dirigida.

—La salida está justo arriba, ahí delante—, dijo, y unos instantes después reanudaron el ritmo.

Ella hizo un gesto lacónico. Richard la llevó a lo largo de la recta final del túnel, y luego soltó su brazo para poder empujar y abrir la puerta del techo. Él siempre tenía que agacharse en esta parte del túnel. Iris, señaló con una irónica diversión, podría quedarse derecha, la parte superior de su rubia cabeza sólo rozando el techo.

—¿Es ahí arriba?—, preguntó Iris, mirando hacia la escotilla.

—Está algo inclinada—, respondió, trabajando en el mecanismo de enganche. —Desde fuera parece un cobertizo.—

Ella miró por un momento y luego dijo. —¿Se bloquea desde el interior?—

Apretó los dientes. —¿Podría sostener esto?—, preguntó, tendiéndole la linterna. —Necesito las dos manos.—

Sin decir palabra, tomó la linterna. Richard hizo una mueca cuando el pestillo pellizcó su dedo índice. —Es algo difícil—, dijo, finalmente dejándolo libre. —Se puede abrir desde cualquier lado, pero hay que saber cómo hacerlo. No es una puerta normal—.

—Hubiera quedado atrapada—, dijo con voz hueca.

—No, no te habrías quedado atrapada.— Él abrió la puerta, parpadeando cuando la luz del sol los atravesó. —Habrías dado la vuelta e irías de nuevo a la sala de estar.—

—Cerré la puerta también.—

—Es más fácil de abrir,— mintió. Se supone que tendría, con el tiempo, que mostrarle cómo hacerlo, por su propia seguridad, pero por ahora, dejaría que creyera que hubiera estado bien.

—Ni siquiera puedo huir adecuadamente—, murmuró.

Le tendió la mano para dirigirla hasta los bajos escalones. —¿Es eso lo que estabas haciendo? Huir? —

—Estaba buscando una salida.—

—Si ese es el caso, entonces hiciste un buen trabajo.—

Iris se volvió hacia él con una expresión inescrutable, luego hábilmente quitó su mano de la suya. La usó para dar sombra a los ojos, pero lo sintió como un rechazo.

—Usted no tiene que ser agradable conmigo—, dijo sin rodeos.

Sus labios se abrieron, y le llevó un momento ocultar su sorpresa. —No veo por qué no debería serlo.—

—¡Yo no *quiero* que sea amable conmigo!—

—Usted no —

—¡Usted es un monstruo!— Se puso un puño contra la boca, pero oyó el sollozo ahogado igualmente. Y luego, con una voz mucho menos intensa, dijo, —¿Por qué no puede actuar como uno y dejar que le odie?—

—No quiero que me odie,— dijo en voz baja.

—Esa no es su elección.—

—No,— estuvo de acuerdo.

Ella miró hacia otro lado, la moteada luz de la mañana jugando a lo largo de las intrincadas trenzas que llevaba como una corona. Era tan hermosa que dolía. Quería ir hacia ella, rodearla con sus brazos y susurrar tonterías contra su pelo. Quería que se sintiera mejor, y después se aseguraría de que nadie la lastimara de nuevo.

Eso, pensó cáusticamente, era un *honor* suyo.

¿Podría ella perdonarle alguna vez? ¿O al menos entenderlo? Sí, era una locura lo que le había pedido, pero lo había hecho por su hermana. Para protegerla. Seguramente Iris, entre todas las personas, podía entender eso.

—Me gustaría estar sola ahora—, dijo Iris.

Richard se quedó callado por un momento, antes de decir: —Si ese es su deseo.— Pero no se fue. Quería estar sólo un momento más con ella, incluso en silencio.

Ella lo miró como diciendo, ¿y ahora qué?

Se aclaró la garganta. —¿Puedo acompañarla a un banco?—

—No, gracias.—

—Yo podría—

—¡Para!— Ella se tambaleó hacia atrás, sosteniendo su mano como para protegerse de un espíritu maligno. —Deja de ser *agradable*. Lo que hiciste fue reprensible—.

—No soy un monstruo—, afirmó.

—Lo *eres*—, exclamó. —Tienes que serlo.—

—Iris, yo —

—¿No lo entiendes?—, preguntó. —No quiero que me gustes.—

Richard sintió un atisbo de esperanza. —Soy tu marido —, dijo. Se suponía que a ella le gustaría. Se suponía que debía sentir mucho más que eso.

—Si tú eres mi marido, es sólo porque me engañaste,— dijo ella en voz baja.

—No fue así—, protestó, aunque era *exactamente* así. Pero aunque fue así, él lo había *sentido* diferente, al menos un poco. —Tienes que entenderlo—, lo intento, —todo el tiempo... en Londres, cuando te estaba cortejando... Todas las cosas acerca de ti que te hicieron parecer una buena opción, fueron las cosas que me gustaron tanto de ti —.

—¿En serio?—, Dijo ella, y no sonaba sarcástica, sólo incrédula. —¿Le gusté por mi desesperación?—

—¡No!— Dios del cielo, ¿de qué estaba hablando?

—Yo sé por qué te casaste conmigo,— dijo con vehemencia. —Usted necesitaba a alguien que lo necesitara *a usted* aún más. Alguien que pudiera pasar por alto una propuesta sospechosamente apresurada y estuviera lo suficientemente desesperada para darle las *gracias* por pedirle su mano—.

Richard retrocedió. Odiaba esos pensamientos una vez que su mente los asimiló. No podía recordarlos pensando

específicamente en Iris, pero, ciertamente, los había tenido antes de conocerla. Habían sido la razón por la que había ido a la velada musical aquella primera fatídica noche.

Había oído hablar de las Smythe-Smith. Y *desesperada* era la misma palabra que había oído.

La denominación *desesperada* era lo que le había llevado a la velada.

—Necesitaba a alguien—, dijo Iris con devastadora tranquilidad —, que no tuviera que elegir entre usted y otro caballero. Necesitaba a alguien que tuviera que elegir entre usted y la soledad—.

—No—, dijo, sacudiendo la cabeza. —Eso no es —

—Lo fue!—, gritó ella. —Usted no puede decirme que —

—Tal vez al principio,— la interrumpió él. —Tal vez eso es lo que yo pensaba que estaba buscando —No, voy a ser sincero, eso es lo que estaba buscando. Pero ¿puede culparme? Tuve que —

—¡Sí!—, Exclamó. —Sí, le culpo. Yo era muy feliz antes de conocerle—.

—¿Lo era?—, dijo bruscamente. —¿Realmente lo era? —

—Lo suficientemente feliz. Tenía a mi familia, y tenía a mis amigos. Y tenía la posibilidad de encontrar algún día a alguien que — Sus palabras se rompieron, y se dio la vuelta.

—Una vez que te conocí—, dijo en voz baja, —pensé de otra manera.—

—No te creo.— Su voz era baja, pero sus palabras fueron duras y perfectamente enunciadas.

Se contuvo a sí mismo. Si se movía, si tan sólo extendía un dedo hacia ella, sabía que no iba a ser capaz de contenerse. Quería tocarla. Lo deseaba con un fervor que debería haberlo aterrorizado.

Esperó a que se diera la vuelta. Ella no lo hizo.

—Es difícil tener una conversación con una espalda.—

Sus hombros se tensaron. Ella se volvió hacia él con lenta intensidad, sus ojos brillando con furia. Quería odiarlo, podía verlo. Ella se estaba aferrando a eso. Pero, ¿por cuánto tiempo? Unos meses? ¿Toda la vida?

—Usted me eligió porque me compadecía,— dijo ella en voz baja.

Trató de no estremecerse. —Eso no fue así.—

—Entonces, ¿cómo fue?— Su voz se elevó con ira, y sus ojos se ensombrecieron. —Cuando me pidió que me casara con usted, cuando *tuvo* que besarme —

—¡Fue exactamente así!—, exclamó. —Yo ni siquiera iba a pedírselo. Nunca pensé que pudiera encontrar a alguien a quien pudiera pedírselo en tan poco tiempo—.

—Oh, gracias—, se atragantó, claramente ofendida por sus palabras.

—Eso no es lo que quise decir—, dijo con impaciencia. —Supuse que tendría que encontrar a la mujer adecuada y la puse en una situación comprometida.—

Iris le miró con tal decepción que era casi imposible de soportar. Pero él siguió hablando. Tenía que seguir hablando. Era la única manera de que pudiera llegar a entenderlo.

—No estoy orgulloso de eso—, dijo, —pero era lo que pensaba que tenía que hacer para salvar a mi hermana. Y antes de pensar lo peor de mí, nunca te he seducido antes del matrimonio.—

—Por supuesto que no—, dijo con una risa amarga. —No podía tener a su esposa y a su hermana embarazadas al mismo tiempo.—

—Sí... ¡No! Quiero decir, sí, por supuesto, pero eso no era lo que pasaba por mi cabeza. ¡Dios! Se pasó la mano por el pelo. —¿De verdad cree que me hubiera aprovechado de una inocente después de lo que le había pasado a mi propia hermana?—

Vio su garganta moviéndose. La vio luchando con sus propias palabras. —No,— dijo finalmente. —No. Sé que no lo haría—.

—Gracias por eso—, dijo secamente.

Ella se dio la vuelta de nuevo, abrazándose el cuerpo con sus brazos. —No quiero hablar con usted en este momento.—

—Estoy seguro de que no quiere, pero usted tendrá que hacerlo. Si no es hoy, entonces pronto—.

—Ya dije que iba a estar de acuerdo con su impío plan.

—

—No con esas palabras.—

Ella se giró de nuevo hacia él. —¿Va a hacerme decirlo en voz alta? ¿Mi pequeño anuncio en el desayuno no era suficiente? —

—Necesito tu palabra, Iris.—

Ella lo miró fijamente, y él no podía decir si era con incredulidad o con horror.

—Necesito su palabra porque confío en ella.— Se detuvo un momento para dejarla reflexionar sobre eso.

—Eres mi esposo—, dijo sin emoción. —Voy a obedecerle.—

—Yo no quiero que — se interrumpió.

—Entonces, ¿qué quiere?— exclamó ella. —¿Quiere que me guste esto? ¿Qué le diga que creo que estás haciendo lo correcto? Porque no puedo. Voy a mentirle a todo el mundo, al parecer, pero no voy a mentirle a usted. —

—Bastaría con que usted aceptará al bebé de Fleur—, dijo, a pesar de que no era así. Quería más. Él lo quería todo, y nunca tendría derecho a pedirlo.

—Bésememe—, dijo él, de manera impulsiva, tan de repente que incluso él no creía que lo hubiera dicho.

—¿Qué?—

—No le demandaré nada más—, dijo. —Pero ahora, sólo por esta vez, bésememe.—

—¿Por qué?—, Preguntó.

Él la miró sin comprender. ¿Por qué? ¿Por qué? —
¿Tiene que haber una razón?—

—Siempre hay una razón—, dijo con una estrangulada y tranquila voz. —Debo estar loca, por haberme permitido misma olvidar eso.—

Él sintió que sus labios se movían, tratando y no encontrando las palabras. No tenía nada, ni siquiera dulce poesía para hacerla olvidar. El viento de la mañana se extendió por todo su rostro, y vio como una horquilla de su cabello se liberó de la trenza, capturando la luz del sol hasta que brilló como el platino.

¿Cómo podía ser tan hermosa? ¿Cómo no lo había visto antes?

—Deme un beso—, dijo de nuevo, y esta vez se sentía como un mendigo.

No le importaba.

—Tú eres mi marido—, dijo Iris de nuevo. Ardían los ojos en los suyos. —Voy a obedecerle.—

Fue el más feroz de golpes. —No digas eso,— dijo entre dientes.

Su boca se apretó en una línea desafiante.

Richard acertó la distancia entre ellos, su mano empujando hacia adelante para agarrarle el brazo, pero en el último momento se quedó quieto. Poco a poco, suavemente, se acercó a tocarle la mejilla.

Ella estaba muy rígida, él pensó que podría romperse, y después, oyó algo —un diminuto susurro de aliento, un pequeño sollozo de aquiescencia — y se dio la vuelta, lo que permitió que su mano le acunara la mejilla.

—Iris—, susurró.

Ella levantó sus ojos hacia él; pálidos, azules, e increíblemente tristes.

No quería hacerle daño. Quería acariciarla.

—Por favor,— susurró, sus labios rozando con la suavidad de una pluma sobre los de ella. —Déjame besarte.—

Capítulo Veintiuno

¿Besarlo?

Iris casi se echó a reír. La sola idea de que la besara la había consumido en los últimos días, pero no así. No cuando ella tenía mojadadas y polvorientas las mejillas, y el codo herido de cuando había tropezado con sus propios pies porque ni siquiera podía huir con dignidad. No cuando él no había dicho ni una palabra de reproche en el túnel, y estaba siendo tan sangrantemente bondadoso.

¿Besarlo?

No había nada que ella quisiera más. O menos. La ira era lo único que la sostenía, y si la besaba... si *ella* lo besaba...

Él la haría olvidar. Y entonces se perdería a sí misma, una vez más.

—Te he echado de menos—, murmuró, y su mano fue muy cariñosa y cálida sobre su mejilla.

Debía apartarse. Sabía que debería, pero no se atrevía a moverse. No existía nadie en ese momento, sólo ella y él y la forma en que la miraba como si fuera el aire que respiraba.

Él era un actor consumado; ahora lo sabía. No le había engañado por completo, —sintió algo de orgullo ante el hecho de que había sabido que estaba ocultando algo—, pero había sido lo suficientemente bueno para hacerle pensar que podría enamorarse de él. Y por todo lo que sabía, él estaba fingiendo ahora.

Tal vez él no la quería. Tal vez todo lo que quería era su conformidad.

Pero no estaba segura de que importara. Porque ella lo quería a él. Ella quería el roce de sus labios y el suave roce de su aliento en la piel. Quería el *momento*. Aquel sagrado y expectante momento antes de que se tocaran, cuando sólo se miraban fijamente.

Con necesidad.

Con anticipación. Era casi mejor que un beso. El aire entre ellos era pesado y expectante, caliente y espeso por el calor de su aliento.

Iris se mantuvo quieta, esperando a que él la abrazara, la besara y le hiciera olvidar, aunque sólo fuera por un momento, que era la tonta más grande del mundo.

Pero no lo hizo. Estaba como una estatua, sin dejar de mirarla con sus oscuros ojos. Él iba a hacer lo que ella le dijera, se dio cuenta. No quería besarla hasta que ella no le diera permiso.

Hasta que admitiera su deseo.

—No puedo,— susurró ella.

No dijo una palabra. Él ni siquiera se movió.

—*No puedo*,— dijo de nuevo, casi ahogándose con la corta frase. —Ya le he dado todo.—

—No todo— le recordó Richard.

—Oh, sí.— Casi se rió ante la ironía. —Ha dejado mi inocencia intacta. Muy amable de su parte—.

Se alejó. —Oh, por el amor de Dios, Iris, usted sabe por qué —

—Para—, intervino ella. —Déjalo. ¿No lo entiende? No quiero seguir con esta conversación—.

Y ella no siguió. Sólo trataba de explicarse, y ella no quería escucharlo. Le dijo que no había tenido otra opción, que estaba actuando por amor a su hermana. Y tal vez todo eso era cierto, pero Iris seguía condenadamente *enfadada*. No se merecía su perdón. No se merecía su comprensión.

Él la había humillado. No le daría la oportunidad de convencerla y que su furia se fuera.

—Es sólo un beso—, dijo él en voz baja, pero él no era tan ingenuo. Tenía que saber que era más que un beso.

—Tomaste mi libertad—, dijo ella, odiando cómo su voz temblaba de emoción. —Tomaste mi dignidad. Usted no se va a quedar con respeto por mí misma—.

—Usted sabe que no era mi intención. ¿Qué puedo hacer para hacer que lo entienda?—

Iris sacudió la cabeza con tristeza. —Tal vez después... —Ella bajó la mirada hacia su vientre, su vientre vacío

escondido debajo de la ropa. —Tal vez me enamoraré del bebé de Fleur. Y tal vez decida que valió la pena, incluso que era el plan de Dios. Pero en este momento... —Tragó saliva, tratando de encontrar en su corazón compasión por un niño totalmente inocente de todo. ¿Era ella tan antinatural que ni siquiera podía manejar esto? O tal vez no era más que una egoísta, demasiado afectada por la manipulación de Richard como para reflexionar sobre lo que podría ser el bien máximo.

—En este momento,— dijo en voz baja, —no puedo hacerlo.—

Dio un paso hacia atrás. Se sentía como si estuviera cortando una cuerda en dos. Se sintió poderosa. E infinitamente más triste.

—Usted debe hablar con su hermana,— dijo ella.

Sus ojos se movieron hacia la de ella.

—A menos que usted finalmente tenga ya su aceptación —, dijo Iris, respondiendo a su pregunta no formulada.

Richard parecía vagamente perturbado mientras le planteaba esta cuestión. —Fleur no ha hablado conmigo sobre eso desde el día de su llegada.—

—¿Y usted percibe su aquiescencia?— Realmente, los hombres podían ser muy estúpidos.

Frunció el ceño.

—Yo no estaría tan segura de que ella haya cambiado su forma de pensar,— le dijo ella.

Richard la miró bruscamente. —¿Ha hablado con ella? —

—Sabe muy bien que no he hablado con nadie.—

—Entonces, tal vez no debe especular—, dijo, con una voz que Iris encontró que era indecorosamente insolente.

Se encogió de hombros. —Tal vez no.—

—Usted no conoce a Fleur—, insistió. —Su interacción se ha limitado a una sola conversación.—

Iris puso los ojos en blanco. —Conversación— no era la palabra que habría utilizado para describir esa horrible escena en el dormitorio de la flor. —No sé por qué está tan decidida a quedarse con el bebé—, dijo Iris. —Tal vez es el tipo de cosa que sólo una madre puede entender.—

Él se estremeció.

—No lo interprete como un golpe—, le informó Iris fríamente.

Los ojos de Richard encontraron con los suyos, y luego murmuró, —Perdóneme—.

—De todos modos,— continuó Iris: —No creo que usted deba considerarlo como seguro hasta que Fleur le dé su consentimiento expreso.—

—Ella lo hará.—

Iris alzó las cejas, dubitativa.

—Ella no tiene otra opción.—

Una vez más, era *estúpido*. Ella le dirigió una mirada de lástima. —Así que usted piensa eso.—

Él la miró, evaluando sus palabras. —Usted no está de acuerdo?—

—Ya sabes que yo no apruebo su plan. Pero eso importa poco—.

—Quiero decir—, dijo entre dientes, —¿cree que ella puede criar al bebé por su cuenta?—

—No importa lo que pienso—, dijo Iris, aunque en esto, ella estuvo de acuerdo con él. Fleur estaba loca por pensar que podía soportar las dificultades y el desprecio que ella sufriría como madre soltera. Casi tan loco como Richard por pensar que podía hacer pasar a su hijo como suyo y que no conllevara infelicidad más tarde. Si se trataba de una niña, podrían hacer que funcionara, pero si Fleur tuviera un niño...

Estaba claro que tenían que encontrarle a la chica un marido. Iris aún no entendía por qué nadie más parecía verlo así. Fleur se negaba rotundamente a considerar el matrimonio, y Richard seguía diciendo que no había nadie adecuado. Pero Iris tenía problemas para creerlo. Tal vez ellos no tuvieran los fondos para comprar a Fleur un marido bien relacionado que estuviera dispuesto a aceptar a su hijo, pero ¿por qué no podría casarse con un vicario? ¿O con un soldado? O incluso con un comerciante.

No era el momento para esnobismos.

—Lo que importa,— continuó Iris, —es lo que piensa Fleur, y ella quiere ser madre.—

—Estúpida, estúpida muchacha,— dijo Richard con dureza, las palabras como un silbido amargo en los labios.

—No puedo estar en desacuerdo ahí—, dijo Iris.

Él la miró con sorpresa.

—Usted no se casó con un modelo de caridad y perdón cristiano—, dijo con sarcasmo.

—Al parecer, no.—

Iris se quedó en silencio por un momento y luego dijo, casi respetuosamente, —Con todo, voy a apoyarla. Y voy a quererla como a una hermana—.

—¿Cómo lo haces con Daisy?—, bromeó.

Iris lo miró. Luego se echó a reír. O tal vez resoplara. De cualquier manera, era indiscutiblemente un sonido de humor, y llevó una de sus manos a la boca, apenas capaz de creerse a sí misma. —A mí me gusta Daisy—, dijo, colocando la mano de nuevo en la superficie plana de la clavícula. —De verdad—.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Richard. —Usted tiene mayor capacidad de caridad y perdón de la que cree.—

Iris volvió a resoplar. Daisy *era* desconcertante.

—Si Daisy le ha dado un motivo para sonreír,— dijo suavemente, —entonces debo amarla también.—

Iris lo miró y suspiró. Parecía cansado. Sus ojos siempre habían estado hundidos, pero las ojeras estaban ahora muy pronunciadas. Y las arrugas en las esquinas... las que se formaban alegremente cuando sonreía... ahora eran ranuras cansadas.

Esto no había sido fácil tampoco para él.

Ella miró hacia otro lado. No quería sentir simpatía.

—Iris—, dijo Richard: —Yo sólo quería — *Maldición*.

—¿Qué pasa?— Ella se dio la vuelta, siguiendo su mirada hacia el camino de la casa. —Oh. . —

Fleur se acercaba, avanzando hacia ellos con pasos airados.

—No se la ve contenta—, dijo Iris.

—No, no lo parece—, dijo Richard en voz baja, y luego suspiró. Era un sonido triste, agotado, e Iris maldijo a su propio corazón por romperse.

—¿Cómo te atreves!—, exclamó Flor, tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca para ser escuchada. Dos pasos más y estuvo claro a quién ellos estaba acusando.

Iris.

—¿Qué diablos cree que *estaba* haciendo en el desayuno?— exigió Fleur.

—Comer,— replicó Iris, aunque eso apenas era verdad. Se había sentido tan aterrorizada, sabiendo que estaba a punto de comprometerse con la mentira más grande de su vida que apenas había sido capaz de comer nada.

Fleur frunció el ceño. —Usted creía hacer lo correcto y anunció que está embarazada.—

—Yo he hecho lo correcto y lo he anunciado—, dijo Iris. —Pensé que era lo que tenía que hacer.—

—Yo no le voy a dar el bebé,— Fleur hervía de furia.

Iris se volvió hacia Richard con una mirada que claramente decía que era su problema.

Fleur se interpuso entre ellos, prácticamente escupiendo a Iris con su rabia. —Mañana anunciará que ha abortado.—

—¿A quién?— replicó Iris. Únicamente la familia estaba en la habitación cuando ella había hecho su críptica declaración.

—Ella no va a hacer tal cosa,— espetó Richard.— ¿Te queda algo de compasión? ¿Tienes noción de todo lo que tu nueva hermana está haciendo por ti? —

Iris se cruzó de brazos. Ya era hora de que alguien reconociera su sacrificio.

—Yo no se lo pedí,— protestó Fleur.

Pero Richard fue implacable. —No estás pensando con claridad.—

Fleur se quedó sin aliento. —Eres el más condescendiente y odioso—

—Soy tu hermano!—

—No eres mi guardián.—

El tono de Richard se convirtió en hielo. —La ley lo ve de otro modo.—

Fleur retrocedió como fulminada. Pero cuando habló, lo hizo con toda la intensidad de la ebullición. —Perdóname si tengo dificultad para confiar en tu sentido del deber.—

—¿Qué demonios se supone que significa eso?—

—Nos *dejaste*—, gritó Fleur. —Cuando padre murió. Te fuiste—.

El rostro de Richard, que había estado rojo de furia, de repente se puso blanco.

—No podías esperar para deshacerse de nosotras,— continuó Fleur. —Padre ni siquiera estaba frío en su tumba cuando ya nos habías empacado y enviado a vivir con la tía Milton.—

—Yo no podía cuidar de vosotras—, dijo Richard.

Iris se mordió el labio, mirándolo con cautelosa preocupación. Su voz era temblorosa, y parecía. . .

Destrozado. Parecía totalmente *destrozado*, como si Fleur hubiera encontrado la profunda y enconada herida de su alma y metió el dedo en ella.

—Podrías haberlo intentado,— susurró Fleur.

—Hubiera fracasado.—

La boca de Fleur se apretó. O tal vez se estremeció. Iris no sabía lo que estaba sintiendo.

La garganta de Richard trabajó, y pasaron varios segundos antes de que hablara. —¿Crees que me siento orgulloso de mi comportamiento? He pasado cada momento de los últimos años tratando de compensaros por ello. Padre podría haber ido después de la muerte de mamá. Y yo — — Juró, pasándose la mano por el pelo mientras se giraba. Cuando continuó, su voz era más uniforme. —Estoy constantemente tratando de ser un hombre mejor del que soy, un hombre mejor de lo que él *era*.—

Iris sintió que sus ojos se abrían como platos.

—Me siento brutalmente desleal, y ——— Richard se detuvo de repente.

Iris se quedó inmóvil. Fleur, también. Era casi como si la falta de movimiento de Richard fuera algo contagioso, y todos ellos se quedaron allí, tensos y expectantes.

—No se trata de Padre,— dijo finalmente Richard. —Y no se trata de mí tampoco.—

—Precisamente por eso debe ser mi decisión—, dijo Fleur bruscamente.

Oh, Fleur, pensó Iris con un suspiro. Había sacado las garras justo cuando las cosas estaban empezando a asentarse.

Richard miró a Iris, vio su postura abatida, y luego se volvió hacia su hermana con ojos furiosos. —Mira lo que has hecho—, espetó.

—¿Yo?— gritó Fleur.

—Sí, tú. Tu comportamiento ha sido tremendamente egoísta. ¿No te das cuenta de que podría tener que entregar Maycliffe al hijo de William Parnell? ¿Tienes alguna idea de lo aborrecible que me parece eso? —

—Dijiste que te gustaría tener al niño,— dijo Iris en voz baja, —independientemente de su filiación.—

—Lo haré,— Richard prácticamente explotando. —Pero eso no quiere decir que sea fácil. Y ella —señaló con el brazo a Fleur— no está ayudando—.

—Yo no te lo pedí!—, exclamó Fleur. Su voz temblaba, pero no sonaba ya con tanta rabia. Sonaba, se dio cuenta Iris, como una mujer a punto de romperse.

—Es suficiente, Richard,— anunció repentinamente Iris.

Se volvió hacia ella con desconcierto, irritado. —¿Qué? —

Iris puso su brazo alrededor de Fleur. —Ella tiene que acostarse.—

Fleur dejó escapar unos miserables jadeos y luego se desplomó contra Iris, sollozando.

Richard miró estupefacto. —Ella me estaba gritando a mí—, le dijo a nadie en particular. Y luego a Fleur, —Me estabas gritando.—

—Vete,— sollozó Fleur, sus palabras haciéndose eco a través del cuerpo de Iris.

Richard las miró a los dos un largo momento, luego maldijo entre dientes. —Ahora está de su lado, ya veo.—

—No hay *lados*—, dijo Iris, a pesar de que no tenía ni idea de a cuál de ellas se refería al decir que estaba en el lado

contrario. —¿No lo entiende? Esta es una situación horrible. Para todo el mundo. Nadie va a quedar con el corazón intacto—.

Sus ojos se encontraron; no, sus ojos chocaron, y Richard, finalmente, giró sobre sus talones y se alejó. Iris lo vio desaparecer por la cuesta, dejando escapar el aliento en un inestable y largo silbido.

—¿Estás bien?—, le preguntó a Fleur, que seguía hipando en sus brazos. —No, no me lo digas. Por supuesto que no estás bien. Ninguno de nosotros lo está—.

—¿Por qué no me escucha?— susurró Fleur.

—Él cree que está actuando para tu propio bien.—

—Pero no es así.—

Iris contuvo el aliento, tratando de mantener la voz cuando dijo, —Ciertamente no está actuando en su propio beneficio.—

Fleur se apartó y la miró. —Ni en el tuyo.—

—Ciertamente, tampoco en el mío—, dijo Iris, asintiendo, de forma caustica al mismo tiempo.

La boca de Fleur se aplastó en una hosca línea. —Él no me entiende.—

—Yo tampoco,— admitió Iris.

Fleur le llevó la mano a su plano abdomen. —Lo amo, —lo siento, yo amé al padre. El bebé nace de ese amor. Simplemente no puedo renunciar a él—.

—¿Tú lo amabas?—, Preguntó Iris. ¿Cómo era posible? Si ni siquiera la mitad de lo que dijo Richard era cierto, William Parnell había sido una persona terrible.

Fleur miró hacia sus pies, murmurando: —Es difícil de explicar.—

Iris se limitó a sacudir la cabeza. —Ni siquiera lo intentes. Venga, ¿estamos de acuerdo en volver a la casa? —

Fleur asintió, y empezaron a caminar. Después de unos minutos, dijo, completamente sin fervor, —Todavía te odio, ya lo sabes.—

—Lo sé—, dijo Iris. Ella extendió la mano y le dio a la mano de la joven un apretón. —Yo también te odio todavía, a veces.—

Fleur la miró con una expresión casi esperanzada. —¿Lo haces?—

—A veces—. Iris se agachó y arrancó una brizna de hierba. Se la puso entre sus pulgares, tratando de hacer un silbato. —Realmente no quiero tener a tu bebé, ya lo sabes.—

—No puedo imaginar por qué lo haría.—

Volvieron a caminar, Iris tomar unos seis pasos antes de decir: —¿No me vas a preguntar por qué lo estoy haciendo?—

Fleur se encogió de hombros. —No importa, ¿no?—

Iris pensó en eso por un momento. —No, supongo que no.—

—Sé que tienes buenas intenciones.—

Iris asintió con aire ausente, manteniendo el ritmo de la colina.

—¿No vas a preguntarme las razones?—, Preguntó Fleur.

Iris volvió la cabeza bruscamente. —¿Eso quiere decir que las darías?—

Los labios de Fleur se presionaron malhumorados.

—Supongo que lo haré,— capituló finalmente Iris. —Voy a confesar que encuentro sus motivos totalmente desconcertantes, pero supongo que tienes buenas razones.—

—Yo no quiero casarme con un extraño.—

—Yo lo hice.—

Fleur se detuvo en seco.

—Bueno, casi extraño, de todos modos,— concedió Iris.

—Usted no estaba embarazada de otro hombre.—

¡Dios mío, la chica era exasperante. —Nadie está diciendo que usted deba engañar a su novio,— le dijo Iris. —Estoy segura de que hay alguien que va a aprovechar la oportunidad de relacionarse con Maycliffe.—

—Y deberé obligarme a sentirme *agradecida* por el resto de mi vida—, dijo Fleur amargamente. —¿Has pensado en eso?—

—No—, dijo Iris en silencio. —No lo hice.—

Llegaron a la orilla del césped oeste, e Iris miró hacia el cielo. Todavía estaba nublado, pero las nubes habían adelgazado. El sol podría todavía hacer acto de presencia. — Me voy a quedar afuera—, dijo.

Fleur miró hacia arriba, también. —¿No vas a necesitar un chal?—

—Sí, supongo que lo haré.—

—Puedo hacer que una de las criadas le baje uno.—

Era un claro gesto de amistad como jamás le había visto Iris. —Eso sería de gran ayuda, gracias.—

Fleur asintió y entró en la casa.

Iris se acercó al banco y se sentó, esperando a que el sol saliera.

Capítulo Veintidos

AL CAER LA NOCHE Iris estaba algo más a gusto. Había pasado el resto del día sola, no sintiendo el más mínimo remordimiento por elegir cenar en su habitación. Después de las interacciones de la mañana con Richard y con Fleur, pensó que se había ganado muy bien el derecho a abstenerse de conversación alguna durante un día o dos. Todo el intercambio de argumentos había sido agotador.

Pero el sueño le resultó difícil de alcanzar, por muy cansada que se sintiera y en algún momento después de la medianoche se rindió de intentarlo, apartó las sábanas, y cruzó el dormitorio hasta el pequeño escritorio que Richard había traído la semana anterior.

Miró la pequeña selección de libros apoyados en el escritorio. Los había terminado, a todos ellos, excepto el de la historia de Yorkshire, ya que se había negado obstinadamente a mostrar el más mínimo interés, ni siquiera por el capítulo sobre la Guerra de las Dos Rosas. Cómo había manejado el autor este tema para no hacerlo aburrido, no lo sabía, pero había renunciado a averiguarlo.

Con la recopilación de libros en sus brazos, metió los pies en sus zapatillas de noche y se dirigió a la puerta. No despertaría a nadie si iba de puntillas a la biblioteca.

Hacía tiempo que los sirvientes se habían retirado, y la casa estaba muy tranquila. Aún así, Iris entró suavemente, agradecida por las suaves alfombras que amortiguaba sus pasos. En el hogar donde había nacido, cada tabla crujía y la bisagra de cada puerta chirriaba. No había tenido aún la oportunidad de saber si pasaba lo mismo en Maycliffe.

Hizo una pausa en su camino, con el ceño fruncido. No estaba bien. Tenía que dejar de pensar en la casa de sus padres como su casa. Maycliffe era ahora su casa. Tenía que acostumbrarse a eso.

Suponía que estaba empezando a sentirla así, al menos un poco. Incluso con todo el drama —y cielos, había *mucho* drama— Maycliffe estaba empezando a asentarse en su corazón. El sofá del salón era ahora *su* sofá, no había duda sobre eso, y ya se había acostumbrado a la inimitable canción

de los pájaros de vientre amarillo que anidaban cerca de su ventana. Ella no estaba segura de cómo se llamaban, sólo sabía que no los tenían en Londres.

Ella estaba empezando a sentirse como en casa, por extraño que pareciera. En casa, con un marido que no se acostaba con ella, una hermana que la odiaba (a veces) por tratar de salvarla de la ruina, y otra hermana que. . . quien. . .

Pensó en ella. En realidad no tenía mucho que decir sobre Marie-Claire. Iris no había compartido con ella más de dos palabras desde el primer día. Debería rectificar eso. Sería bueno si, al menos una de las hermanas de Richard, (a veces) no la viera como la reencarnación del demonio.

En la parte inferior de las escaleras, Iris giró a la derecha, hacia la biblioteca. Estaba al final del pasillo, más allá de la sala de dibujo y del estudio de Richard. A ella le gustaba su estudio, decidió. No había tenido recientemente muchas ocasiones de entrar en el santuario masculino, pero era cálido y confortable y con la misma vista al sur que tenía desde su dormitorio.

Se paró un instante para ajustar mejor el candelabro y luego entrecerró los ojos. ¿Había una luz al final del pasillo, o era su propia vela, lanzado sombras burlonas y engañosas? Se quedó quieta, incluso contuvo la respiración y se movió hacia delante, dando un silencioso paso.

—¿Iris?—

Se quedó paralizada. No había nada que hacer. Se empujó a sí misma hacia delante y miró dentro del estudio de Richard. Estaba sentado en una silla junto a la chimenea, con un vaso medio lleno de algún licor en la mano.

Inclinó la despeinada cabeza en su dirección. —Pensé que podría ser usted.—

—Lo siento. ¿Le molesté? —

—No, en absoluto—, dijo, sonriendo hacia ella desde su cómodo lugar. Iris pensó que podría estar un poco borracho. Era muy raro en él no levantarse cuando una dama entraba en una habitación.

También era un poco extraño que él sonriese. Después de cómo se habían separado y todo lo demás.

Aferró su pequeña pila de libros contra el pecho. — Estaba buscando algo para leer,— dijo, señalando hacia la biblioteca.

—Lo había supuesto—.

—No podía dormir—, dijo.

Se encogió de hombros. —Yo tampoco—

—Sí, ya veo.—

Su boca se curvó en una media sonrisa perezosa. — Nosotros dos, verdaderamente somos unos ingeniosos conversadores.—

Iris dejó escapar una risita. Por extraño que pudiera parecer, encontraban su buen humor de nuevo, ahora que la casa entera estaba en la cama. O tal vez no era tan extraño. Había estado en un estado de ánimo contemplativo todo el día, desde su acercamiento inesperado a Fleur. No se habían puesto de acuerdo en nada, no realmente, pero pensó Iris que, a pesar de ello, habían sido capaces de encontrar algo bueno una en la otra.

Seguramente podría encontrar algo parecido con Richard.

—Un penique por sus pensamientos,— dijo el hombre en cuestión.

Iris lo miró con las cejas arqueadas. —Tengo suficientes monedas de un penique, gracias.—

Se llevó la mano al corazón. —Herido! Y con una moneda. —

—Sin la moneda, en realidad,— le corrigió Iris. Esas cosas nunca podían dejarse pasar.

Sonrió.

—Es importante ser preciso en todas las cosas,— dijo ella, pero estaba sonriendo también.

Se rió, y entonces levantó su vaso. —¿Quiere beber?—

—¿Qué es?—

—Whisky—.

Iris parpadeó sorprendida. Nunca había oído hablar de un hombre que ofreciera a una mujer un sorbo de whisky.

De pronto, a ella le apetecía probarlo.

—Sólo un poco—, dijo, poniendo sus libros sobre una mesa. —No sé si me va a gustar.—

Richard se rió entre dientes mientras servía un dedo de líquido ámbar en un vaso. —Si no le gusta éste, es que no le gusta el whisky.—

Le dirigió una inquisitiva mirada mientras se sentaba en la silla de respaldo recto, frente a él.

—Es el mejor que existe—, dijo sin pudor. —Realmente, no es difícil conseguirlo aquí, tan cerca de Escocia como estamos.—

Ella bajó la mirada hacia su vaso y bebió un pequeño sorbo. —No sabía que era un gran experto.—

Se encogió de hombros. —Parece que estoy bebiendo mucho últimamente.—

Iris miró hacia otro lado.

—Dicen que es por sentirse culpable.— Hizo una pausa, presumiblemente para beber un trago. —Créame cuando digo que sé que todo esto es un lodazal de mi propia creación.—

—Y de Fleur—, dijo Iris suavemente.

Sus ojos se encontraron con los de ella, las comisuras de los labios hacia arriba. Sólo un poco. Sólo lo suficiente para darle las gracias por reconocer que no sólo era culpa suya. —Y de Fleur—, estuvo de acuerdo.

Se sentaron en silencio durante varios minutos, Richard vaciando su vaso de whisky mientras Iris sorbía con cuidado de él. A ella le gustaba, decidió. Producía calor y frío al mismo tiempo. ¿De qué otra manera se podría describir algo que ardía hasta hacerte temblar?

Pasó más tiempo mirando a su bebida que a su marido, lo que le permitía estudiar su cara sólo cuando sus ojos se cerraban y apoyaba la cabeza contra el respaldo de la silla. ¿Estaba dormido? No lo creía. Nadie podía conciliar el sueño tan rápidamente, especialmente en posición vertical.

Llevó la copa a sus labios, probando a tomar un sorbo grande. Bajó aún con más problemas, aunque eso podría ser el resultado de todo el whisky que había bajado antes.

Richard aún tenía los ojos cerrados. Definitivamente, no estaba dormido, decidió. Sus labios estaban apretados y relajados, y se dio cuenta de que reconocía esa expresión. Lo hacía cuando estaba pensando. Bueno, por supuesto que siempre estaba pensando, eso es lo que hacían los seres

humanos; pero lo hacía cuando estaba pensando en algo particularmente irritante.

—¿Soy una mala persona?—, preguntó, siguiendo con los ojos cerrados.

Los labios de Iris se abrieron por la sorpresa. —Por supuesto que no.—

Dejó escapar un pequeño suspiro y finalmente abrió los ojos. —Yo no lo pienso así.—

—Usted no lo es—, dijo de nuevo.

Él la miró durante un largo momento, y luego asintió. —Es bueno saberlo.—

Iris no estaba segura de qué decir a eso, así que tomó otro sorbo de whisky, inclinándose hacia atrás para conseguir las últimas gotas.

—Más?— Richard preguntó, sosteniendo la jarra.

—Probablemente no debería—, dijo ella, pero ella le tendió el vaso todos iguales.

Se sirvió, esta vez con dos dedos.

Miró a su copa, manteniéndola a la altura de los ojos. —¿Esto me emborrachará?—

—Probablemente no.— Él inclinó la cabeza, torciendo la boca como si estuviera haciendo aritmética mentalmente. —Pero supongo que podría hacerlo. Usted es pequeña. ¿Se ha comido la cena? —

—Lo hice.—

—Entonces usted debe estar bien.—

Iris asintió y volvió a mirar el vaso, moviéndolo un poco. Bebieron en silencio durante un minuto, luego dijo: —No debe pensar que es una mala persona.—

Él arqueó una ceja.

—Estoy enormemente enfadada con usted, y creo que está cometiendo un error, pero entiendo sus motivos.— Ella miró su whisky, momentáneamente hipnotizada por la forma en que parecía parpadear y brillar a la luz de las velas. Su voz, cuando la encontró de nuevo, era pensativa. —Nadie que ame tanto a sus hermanas podría ser nunca una mala persona.—

Se quedó callado por un momento, y dijo —Gracias.—

—Le honra, supongo, que esté dispuesto a hacer un sacrificio tan grande.—

—Espero—, dijo en voz baja, —no sentirlo como un sacrificio cuando que tenga al bebé en mis brazos.—

Iris tragó. —Yo espero lo mismo.—

De repente, se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. La posición puso su cabeza más baja que la de ella, y la miró a través de sus gruesas pestañas oscuras. —Realmente lo siento, ya lo sabe.—

Ella no dijo nada.

—Siento lo que me he visto obligado a hacer—, aclaró innecesariamente. —Probablemente ya no importe, pero temía decírselo.—

—Lo creo,— replicó ella antes de pensar en moderar su tono. Por supuesto que lo temería. ¿Quién en la tierra disfrutaría de una cosa así?

—No, lo que quiero decir es que sabía que me odiaría.— Cerró los ojos. —No era el relato lo que temía. Realmente ni siquiera pensé en el relato exactamente. Simplemente no quería que me odiara—.

Ella suspiró. —Yo no le odio.—

Miró hacia arriba. —Debiera.—

—Bueno, lo hice. Durante unos días, por lo menos. —

Él asintió con la cabeza. —Eso es bueno.—

Iris no pudo evitar sonreír.

—Sería bastante grosero de mi parte negarlo—, dijo con ironía.

—¿Mi enfado?—

Levantó su copa. ¿Un brindis? Podríamos hacerlo. — Usted se lo merece—, dijo.

Iris asintió lentamente, y pensó, *qué demonios*, y levantó también su copa.

—¿Qué estamos celebrando?—, preguntó.

—No tengo ni idea.—

—Muy bien.— Inclinó la cabeza. —A su salud, entonces.—

—Mi salud—, dijo Iris con una risa ahogada. ¡Dios mío, qué ironía!

—Seguramente será el embarazo menos peligroso de la historia—, comentó ella.

Sus ojos se encontraron con un destello de sorpresa, y luego sus labios se curvaron en una media sonrisa. —No habrá fiebre puerperal para usted,— estuvo de acuerdo.

Tomó un sorbo de su whisky. —Voy a recuperar mi figura a una velocidad sobrenatural.—

—Las demás damas estarán envidiosas—, dijo solemnemente.

Iris rió, cerrando los ojos brevemente con alegría antes de volver a mirar la cara de Richard. Él la estaba observando, estudiándola casi, y su expresión... no era cariñosa o lujuriosa, era justo...

Agradecida.

Miró hacia abajo, preguntándose por qué esa gratitud le pareció tan decepcionante. Él *debería* estar agradecido por todo lo que estaba haciendo, y, sin embargo...

No se sentía bien.

No lo consideraba suficiente.

Ella giró su whisky. No quedaba mucho.

La voz de Richard, cuando lo oyó, era suave y triste en la oscuridad. —¿Qué vamos a hacer, Iris?—

—¿Hacer?—

—Tenemos toda una vida de matrimonio delante de nosotros.—

Iris se quedó mirando su bebida. ¿Le estaba pidiendo que lo perdonara? No estaba segura de estar preparada para hacerlo. Y, sin embargo, de alguna manera sabía que lo haría. ¿Era eso lo que significaba enamorarse? Que iba a perdonar lo imperdonable? Si algo así le hubiera sucedido a una de sus hermanas o primas, Iris nunca habría perdonado al marido, nunca.

Pero era Richard. Y ella lo amaba. Al final, eso era lo único que importaba.

Al final.

Sin embargo, quizás no.

Soltó un pequeño resoplido. ¿Qué era ella? Sabía que lo *perdonaría*, pero se negaba a hacerlo por el momento. No se trataba de hacerle sufrir. Ni siquiera de guardar rencor. No estaba preparada. Él había dicho que merecía su ira, y tenía razón.

Ella miró hacia arriba. Él la estaba observando pacientemente.

—Estará bien—, dijo. Eso era todo lo que podía dar. Esperaba que lo entendiera.

Él asintió con la cabeza, y luego se puso de pie y le tendió la mano. —¿Puedo acompañarla a su habitación?—

Una parte de ella anhelaba el calor de su cuerpo, cerca de ella, aunque sólo fuera el toque de su mano en el brazo. Pero no quería hacer nada con él. Al menos, no esta noche. Le ofreció una sonrisa pesadosa mientras se levantaba. —No creo que sea una buena idea.—

—Entonces, ¿puedo acompañarla hasta la puerta?—

Los labios de Iris se separaron mientras le miraba a la cara. La puerta estaba a apenas tres metros de distancia. El gesto era absolutamente innecesario, y sin embargo, no pudo resistirse. Colocó su mano en la suya.

Él le dio un pequeño apretón y luego levantó su mano unos centímetros, como si fuera a llevar sus dedos a los labios. Luego pareció cambiar de opinión, y en su lugar, entrelazó sus manos y la llevó hasta la puerta.

—Buenas noches—, dijo, pero no le soltó la mano.

—Buenas noches,— dijo ella, pero no trató de apartarse.

—Iris.—

Ella miró hacia arriba. Iba a besarla. Podía verlo en sus ojos, calientes y pesados por el deseo.

—Iris—, dijo de nuevo, y ella no dijo que no.

Sus cálidos dedos tocaron su mandíbula, inclinando su rostro hacia el suyo. Aún así, esperó, y finalmente ella no pudo hacer nada más que bajar la barbilla; apenas un movimiento de cabeza, de verdad, pero él notó.

Lentamente, tan lentamente que estaba segura de que el mundo tuvo tiempo de girar dos veces sobre su eje, su rostro se movió hacia la de ella. Sus labios se encontraron, con un toque suave y eléctrico. Los rozó contra los de ella, la ligera

fricción enviando ondas de sensación al mismo centro de su ser.

—Richard—, susurró ella, y tal vez pudiera oír el amor en su voz. Tal vez en ese momento no le importaba.

Sus labios se separaron, pero él no profundizó el beso. En su lugar, apoyó la frente en la de ella.

—Tiene que irse—, dijo.

Se permitió un momento más, y luego dio un paso atrás.

—Gracias—, dijo.

Ella asintió con la cabeza, colocando su mano sobre el marco de la puerta mientras lo rodeaba para salir.

Gracias, había dicho.

Algo en su corazón cambió. Pronto, pensó. Pronto estaría dispuesta a perdonar.

RICHARD la vió marcharse.

La vio deslizarse por el pasillo y desaparecer por la esquina de las escaleras. Había poca iluminación en el pasillo oscuro, pero toda parecía capturada por su pálido cabello como hilos de luz estelar.

Ella era una contradicción. Así, etérea en apariencia y tan pragmática mentalmente. Le encantaba eso de ella, la forma en que era tan implacablemente sensible. Se preguntó si, tal vez, eso era parte de lo que inicialmente le había atraído de ella. ¿Había pensado que su racionalidad innata le permitiría superar el insulto que era el fundamento de su matrimonio? ¿Esperaba que acabaría encogiéndose de hombros y diciendo: *Muy bien, eso tiene sentido?*

Qué tonto había sido.

Incluso si lo perdonara, y estaba empezando a pensar que podría hacerlo, él nunca podría perdonarse a sí mismo.

La había herido profundamente. La había elegido como esposa por la más reprobable de las razones. Era lógico que ahora él la amara tan ardientemente.

Tan desesperanzadamente.

No veía cómo ella podría amarlo alguna vez, no después de lo que había hecho. Pero tenía que intentarlo. Y tal vez sería suficiente con que él la amara.

Quizás.

Capítulo Veintitrés

A la mañana siguiente

—¿IRIS? ¿IRIS?—

Los ojos de Iris se abrieron. Sólo uno, realmente; el otro estaba firmemente cerrado y enterrado en la almohada.

—¡Oh, bien, está despierta!—

Marie-Claire, pensó Iris, con su habitual irritabilidad matutina. ¡Dios mío!, ¿qué hora era, y por qué estaba en su habitación?

Iris cerró sus ojos.

—Son las diez y media—, dijo *Marie-Claire* alegremente, —y hace un día extraordinariamente cálido.—

Iris no podía imaginar qué podría tener que ver eso con ella.

—Pensé que podríamos ir a dar un paseo.—

Ah.

El colchón se hundió bajo el peso de *Marie-Claire* mientras se sentaba en un extremo. —Realmente no hemos tenido oportunidad de llegar a conocernos.—

Iris dejó escapar un suspiro, del tipo que habría sido acompañado por el cierre de los ojos si no estuviera ya boca abajo en su almohada. Había estado pensando en eso mismo la noche anterior. No había tenido intención de hacer nada al respecto antes del mediodía.

—¿Vamos?—, preguntó *Marie-Claire*, llena de una chillona y fastidiosa energía.

—Mmphrglick.—

Tras un brevísimo silencio, dijo —Le ruego que me disculpe—

Iris gruñó en su almohada. Realmente no sabía cómo podía ser más clara.

—Iris? ¿Está mal? —

Iris finalmente rodó sobre su cuerpo y se obligó a pronunciar: —Por la mañana, no estoy en mi mejor momento. —

Marie-Claire se la quedó mirando fijamente.

Iris se frotó los ojos. —Tal vez si salimos, —¿qué?— La última parte no era mucho más que un ruido.

—Ehm... —Una de las comisuras de la boca de Marie-Claire se estiró en una aproximación extraña a una mueca. — Su mejilla.—

Iris dejó escapar un suspiro agraviado. —¿Un pliegue de la almohada?—

—Oh. ¿Eso es lo que es? —, preguntó con el suficiente descaro como para hacer desear a Iris tener un arma.

—¿Nunca lo habías visto antes?—, preguntó a cambio.

—No.— Marie-Claire frunció el ceño. —Siempre he dormido sobre la espalda. Supongo que Fleur también lo hace así—.

—Duermo en muchas posiciones,— se quejó Iris, — pero casi siempre... Duermo hasta bien avanzada la mañana —.

—Ya veo.— Marie-Claire tragó, pero fue su único signo de incomodidad antes de añadir: —Bueno, está despierta ahora, así que también podría levantarse y cumplir con el día. No creo que haya ya nada para desayunar en el comedor, pero estoy segura de que la señora Hopkins puede preparar una colación fría. Puede llevarla con usted.—

Iris miró con nostalgia a su cama. Se la imaginó esta cama, ordenada y acogedora, con una bandeja de desayuno sobre ella. Pero Marie-Claire había tenido un gesto amable, e Iris sabía que debía aceptar. —Gracias,— dijo, esperando que su rostro no la desmintiera y mostrara el esfuerzo que tuvo que hacer para pronunciar esas palabras. —Sería encantador.—

—Maravilloso!— Marie-Claire sonrió. —¿Queréis que nos reunamos en la entrada, por ejemplo, en unos diez minutos?—

Iris estaba a punto de negociar quince años, o mejor aún veinte, pero luego pensó que ya estaba despierta. De perdidos, al río. Diez minutos. Buen Dios.

Pero a Marie-Claire le dijo: —¿Por qué no?—

Veinte minutos más tarde Iris y Marie-Claire estaban caminando por los campos occidentales de Maycliffe. Iris aún no sabía a dónde iban; Marie-Claire había dicho algo acerca de recoger bayas, pero parecía demasiado pronto para eso. De todos modos, a Iris no le importaba demasiado. El ambiente era cálido, y tenía un bollo de mantequilla en la mano, y estaba bastante segura de que era el mejor que había comido nunca. Alguien de la cocina tenía que ser de Escocia. No había otra explicación.

Ellos no hablaron mucho mientras subían por la colina. Iris estaba ocupada saboreando su desayuno, y Marie-Claire parecía bastante feliz moviendo su cesta cada vez que daba un salto. Pero una vez que llegaron al final y volvieron a un llano sendero, Marie-Claire se aclaró la garganta y dijo: —No sé si alguien le ha dado adecuadamente las gracias.—

Iris se quedó inmóvil, olvidándose por un momento de siquiera masticar. No había tenido el placer de hablar mucho con Marie-Claire, y esto... Bueno, francamente, la sorprendió.

—Por... —Marie-Claire hizo un gesto hacia la zona intermedia del cuerpo de Iris, su mano haciendo un pequeño círculo. —Por eso—.

Iris volvió sus ojos al sendero. Richard le había dado las gracias. Le había costado tres días, pero para ser justos no le había dado la oportunidad de hacerlo antes de la conversación de la noche anterior. Y aunque lo hubiera intentado, aunque hubiera echado la puerta abajo e insistido en que le escuchara, no le habría importado. Ella no hubiera oído nada, se dijo. No habría estado dispuesta a mantener una verdadera conversación.

—¿Iris?—

—De nada—, dijo Iris, fingiendo estar absorbida en la extracción de una pasa de su bollo. Realmente no tenía ganas de hablar de esto con Marie-Claire.

Pero la joven tenía otras ideas. —Sé que Fleur parece ingrata—, insistió ella, —pero ella lo entenderá. Con el tiempo—.

—Me temo que no puedo estar de acuerdo con su evaluación—, dijo Iris. Todavía no tenía idea de cómo Richard pensaba sacar esto adelante sin la cooperación de Fleur.

—Ella no es estúpida, no importa como esté actuando en este momento. De hecho, la mayor parte del tiempo no es así,

—bueno, no *tan* emocional. —Los labios de Marie-Claire se juntaron, frunciendo el ceño, pensativa. —Estaba muy unida nuestra madre, ya sabes, mucho más que Richard o yo.—

Iris no lo sabía. Richard no había hablado mucho de su madre con ella, sólo que había muerto, y que la echaba de menos.

—Tal vez eso hizo a Fleur más maternal—, continuó Marie-Claire. Miró a Iris y se encogió levemente de hombros. —Tal vez por eso se siente tan apegada al bebé.—

—Tal vez—, dijo Iris. Ella suspiró, mirando hacia abajo, a su propio vientre. Iba a tener que empezar a rellenarlo pronto. La única razón por la que todavía no lo había hecho eran los trescientos kilómetros que separaban Yorkshire de Londres. Las damas no seguían aquí la moda tan implacablemente, y podía seguir usando los vestidos de temporadas anteriores. En la capital se llevaban las cinturas bajas; los indulgentes vuelos del estilo Regencia quedaron atrás, dando paso a vestidos mucho más estructurados e incómodos. En 1840, predijo, las mujeres serían encorsetadas hasta dejarlas en nada.

Caminaron en silencio durante unos minutos y entonces Marie-Claire dijo: —Bueno, *le* estoy dando las gracias.—

—De nada—, dijo Iris, volviéndose hacia Marie-Claire con una pequeña y arrepentida sonrisa. La joven dama lo estaba intentando. Lo menos que podía hacer era estar atenta.

—Sé que Fleur dice que quiere ser madre,— continuó Marie-Claire alegremente, —pero en realidad es bastante egoísta. —¿Sabe que no me ha pedido disculpas ni una sola vez? —

—¿A usted?— murmuró Iris. Ella más bien pensaba que se merecía ser la primera.

—Ella me arruinará—, dijo Marie-Claire. —Usted sabe que lo hará. Si usted no estuviera haciendo lo que está haciendo—

Hacer lo que estaba haciendo, pensó Iris. *Qué bonito eufemismo.*

—y ella sigue adelante y tuviera este hijo fuera del matrimonio, nadie me querría.— Marie-Claire se volvió hacia Iris con una expresión que era casi beligerante. —

Probablemente va a decir que estoy siendo egoísta, pero usted sabe que es verdad.—

—Lo sé—, dijo Iris en silencio. Tal vez si Richard le diera a Marie-Claire una temporada en Londres... Probablemente podrían encontrar a alguien, a alguien que viviera lejos de este rincón de Yorkshire. Los chismes viajaban, pero, por lo general, no tan lejos.

—Es muy injusto. *Ella* comete un error, y *soy yo* la que tendré que pagar el precio.—

—Dudo mucho que ella salga impune de esto,— señaló Iris.

Marie-Claire apretó los labios con impaciencia. —Sí, bueno, *ella* se lo merece, y yo no.—

No era la más apropiada de las actitudes, pero Iris tuvo que admitir que Marie-Claire tenía algo de razón.

—Confíe en mí cuando digo que hay chicas por aquí que están *muriendo* por tener una razón para destruirme.— Marie-Claire suspiró, y un poco de su valentía pareció escaparse fuera de ella. Miró a Iris con una expresión algo triste. —¿Conoce a chicas así?—

—Bastantes,— admitió Iris.

Caminaron unos diez pasos más, y luego Marie-Claire dijo de repente, —Supongo que puedo perdonarla un poco.—

—Un poco?— Iris siempre había pensado que el perdón era del tipo de cosas todo-o-nada.

—No soy completamente irracional—, dijo Marie-Claire con un resoplido. —Reconozco que está en una situación difícil. Después de todo, no es como si ella pudiera casarse con el padre—.

Eso era cierto, pero Iris pensaba todavía que Fleur estaba siendo extremadamente miope acerca del asunto en su totalidad. No es que pensara que Richard hacía lo correcto. Cualquiera tonto podía ver que la única solución era encontrarle un marido a Fleur. No se podía esperar un caballero de alto standing; Richard ya le había dicho que no tenía el montante necesario para comprar un marido dispuesto a pasar por alto su estado. Pero seguramente habría alguien en la zona deseoso de relacionarse con los Kenworthys. Un vicario, tal vez, que no tenía que preocuparse de que su tierra y la propiedad la

heredara el hijo de otro hombre. O un terrateniente nuevo en la zona que buscara mejorar su posición.

Iris tocó una delicada flor blanca que florecía en el seto. Se preguntó qué flor era. No la había visto en el sur de Inglaterra. —Es difícil casarse con un hombre muerto—, trató de bromear. Pero no era fácil bromear cuando había tanta amargura en la voz de una.

Marie-Claire sólo resopló.

—¿Qué?— Iris se volvió y la miró con los ojos entrecerrados. Había algo en el sonido de Marie-Claire. . .

—*Por favor*—, se burló Marie-Claire. —Fleur es *muy* mentirosa.—

Iris se quedó congelada, tocando todavía las hojas del seto. —¿Perdona?—

Marie-Claire se mordió nerviosamente el labio inferior, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho.

—Marie-Claire—, dijo Iris, agarrando su brazo, —¿Qué quiere decir que Fleur es una mentirosa?—

La joven tragó saliva y miró a los dedos de Iris. Iris no se aflojó su apretón.

—¡Marie-Claire!—, Dijo con severidad. —¡Dime!—

—¿Acaso importa?— replicó Marie-Claire, tirando con fuerza de su brazo. —Está embarazada, y no va a casarse; al final, eso es lo único que importa.—

Iris luchó contra el impulso de gritar. —¿Acerca de qué mintió?—

—Sobre el padre, por supuesto,— Marie-Claire gruñó, todavía tratando de liberarse. —¿Va a soltarme?—

—No—, dijo Iris sin rodeos. —¿No fue William Parnell?—

—Oh, por favor. Incluso Fleur es lo suficientemente inteligente como para mantenerse lejos de él.— Los ojos de Marie-Claire se movieron hacia el cielo. —Dios lo tenga en su gloria.— Pensó en eso. —Supongo.—

Iris apretó su agarre. —No me importa cómo está descansando el alma de William Parnell—, gruñó. —Ni dónde ¿Y a dónde. Quiero saber por qué mintió Fleur. ¿Ella te lo dijo? ¿Te dijo que él no era el padre?—

Ante estas preguntas, Marie-Claire parecía casi ofendida. —Por supuesto que no.—

—*Entonces, ¿quién es?*—

Marie-Claire eligió ese momento para adoptar una expresión remilgada. —Yo no lo voy a decir.—

Iris tiró rápido y con fuerza de su cuñada, dándole a Marie-Claire apenas tiempo para respirar antes de que estuvieran cara a cara. —Marie-Claire Kenworthy,— dijo Iris entre dientes, —usted me dirá el nombre del padre en este instante o, así me ayude Dios, la única razón por la que no la mataré es porque un delito de horca—.

Marie-Claire sólo pudo mirarla fijamente.

La mano de Iris se tensó sobre el brazo de Marie-Claire. —Tengo cuatro hermanas, Marie-Claire, y una de ellas es extraordinariamente molesta. Créeme cuando te digo que puedo hacer de tu vida un infierno —.

—Pero ¿por qué debo —

—¡Dime!— rugió Iris.

—¡John Burnham!— chilló Marie-Claire.

Iris dejó caer su brazo. —¿Qué?—

—Fue John Burnham,— dijo Marie-Claire, frotando su carne magullada. —Estoy casi segura.—

—¿Casi?—

—Bueno, ella siempre estaba saliendo para encontrarse con él. Creía que yo no lo sabía, pero —

—Por supuesto que lo sabías,— murmuró Iris. Sabía cómo funcionaban las cosas entre hermanas. No había manera alguna de que Fleur pudiera escaparse a hurtadillas al encuentro de un hombre sin que Marie-Claire lo supiera.

—Voy a necesitar un cabestrillo—, dijo Marie-Claire con petulancia. —Mire estas contusiones. No tiene que apretar tan fuerte —.

Iris ignoró el comentario. —¿Por qué no lo dijiste?—

—¿A quién?— preguntó Marie-Claire. —¿A mi hermano? Casi le hubiera gustado menos que William Parnell —.

—Pero John Burnham está vivo,— gritó Iris. —Fleur podía casarse con él y quedarse con su bebé.—

Marie-Claire la miró con una expresión de desdén. —Él es un agricultor, Iris. Ni siquiera es un pequeño terrateniente. Él no posee tierra—.

—¿Eres realmente tan esnob?—

—¿Usted no lo es?—

Iris retrocedió ante la acusación. —¿Qué significa eso?

—No lo sé—, replicó Marie-Claire con un gruñido de frustración. —Dígame, ¿cree que a *su* familia le hubiera gustado que se casara con un arrendatario? ¿O es que eso no cuenta porque *su* abuelo era un conde? —

Eso fue todo. Iris había tenido bastante. —Cierra la boca —, le espetó. —No tienes ni idea de lo que estás hablando. Si el título de mi abuelo me diera permiso para portarme mal con impunidad, no me habría casado con su hermano—.

Marie-Claire la miró boquiabierta.

—Richard *me besó*, y me encontré atada en el altar,— estalló Iris. Odiaba recordar que había pensado que *tal vez* él la había querido, que tal vez había estado tan abrumado por el deseo que no pudo evitarlo. Pero la verdad no era tan romántica. La verdad, lo estaba aprendiendo, nunca lo fue.

Se volvió a Marie-Claire con un brillo insoportablemente duro en sus ojos. —Le puedo asegurar que si alguna vez me hubiera quedado embarazada de un arrendatario, me habría casado con él.— Hizo una corta pausa. —Suponiendo, claro, que la intimidad hubiera sido consentida.—

Marie-Claire no dijo nada, así que Iris añadió: —Por lo que ha dicho de su hermana y el Sr. Burnham, asumo que sus relaciones fueron consentidas.—

Marie-Claire asintió lacónica. —Yo no estaba *allí*, por supuesto—, murmuró.

Iris apretó los dientes y flexionó los dedos, esperando que el movimiento fuera suficiente para sofocar el impulso de retorcerle el cuello a Marie-Claire. No podía creer que estuvieran teniendo esta conversación. No era sólo que Marie-Claire supiera que John Burnham era el verdadero padre del bebé de Fleur. Ni que ella hubiera optado por no decir nada. Lo absolutamente irritante para Iris era que Marie-Claire parecía pensar que había hecho lo correcto al no decir nada.

¡Dios mío!, ¿estaba viviendo entre idiotas?

—Tengo que volver a la casa,— anunció Iris. Se dio la vuelta y comenzó a marchar hacia la colina. El sol lucía en lo alto, y el aire era cálido y agradable, pero ella no deseaba nada más que encerrarse en su cuarto, cerrar la puerta y no hablar con absolutamente nadie.

—Iris—, dijo Marie-Claire, y algo en su voz paró a Iris.

—¿Qué?—, Preguntó con cansancio.

Marie-Claire se quedó inmóvil durante unos segundos, parpadeando rápidamente. Luego dijo: —Richard no lo hizo. . . Es decir, él nunca lo haría. . . —.

—¡Por supuesto que no!— exclamó Iris, horrorizada por la mera sugerencia. Richard podría haberla sorprendido con sus avances, pero no la había obligado. Nunca podría hacer una cosa así. Era un hombre muy bueno.

Iris tragó saliva. No quería detenerse a pensar en las buenas cualidades de su marido.

—Y usted lo ama—, dijo Marie-Claire suavemente. — ¿Verdad?—

Iris apretó los labios, respirando con furia a través de la nariz. No podía negarlo, pero tampoco iba a decirlo en voz alta. *Tenía* que tener el orgullo suficiente para no hacerlo.

—Estoy cansada—, dijo.

Marie-Claire asintió y se volvieron hacia la casa. Pero apenas habían dado diez pasos cuando, de repente, Iris pensó en algo. —Espere un momento,— dijo ella. —¿Por qué no ha dicho nada Fleur?—

—¿Disculpe?—

—¿Por qué mintió?—

Marie-Claire se encogió de hombros.

—Ella debe sentir afecto por el Sr. Burnham,— presionó Iris.

Marie-Claire se encogió de hombros. Iris quería golpearla.

—Usted dijo que ella se escapaba a escondidas para verlo—, dijo Iris. —Eso parece indicar un cierto nivel de afecto.—

—Bueno, yo no le pregunté al respecto—, respondió Marie-Claire. —Ella estaba, obviamente, tratando de ocultarlo. ¿No lo haría usted?—

Iris dejó escapar un suspiro de frustración. —¿Tiene una opinión sobre el asunto?—, preguntó, con una lentitud que era casi insultante. —¿Tiene alguna hipótesis de por qué su hermana mintió sobre la identidad del padre de su hijo no nacido?—

Marie-Claire la miró como si fuera una idiota. —Él es un *agricultor*. Ya se lo dije—.

Iris *realmente* quería golpearla. —Entiendo que no es el tipo de hombre con el que se podría haber esperado que se casara, pero si ella le tiene cariño, seguramente es mejor casarse con él que criar a su hijo fuera del matrimonio.—

—Pero ella no hará eso—, Marie-Claire señaló. —Le dará el bebé a usted.—

—Yo no estaría tan segura de eso—, murmuró Iris. Fleur en realidad nunca había aprobado abiertamente el plan de Richard. Podría pensarse que su silencio era asentimiento, pero Iris no confiaba mucho en eso.

Marie-Claire suspiró. —Estoy segura de que se dio cuenta de que no puede casarse con John Burnham, independientemente del afecto que pueda sentir por él. No quiero parecer antipática. De verdad, no quiero. Pero usted no es de aquí, Iris. No sabe cómo es. Fleur es una Kenworthy. Hemos sido la principal familia terrateniente de Flixton durante siglos. ¿Tiene alguna idea del escándalo que se produciría si se casara con un agricultor de la zona? —

—No puede ser peor que la opción alternativa,— señaló Iris.

—Obviamente, *ella* cree que sí—, dijo Marie-Claire. —Y la suya es la opinión que importa, ¿no le parece?—

Iris la miró durante un largo momento, y luego dijo: —Tiene razón—, dio media vuelta y se alejó. Que el cielo ayudara a Fleur cuando la encontrara.

—¡Espere!—, gritó Marie-Claire, subiéndose la falda para alcanzarla. —¿Dónde va?—

—¿Dónde cree usted?—

—No lo sé.— Marie-Claire sonó casi sarcástica, lo que fue suficiente para que Iris se parara. Cuando miró por encima

del hombro, Marie-Claire le preguntó: —¿Va a buscar a Fleur o a Richard?—

Ahora Iris realmente se detuvo. Ni siquiera se le había ocurrido dar esta información directamente a Richard. Pero tal vez debería haberlo hecho. Él era su marido. ¿No debería ser su prioridad?

Debería... pero era el secreto de Fleur, no el suyo.

—¿Y bien?— exigió Marie-Claire.

—Fleur—, dijo Iris secamente. Pero si Fleur no hiciera lo correcto y le dijera a Richard la verdad, Iris se sentiría brutalmente feliz al hacerlo por ella.

—¿En serio?—, dijo Marie-Claire. —Pensé que seguramente te gustaría ir directamente a Richard.—

—¿Entonces por qué lo pregunta?— espetó Iris, reanudando su caminata hacia la colina.

Marie-Claire ignoró la pregunta. —Flor no le dirá nada, ya lo sabe.—

Iris se detuvo el tiempo suficiente para lanzar a Marie-Claire una mirada furiosa. —Usted lo hizo.—

Marie-Claire se congeló. —No va a decirle que se lo conté, ¿verdad?—

Iris se volvió y la miró con incredulidad. Luego dijo una palabra que nunca había pronunciado antes y reanudó sus zancadas.

—¡Iris!— gritó Marie-Claire, corriendo junto a ella. —¡Ella me va a matar!—

—¿En serio? ¿Eso es lo que le preocupa? —

Marie-Claire se desplomó. —Tiene razón.— Y lo dijo otra vez. —Tiene razón.—

—Maldita condenación,— dijo Iris en voz baja. Volvió atrás. Era increíble el poder que unas cuantas blasfemias podían tener.

—¿Qué quiere que le diga?—

—Oh, no lo sé. Quizás ‘ ¿Está radicalmente loca? ‘—

La boca de Marie-Claire se abrió. Y luego, saltando hacia adelante para ponerse al día, le preguntó: —¿Puedo verlo?—

Iris se volvió, con maldad desmedida en los ojos a juzgar por la rapidez con la que Marie-Claire retrocedió. —Estoy a un paso de propinarle un garrotazo con un bate de cricket—, siseó. —No es posible que no lo vea.—

La expresión de Marie-Claire asumió un toque casi reverencial. —¿Mi hermano sabe que es tan violenta?—

—Puede que lo sepa antes de que acabe el día,— murmuró Iris. Y cogió más velocidad.

—Yo voy con usted!— gritó Marie-Claire detrás de ella.

Iris resopló. No se molestó en responder.

Marie-Claire se colocó junto a ella. —¿No quiere saber dónde está?—

—Está en el invernadero.—

—Es — ¿Cómo lo sabe?—

—La vi caminando por el sendero cuando nos fuimos,— espetó Iris. Y luego, porque sentía la ridícula necesidad de defenderse, añadió, —yo me doy cuenta de las cosas. Es lo que *hago*. —

Pero no muy bien, al parecer. O tal vez Fleur era simplemente un mentirosa espectacular. Pero no se trataba ni de esto ni de aquello. La verdad estaba fuera de ella. Y Iris estaba a punto de llegar al fondo de la cuestión.

Capítulo Veinticuatro

RICHARD no había dormido. O al menos pensaba que no lo había hecho. Sus ojos se habían cerrado una o dos veces durante la noche, pero si había encontrado algún sueño, éste había sido irregular. Calculó que se había dormido ya al amanecer; eran casi las diez y media cuando se arrastró de la cama y las once cuando consiguió estar listo para asomar la cabeza por la planta baja.

Su ayuda de cámara había luchado para lograr que su aspecto se pareciera en algo al de un caballero, pero una mirada al espejo le dijo a Richard que lucía tan mal como se sentía; lo que venía a decir, cansado.

Abatido.

Y, sobre todo, sombrío.

La puerta del dormitorio de Iris estaba abierta cuando pasó por delante, y oyó a las criadas moviéndose en el interior, lo que indicaba que ya se había levantado. Pero cuando llegó a la sala de desayunos, su esposa no estaba a la vista.

Tampoco estaba el desayuno, pero eso no lo decepcionaba tanto.

Se apoyó contra el aparador, preguntándose qué debía hacer a continuación. Las cuentas, se suponía. Su estómago estaba haciendo ruido, pero podría aguantar hasta la comida del mediodía. De todos modos, no *tenía ganas* de comer.

—Ahí lo tienes, muchacho!—

Miró a la puerta que conducía a la cocina. — Sra. Hopkins. Buenos días.— Él sonrió. Ella sólo lo llamaba muchacho cuando estaban solos. Le gustaba. Le recordaba a su infancia.

Ella le dirigió una mirada, regañándole vagamente. — ¿Buenos días? Apenas. No he visto que se levantara tan tarde en años—.

—Tuve dificultades para dormir—, admitió, pasándose la mano por el pelo.

Ella asintió con la cabeza. —Su esposa, también.—

El corazón de Richard saltó ante la mención de ella, pero se obligó a no reaccionar visiblemente. —¿Ha visto usted a Lady Kenworthy esta mañana?—

—Brevemente. Salió con su hermana—.

—¿Con Fleur?— Le costaba creerlo.

La señora Hopkins negó con la cabeza. —Marie-Claire. Me dio la impresión de que quizás Lady Kenworthy no había tenido intención de estar lista tan temprano—.

¿Temprano? ¿Iris?

—No es temprano para *mí*, ya sabe,— continuó la señora Hopkins. —Eran pasadas las diez cuando las vi la vi. Ella le hizo perderse el desayuno —.

—¿Iris no tomó una bandeja en su habitación?—

La señora Hopkins chasqueó los dedos con desaprobación. —Marie-Claire corría hacia la puerta. Sin embargo, me aseguré de que se le diera algo de comer durante el paseo.—

—Gracias.— Richard se preguntó si debía hacer un comentario acerca de la necesidad de comer correctamente de una mujer en la —condición— de Iris. Parecía el tipo de cosas que un marido cariñoso podría hacer.

Pero en vez de eso, se oyó decir a sí mismo, — ¿Mencionaron algo de a dónde iban?—

—Sólo a dar un paseo, creo. Le hace bien a mi corazón verlas comportarse como hermanas. —El ama de llaves se inclinó, con una sonrisa cálida y maternal. —Me gusta su esposa, señor.—

—A mí también me gusta,— murmuró Richard. Pensó en la noche que se conocieron. En un principio no había previsto asistir a la velada musical de su familia; incluso no había sido invitado. Fue sólo cuando Winston Bevelstoke le describió el evento cuando había pensado que podría ser una buena oportunidad para buscar una novia.

Iris Smythe-Smith era sin duda el accidente más feliz de su vida.

Cuando la había besado la noche anterior, había sido consumido por la más exquisita sensación de anhelo. No era sólo deseo, aunque eso ciertamente había estado presente en abundancia. Casi había sido casi superado por la necesidad de sentir el calor de su cuerpo, de respirar el mismo aire.

Quería estar cerca de ella. Quería estar *con* ella, en todos los sentidos de la palabra.

Él la amaba. Amaba a Iris Kenworthy con la última gota de su alma, y bien podría haber destruido su única oportunidad de una felicidad duradera.

Había estado muy seguro de estar haciendo lo correcto. Había estado tratando de proteger a su hermana. Había estado dispuesto a sacrificar su propia primogenitura por salvar la reputación de Fleur.

Pero Fleur parecía empeñada en su propia destrucción. No sabía cómo se podía salvar a una mujer que no quería ser salvada. Sin embargo, tenía que intentarlo. Él era su hermano; tenía, por un juramentado de sangre, que protegerla. Pero tal vez hubiera otra manera.

Tenía que haber otra manera.

Amaba demasiado a Iris para que no pudiera ser de otra manera.

IRIS HABÍA CRUZADO los campos de Maycliffe en un tiempo récord, pero cuando llegó al invernadero, a Fleur no la veía por ninguna parte. Probablemente era lo mejor. A Iris le había costado casi una hora deshacerse de Marie-Claire, que no había encontrado la amenaza del bate de cricket como disuasión suficiente para dejar las cosas como estaban.

Cuando finalmente Iris encontró a Fleur, ella estaba podando metódicamente las rosas de un pequeño brezo en el extremo sur de la finca. Claramente se había vestido para la tarea; su vestido marrón estaba gastado y era práctico; se había cubierto el pelo de forma descuidada y varios mechones caían ya sobre sus hombros. Una manta a cuadros azules yacía doblada sobre un banco de piedra, junto con tres naranjas no-maduras-del-todo y un trozo de pan y queso.

—Encontraste mi lugar secreto—, dijo Fleur, mirándola brevemente cuando Iris entró. Examinó la zarza con los ojos entrecerrados y con una expresión crítica antes de coger unas tijeras de mango largo. Con un chasquido salvaje, las palas se reunieron y cortaron una rama.

Iris podía ver cómo uno podía encontrar eso como un esfuerzo de lo más satisfactorio.

—Mi madre construyó este lugar—, dijo Fleur, con las tijeras sujetando la rama muerta y tirando de la masa retorcida de vides.

Iris miró a su alrededor. Las rosas se habían plantado para crecer en círculo, creando un espacio pequeño y escondido. Aún no estaban en flor; Iris podía imaginar lo exuberante y fragante que sería dentro de unos meses. —Es una maravilla—, dijo. —Muy tranquilo.—

—Lo sé,— dijo Fleur con rotundidad—. Vengo aquí para estar sola.—

—Un buen sitio para ti—, dijo Iris. Le dedicó una insulsa sonrisa a Fleur mientras entraba totalmente dentro de la glorieta.

Fleur la miró, aplastando los labios en una tensa línea.

—Tenemos que tener una charla, tú y yo—, dijo Iris sin rodeos.

—¿Tenemos?— *Tijeretazo, tijeretazo.* —¿Sobre qué tema?—

—Del padre de su bebé.—

Las manos de Fleur se detuvieron, pero se recuperó rápidamente, llegando a sacar una rama particularmente desagradable. —No sé lo que quiere decir.—

Iris no dijo nada. Ella sabía que era lo mejor.

Fleur no se giró, efectivamente, y apenas habían pasado diez segundos antes de que ella se repitiera. —Le *dije* que no sé lo que quiere decir.—

—La he oído.—

Los sonidos de corte de las tijeras aceleraron. — Entonces qué — ¡Uaw!—

—¿Una espina?— preguntó Iris.

—Es posible mostrar un poco de simpatía,— gruñó Fleur, chupándose el dedo lesionado.

Iris resopló. —Usted apenas está sangrado.—

—Pues me duele.—

—¿En serio?— Iris la miró desapasionadamente. —Me han dicho que el parto es mucho más doloroso.—

Fleur la miró.

—No para mí, por supuesto—, dijo Iris a la ligera. —Mi primer parto será indoloro. No es demasiado difícil quitar una almohada, supongo —.

Fleur se quedó helada. Lentamente se quitó el dedo lesionado de la boca. Cuando habló, sus palabras fueron inquebrantables y feroces.

—Yo no le voy a dar a mi bebé.—

Iris le respondió con la misma intensidad, silbando, —
¿Realmente cree que lo quiero?—

Los labios de Fleur se abrieron por la sorpresa, aunque no sería, imaginó Iris, por sus palabras. Ella ya había dejado claro que era una reacia participante en el plan de Richard. Pero el tono de Iris. . . bien, no podría ser descrito de ninguna manera. A decir verdad, ella no estaba segura de poder conseguir una voz amable para esta conversación particular.

—Usted es una persona fría,— la acusó Fleur.

Iris casi puso los ojos en blanco. —Al contrario, yo sería una tía muy cálida y cariñosa.—

—Las dos queremos lo mismo,— gritó Fleur gritó. —yo quiero quedarme con el bebé. ¿Por qué está discutiendo conmigo? —

—¿Por qué *está* haciendo esto tan difícil?— replicó Iris.

Fleur mostró una barbilla desafiante, pero estaba empezando a perder parte de su bravuconería. Sus ojos se movieron hacia un lado y luego hacia abajo, su mirada parándose en algún lugar de la hierba, cerca de sus pies.

—Quiero la verdad,— exigió Iris.

Fleur no dijo nada.

—La *verdad*, Fleur.—

—No sé lo que quiere decir.—

—Deja de mentir,— espetó Iris. —Marie-Claire me lo contó todo.—

La cabeza de la flor se sacudió, pero ella parecía más cautelosa que otra cosa. Fue entonces cuando Iris recordó que Fleur no sabía que Marie-Claire conocía sus escapadas con el señor Burnham. E Iris no iba a obtener ninguna respuesta sin ser más específica en sus preguntas.

—Marie-Claire me habló sobre el padre de su bebé—, dijo Iris. —Ella lo sabe. Y ahora yo también lo sé. —

Fleur palideció, pero aún así no admitió nada. Una casi tenía que admirar su fortaleza.

—¿Por qué no le dijiste a Richard que John Burnham es el padre?— exigió Iris. —¿Por qué demonios querías que pensara que era un sinvergüenza como William Parnell?—

—¡Porque William Parnell está muerto!— estalló Fleur. Su piel se ruborizó con un rosa intenso, pero sus ojos estaban sin esperanza, casi perdida. —Richard no puede hacer que me case con un hombre muerto. —

—Pero el señor Burnham está *vivo*. Y él es el padre de su bebé—.

Fleur estaba sacudiendo la cabeza, aunque no como si estuviera negando. —No importa—, repetía. —No importa.—

—Fleur—

—Puedo ir a otro lugar.— Como para indicar la dirección, Fleur lanzó su brazo en un amplio círculo, histérica. No se dio cuenta de que Iris se vio obligada a saltar para evitar la punta de las tijeras. —Puedo pretender ser una viuda. ¿Por qué Richard no me deja hacer eso? Nadie lo sabrá. ¿Por qué iba alguien a saberlo? —

Iris se agachó cuando los brazos de las tijeras se balancearon de nuevo hacia ella. —Baje las malditas tijeras!—

Fleur contuvo el aliento, mirando las tijeras con horror. —Lo siento,— tartamudeó. —Estoy tan— I— I— Con manos temblorosas puso las tijeras en el banco. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos, como si estuviera midiéndolos mentalmente. —Me iré,— dijo con tranquila histeria. —Me convertiré en una viuda. Será lo mejor para todos—.

—Por el amor de— Iris se interrumpió, tratando de controlar su temperamento. Tomó aire, y luego inspiró de nuevo, dejando salir el aire en una corriente lenta y apretada. —Usted no está pensando con sentido—, dijo. —Sabe mejor que nadie que si desea ser una verdadera madre para este niño, debe estar casada.—

Fleur se abrazó el cuerpo, mirando a otro lado, a través de la apertura de la glorieta hacia el horizonte lejano.

Iris finalmente expresó la pregunta que tenía que hacerse. —¿Acaso siquiera lo sabe?—

Fleur temblaba visiblemente. Con un pequeño movimiento, ella negó con la cabeza.

—¿No cree que debería decírselo?—

—Sería romperle el corazón,— susurró Fleur.

—*Porque. . . ?* —la impulsó Iris. Y si su voz sonó burlona, bien, era porque no tenía ya mucha paciencia cuando había iniciado la conversación. Ahora la tenía totalmente perdida.

—Porque él me ama—, dijo Fleur simplemente.

Iris cerró los ojos, convocando a la paciencia e incluso a una actitud favorable cuando le preguntó: —¿Usted lo quiere?

—¡Por supuesto que sí!—, exclamó Fleur. —¿Qué clase de mujer cree que soy?—

—No lo sé—, dijo Iris claramente. Y cuando Fleur se echó hacia atrás con una mirada ofendida, agregó, algo irritada, —¿Sabe *usted* qué tipo de mujer soy yo?—

Fleur se quedó rígida como una tabla, y finalmente bajó la barbilla con un lacónico: —Es bastante justo.—

—Si le gusta el señor Burnham,— dijo Iris con una paciencia que era más forzada que sentida —, seguramente sabe que debe decirle lo del bebé para que pueda casarse con usted. Me doy cuenta de que no es lo que su familia esperaba

—Él es un buen hombre!— le interrumpió Fleur.—No le permitiré que lo denigre.—

Señor, ayúdame, pensó Iris. ¿Cómo podía argumentar con sentido cuando Fleur la contradecía constantemente?

—No se me ocurriría hablar mal del señor Burnham,— dijo Iris cuidadosamente. —Sólo estaba diciendo que—

—Él es un hombre maravilloso.— Fleur se cruzó de brazos, beligerante, e Iris se preguntó si se había dado cuenta de que nadie se lo estaba discutiendo. —Honorable y auténtico.—

—Sí, por supuesto—

—Mejor que cualquiera de *los llamados* —se burló — caballeros que veo en las asambleas locales.—

—Entonces usted debe casarse con él.—

—¡No puedo!—

Iris dio un largo suspiro, estabilizando la respiración. Nunca sería el tipo de mujer que acunaba a amigas y hermanas afligidas en sus brazos, y murmuró: —*Vamos, vamos.*—

Decidió que estaba a gusto como era.

En cambio, era la arpía franca y ocasional que gritaba, —¡Por el amor de Dios!, Fleur, ¿qué diablos le pasa?—

Fleur parpadeó. Y dio un paso atrás. Con verdadera preocupación en sus ojos.

Iris aflojó la fuerza de sus dientes. —Ya cometiste un error. No lo compliques con otro.—

—Pero—

—Usted *dice* que lo ama, pero no lo respeta lo suficiente para decirle que va a ser padre.—

—¡Eso no es cierto!—

—Entonces, sólo puedo deducir que su negativa tiene que ver con su condición social—, dijo Iris.

Fleur dio un pequeño y amargo asentimiento con la cabeza.

—Bueno, si ese es el caso,— le espetó Iris, agitando un dedo peligrosamente cerca de la nariz de Fleur—, debería también haberlo tomado seriamente en consideración antes de darle su virginidad—.

La mandíbula de Fleur se desencajó. —No fue así.—

—Como yo no estaba allí, no voy a discutirlo. *Sin embargo*,— dijo Iris intencionadamente cuando vio que Fleur abría la boca para protestar, —sí puedo decir que se acostó con él, y que ahora está embarazada—.

—¿Cree que no lo sé?—

Iris decidió ignorar esta pregunta completamente superflua. —Permítame preguntarle—, dijo a cambio. —Si está tan preocupada por su situación, ¿*por qué* está peleando con Richard acerca de la adopción del bebé? Usted sabe que es la única manera de proteger su reputación—.

—Porque es mi bebé—, exclamó Fleur. —No puedo entregarlo.—

—No es como si fuera a hacerlo con extraños—, dijo Iris tan cruelmente como pudo. Tenía que empujar a Fleur hasta el límite. No se le ocurría ninguna otra manera de hacer que entrara en razones.

—¿No ve que eso es casi peor?— La cara de Fleur cayó sobre sus manos, y se puso a llorar. —¿Tener a sonreír cuando mi hijo me llame tía Fleur? ¿Tener que fingir que no me mata cada vez que le llame a usted mamá? —

—Entonces cácese con el Sr. Burnham,— adujo Iris.

—No puedo.—

—¿Por qué diablos no?—

El lenguaje soez de Iris sacudió momentáneamente a Fleur, y parpadeó.

—¿Es por Marie-Claire?—, Preguntó Iris.

Fleur levantó lentamente la cabeza, con los ojos rojos y húmedos y desgarradoramente tristes. Ella no asintió, pero no necesitaba hacerlo. Iris tuvo su respuesta.

Marie-Claire lo había dicho todo esa mañana. Si Fleur se casaba con el inquilino de una granja de su hermano, el escándalo local sería descomunal. Fleur ya no sería bienvenida en ninguna de las mejores casas de la zona. Todas las familias con las que se había socializado girarían la cabeza y fingirían no verla cuando se cruzaran en el pueblo.

—Nosotros, los británicos, no pensamos afectuosamente sobre aquellos que se atreven a cambiar de una clase social a otra—, dijo Iris con una inflexión irónica, —tanto si el movimiento es hacia arriba o hacia abajo.—

—De hecho—, dijo Fleur, su pequeña sonrisa temblorosa, y sin sentido del humor. Tocó un capullo de rosa apretadamente cerrado, deslizando los dedos por los pétalos de color rosa pálido. Se volvió bruscamente hacia Iris, con una desconcertante expresión carente de emoción. —¿Sabía que hay más de un centenar de clases de rosas?—

Iris negó con la cabeza.

—Mi madre las cultivaba. Ella me enseñó. Estas —Fleur arrastró la mano a lo largo de las hojas de las enredaderas que estaban detrás de ella— son todas rosas centifolias. Se llaman así porque tienen muchos pétalos.— Se inclinó hacia delante y dio un resoplido. —Y son muy fragantes.—

—Rosas repollos,— murmuró Iris.

Las cejas de Fleur se levantaron como dando un pequeño saludo. —Usted entiende de rosas.—

—Hasta cierto punto,— admitió Iris. No sabía dónde quería ir a parar Fleur con esta línea de conversación, pero, al menos había dejado de llorar.

Fleur se quedó callada un momento, mirando a las flores. La mayoría eran todavía brotes, sus pétalos empaquetados en rosas más oscuros que los que habían comenzado a abrir. —Observe estas—, dijo. —Estas son todas rosas Obispo. Hasta la última. Todas florecen exactamente con el mismo tono de color rosa.— Miró a Iris. —A mi madre le gustaba la uniformidad.—

—Son muy hermosas—, dijo Iris.

—Lo son, ¿verdad?— Fleur dio unos pasos sin rumbo, parando para aspirar por la nariz. —Pero esa no es la única manera de crear un hermoso jardín. Yo elegiría cinco tipos diferentes de centifolias. O diez. Y también moradas. Diferentes tonos de rosa. No hay ninguna razón para que sean todas del mismo tono—.

Iris se limitó a asentir. Estaba bastante claro que Fleur ya no estaba hablando de rosas.

—Podría plantar un musgo trepador. O rosas gallicas. En un jardín cultivado serían sorprendentes, pero crecerían.—

—Puede ser que incluso se desarrollaran—, dijo Iris suavemente.

Fleur se volvió bruscamente para mirarla. —Podrían,— repitió. Y luego, con un suspiro cansado, se sentó en el pequeño banco de piedra. —Las rosas no son el problema. Es la gente que los busca—.

—Por lo general,— dijo Iris.

Fleur miró hacia arriba, todo rastro de melancolía desterrado de sus ojos. —Ahora mismo, mi hermana menor es la señorita Kenworthy de Maycliffe, la hermana de Sir Richard Kenworthy, baronet. Puede ser que no atrajera mucha atención en Londres, pero aquí, en nuestro rincón de Yorkshire, será una de las jóvenes damas más solicitadas cuando tenga la edad suficiente—.

Iris asintió.

Abruptamente, Fleur se levantó. Se apartó de Iris, abrazándose el cuerpo. —Aquí también tenemos fiestas, ya

sabe. Y veladas y reuniones. Marie-Claire tendrá la oportunidad de conocer a decenas de jóvenes caballeros elegibles. Y espero que se enamore de uno.— Se giró un poco para mirar por encima del hombro, sólo lo suficientemente para ver la cara de Iris de perfil. —Pero si me caso con John. . —.

—Usted tiene que casarse con John—, dijo Iris suavemente.

—Si me caso con John—, dijo Fleur, esta vez más fuerte, como si pudiera contradecir a Iris sólo con el tono de su voz, —Marie-Claire será la hermana de *aquella chica Kenworthy*, la que se casó con un campesino. No recibirá invitaciones, y no tendrá oportunidad de conocer a esos jóvenes caballeros elegibles. Si se casara, sería con un viejo y grueso comerciante que la querría solamente por su nombre—.

—Me atrevo a decir que entre esos caballeros elegibles también los habrá gruesos y viejos—, dijo Iris—, y ciertamente la querrán por su nombre.—

Fleur giró bruscamente, con ojos brillantes. —Pero ella no tendría que casarse con ellos. No es lo mismo. ¿No lo ve? Si me caso con John —no, seamos sinceras, si decido casarme con John, Marie-Claire no tendrá absolutamente ninguna opción. Mi libertad a cambio de la de mi hermana, ¿en qué tipo de persona me convertiría eso?—

—Pero usted no tiene esa opción—, dijo Iris. —Al menos no la que piensa. Usted puede casarse con el señor Burnham o dejar que finjamos que el bebé es nuestro. Si se va lejos y pretende ser una viuda, se le descubrirá. ¿Cree realmente que nadie va a descubrir lo que hizo? Y cuando lo hagan, arruinará a Marie-Claire mucho más profundamente que si fuera la señora Burnham—.

Iris se cruzó de brazos y esperó a que Fleur lo considerara. En verdad, probablemente había exagerado. Inglaterra era un país muy grande, tal vez no tan grande como Francia o España, pero se necesitaba casi una semana para viajar de un extremo al otro. Si Fleur se asentaba en el sur, podría ser capaz de vivir toda su vida como una falsa viuda sin que nadie cercano a Maycliffe descubriera la verdad.

Pero seguro que esa no podía ser la mejor solución.

—Yo deseo... — Fleur se volvió con una sonrisa triste. —Me gustaría que... — Ella suspiró. —Tal vez si yo fuera de

su familia, si mi primo fuera un conde y mi otra prima se hubiera casado con uno. . —.

No habría diferencias, pensó Iris. No cuando una dama de noble cuna deseara casarse con un arrendatario. Aún así, dijo, —yo la apoyo—.

Fleur la miró con una expresión de desconcierto.

—Richard, también—, dijo Iris, rezando para tener razón al hablar por él. —Habrá un escándalo, y habrá algunos que ya no la reconozcan, pero Richard y yo estaremos a su lado. Usted y el Sr. Burnham siempre serán bienvenido a nuestra casa, y cuando tengamos entretenimientos, serán nuestros huéspedes más distinguidos.—

Fleur le sonrió agradecida. —Eso es muy dulce de su parte—, dijo ella, pero la expresión de su rostro era suavemente condescendiente.

—Usted es mi hermana—, dijo Iris claramente.

Los ojos de Fleur brillaron, e hizo una leve inclinación de cabeza, del tipo que se hacía cuando no se confiaba en la propia voz. Finalmente, justo cuando Iris se preguntaba si la conversación había llegado a su fin, Fleur la miró con renovada claridad, y dijo: —Yo nunca he estado en Londres.—

Iris parpadeó, confundida por el repentino cambio de tema. —¿Disculpe?—

—Nunca he estado en Londres,— repitió Fleur. —¿Lo sabía?—

Iris negó con la cabeza. Londres estaba atestada, llena de gente. Parecía imposible que alguien nunca hubiera puesto un pie en ella.

—Nunca quise ir.— Fleur se encogió de hombros, mirando a Iris con expresión de complicidad. —Sé que piensa que soy una chica frívola e irreflexiva, pero no necesito sedas y satenes, ni invitaciones a las mejores fiestas. Todo lo que quiero es un hogar cálido, buena comida, y un marido que pueda proporcionar todo eso. Pero Marie-Claire—

—¡Puede ir a Londres!— espetó Iris, dejando escapar la idea. —¡Dios mío, ¿por qué no se me ocurrió antes?—

Fleur se quedó mirándola. —No entiendo.—

—Vamos a enviar a Marie-Claire con mi madre—, dijo Iris emocionada. —Ella puede darle una temporada.—

—¿Ella va a hacer eso?—

Iris movió la cabeza, indicando que la pregunta era totalmente ridícula. En el momento en el que Marie-Claire tuviera la edad apropiada, Daisy estaría casada y fuera de casa. Su madre se aburriría más allá de las lágrimas sin una hija a la que dirigir a través del mercado matrimonial.

Sí, Marie-Claire le serviría.

—Yo Tendría que ir con ella parte de la temporada—, dijo Iris, —pero eso no es una gran dificultad.—

—Pero, sin duda, la gente hablaría... Incluso en Londres... Si realmente me casara con John...— Fleur no parecía capaz de completar una frase, pero por primera vez desde que Iris la había conocido, había esperanza en sus ojos.

—Ellos sólo sabrán lo que les digamos—, dijo Iris firmemente. —En el momento en el que mi madre acepte, su señor Burnham será alabado como un pequeño, pero respetable terrateniente, justo el tipo de hombre con el que una joven formal y seria como usted debería casarse.—

Y tal vez *podría* ser un terrateniente para entonces. Iris pensaba que Mill Farm sería una excelente dote. John Burnham pasaría de ser un arrendatario a terrateniente, y con la antigua Fleur Kenworthy como su esposa, estaría en camino de conseguir el estatus de caballero.

Habría un escándalo, no había que olvidarlo. Pero nada tan permanente como el que Fleur diera a luz a un bastardo, y nada que Marie-Claire no pudiera capear a trescientos kilómetros de distancia, en Londres, con todo el peso de la familia de Iris detrás de ella.

—Ve a decírselo,— la instó Iris.

—¿Ahora?—

Iris casi se echó a reír de felicidad. —¿Hay alguna razón para esperar?—

—Bueno, no, pero— Fleur la miró, con una expresión casi desesperada. —¿Está segura?—

Iris extendió las manos y apretó las de Fleur —Vaya a buscarlo. Vaya a decirle que va a ser padre —.

—Él se enojará,— susurró Fleur. —Por no habérselo dicho. Se pondrá furioso—.

—Tiene todo el derecho del mundo a saberlo. Pero si él la ama, la entenderá—.

—Sí—, dijo Fleur, sonando como si estuviera tratando de convencerse a sí misma. —Sí. Sí, creo que lo hará—.

—Vaya—, dijo Iris, cogiendo a Fleur por los hombros y apuntando en dirección a una abertura en la rosaleta. —Vaya —.

Fleur se dispuso a salir, luego se dio la vuelta de repente y abrazó a iris. Ella intentó devolver el abrazo, pero antes de que ni siquiera pudiera moverse, Fleur ya estaba corriendo, sujetándose las faldas y el pelo ondeando, lista para embarcarse en su nueva vida.

Capítulo Veinticinco

Había una cierta ironía en el juego, pensó Richard. Allí estaba él, dispuesto a declararse, a transformar su vida, a ponerse a merced de su esposa, y ni siquiera podía *encontrarla*.

—¡Iris!— Gritó. Había patinado cuesta abajo a través de los campos occidentales después de que uno de los lacayos le dijera que la había visto en esa dirección, pero la única señal que había de ella era un bollo a medio comer cerca del seto, actualmente bajo el despiadado ataque de cuervos asesinos.

Más irritado que desalentado, volvió a subir la colina para volver a la casa, atravesándola en un tiempo récord, estrellándose contra las puertas y dando un susto de muerte a no menos de tres criadas. Por último, se encontró con Marie-Claire, que estaba de mal humor en la sala principal. Echó un vistazo a su pose —brazos cruzados y apretados, los pies dando golpecitos con enojada irritación— y decidió que no quería saber nada de lo que la había llevado a ese situación.

Sin embargo, necesitaba su ayuda. —¿Dónde está mi esposa?—, exigió.

—No lo sé.—

Dejó escapar un ruido. Podría haber sido un gruñido.

—¡No lo sé!— protestó Marie-Claire. —Estaba con ella antes, pero se escapó.—

Richard sintió que su corazón se contraía. —¿*Se escapó?*—

—Ella me puso la zancadilla—, dijo Marie-Claire. Con considerable afrenta.

Espera... ¿*qué?* Richard trató de darle sentido a esto. —¿Ella te puso la zancadilla?—

—¡Lo hizo! Íbamos hacia el invernadero, sacó el pie y me tiró. Podría haberme herido gravemente—.

—¿Lo estás?—

Marie-Claire frunció el ceño. Y dijo, de bastante mala gana, —No.—

—¿A dónde fue?—

—Bueno, no lo sé exactamente,— cortó Marie-Claire, — ya que estaba ocupada asegurándome de que todavía podía caminar.—

Richard se frotó la frente. Realmente no debería ser tan difícil encontrar un resquicio en una niña. —¿Por qué estaban en el invernadero?—, preguntó.

—Buscando a Fleur— Marie-Claire apretó la boca, aunque Richard no podía imaginar por qué lo hacía. Normalmente estaría desconfiando. En este momento, simplemente no tenía paciencia.

—¿Qué quería con Fleur?—

La boca de Marie-Claire permaneció firmemente anclada en una línea.

Richard dejó escapar una impaciente exhalación. En realidad, no tenía tiempo para estas tonterías. —Bueno, si la ve, dile que la estoy buscando.—

—¿A Fleur?—

—A *Iris*—.

—Oh.— Marie-Claire dejó escapar un ofendido resoplido. —Por supuesto.—

Richard asintió secamente y salió por la puerta principal.

—¡Espere!— gritó Marie-Claire.

Él no lo hizo.

—¿A dónde va?—

Siguió caminando. —Al invernadero.—

—Ella ya no está allí,— la voz de Marie-Claire no tenía aliento. Asumió que tenía que correr para mantenerse junto a él.

—No está en la entrada—, dijo encogiéndose de hombros. —Voy a buscarla en el invernadero.—

—¿Puedo ir con usted?—

Eso fue suficiente para detenerlo. —¿Qué? ¿Por qué? —

La boca de Marie-Claire se abrió y cerró varias veces. — Yo sólo... Bueno, no tengo nada que hacer—.

Él la miró con incredulidad. —Eres una mentiroso terrible.—

—Eso no es cierto! Soy muy buena mentirosa—.

—¿Realmente quieres mantener esta conversación con tu hermano mayor y tutor?—

—No, pero— jadeó Marie-Claire. —¡Ahí está Fleur!—

—¿Qué? ¿Dónde? —Richard siguió su mirada hacia la izquierda, y en efecto, allí estaba Fleur, corriendo a toda velocidad por el campo. —¿Se ha metido el diablo dentro de ella?—, murmuró.

Marie-Claire jadeó de nuevo, esta vez con un sonido más largo, más chismoso. Más bien como un acordeón desinflándose.

Richard se protegió con la mano mientras entrecerraba los ojos mirando hacia abajo, hacia Fleur. Se la veía alterada. Probablemente debería ir tras ella.

—¡Adiós!—

Antes de que Richard pudiera parpadear, Marie-Claire había salido a la carrera detrás de Fleur.

Richard se volvió hacia el invernadero, pero se lo pensó mejor. Iris probablemente estaría donde Fleur había estado. Siguiendo el camino hacia el sur, se dirigió por la colina y una vez más gritó el nombre de Iris.

NO LA ENCONTRABA. Comprobó el campo de fresas que sabía que le gustaba a Fleur, abajo, cerca del arroyo; volvió de nuevo a la roaleda silvestre de su madre, que mostraba signos de ocupación reciente, y finalmente se rindió y se dirigió de nuevo a la casa. Su ridícula ruta había aliviado algo la urgencia de su búsqueda, y en el momento en que entró en su dormitorio y cerró la puerta detrás de él, estaba más exasperado que cualquier otra cosa. Calculó que había caminado tres millas por lo menos, la mitad de ellas por el mismo camino, y ahora estaba aquí de nuevo, en su dormitorio sin nadie para—

—¿Richard?—

Se dio la vuelta. —¿Iris?—

Ella estaba de pie en la puerta que comunicaba sus habitaciones, su mano apoyada nerviosamente en el marco. — La Sra. Hopkins me dijo que estaba buscándome—

Casi se echó a reír. *Buscándola*. Le parecía un enorme eufemismo.

Su cabeza se inclinó mientras lo miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación. —¿Pasa algo malo?—

—No.— Él la miró fijamente, preguntándose si alguna vez recuperaría su capacidad de hablar palabras de varias sílabas. Cuando ella se quedó allí, con los tonos rosados suaves de su dormitorio, como una nube de la mañana detrás de ella, estaba muy hermosa.

No, no hermosa. Hermosa ni siquiera se le acercaba.

No sabía la palabra. No sabía si existía una palabra para describir lo que sentía en ese momento, cómo sentía los pasos de su propio corazón cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Se humedeció los labios, pero ni siquiera parecía ser capaz de *intentar* hablar. A cambio, se apoderó de él la desconcertante tentación de arrodillarse ante ella como un caballero medieval, tomar su mano y prometerle devoción.

Ella dio un paso en su habitación, y luego otro, pero se detuvo. —En realidad,— dijo ella, dejando caer rápidamente las palabras de sus labios: —Yo también necesito hablar con usted. No va a creer lo que—

—Lo siento—, le espetó.

Ella parpadeó sorprendida, y su voz era baja y desconcertada cuando dijo, —¿Qué?—

—Lo siento,— dijo, ahogándose con las palabras. —Lo siento. Cuando se me ocurrió con el plan, yo no creía... No sabía ... — Se pasó la mano por el pelo. ¿Por qué era tan difícil? Había tenido tiempo para pensar en sus palabras. Durante todo el rato que había estado recorriendo los campos y gritando su nombre había estado practicando mentalmente, poniendo a prueba, midiendo cada sílaba. Pero ahora, ante los ojos azul claro de su esposa, estaba perdido.

—Richard—, dijo, —Debo decir—

—No, por favor.— Tragó saliva él. —Permítame continuar. Se lo ruego.—

Ella se quedó inmóvil, y pudo ver en sus ojos que estaba sorprendida al verlo humillarse.

Él dijo que su nombre, o por lo menos pensó que lo hizo. No se acordaba de haber cruzado la habitación, pero estaba delante de ella, cogiendo sus manos entre las suyas.

—Te amo—, dijo. No era lo que había querido decir, no del todo, pero allí estaba, lo que era más importante y valioso que nada.

—Le amo.— Él se puso de rodillas. —Le amo tanto que a veces me duele, pero incluso si supiera cómo pararlo, no lo haría, porque el dolor es al menos *algo*.—

Sus ojos brillaban por las lágrimas, y vio su pulso latiendo tiernamente en su garganta.

—Le amo—, dijo de nuevo, porque no sabía cómo dejar de decirlo. —Le amo, y si usted me lo permite, voy a pasar el resto de mi vida demostrándoselo.— Se puso de pie, sin soltar sus manos, y sus ojos se encontraron con los suyos en un solemne voto. —Me ganaré su perdón.—

Ella se mojó los temblorosos labios —Richard, usted no —

—No, lo hice. Le *hice daño*.— Le dolía decirlo en voz alta, hacer un reconocimiento crudo, sin adornos. —Le mentí, le engañé, y—

—Pare—, suplicó. —Por favor.—

¿Era perdón lo que veía en sus ojos? ¿Una pizca quizás?

—Escúcheme—, dijo, tomando una de sus manos firmemente en la suya. —Usted no tiene que hacerlo. Encontraremos otra solución. Voy a convencer a Fleur para que se case con otra persona, o voy reunir fondos y encontraremos la manera de que pueda hacerse pasar por una viuda. No podré verla tan a menudo como me gustaría, pero—

—Pare—, lo cortó Iris, colocando un dedo sobre sus labios. Ella estaba sonriendo. Sus labios estaban temblando, pero definitivamente, estaba sonriendo.

—Lo digo en serio. Deténgase. —

Él negó con la cabeza, sin comprender.

—Fleur mintió—, dijo.

Se quedó paralizado. —¿Qué?—

—No acerca del bebé, pero sí sobre el padre. No era William Parnell—.

Richard parpadeó, tratando de dar sentido a todo esto. —Entonces, ¿quién era?—

Iris atrapó su labio inferior entre los dientes, sus ojos mirando de reojo, vacilando.

—Por el amor de Dios, Iris, si no me lo dice—

—John Burnham,— espetó.

—Qué?—

—John Burnham, su inquilino.—

—Ya sé quién es—, dijo, mucho más bruscamente de lo que hubiera querido. —Yo sólo— Frunció el ceño, y su boca se aflojó, y estaba seguro de que parecía un maldito idiota al que estaban a punto de colocarle unas orejas de burro, — ¿John Burnham? ¿En serio? —

—Marie-Claire me lo dijo.—

—¿Marie-Claire lo sabía?—

Iris asintió.

—Voy a estrangularla.—

Iris frunció el ceño, vacilante. —Para ser justos, no estaba *segura*. . —

Él la miró con incredulidad.

—Flor no se lo dijo,— explicó. —Marie-Claire lo descubrió por su cuenta.—

—¿Ella se lo imaginó—, dijo, sintiéndose más que nunca un rematadamente idiota tonto—, y yo no lo hice?—

—Usted no es su hermana—, dijo Iris, como si eso debiera explicarlo todo.

Se frotó los ojos. —Querido Dios. John Burnham. —Él la miró, parpadeando, con la incredulidad de su rostro. —John. Burnham—.

—Le permitirá que se case con él, ¿verdad?—

—No veo que tenga otra opción. El bebé necesita un padre... El bebé tiene un padre.— Él se levantó bruscamente. —¿Él la forzó?—

—No—, dijo Iris. —Él no lo hizo.—

—Por supuesto que no.— Negó con la cabeza. —Él no haría eso. Le conozco muy bien—.

—Entonces, ¿a usted le gusta?—

—Lo hace. Lo he dicho muchas veces. Es sólo... que tiene... — Suspiró. —Supongo que es por eso por lo que ella no dijo nada. Pensó que yo no lo aprobaría—.

—Por eso, y porque temía por Marie-Claire.—

—Oh, Dios—, se quejó Richard. Ni siquiera había pensado en Marie-Claire. Sería imposible para ella conseguir un buen partido después de todo esto.

—No, no, no se preocupe—, dijo Iris, toda su cara animándose por el entusiasmo. —Me he ocupado de eso. Ya lo planeé todo. La enviaremos a Londres. Mi madre la patrocinará—.

—¿Está segura?— Richard no pudo identificar esa extraña sensación que le comprimía el pecho. Estaba completamente humillado por ella, por su brillantez, por su corazón cariñoso. Era todo lo que ni siquiera hubiera pensado que necesitaba en una mujer, y milagrosamente, era suya.

—Mi madre no ha estado exenta de una hija soltera en edad casadera desde 1818—, dijo Iris con sonrisa irónica. —No va a saber qué hacer cuando Daisy se haya ido fuera de la casa. Confíe en mí, no quiera verla cuando está aburrida. Ella es una auténtica pesadilla—.

Richard se echó a reír.

—No estoy bromeando.—

—No creía que lo hiciera—, le dijo. —He conocido a su madre, recuerde.—

Los labios de Iris se curvaron, con astucia. —Marie-Claire y ella estará muy bien juntas.—

Él asintió con la cabeza. La señora Smythe-Smith seguramente haría mejor trabajo que el que él haría nunca. Miró por encima a Iris. —Sabe que voy a tener que matar a Fleur antes de permitir que se case con él.—

Su esposa sonrió ante esa tontería. —Sólo la perdonara. Lo sé—.

—Pensé que había dicho que no era un modelo de perdón y caridad cristiana.—

Ella se encogió de hombros. —Estoy pasando página.—

Richard le tomó la mano y se la llevó a los labios. —
¿Cree que es posible que pueda perdonarme?—

—Ya lo he hecho—, susurró.

El alivio se apoderó de él con tal fuerza que fue un milagro que pudiera aguantar de pie. Pero luego, la miró a los ojos, con sus pálidas pestañas todavía húmedas por las lágrimas, por su culpa. Le cogió la cara entre las manos y la atrajo, besándola con toda la urgencia de un hombre que se ha enfrentado a un precipicio y ha sobrevivido.

—Le amo—, dijo bruscamente, las mismas palabras besándola. —Le quiero mucho.—

—Yo le amo también.—

—Nunca pensé que iba a oírla decir eso.—

—Le amo—.

—Una vez más,— ordenó.

—Le amo—.

Se llevó las manos a la boca. —Y yo la adoro.—

—¿Esto es un concurso?—

Lentamente, él negó con la cabeza. —Voy a adorarla adecuadamente ahora mismo.—

—¿Adecuadamente... ahora?— Ella miró a la ventana. El sol de la tarde entraba a raudales, sin descanso, brillante y alegre.

—He esperado demasiado tiempo,— gruñó, barriendo a sus brazos. —Y la deseo.—

Iris dejó escapar un pequeño chillido de sorpresa cuando la dejó caer en la cama. Eran sólo unos pocos centímetros de colchón, pero fue suficiente para que rebotara, y suficiente para que él aprovechara para cubrir su cuerpo con el suyo, deleitándose con la primitiva sensación de tenerla inmovilizada debajo de él.

Ella estaba a su merced.

Ella lo amaba.

—La adoro—, murmuró, acariciándola en el cuello. Besó el delicado hueco de la clavícula, deleitándose con su suave maullido de placer. Sus dedos encontraron el borde de encaje de su corpiño. —He soñado con esto.—

—Yo también—, dijo con voz trémula, jadeando cuando escuchó el sonido inconfundible de la rasgadura de tela.

—Lo siento,— dijo, mirando de pasada el pequeño desgarro en el corpiño de su vestido.

—No, no lo haga.—

—No lo hago,— asintió él alegremente, cogiendo el borde de la tela entre sus dientes.

—¡Richard!— Ella casi gritó.

Miró hacia arriba. Dios, era como un perro con un hueso, y no le importaba lo más mínimo.

Sus labios temblaban por la risa contenida. —No lo haga peor.—

Él sonrió como un lobo, tirando suavemente con los dientes. —¿Cómo esto?—

—¡Deténgase!—

Soltó la tela y usó las manos para empujar su vestido, revelando un pecho perfecto.

—¿Cómo esto?—

Su única respuesta fue la aceleración de la respiración.

—¿O cómo esto?—, Preguntó con voz ronca, cogiéndolo con la boca.

Iris gritó de nuevo y hundió las manos en su cabello.

—Definitivamente le gusta esto—, murmuró, provocándola con la lengua.

—¿Por qué siento que... ? —, Susurró con impotencia.

Él miró hacia arriba con desconcierto e hizo eco: —¿Por qué siente qué?—

Su rubor se extendió desde las mejillas al cuello y hacia abajo. —¿Por qué siento ... abajo... *allí*? —

Tal vez fuera un pícaro. Tal vez fuera muy, muy malvado, pero sólo lamió sus labios y susurró, —¿Dónde?—

Se estremeció de deseo, pero no habló.

Deslizó la zapatilla de su pie. —¿Aquí?—

Ella negó con la cabeza.

Su mano se deslizó por la esbelta pantorrilla hasta el interior de su rodilla. —¿Aquí?—

—No.—

Sonrió para sí mismo. Ella también estaba disfrutando de su juego. Ellos —¿Qué tal— llevó los dedos más arriba, parando en el suave pliegue entre el muslo y la cadera

—aquí?—

Tragó saliva, y su voz apenas era audible cuando susurró, —Casi—.

Él se acercó más a su meta, arrastrando la punta de los dedos a través del suave vello que cubría su condición de mujer. Él quería mirarla de nuevo, ver los rizos de un rubio imposible a la luz del día, pero eso tendría que esperar. Ahora estaba demasiado ocupado observando su rostro mientras deslizaba un dedo dentro de ella.

—Richard—, se quedó sin aliento.

Él gimió. Ella estaba muy mojada y lista para él. Pero era muy pequeña, y como sabía muy bien, todavía era virgen. Tendría que hacer el amor con ella con mucho cuidado, moviéndose lentamente y con gran delicadeza; en total desacuerdo con el voraz incendio que ardía en su interior.

—Qué me hace—, susurró, cogiendo un momento para recuperar al menos una parte de su compostura.

Ella le sonrió, y hubo algo muy cálido y abierto en su expresión... Sintió su eco a través de su propio rostro, hasta que se encontró sonriendo como un loco, casi riendo por el simple placer de su compañía.

—¿Richard?— Dijo ella, su sonrisa allí mismo, en su voz.

—Soy muy feliz.— Se sacó de un tirón la camisa por la cabeza. —No puedo evitarlo.—

Ella le tocó la cara, pasando su pequeña, suave y delicada mano a lo largo de la línea de su mandíbula.

—Levántate—, dijo de repente.

—¿Qué?—

—Ponte de pie.— Él se acomodó frente a la cama, y luego tiró de su mano hasta que ella hizo lo mismo.

—Qué estás haciendo?—

—Yo diría—, dijo, deslizando su vestido por las caderas, —que te estoy desnudando.—

Sus ojos se posaron en la parte delantera de sus pantalones.

—Oh, ya llegaré a eso—, prometió. —Pero primero... — Encontró los delicados lazos de su camisa y tiró, perdiendo el aliento cuando cayó al suelo en una nube de seda blanca. Todavía llevaba las medias, pero no estaba seguro de poder esperar el tiempo suficiente para despojarla de ellas; de todos modos, tenía las manos en la cintura, desabrochándose con urgencia los botones.

—Eres demasiado lento—, murmuró, casi tirando sus pantalones abajo.

Los hilos de su estirado deseo imposiblemente tensos.

—Estoy tratando de ser gentil.—

—Yo no quiero que seas gentil.—

Él la agarró por debajo de sus nalgas, levantándola hacia él, y ambos cayeron en la cama. Sus piernas se abrieron, y sin siquiera intentarlo, se encontró en su entrada, usando cada onza de control para no sumergirse dentro.

Él la miró, preguntando con los ojos — *¿Estás preparada?*

Ella le agarró el trasero y dejó escapar un grito de frustración. Podría haber sido su nombre. No lo sabía; no podía oír nada más allá de la sangre corriendo por su cuerpo mientras se lanzaba hacia delante, envainándose dentro de ella.

Fue todo muy rápido. La sintió tensarse, y se alzó un poco. —¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —

—No te detengas—, gruñó, y luego toda la conversación se perdió. Se sumergió en ella, una y otra vez, impulsado por una urgencia que no comprendía totalmente. Lo único que sabía era que la necesitaba. Necesitaba llenarla, ser consumido por ella. Quería tener sus piernas alrededor de él para sentir el empuje de sus caderas mientras se levantaba a su encuentro.

Ella estaba hambrienta, quizás tanto como lo estaba él, y eso sólo sirvió para inflamar más su deseo. Estaba cerca, tan cerca, que casi no podía evitar la explosión. Y entonces, gracias a Dios, porque no creía que pudiera haber durado ni un segundo más, sintió que se encogía a su alrededor, apretándolo

como un puño, y ella gritó. Llegó muy rápido al final, ella todavía pulsando a su alrededor cuando lo hizo.

Se desplomó encima de ella, descansando antes de deslizarse a un lado para no aplastarla. Pasaron así mucho tiempo, simplemente dejando que sus cuerpos se enfriaran, y finalmente, Iris dejó escapar un pequeño suspiro.

—Oh.—

Se sintió sonreír, tranquilo y satisfecho.

—Eso fue... — Pero ella no terminó.

Se dio la vuelta hacia su lado, apoyándose en el codo. — Eso fue, ¿qué?—

Ella sacudió la cabeza. —Ni siquiera sé cómo describirlo. No sé cómo empezar—.

—Comienza—, dijo, inclinándose para besarla suavemente, —con un ‘Te amo’—.

Ella asintió con la cabeza, sus movimientos aún lentos y lánguidos. —Creo que termina también así.—

—No,— dijo, con una voz suave pero que toleraba ningún argumento.

—¿No?—

—No termina—, susurró. —Esto nunca se termina.—

Le tocó la mejilla. —No. No creo que lo haga—.

Luego la besó de nuevo. Porque quería. Porque tenía que hacerlo.

Pero sobre todo porque sabía que, incluso cuando sus labios dejaran los de ella, sus besos permanecerían allí.

Eso tampoco terminaría nunca.

Epilogo

Maycliffe

1830

—¿Qué estás leyendo?—

Iris sonrió a su marido cuando levantó la vista de su correspondencia. —Una carta de mi madre. Dice que Marie-Claire asistió a tres fiestas la semana pasada—.

—¿Tres?— Richard se estremeció.

—Una tortura para ti, tal vez,— rió Iris. —Pero Marie-Claire está en el cielo.—

—Supongo que sí.— Se sentó a su lado, en el pequeño banco que utilizaba en su escritorio. —¿Algunos potenciales pretendientes?—

—Nada serio, pero tengo la sensación de que mi madre no se está empleando tan a fondo como podría. Creo que quiere otra temporada con Marie-Claire. Tu hermana está demostrando ser una debutante mucho más astuta que cualquiera de sus propias hijas—.

Richard puso los ojos en blanco. —Dios les ayude.—

—Y hay otras noticias,— dijo Iris riéndose, —Marie-Claire está tomando lecciones de violonchelo tres días a la semana.—

—¿Violonchelo?—

—Tal vez otra razón por la que mi madre se resiste a dejarla ir. Marie-Claire tiene un lugar en la velada musical del próximo año—.

—Que Dios *nos* ayude.—

—Oh, sí. De ninguna forma se le permitirá no participar. Yo podría tener nueve meses de embarazo para —Entonces debemos empezar ahora mismo—, dijo Richard con entusiasmo.

—¡Para!— protestó Iris. Pero ella se reía, incluso cuando los labios de su marido encontraron un punto particularmente

sensible justo por encima de la clavícula. Él siempre parecía saber exactamente dónde besarla...

—Voy a cerrar la puerta,— murmuró Richard.

—¿Está abierta?— chilló Iris. Lo apartó de ella.

—Sabía que no debería haber dicho eso—, murmuró.

—Más tarde,— prometió Iris. —De todos modos, ahora no tenemos tiempo.—

—Puedo ser rápido—, dijo Richard esperanzado.

Iris le dio un largo beso. —Yo no quiero que seas rápido.

—

Él gimió. —Usted me está matando.—

—Le prometí a Bernia que lo llevaríamos al lago para probar su barco de juguete.—

Richard asintió con una sonrisa y un suspiro, como Iris sabía que lo haría. Su hijo tenía ya tres años, un gordito adorable, con rellenas mejillas rosadas y ojos oscuros como los de su padre. Él era el centro de su mundo, incluso si ellos no eran el centro de la suya. Ese honor era para su primo Samuel, que a los cuatro años era un año mayor, un año más alto, y un año más pillo. El segundo hijo de Fleur, Robbie, era seis meses menor que Bernie y completaba el trío de traviesos.

El primer año de matrimonio no había sido fácil para Fleur y John Burnham. Como era de esperar, su boda había causado un gran escándalo, y a pesar de que ahora era el propietario de Mill Farm, aún había personas que no dejaban a John olvidar que él no había nacido caballero.

Pero Fleur había dicho la verdad cuando dijo que nunca había deseado riquezas. John y ella habían formado un hogar muy feliz, e Iris estaba agradecida de que sus hijos crecieran con sus primos cerca. Todavía era sólo Bernie, pero esperaba... había habido algunas señales...

Su mano fue a su abdomen sin que se diera cuenta. Lo sabría pronto.

—Bueno, supongo que tenemos un barco para lanzar—, dijo Richard, tendiéndole la mano cuando se puso de pie. —Debo decirle,— dijo mientras Iris se levantaba y tomaba su brazo, —que tuve un barco similar cuando era un niño.—

Iris se estremeció ante su tono. —¿Por qué pienso que esto no termina bien?—

—Me temo que la vela no está en la sangre Kenworthy.

—Bueno, eso está bien. Lo echaría mucho de menos si usted se fuera a la mar—.

—Ah, se me olvidaba!— Richard dejó caer su mano. —Tengo algo para usted.—

—¿Lo tiene?—

—Espera aquí.— Él salió de la habitación, volviendo un momento después con las manos detrás de la espalda. —Cierra los ojos.—

Iris los giró, y luego los cerró.

—¡Abre!—

Lo hizo, y luego se quedó sin aliento. Tenía en la mano un solo lirio de tallo largo, la más bella flor que jamás hubiera contemplado. El color era brillante, no muy púrpura y no del todo rojo.

—Es de Japón—, dijo Richard, mirándola excesivamente satisfecho de sí mismo. —Las hemos cultivado en el invernadero. Ha sido un infierno mantenerla lejos—.

—Desde Japón,— dijo Iris, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —No puedo creer —

—Iría al fin del mundo—, murmuró Richard, inclinándose para rozar sus labios con los suyos.

—¿Por una flor?—

—Para usted.—

Ella lo miró con los ojos brillantes. —Yo no quería que fuera, ya lo sabe.—

—¿Al fin del mundo?—

Ella negó con la cabeza. —Usted tendría que llevarme contigo.—

—Bueno, eso es evidente.—

—Y a Bernie—.

—Oh, por supuesto.—

—Y a — *Oops*.

—¿Iris?—, Dijo Richard cuidadosamente. —¿Hay algo que quiera decirme?—

Ella le dedicó una tímida sonrisa. —Es posible que necesitemos espacio para cuatro en ese viaje.—

Su rostro se iluminó con una sonrisa lenta.

—Yo no lo sé positivamente—, le advirtió. —Pero creo... —Ella hizo una pausa. —¿Dónde está el final de la tierra?—

Sonrió.

—¿Importa?—

Ella le devolvió la sonrisa. No pudo evitarlo. —Supongo que no importa.—

Le tomó la mano, se la besó, y luego la condujo a la entrada.

—Nunca importará dónde estemos—, dijo en voz baja, —con tal de que estemos juntos.—

fin